
KIKE
CORELLA
PUNTO
MUERTO
Grijalbo

KIKE CORELLA

Punto muerto

Grijalbo

Para mi hija,
que todavía cree que papá escribe cuentos bonitos

En un mundo injusto, perder es el único crimen.

PRIMERA PARTE

Cerebro reptiliano

Lo que el cuerpo te pide.
Instinto, miedo, supervivencia.

1

En algún punto de la N-601 donde nunca pasa nada.

Hasta hoy.

Los ojos todavía no se le han acostumbrado a la oscuridad ni tampoco el cuerpo al frío de aquel páramo helado.

Sigue aturdido, dolorido, noqueado. Pero ileso.

Enciende la linterna que ha encontrado en la guantera.

La furgoneta volcada descansa sobre la nieve. Está hecha un amasijo de hierro, aluminio y fibra de carbono.

¿Cómo puede ser que no tenga un solo rasguño?

Seguro que ha sido por llevar puesto el cinturón de seguridad.

Da algunos pasos hasta la parte delantera y mira a su hermano.

Él no lo llevaba.

La luna está rota. Pero su cuerpo se ha quedado atrapado dentro, tumbado boca abajo.

Se inclina sobre él. Sobre lo que queda de él.

La sangre le resbala por la cara.

Al menos todavía tiene pulso.

¡Pero no te quedes ahí parado! Vamos, Lino, espabila. Algo tienes que hacer. ¡Piensa!

No, no pienses. Corre hacia la parte trasera.

Sus manos tiemblan intentando abrir el portón. Al fin este cede con un golpe seco que retumba contra la chapa. Abrir una furgoneta volcada no es fácil.

Enfoca la linterna hacia el interior de la zona de carga.

Las gafas, intactas, continúan empañadas por su respiración jadeante.

Bien. Parece que la mercancía se ha salvado. Sigue ahí. Le alegra, pero al mismo tiempo le aterroriza.

Todo está tirado por el techo —ahora suelo—. Un milagro después de rodar como un dado por la cuneta.

Al bajar la carretilla se da cuenta de que ha perdido la movilidad de un dedo. Del dedo corazón de la mano derecha. No responde. Solo se mueve al unísono con el índice. Van juntos. Como si fuesen siameses.

¿Y si ha sido del golpe en la cabeza?

Joder. Quizá te haya afectado a alguna parte del cerebro. De ese maltrecho cerebro tuyo. De golpe siente un fuerte zumbido en las sienes.

¡Para ya! No hay tiempo ahora para tu hipocondría.

No es momento de ser tú, Lino.

Reúne fuerzas, Lino. Corre.

Descarga esos malditos paquetes lo más rápido que puede. Los va amontonando sobre la carretilla. No cuenta cuántos caben en ella. ¡Qué más da! Tiene que sacar todo aquello de allí antes de que aparezca la poli o…

¿O qué? Pero ¿adónde los lleva?

Mira a un lado; nieve, nieve y más nieve. También hay niebla.

Y, al otro lado, las luces anaranjadas de un pueblo cubierto por un cielo negro y estrellado.

Espera que al llegar a la carretera no le tapen esos árboles. Las luces que vio eran reales. Tienen que estar cerca.

Corre.

Empuja la carretilla con todas sus fuerzas. Sus cuatro ruedas se hunden en el barro. Las deportivas le resbalan. Aun así, logra alcanzar la carretera.

Nada. Ni un alma, ni siquiera las luces de un coche. Deben de ser ya casi las cuatro de la madrugada.

Mejor. Mejor no cruzarse con nadie. Mejor que no le vean por allí.

Toma aire. El oxígeno helado se le clava como agujas en los pulmones. El corazón le martillea rabioso contra el pecho. Trata de recuperar el aliento. Quiere dejar de jadear como un bulldog.

No. No hay tiempo para eso de respirar. Respirar es de ricos. Y él no es rico.

Empuja y sube a la carretera. Vuelve a mirar a ambos lados. ¡Salvado! Esta vez sí. Allí está.

La gasolinera.

Se alza majestuosa con sus luces amarillas. No está lejos. Seguro que en ella encuentra algún rincón donde esconder… el marrón.

O eso, o acabará pudriéndose en la cárcel. No podría sobrevivir allí. Es imposible.

Empuja de nuevo la carretilla. Esta vez entusiasmado. Convencido de que puede librarse de acabar entre rejas.

Avanzar por el arcén asfaltado es pan comido. Más fácil que por el campo nevado y embarrado. En apenas cinco minutos llega a la

estación de servicio. Ocho surtidores. Junto a ellos la tienda, la construcción principal.

Deja la carretilla a un lado y se dirige a la parte trasera por un lateral. Algún rincón, algo tiene que haber.

Cuidado. Hay una furgoneta blanca aparcada. Está llena de escarcha pero no parece que haya nadie dentro. Se acerca tirando de la manga del jersey de lana que lleva bajo la cazadora. Esconde la mano en ella y toca el capó. No está caliente. Lleva tiempo ahí. Respira.

Vuelve a empujar la carretilla. En la parte trasera hay un túnel de lavado fuera de servicio que puede servir. Quizá sea suficiente. Tiene que serlo. Lo dejará allí todo. Ya volverá con una furgoneta de alquiler y lo recogerá. Está cerca de la ciudad. León o Valladolid. ¡Qué más da! Está cerca de las dos. Lo importante es sacar todo aquello de la furgoneta antes de que alguien lo vea.

Nota mental: borrar huellas. Has tocado cosas, muchas cosas. Has tocado el salpicadero, diferentes partes del cinturón de seguridad, las manetas de las puertas, el parasol, los botones de la ventanilla y algo más que seguro que se te olvida.

Te van a pillar. ¿Por qué te has metido en esto, Lino? Si tú no estás hecho para estas cosas y lo sabes. Eres idiota. ¿Por qué carallo lo has hecho? Tu zona de confort está en un aula mal ventilada. Con adolescentes que se ríen cuando les hablas de curvas de indiferencia.

Lo tuyo es la economía y no esto. Lo tuyo es Keynes, Adam Smith, David Ricardo y Pigou.

Pero sobre todo Keynes. Eso es, Keynes. Keynes mola.

¡Ah, sí! La maneta de la zona de carga. El candado, eso es. Nota mental.

Empieza a descargar los packs en el túnel de lavado. El suelo está seco, aunque huele a moho y jabón.

El dedo. Ese dedo empalmado junto al otro. La mano entera parece ahora un rastrillo. El frío no contribuye a la movilidad, por supuesto. No le duele mucho. Solo como si tuviese un hematoma en el nudillo, pese a que no parece que haya… ¡Mierda! Tiene el nudillo partido en dos. Dos nudillos donde debería haber uno.

Se marea. ¡Qué asco! Quizá no sea del golpe. Peor aún. Puede ser una enfermedad degenerativa. Una de esas que afecta a los tendones o a los huesos.

No, no puede ser. Lo más probable es que esté relacionado con el accidente. No te obsesiones, sería mucha casualidad.

Debe estar relacionado con el accidente, sí. Tú continúa. Tira o te pillarán ahí.

De vuelta en la nacional, la carretilla se acelera arrastrada por la pendiente. Sus pies helados apenas responden.

¿Qué te pasa, Lino? No, no pienses. ¡Canta! Canta un poco de Siniestro Total.

Lo hace hasta que al fin se detiene ante la sospecha de haberse pasado el lugar del accidente. No ve señales de la furgoneta por ningún lado. Ni siquiera la marca de la salida de la calzada. Su respiración vuelve a acelerarse. El vaho queda suspendido en el aire. Mira hacia la inmensidad de los campos nevados. El débil reflejo de la luz de la luna sobre la nieve le ayuda a localizar una sombra negra que parece lejana pero no lo es tanto. Son los matorrales tras los

cuales reposa volcada la furgoneta. Justo en ese punto agarra varios puñados de nieve y los amontona en el arcén.

Sale de la carretera. No tarda demasiados metros en distinguir frente a él el tenue resplandor rojizo de la única luz que ha resistido al accidente: una trasera de posición.

Al llegar saca el punzón oculto en su calcetín y golpea con fuerza la bombilla. Fundido a negro. Como su suerte.

Con la linterna encendida se dirige a la parte delantera.

Vuelve a alumbrar la cara de Nico. Está ensangrentada. Más sangre que antes. Tanta que el techo —ahora suelo— ya se ha empapado de ella. Comprueba el pulso de su hermano. Todavía tiene. Débil pero sigue vivo. Pobre. Tampoco hay tiempo para eso. Nico está acostumbrado. Es fuerte. Ya estuvo en la cárcel. Él no. Él no podría. Le harían de todo, tendría que suicidarse.

Coge el abrigo que hay tras el asiento y le tapa. Suerte.

Mientras tanto, en un antro del centro de Madrid, un tipo fornido y con una chupa de cuero se pide su primer mojito.

2

Regresa a la parte trasera para cargar de nuevo la carretilla. Una vez la tiene llena, busca las marcas de las ruedas de los trayectos anteriores. Las sigue.

Va mucho más rápido que la primera vez. Muchísimo más. En un minuto llega otra vez al asfalto pero, de pronto, unas luces se acercan por la carretera. Asustado, se tira al suelo. Siente el frío de la nieve bajo el pecho, en los muslos. Levanta la cabeza y ve cómo pasa un coche a pocos metros. Con esa oscuridad no pueden haberle visto. Ni a él ni a la carretilla. Además, está empezando a nevar otra vez. Seguro que el conductor andaba con la vista fija en la carretera. Se lo imagina con el volante agarrado con fuerza entre las manos y erguido en un rictus temeroso.

Vuelve a ponerse en pie. Se sacude un poco la nieve y continúa hasta la carretera. Puede conseguirlo. Le quedan siete u ocho viajes más para trasladarlo todo.

Al llegar al túnel de lavado deja los packs junto a los que ha descargado antes. Vamos, Lino. Sal de esta y luego ya pensaremos en lo que hacemos con toda la carga. Habrá que sacarlo de aquí, eso está claro. Sí. Lo más razonable es volver con otra furgoneta, pero tendrá que ser por la noche. Por el día esto estará lleno de gente, la tienda abierta, habrá personal y clientes… Es posible

incluso que deje de nevar y haya quien venga a repostar por la noche. Bien pensado, había tenido suerte de que todo hubiese pasado nevando, aunque quizá sin nevar no hubiese pasado. O sí.

No puede dejarlo allí para siempre. Alguien podría entrar en el túnel de lavado durante el día y encontrarse con toda la mercancía. Y llamar a la policía. Eso sería una solución y al mismo tiempo un problema gordo. Sí, de esa manera se desharía de todo eso, pero por otro lado se abriría una investigación y seguro que le pillarían. Seguro que te dejas algún cabo suelto, Lino. Mejor que te quedes con ese marrón y te deshagas de él de alguna forma que no deje rastro.

Podría quemarlo todo o lanzarlo al mar, por ejemplo. Pero ahora no es momento de pensar en eso.

Ahora hay que seguir.

Se da la vuelta para salir del túnel.

Y allí está.

Recortada por la luz de la luna, una silueta cubierta con un chubasquero oscuro y con la cabeza tapada por una capucha.

No distingue su rostro. Da unos pasos atrás. Tropieza con la carretilla y se cae sobre ella. Las gafas golpean el suelo. Modo borroso.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta una voz femenina.

—¿Yo? Nada.

Hay unos segundos de silencio en los que la figura del chubasquero se le acerca. Él tantea el suelo hasta que encuentra sus gafas. Modo nítido.

—¿Está bien, señor?

—Sí, sí —responde volviendo a ponerse de pie.

—¿Y todo esto? —pregunta la chica bajándose la capucha.

—Esto es…

No tiene ni idea de lo que decir. De esta no sale seguro. Se acabó.

—¿Es…? —repite ella.

Lino solloza pero al final responde:

—Coca-Cola.

Ella le mira desconcertada.

—Sí, eso ya lo veo. Pero ¿de dónde ha salido?

Solo se le ocurre llorar.

—¿Se encuentra bien? —insiste la joven.

Él asiente, se abraza el cuerpo y tirita.

—Usted no está bien.

Lino niega con la cabeza.

—¿Quiere pasar a tomar un café?

Lino vuelve a asentir.

Ella le coge del brazo y le acompaña hasta una puerta que hay en la parte trasera de la tienda, justo frente al túnel de lavado.

—Pase.

Entran en un pequeño almacén donde se guardan los productos de la tienda. Hay agua, pan de molde, snacks… Pasan frente a la gran persiana por donde se debe cargar y descargar la mercancía. Muy cerca de ella hay un pequeño distribuidor que dejan atrás rápidamente. Allí se encuentran los baños y el acceso a la tienda. Al entrar a ella, la chica enciende la luz y deja el chubasquero sobre el taburete que hay tras el mostrador.

Al fin ve su cara sonrosada. No es guapa. Tampoco es fea.

—Tome asiento —dice señalando otro taburete.

Él obedece mientras ella se encara con la cafetera que se encuentra justo detrás.

—¿Solo?

—Sí, por favor.

La chica prepara dos tazas de café idénticas y las pone sobre el mostrador.

—¿Azúcar?

—No.

Vacía un sobre de azúcar en la suya, saca una botella de ron oculta bajo el mostrador y le echa un chorro.

—Cuénteme. ¿Cómo ha llegado aquí? Parece desorientado. ¿Ha venido con alguna furgoneta de reparto o algo así, y le han dejado ahí tirado con la carga? No he visto venir a nadie.

Lino se bebe todo el café de un trago bajo la atenta mirada de la dependienta.

—No.

—¿Entonces? ¿Está usted bien?

Lino vuelve a llorar un poco.

Ella le pone una mano en el hombro. Le acaricia.

—Vamos, señor, cuénteme. ¿Necesita ayuda?

—Verá. He tenido un accidente con la furgoneta ahí delante… muy cerca. ¿No ha oído nada?

La joven parece perpleja.

—Me he quedado dormida. Contra qué…

—No, solamente hemos salido de la carretera y dado unas vueltas de campana.

—¿Hemos? ¿Hay alguien más, señor? Voy a llamar a emergencias —dice la chica sacando su teléfono móvil.

—No, no. Por favor. Espere. La mercancía que ha visto es robada y no quiero que me pillen.

—¿La Coca-Cola?

Lino afirma.

—No creo que le vaya a pasar nada por haber robado unos paquetes de Coca-Cola.

Al escuchar aquello vuelve a sollozar.

—Es que hay más dentro —dice señalando al exterior.

—¿De la furgoneta?

—Sí. Le daré mil euros si me guarda el secreto y las Coca-Colas.

La dependienta parece dudar. Aquello podría funcionar.

—Pero a ver, señor. ¿Hay alguien más herido en la furgoneta o no? No podemos omitir el auxilio. Eso es mucho más grave que unas botellas de litro y medio de refresco.

—Son muchas. Hay unas seiscientas.

—Aun así, señor. —La chica vuelve a sacar su teléfono—. ¿Hay alguien herido?

—Espere, espere. La persona que hay allí está muerta.

—¿Cómo? —pregunta ella tapándose la boca con las manos.

—Como lo oye. En el acto. No estoy omitiendo ningún auxilio. Él está muerto y yo me voy a ir directo a la cárcel como me cojan con todo esto.

—No lo entiendo. ¿Por qué no lo has dejado todo allí y has huido?

Touché! Le ha tocado la dependienta inteligente. La que pasa a tutearle cuando se pone nerviosa.

—Entonces cogerían a la persona que va…

Cagada. La ha vuelto a cagar, joder.

—Pero ¿no está muerta?

Lino mira alrededor. No da la impresión de que haya cámaras de seguridad allí dentro. Seguramente haya alguna enfocando a la puerta o a los surtidores. Sería lo más normal. Luego vuelve a mirarla a los ojos. Está asustada y le parece que lleva la mano a algún lugar bajo el mostrador.

—Un momento, un momento —dice Lino—. Te daré dos mil euros.

—Eso no es Coca-Cola, ¿verdad? —pregunta ella.

—Es Coca-Cola —afirma—. Coca-Cola.

La joven permanece algunos segundos en silencio. Vuelve a servirse un chorro de ron en la misma taza de café y se lo bebe de un trago.

—Va-vale, lo haré. Pero no deje eso ahí fuera, por favor. Mañana vienen a reparar el túnel de lavado. Le haré hueco en el almacén.

Lino asiente.

—Podemos tutearnos, ¿no? Los dos somos jóvenes.

Ella permanece en silencio algunos segundos. Se frota la cara con las manos. Tiene las mejillas rojas y expresión resacosa.

—Claro. Me llamo Alma. ¿Y tú?

¿Cómo se llama? ¿Quién es? Esa es una buena pregunta. La chica es lista y es buena. Sí, definitivamente parece buena persona. Lino se recoloca las gafas con su dedo muerto y responde:

—Keynes. Me llamo Keynes.

—¿Keynes?

—Sí, Keynes.

En algún lugar a las afueras de Madrid la sargento Lidia Martínez enciende la lamparita a tientas para darle el pecho a su pequeña.

3

Algo no marcha bien.

Chupa de Cuero empieza a estar nervioso. Da una palmada sobre la barra del bar. Son ya las seis de la mañana. El plan está fallando por algún lado. No debería haber bebido tanto por si pasaba esto. Por si había un contratiempo. ¿Cómo decía su padre? ¡Ah, sí! Eso de vender la piel del oso antes de cazarlo.

Las seis ya, hostia. Las seis.

Hace ya rato que la furgoneta debería haber llegado a la zona prevista. Ya deberían haber ejecutado el vuelco. Quizá tenga que arriesgarse a hacer esa llamada. Tratar de averiguar lo que está pasando. Pero eso pondría en peligro… Su móvil empieza a sonar de repente sin darle tiempo a decidir.

Son ellos. Sus socios.

Coge el mojito que descansa sobre la barra y sale fuera del bar.

—Dime —contesta Chupa de Cuero con voz grave—. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —responde una voz ronca y airada—. Eso pregunto yo. ¿Cuánto más piensas tardar? En un par de horas saldrá el sol y no vamos a estar aquí para verlo.

Chupa deja la copa encima de un coche y se enciende un cigarro.

—Esperad un poco más, hostia. Yo tampoco sé nada todavía. Deberían de estar al caer. —Al otro lado le responde el silencio. Está

claro que han silenciado el micrófono y están hablando entre ellos—. ¡¿Oye, oye?!

Al cabo de unos segundos regresa la voz ronca.

—Si en una hora no nos has dicho nada nos largamos de aquí.

—¿Cómo? ¿Qué…? Oye, hijo de puta, que ya os he adelantado veinte mil…

Llamada finalizada.

¡Hostia! Da un golpe con la mano abierta al mojito y el vaso se estrella contra el suelo haciéndose añicos.

¡Mierda!

Del interior del Ambigú surge la figura de un gorila que le saca tres cabezas. Se acerca a él con cara de pocos amigos.

—¡Tú! Pero ¿qué haces? ¿Quién coño te crees que eres?

—¿Yo? —pregunta Chupa de Cuero dando una calada al cigarro.

—Sí, tú, borracho. Lárgate de aquí, venga, fuera.

El gorila le agarra con fuerza del brazo. El pitillo se le cae al suelo.

Y eso no le gusta nada.

—Vamos. A casa a dormir la mona. Fuera de aquí —insiste el gorila.

Chupa de Cuero se revuelve. Se voltea hacia la espalda del segurata y se deshace de la presa de su mano. Cuando este se gira hacia él el cañón de su pipa le apunta a las narices.

El gigantón se queda mudo.

—Vamos, majete. Tira para dentro. Tengamos la fiesta en paz.

El gorila, con las manos ligeramente levantadas, camina hacia atrás al mismo tiempo que revisa si hay algún testigo alrededor.

Pero eso él ya lo ha comprobado.

—Calma, compadre, calma —dice el grandullón.

—Calma, tu puta madre, chicano. Vamos, para dentro.

En cuanto el segurata desaparece en el interior del Ambigú, Chupa de Cuero guarda la pistola. No tardará en llamar a los zetas. Mejor largarse.

—Adiós —dice para sí mismo.

Camina en dirección a la Castellana. Se retira. Va para casa. A esperar noticias.

Pero al llegar a la gran avenida, su teléfono vuelve a sonar.

Hostia.

Es la peor de las llamadas posibles. Es César. El jefe… ¿Le habrá descubierto?

Duda algunos segundos sobre si responder o no. Quizá sea el momento de lanzar una bomba de humo. De desaparecer del mapa. De asumir las pocas pérdidas de su inversión, coger el dinero que tiene guardado y esfumarse.

Pero no, todavía es pronto para precipitarse. Antes de tomar una decisión necesita saber algo más. Saber qué ha sucedido. ¡Responde ya!

—Dime.

—Tenemos un problema —afirma César desde el otro extremo.

Sus peores presagios se confirman. Entrecierra los ojos apesadumbrado y un poco borracho, y pregunta con temor:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—El transporte de Madrid está parado. La furgoneta no se mueve.

—¿Cómo?

—Que lleva ya dos horas parada en la carretera que va de León a Valladolid.

Tal y como sospechaba desde que empezó a planearlo todo, César coloca emisores GPS en las furgonetas.

—¿No estarán durmiendo? —pregunta con disimulo.

Al otro lado escucha un suspiro exagerado.

—Pasa a recogernos por el Palacio de Congresos —zanja César—. Nos vamos.

Está hasta los cojones de que ese prepotente de mierda le trate como si fuese su jefe.

Pero es que es tu jefe, hostia.

Ya. Ya lo sé. Por supuesto que lo sé. Por eso he montado todo este tinglado. Para quitármelo de encima. No puedo más. Soy yo quien debería estar en su lugar.

Chupa de Cuero llega al parking que tiene frente a su casa. Al cabo de unos minutos sale rugiendo con su Ford Mustang amarillo. La Castellana sigue desierta a esas horas.

Acelera.

Aún está a tiempo de desaparecer. Casi no ha perdido nada. ¿Veinte mil pavos? ¿Qué es eso?

Eso no es nada. El resto son simples promesas. Nada más.

Pero ¿qué hostias ha pasado? ¿Es que han robado ellos mismos la mercancía antes de que sus hombres se hiciesen con ella?

¿Le han traicionado acaso?

Según lo que haya pasado, si se esfuma, doña Carmen pensará que él está relacionado.

Y le encontrará. Da igual la identidad que consiga o el país al que huya. Sus tentáculos llegarán a él.

Detiene el coche frente al Palacio de Congresos. Allí está César con su hijo, Fran. Aguardan de espaldas mirando el gran mural de

Miró. Toca el claxon, pero no se enteran. Baja del coche y se acerca a ellos.

Ambos le siguen. Ni siquiera le saludan.

Suben al asiento trasero y le relegan a la condición de chófer. César le dice:

—¿No tenías nada más discreto?

—El Mondeo está en el taller —responde él.

—Claro. Excelente. Venga, arranca.

—¿Adónde vamos? —pregunta mientras los mira por el retrovisor.

Fran se mantiene ajeno a la conversación, atento solo a la música de sus auriculares.

—Sigue la ubicación que acabo de pasarte —ordena César.

Saca el teléfono móvil de su chupa de cuero. El punto marcado por el jefe está pocos metros al norte de la gasolinera donde deberían haber parado. Quizá sea un error del GPS. Quizá estén allí parados. O quizá sea todo una casualidad.

Una casualidad cabrona.

No te engañes. Algo tiene que haber sucedido.

Chupa de Cuero arranca sin saber lo que se encontrará al llegar.

En mitad de la estepa vallisoletana Nico
continúa sangrando. Sus constantes vitales se
debilitan cada vez más.

4

El encuentro con la joven dependienta le ha demorado, sí. Pero, al menos, ha conseguido un lugar donde dejar aquel marrón.

Alma le ha estado ayudando a trasladar los paquetes de Coca-Cola desde el túnel de lavado hasta el interior del almacén.

Después de seis viajes empujando la carretilla está exhausto. Las piernas le tiemblan. Al fin, este va a ser el último.

Y ya empieza a clarear.

—¿Tienes KH7 y un trapo? —le pregunta a Alma.

La chica saca uno de debajo del mostrador y señala hacia uno de los lineales de la tienda.

—Allí tienes el limpiador.

—Gracias —responde mientras coge una de las botellas.

Al llegar a la furgoneta se inclina sobre Nico. Saca de su chaqueta un fajo de billetes. Los cuenta. Veinte de cien y diez de doscientos.

Billetes amarillos. Son caros de ver los de ese color. Nunca mejor dicho.

Cuatro mil euros entre sus dedos. Los guarda.

Lino saca el trapo que le ha dado Alma y pulveriza un poco de limpiador en él. Limpia manetas, parasol, salpicadero, cinturón de seguridad, candado… Limpia partes que ni siquiera recuerda haber

tocado. Su puerta, por ejemplo. Pero por si acaso. Hace lo mismo con el salpicadero o con su trozo de techo.

Así estará bien. Eso piensa.

No se lo van a trabajar mucho más. El ADN sería de locos. Muy de Hollywood. ¿Cómo se van a tomar esas molestias por un simple accidente de tráfico?

En fin, ya está todo.

Todo limpio y la carretilla cargada con los últimos bultos. Echa un último vistazo con la linterna. Diría que está todo controlado, aunque siente que se olvida algo. Como cada día cuando sale de casa y regresa al momento pensando que hay aún un fogón encendido. Esa misma sensación de dejarse algo por hacer.

Pero no, seguro que es una falsa alarma. Tu inseguridad, Lino.

Adiós. Adiós. Que el sol ya está asomando. Hay que despedirse.

Empuja la carretilla sabiendo que no va a regresar. Una extraña sensación de nostalgia le invade. Le resulta difícil dejar allí a Nico, por supuesto, pero sabe que no es eso. Seguro que pronto le atenderán.

Es otra cosa.

De vuelta en la gasolinera deja la carretilla en el almacén y se dirige a la tienda. Alma está vaciando una botella de ginebra en un vaso de cartón.

—Toma —dice Lino—. Aquí tienes tus dos mil.

La joven se acerca con los ojos muy abiertos.

—Vaya —dice arrojándole a la cara su aliento alcoholizado.

Alma duda varias veces antes de coger el dinero. Como si al hacerlo fuese a cruzar una línea.

Pero finalmente los agarra con decisión. Rápido. Indoloro. Como quitar una tirita.

—Los necesito demasiado.

—Te entiendo. Tal y como están las cosas…

—Si tú supieses…

Ambos sonríen. Un instante de ternura interrumpido por la aparición, en el horizonte, de un vehículo de la Guardia Civil.

—Keynes —le advierte Alma—. Mira.

Lo ve.

—Mierda.

Lino corre hacia la parte trasera.

Tal y como era de esperar, el coche de la Benemérita se detiene junto al montoncito de nieve que ha dejado en el arcén.

Bajan dos agentes. Ya ha visto suficiente.

Regresa al almacén. Alma está descargando los packs de la carretilla.

—¡Gracias! —dice uniéndose a ella—. Una cosita —sigue Lino al cabo de un momento—. ¿Esa furgoneta de ahí fuera es tuya?

Alma asiente.

—¿Te importaría llevarme a la estación de autobuses más cercana?

—Tengo que abrir la tienda en… —mira su móvil— media hora.

—Entiendo. E imagino que estará…

—A diez minutos. León está a diez minutos. Supongo que tengo tiempo. —Deja el último bulto en el suelo—. ¡Vamos!

Salen de la gasolinera por la puerta trasera del almacén, muy cerca de la furgoneta de Alma. Ella lleva en la mano una botellita de agua sin etiquetas. Se acerca a la puerta del conductor y arroja un

poco del líquido en la maneta y en la zona por donde se abre. Al acabar se dirige al parabrisas.

—¡Mierda! —exclama Lino—. Ahí vienen más.

Otro coche de la Guardia Civil, un camión de bomberos y una ambulancia se acercan a lo lejos. Durante algunos segundos siente que le falta la respiración. Lo ve todo borroso pero con una extraña y perturbadora luminosidad. Como si se tratase de un sueño nevado… o de una pesadilla.

Alma rocía el parabrisas con el mismo líquido y le mira.

—Una mezcla de agua con alcohol —le dice.

—No parece que actúe muy rápido.

—No. No es mágico —responde la joven al mismo tiempo que abre la puerta de la furgoneta y arranca el motor—. Pero ahora pongo la calefacción y ya.

La chica cierra la puerta del coche y desaparece en el interior del almacén. Él observa cómo la comitiva se detiene tras el vehículo de la Guardia Civil que había llegado primero.

¿Qué hago? ¿Qué hago?

Instintivamente saca la tarjeta de cliente de Carrefour y empieza a rascar la escarcha del parabrisas, que ya empieza a deshacerse.

—Espera.

Alma reaparece junto a él con una rasqueta de plástico. En apenas unos segundos abre un claro en el parabrisas.

A lo lejos una pareja de guardias civiles se acerca a la estación de servicio caminando por el arcén.

—¡Vamos! —dice Alma abriendo la puerta del conductor—. Entra.

Lino se zambulle dentro de la furgoneta. Trata de saltar al asiento trasero pero el abrigo se le engancha con el cambio de marchas.

—Vamos, pasa para atrás.

—¡Eso intento, carallo!

Al revolverse mientras trata de liberarse siente un latigazo. Es su dedo muerto. Grita.

—Se están acercando.

Al fin logra soltarse como puede. Aterriza en la parte trasera, sobre un colchón con edredones y sábanas revueltas. Apesta a alcohol destilado.

Alma se sienta al volante y acciona la llave. El motor de arranque chirría varias veces. La joven se vuelve hacia él.

—La batería está fría. Tranquilo.

Vuelve a girar la llave y el motor vuelve a chirriar.

Lino acerca la cara a la luna trasera y coloca los ojos entre los claros que dejan las resistencias térmicas.

Están llegando.

—¡Arranca, por favor! Arranca.

—Voy, voy.

Alma vuelve a darle a la llave y, al fin, el motor empieza a rodar.

Lino resopla aliviado.

Dan la vuelta por la parte trasera hasta llegar a la zona donde se encuentran los surtidores. Lino se tiende por completo sobre el colchón.

—Ahí están —dice Alma mientras hace el stop frente a la carretera —. Deben de estar buscando testigos.

Lino cierra los ojos.

—Tira.

—No puedo, no dejan de pasar coches.

—Tiraaaa.

—¡Que no! Ya están aquí.

Lino agarra el edredón, las sábanas y todo aquel revoltillo y se cubre con él. Las botellas de alcohol ocultas bajo las sábanas tintinean. De pronto escucha un par de golpes contra el cristal y el motor del elevalunas accionándose. Un frío cortante le hiela de golpe los huesos.

—Buenos, días, señora. Agente Morilla, de la Guardia Civil. ¿No ha repostado usted, verdad?

—No, agente. Yo trabajo en la gasolinera.

Escucha cómo este le dice algo a su compañero.

—Perfecto entonces, señora. ¿Lleva mucho rato aquí?

—Toda la noche.

Silencio.

El agente mira al interior.

Suena el despertador en casa de la sargento Martínez. Lo apaga aprisa. La peque por fin se ha dormido. Sus párpados pesan. No, no, Lidia, no te duermas, llegarás tarde a la central.

5

Chupa de Cuero mira por el retrovisor interior. Fran se ha quedado dormido con los auriculares puestos.

Fran es el hijo de César, el jefe. Y César es un apasionado del jazz. Quizá por eso le ha castigado con él durante todo el trayecto. A él le parece música de ascensor. Hilo musical de hotel caro.

Al llegar a la gasolinera se cruzan con una furgoneta que sale. Chupa de Cuero se fija en ella. No es la de Nico. Una pareja de la Guardia Civil camina por el arcén en dirección a un montón de vehículos de emergencias. En la pantalla del reproductor puede leer «Fables of Faubus», de Charles Mingus. Baja el volumen al mínimo para poder concentrarse.

—Qué coño… —dice César—. Pasa de largo.

Fran se despereza.

Chupa de Cuero continúa conduciendo por la N-601 hasta dejar atrás el dispositivo de emergencias.

—Parece un accidente —dice mirando por la ventanilla.

—No me digas —responde César—. ¡Para!

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

Obedece y detiene el coche justo enfrente de uno de los camiones de bomberos. Al volver a mirar por el retrovisor se encuentra con los

ojos del jefe fijos en él. Le entra un escalofrío. Se siente desnudo. Como si supiese algo.

—¿No ves la furgoneta? —pregunta al fin.

—¿Cómo?

Antes de dar una respuesta coherente, vuelve a mirar hacia el horizonte. Tarda algunos segundos en procesar lo que ve. Ahí está. Volcada tras los arbustos. La cabeza le arde.

Tiene que ser esa. Hostia. Menuda cagada. Han tenido un accidente justo antes…

—Es justo donde me marca el GPS —afirma César, que sigue mirándole por el retrovisor.

No sabe qué hacer. Y lo peor es que el jefe y el inútil de su hijo tampoco mueven un dedo. Todo raro.

Uno de aquellos guardias civiles sí que sabe lo que hacer. Se acerca a ellos y da unos golpecitos en la ventanilla del acompañante. Él la baja.

—¿Qué hace aquí parado? Circule, por favor.

—¿Ha pasado algo, señor agente? —pregunta mientras ve por el retrovisor cómo el jefe pone los ojos en blanco.

—¿Es que no tiene ojos en la cara? —pregunta el policía—. Vamos, tire.

—¿Hay algún herido? ¿Algún fallecido?

—¿Qué más le da a usted? ¡Vamos! Circule.

El agente da media vuelta y regresa al campo nevado, donde habla con dos bomberos.

—Vuelve a la gasolinera —ordena César.

Arranca despacio, con cuidado de que las ruedas enfundadas no patinen. Continúa unos pocos kilómetros hasta que encuentra un

lugar seguro y alejado donde hacer el cambio de sentido. César sigue sin decir una palabra. Por el retrovisor observa cómo Fran mueve los labios al son de la canción que suena en sus auriculares.

Conduce hasta detener el coche en la parte trasera de la gasolinera, frente a un túnel de lavado fuera de servicio. César se baja y él le imita. Mientras tanto, Fran se queda en el interior, ajeno a todo lo que sucede a su alrededor.

—Voy un momento al baño —le dice al jefe.

Este asiente sin apenas mirarlo. Le parece ver incluso una mueca de desdén mientras camina hacia el extremo más cercano al dispositivo, desde donde puede ver la furgoneta rodeada de bomberos y sanitarios.

Le deja allí y se dirige a la parte delantera de la estación de servicio. La tienda todavía está cerrada y el acceso exterior a los lavabos también. Aun así, se asegura de que el jefe continúa lejos y entonces saca el teléfono móvil. Llegados a este punto, ninguna llamada puede arruinar ya el plan.

El plan ya está arruinado del todo.

Llama, pero el teléfono en el otro extremo está apagado o fuera de cobertura. Hostias, le han traicionado. Marca el otro número y obtiene el mismo resultado. También apagado. Seguro que —tal y como le habían advertido— se habrán ido al ver que no contactaba con ellos.

Regresa a la parte trasera y se encuentra al jefe allí plantado, de espaldas, con su gabardina cubriéndole todo el cuerpo y observando a través de unos prismáticos.

—¿Qué hay? —le pregunta.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

César se vuelve hacia él y le clava los ojos.

—La furgoneta. Está vacía.

Aquellas palabras suenan como uñas arañando una pizarra dentro de su cabeza.

—No puede ser.

El jefe asiente taciturno.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no puede ser?

—Pues no sé. ¿Quién podía saber que iban a tener un accidente? ¿Eh?

El jefe entorna los ojos como si esperase una confesión. Pero regresa a sus tareas de vigilancia.

—Pues ha pasado —responde en voz baja.

¿Qué hostias ha sucedido? No entiende nada, pero ahora sí que ha llegado el momento de esfumarse.

—¿Y Nico? —pregunta Chupa.

—Hay una camilla con una manta térmica.

—Y no… ¿no hay nadie más?

César vuelve a girarse hacia él.

—¿Por qué iba a haberlo?

—No sé, no sé. Quizá le ayudaba alguien que…

—¿Que qué? Nico trabaja siempre solo.

—Ya, ya, pero no sé, no fuera que esta vez hiciese una excepción y…

—O quizá —le interrumpe— alguien que conocía el trayecto le ha interceptado y ha provocado el accidente para poder llevarse la carga, ¿no?

No le gusta nada el cariz que está tomando la conversación.

—Pero si eso solo lo sabemos nosotros.

César asiente.

—Ya. Eso pensaba yo —responde volviendo a mirar por los prismáticos.

—Quizá deberíamos desaparecer los dos —reconoce.

—Ya veremos. Yo no he hecho nada mal. ¿Y tú?

—No, no. Yo tampoco. Pero sé realista. Poco le va a importar a doña Carmen.

—Eso déjamelo a mí.

La misma furgoneta blanca con la que se han cruzado al llegar irrumpe en la conversación. De ella baja una chica con un chubasquero oscuro. Rápidamente abre la puerta trasera de la gasolinera y se pierde en el interior.

César guarda los prismáticos y se dirige hacia la tienda. Él le sigue poco después.

—Hola, señorita —dice el jefe al entrar.

—Buenos días, caballeros. ¿Qué desean?

—Yo un cortado para llevar y mi compañero…

Chupa de Cuero niega con la cabeza y con una leve mueca de asco se acaricia la barriga.

—Yo nada, nada. Estoy lleno.

La chica se da la vuelta y prepara el café.

—Menudo accidente, ¡¿eh?! —dice César.

—Pues ya ve. La gente no está acostumbrada a conducir con nieve.

—Ya veo, ya. Vaya castañazo.

La joven dependienta le sirve el café al jefe en un vaso de cartón mientras él se dedica a deambular por la tienda en busca de alguna

cámara. Por extraño que parezca no ve ninguna en el interior. Fuera sí que hay una.

—¿Ha sido grave? —pregunta César.

—No lo sé, ahí siguen.

—¿Lo escuchó? Debió de ser fuerte.

La chica levanta las cejas un poco extrañada.

—No, no oí nada.

—Entiendo —responde el jefe mientras bebe un poco de café—. Y cuando pasó, ¿le pareció que alguien se detenía a socorrer a los accidentados?

—Sí, claro. Ahí los tiene a todos.

—No, no. No me refiero a los servicios de emergencia, sino a alguna otra furgoneta o camión que parase para…

La joven parpadea pensativa, se sirve un poco de ginebra en un vaso de cartón y le da un trago.

—Yo estaba durmiendo cuando pasó, señor. ¿Qué son ustedes? ¿De la policía? Lo digo porque hace un rato que he hablado con uno de sus…

—No, no, por favor. No me malinterprete. Solo soy un poco curioso. Y, bueno —mira hacia ambos lados y adopta un tono de confidencia—, eso y que soy escritor de novela policiaca —dice guiñando un ojo.

—Aaah —responde la chica con una sonrisa—. Menudo susto. Pues que sepa que a mí me encanta Michael Connelly.

Su jefe le dedica una sonrisa a la joven dependienta que él sabe interpretar como que no tiene ni puta idea de quién es ese Michael Connelly. Cerdo.

Mientras el jefe continúa con su charla él se dirige por segunda vez al baño. Se excusa diciendo que antes estaba cerrado. Al llegar se encierra y vuelve a marcar los números. Ambos teléfonos continúan apagados o fuera de cobertura. De pronto, unos golpes en la puerta le sobresaltan.

—Pero ¿qué hostias está pasando?

Abre y se encuentra al otro lado el abundante cuerpo y la cabeza rapada de Fran, el hijo del jefe. Continúa con los cascos puestos y masca chicle. El chaval se sube la cremallera del chándal y le hace un gesto con la cabeza para indicar que se largan.

—Nos vamos.

Al salir se encuentra al jefe en el asiento trasero del Mustang. Su hijo Fran se sienta junto a él. Desde allí puede ver cómo ha llegado una grúa al lugar del accidente. Eso le vuelve a recordar el calamitoso desastre de su plan.

—Vamos, arranca —dice el jefe cuando Chupa de Cuero se sienta al volante.

—¿Adónde vamos?

—Sigue a la ambulancia.

El sonido del teléfono despierta a Nirvana. Es la Guardia Civil. De Atestados. Su marido ha sufrido un accidente. Está grave.

6

No es solo un recuerdo. Es su primer recuerdo. Lino tendría cinco años y su hermano Nico, nueve o diez. Era el mayor.

En el balconcito del piso donde vivían, papá tenía un cenicero de la ferretería Iturmendi. La memoria, a veces, es así. Caprichosa. Uno recuerda estas cosas. Quizá mezclando ese pasado con otros pasados más recientes. De forma que los recuerdos se acaban convirtiendo en masas unidimensionales, unitemporales y amorfas. Porque él siempre supo que aquel cenicero era de la ferretería Iturmendi, aunque aquel día todavía no sabía leer.

Y no pudo leerlo nunca después, porque precisamente aquel día lo rompió. No recuerda cómo fue, pero ese cenicero acabó en el suelo hecho añicos. Y fue cosa suya.

Papá apareció con las mejillas enrojecidas y caminando deprisa hacia él pero, antes de que pudiese decir nada, Nico apareció a su lado.

—He sido yo —dijo.

Y ese es el primer recuerdo que tiene de su hermano. Para él ese es el día en que lo conoció.

A partir de ahí todo es confuso. Todo se mezcla. Lo que vio con lo que quería ver y lo que entendió con lo que entendería con el tiempo.

Después de decir aquello —de autoinculparse— Nico salió corriendo. Huyendo. Puede que a su habitación, puede que a cualquier otro lugar. Desde ese momento hay un vacío en su cabeza. El tiempo salta. Puede que pasasen dos minutos o veinte, pero cuando Nico salió con los ojos llenos de lágrimas, él estaba jugando en el comedor con un parking y unos cochecitos de metal.

—Nico, ¿juegas?

—Ahora no, Lino. —Y desapareció.

Aquel día se enfadó con él por no querer jugar. Le deseó cosas que un niño no debería desear a su hermano. Pero así fue. Él solo quería pasárselo bien.

Cuando con los años los recuerdos fueron cobrando sentido se arrepintió de aquellos deseos.

Pero en aquel momento siguió dejando caer por la rampa sus cochecitos de juguete.

Papá salió poco después. Mamá no estaba en casa. Trabajaba mucho y llegaba tarde. Él era distinto. Trabajaba a temporadas. Y cuando lo hacía todo iba mejor.

De aquel día ya no recuerda nada hasta la hora de dormir. Cuando al ponerse el pijama vio las marcas en la espalda de Nico.

—¿Qué es eso, Nico?

—¿El qué? —preguntó su hermano extrañado.

—Eso de ahí —dijo señalando su espalda desnuda.

—Ah, sí —sonrió—. La silla, que me ha dejado marca.

Y él se conformó con esa respuesta. Con cinco años uno no piensa que papá hubiese podido hacer eso.

Nico dormía arriba. Recuerda que en su lado de la cama, en la pared, tenía unas pegatinas de dibujos animados y héroes siderales.

Cosas de niños. Otra vez los caprichos de la memoria. Quizá también aquello fuese un recuerdo posterior, pero lo que seguro que no lo era es lo que sucedió después.

Mamá y papá estaban en la habitación contigua. Empezaron a discutir. Nico saltó de la litera y le dijo «escucha esto», mientras le ponía unos auriculares enormes con una música horrible a todo volumen.

Y después se puso a llorar.

Nico sabía que discutían por él. Y sabía cómo acabaría aquello.

Era el mayor.

El ruido de un móvil le devuelve a la butaca del autocar. Lleva horas atrapado ahí, soportando el olor a pedo perfumado. A su lado viaja un chaval con chándal y los ojos pegados a la pantallita. Uno como tantos otros. Uno que podría ser alumno suyo.

Aparta la mirada de él y reposa los ojos en el respaldo de delante. La tela está manchada. No quiere pensar de qué.

Lino resopla y vuelve a mirar por la ventanilla.

Hace un año no hubiese estado allí, volviendo de meterse en un lío para sacar algo de dinero. No. Hace un año tenía un piso, una esposa, una hija a la que veía todos los días. Creía ser feliz.

Ahora comparte piso, cuenta la calderilla y espera a que un juez le diga cuándo puede ver a su hija. Oh, Rebeca, cómo te echo de menos.

Ha tenido que aprender a viajar ligero de equipaje.

Hasta ahora, cuando el equipaje amenaza desde la trastienda de una gasolinera en mitad de la nada.

Con mucha dificultad, los médicos tratan de detener la hemorragia y estabilizar las constantes de Nico.

7

La sargento Lidia Martínez se repite por enésima vez que debería haber alargado la excedencia. Se arrepiente de no haberlo hecho. Especialmente los fines de semana, cuando trabaja y tiene que dejar sola a la pequeña. Bueno, no está sola, está con su padre. Pero ella sabe que para una niña de ocho meses eso es como estar sola. Papá es transparente a unos ojos que lo único que buscan es el consuelo de mamá, el calor de mamá y bueno, sobre todo, la teta de mamá.

Llega a la central sonriente. Disimulando que tiene el cerebro frito. Disimulando las cuatro veces que se ha despertado para dar el pecho a la peque.

La niña lleva días nerviosa. Seguro que sueña con que la vuelve a abandonar en la guardería.

Y no se equivocaría.

—Llegas tarde —le dice Sarabia asomando la cabeza por encima del cubículo.

—Lo sé.

—Pero mucho. Son las once.

—Tengo reloj.

—No, no lo tienes.

—Ja, ja, ja.

—Lo que tienes es una carpeta nuevecita, eso sí. Te la ha dejado la valija de Valladolid hace nada —dice señalando a su escritorio.

—¿Qué será, qué será? —le responde levantando las cejas repetidamente.

—Ábrela, ¿no?

—Qué poca paciencia tenéis los fachas, de verdad.

—Vamos, abre.

—Es de la Agrupación de Tráfico —informa algo sorprendida.

—Sí, eso ya lo he visto.

—¿A estos son a quienes les han comprado unos Cupras, no?

—Eso se dice.

Pegado a la carpeta, hay un pósit con un número de teléfono.

—Pone que llame. ¿Qué querrán?

Marca el número mientras se sienta en su silla.

—¿Diga? —responde una voz masculina al otro lado de la línea.

—Soy la sargento Martínez, de la UCO. Tengo un expediente con una nota sobre mi mesa.

—Sí, sargento Martínez. Soy el agente Morilla, de la Agrupación de Tráfico. Hemos tenido…

—Un momento, un momento, agente. ¿Es verdad eso de que os han comprado un montón de Cupras?

—Emmm, sí, ¿por?

Silencia el móvil y se dirige a Sarabia afirmando con la cabeza.

—Pero a nosotros nos basta con nuestro puto Dacia de mierda, ¿no? —le dice este—. Tú eres una mujer del pueblo.

—Vete a la mierda, viejo —responde sacándole la lengua.

—¿Oiga? —insiste la voz al teléfono.

—Perdone, perdone, agente. No, por nada. Os cuidan bien, ¡eh!

—Bueno, sí, supongo. Entre usted y yo preferiría que me subiesen un poco el sueldete.

—Pues está usted hablando con la persona equivocada.

Ambos se carcajean bajo la expectante mirada de Sarabia.

—A ver. Como le decía, hemos tenido una intervención a primera hora. Una furgoneta se ha salido de la carretera en la nacional N-601 entre León y Valladolid. Ha dado varias vueltas de campana.

—¿Fallecidos? —pregunta al tiempo que saca los documentos del atestado de la carpeta.

—Un herido muy grave que se encuentra en coma. Nada más.

—¿Y en qué les puedo ayudar?

—Verá. No lo vemos claro para darle carpetazo. Creemos que había alguien más. Alguien que no alertó a los servicios de emergencia.

—No parece un caso para…

—Espere, espere —interrumpe el agente—. La maniobra parece un tanto brusca. Es cierto que está todo nevado y que la carretera de madrugada debía de estar helada, pero hay cosas que no nos cuadran. El maletero estaba abierto. Y tenía un candado. No ha sido por el golpe. Además…

El agente Morilla hace una pausa.

—¿Además qué? —insiste Lidia.

—Qué el herido estaba tapado con su abrigo.

—¿Tapado?

—Sí. Alguien le tapó. Si no lo hubiesen hecho, estaría muerto. Me lo dijeron los sanitarios. Entre la pérdida de sangre y el frío…

—¿No pudo ser alguien que acudió a socorrerle?

—No. El vecino que alertó del accidente lo encontró ya así.

—Está bien. Le echaremos un vistazo.

—Les he dejado un pendrive con las fotografías que hemos hecho antes de que llegasen los bomberos, la contraseña es «zapatilla54» y la furgoneta está en el depósito de Valladolid.

—¡Vaya! Entonces ya iremos a verla con nuestro súper Dacia Duster.

Risa nerviosa del agente y despedida.

—¿Qué pasa? —pregunta Sarabia.

—Pues un accidente que puede que no sea un accidente con —mira uno de los documentos— un hombre de treinta y cuatro años en coma en el hospital de Valladolid.

—¿Por qué lo sospechan?

—La furgoneta tenía el candado del maletero abierto y sin forzar, ven una maniobra brusca… y el herido estaba tapado.

Juanjo levanta las cejas.

Lidia saca el pendrive de la carpeta y lo introduce en el ordenador.

—No entiendo que esto sea más seguro que Dropbox —dice al mismo tiempo que introduce la contraseña.

Sarabia se levanta rascándose un poco el culo y se pone justo detrás de su silla.

—No sé qué es eso.

—¿El qué?

—Eso que has dicho. Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Venga, va, no seas zorra.

—Quiero que lo digas. Me encanta tu inglés.

—Que no.

—Soy su superior, cabo.

—Cabo primero.

—Eso, primero diga Dropbox.

—Que te den por culo.

—Mmmmmm... Cómo sabes lo que me gusta.

—¡Venga, va, dale!

—Voy, voy —dice mientras abre la primera carpeta—. Que esto va muy lento, joder. Cómo me gusta mi trabajo, por Dios.

Al fin abre el primer archivo. Sarabia observa de pie tras ella mientras va pasando todas las imágenes hasta llegar a la número 35.

—No llevaba el cinturón.

—O se lo quitaron —añade Sarabia.

—Puede ser, pero está bastante hecho polvo como para haberlo llevado. Eso lo confirmaremos en el hospital.

—Vuelve a ponerlas —pide su compañero.

Lidia vuelve a pasar el carrusel de fotografías.

—No sé de qué dudaban estos de Atestados. Está lleno de pisadas alrededor. No cuesta mucho verlas en la nieve.

—Pueden ser de los de la ambulancia o de algún compañero.

—No, no. Son de antes. —Vuelve a detenerse en una de las imágenes—. Y mira aquí: hay marcas en línea, así como paralelas, ¿no?

Sarabia se rasca el bigote mientras observa.

—Pues eso parece. ¡Ya está! La camilla.

Lidia se gira hacia su compañero y da una palmada.

—Senectud.

Sarabia le mira.

—¿Cómo?

—Cuando mi madre empezó a perder la memoria inmediata me dijeron que estaba en la senectud. Aprendí esa palabra y me acaba de venir a la cabeza.

—¿Qué coño dices?

—Pues que ya has alcanzado la senectud. Enhorabuena. Ya no recuerdas lo que acabo de decirte. La ambulancia llegó después —dice remarcando las sílabas de esta última frase.

Sarabia resopla.

—Quizá se equivocan.

Lidia coge el teléfono y vuelve a marcar el número de Atestados. Al otro lado le responde de nuevo la misma voz.

—Agente Morilla.

—A ver, Morilla. Soy la sargento Martínez, de la UCO, acabamos de hablar. ¿Me confirma que esas fotos están hechas antes de que nadie haya marraneado por allí?

—¿Cómo?, ¿marraneado?

—Sí, antes de que vosotros pisaseis por la zona y llegase la ambulancia con su camilla, los bomberos, etc.

—Sí, sí. Las hice yo personalmente mientras esperábamos.

—¿Y cómo hizo las fotos interiores sin pisar? ¿Levitando?

Hubo un silencio al otro lado.

—Bueno, sargento, para esas me acerqué.

—Entonces ¿en qué quedamos?

—Pues primero hice las fotos así del accidente y después las del herido, el interior…

—Entiendo. Entonces concluimos que las imágenes de plano general son las primeras que hizo y las de primer plano después. Lo

digo porque no sé si se ha fijado, pero hay unas marcas y unas pisadas en el suelo.

Hubo otro silencio.

—No, no me fijé, sargento. Y no querría ofenderla, pero ¿y si mira la hora de las fotografías? En los archivos aparece la hora exacta en la que fueron hechas. Es más, el orden en el que aparecen numeradas es el mismo en el que las hice.

—¿Y qué quiere decir con eso, agente?

—Pues que si por error tomé algún plano general después de acercarme a hacer las otras lo verá. Esas pisadas podrían ser mías, sí.

—Entiendo. Muchas gracias, agente.

—A usted.

Y el agente tenía razón. Las primeras fotografías eran de planos generales del siniestro desde distintos ángulos y posteriormente había realizado las fotografías del interior. Debería dormir más.

—Nada. Todo eso es anterior, así que no es la camilla. Allí había por lo menos una persona dando vueltas alrededor y algo que hacía líneas rectas.

—¿Una carretilla? —se aventura Sarabia.

Lidia abre los ojos de forma exagerada, teatral, histriónica.

—¡Cabo! Muy buena idea.

—No me tomes el pelo.

—¿Por qué?

—¿No se te había ocurrido?

—Duermo muuuuy poco.

Sarabia señala la fotografía que está en pantalla.

—A ver. Me has dicho que habían abierto el candado y es una furgoneta vacía, con las marcas solamente por la parte trasera.

—Sí, sí. Un robo.

Sarabia sonríe satisfecho.

—Se supone, amigo, que la joven y brillante promesa soy yo, no tú.

—Bueno, yo tengo los huevos pelados de vivir.

—Me pillas en baja forma. Tendrías que probar a ser madre de una bebé de ocho meses.

—Tres tengo yo.

—Y de bebés no debías de tocarlos ni con un palo.

—No tienes ni…

—¡Vamos, viejo! —le interrumpe Lidia echando la silla para atrás —. A por el súper Dacia, que nos vamos a Valladolid.

Chupa de Cuero, César y su hijo montan
guardia frente al hospital de Valladolid. Esperan
su oportunidad para visitar al herido. Buscan
respuestas.

8

Al llegar a la estación del Norte de Barcelona Lino coge un taxi hasta Badalona. Está cansado. Necesita dormir. En dos días se ha tenido que conformar con pequeñas cabezadas en la furgoneta y en el autocar.

Ya en la puerta de casa siente un miedo atroz. Insuperable. Como cuando escuchaba a papá llegar a casa… de donde fuese que viniese cuando estaba en paro.

¿Y si van a por mí? De alguien tiene que ser todo aquello. Tendrá un dueño. Alguien lo estará buscando. No pasa nada, Lino, no pasa nada. Si eso sucede les dirás dónde está todo y ya está. Lo recuperarán. Problema resuelto. Al fin y al cabo incluso les habrás hecho un favor rescatando la mercancía. Todo se arreglará.

Se calma y abre la puerta.

—Hola —dice plantado en mitad del salón.

Megan y Faisal continúan atentos al televisor. ¿Qué clase de serie puede congregar en un mismo sofá a una ravera yanqui y a un mecánico paquistaní?

Lo ignora.

—Hola —repite.

—Shhh —dice Megan señalando la tele— Ahí, ahí. El beso de Jon Snow y Daenerys.

Le queda claro que allí nadie se ha enterado de que ha estado ausente. Eso es lo bueno de ser invisible. Bueno si pasa por allí la policía. Bueno si pasan los otros.

—No ha venido nadie preguntando por mí, ¿no?

Faisal coge el mando de la televisión y apunta hacia él.

—Baja voz —dice.

De acuerdo.

Se encierra en su habitación y abre el cajón del escritorio donde guarda su teléfono móvil. El personal. El que no se llevó. El que dejó en casa por seguridad.

Al desbloquearlo, los dos dedos vuelven a embarrancar. Se le quedan atascados y eso le hace recordar, una vez más, que puede estar sufriendo una enfermedad neuronal. Conoce casos en los que todo empezó por prácticamente nada, algo muy simple, apenas un detalle, una minucia, un dedo tonto. ¿Un ictus, quizá? Puede ser. Alza los dos brazos y comprueba que los levanta por igual. Tiene fuerza en los dos. Va al lavabo, se mira al espejo y le dedica una perturbadora sonrisa de Joker. Bien, todo bien. Un síntoma claro del ictus es cuando media cara se te queda como muerta. Eso le dijeron cuando le sucedió a su abuela y tuvo que llamar al 061.

De vuelta en la habitación coge otra vez el móvil. Lo ha dejado silenciado y cargando en una batería externa durante toda su ausencia. Por si acaso. Tiene seis llamadas perdidas. El teléfono vuelve a sonar justo antes de que pueda consultarlas.

—¿Diga?

—Lino, soy Nirvana.

Siente un escalofrío. Hielo en las sienes. Ardor en el pecho. Aquella voz, aquella voz tan desconocida pero tan familiar. Un millón

de pensamientos le sacuden la cabeza.

—¿Nirvana?

—Sí, Lino. Soy yo. —Antes de que pueda responder, ella se le adelanta—. Verás. Te llamo porque Nico…

Nirvana gimotea.

—¿Qué pasa?

—Que Nico… ha tenido un accidente. —Nirvana solloza—. Ha sido esta madrugada. Está muy grave.

—No…

—Sí, Lino. Está muy mal. En coma.

Lino responde a los sollozos de Nirvana con más sollozos.

—Te llamaba por si… por si quieres verle.

Duda durante algunos segundos. Aunque lo cierto es que sabía que eso iba a suceder. Está preparado.

Vuelve a llorar.

—Claro, Nirvana, claro. Iré para allí. ¿Dónde está?

—Le van a trasladar desde Valladolid al hospital de la Paz, aquí en Madrid.

—¿Valladolid?

—Sí, lo han estabilizado allí, era el hospital más cercano al accidente, pero parece que necesita neurocirugía de urgencia, no sé, Lino, no sé. Dicen que está crítico. Eso me han dicho.

Lino hace una pausa dramática y llora un poco más.

—No puede ser, Nirvana, no me lo puedo creer. Seguro que se pondrá bien. Ya lo verás.

—No lo sé. No lo sé.

Después de unos segundos de silencio Nirvana vuelve a hablar:

—Lino.

—Dime.

—No sé cómo decirte esto pero… —Suspira—. ¿Necesitas dinero? Puedo hacerte un bizum a este mismo número.

Lino se queda desconcertado, ella es experta en eso, siempre lo ha sido.

—¿Por qué?

—Ya sabes. Por si, no sé, por si no tienes…

—Tengo, tengo.

—Claro, claro. Seguro que ahora te va todo fenomenal.

—Sí, eso es. Nos vemos pronto.

Lino deja caer el móvil sobre la cama como si le quemase. Mira por la ventana durante algunos segundos: unos niños juegan en la calle. Él siente en el pecho esa presión que precede a las malas decisiones.

Echa un vistazo a la prensa, carallo.

Enciende el portátil. El tiempo que tarda en arrancar se le hace eterno. Maldito trasto.

Por fin se pone en marcha.

Abre el navegador y prueba con distintas búsquedas: «accidente en la N-601», «accidente entre León y Valladolid»… y los resultados son muchísimos, pero casi todos relacionados con noticias antiguas. Finalmente encuentra un titular de un medio local de León que dice «Herido crítico en la N-601» y debajo, en el subtítulo, «Sospechan de robo en accidente de madrugada».

Mierda, mierda, mierda.

No estoy hecho para esto. Qué mala suerte la mía.

Sin darse cuenta abre una hoja de cálculo en el ordenador. No sabe por qué lo hace, pero eso le devuelve a un lugar seguro. A una

zona de confort controlada. Un excel es casa. Piensa en qué fórmula puede introducir o qué podría calcular.

Pero ¿qué haces, idiota?

Sí. Mejor empieza a buscar unos billetes de tren para Madrid, porque ahora ya solamente te queda seguir hacia delante, Lino. Disimular y cruzar los dedos para que todo vaya bien y nadie sospeche nada.

Alea iacta est. La suerte está echada.

El tren sale en una hora y media. No puede perder ni un segundo. Tiene el tiempo justo para llegar a la estación desde Badalona. Recoge las cosas, prepara su mochila y entonces recuerda que debe avisar a Peinado. Busca en la agenda del móvil «Peinado jefe».

—¿Lino? —responde la voz del director al otro lado—. ¿Por qué me llamas en festivo? ¿No ves que estoy con la familia?

—Verá, señor. Mañana voy a tener que ausentarme…

—¿Cómo? —le corta—. ¿Otra vez al médico? ¿Qué es esta vez? Espero que el psiquiatra. Tanto médico y no hay forma de que vayas al psiquiatra.

Lino piensa un momento en el director. Se lo imagina encajado en un velatorio donde él le va a ver. Está maquillado y tieso. Tiesísimo. Saluda a su mujer, a sus hijos, les da el pésame, los abraza…

—¿Lino?

—Sí, sí, señor. No, no tengo visita pero sí que tengo que ir a un hospital. Mi hermano ha sufrido un accidente muy grave. Le están interviniendo de urgencia ahora mismo. En Madrid.

Peinado permanece algunos segundos en silencio.

—Vaya. No sabía que tuvieses un hermano —dice ahora más calmado.

—Lo tengo, señor.

—Pues ahora me buscas un problema, Lino. ¿Cómo encuentro yo hoy a alguien que te sustituya mañana?

—No lo sé, señor. Pero creo que tengo días por…

Otro silencio más…

—En fin, Lino. Eres un problema. Siempre. Pide justificante.

La línea se queda sin señal. El jefe ha colgado.

A 700 kilómetros de allí, Martínez y Sarabia
visitan al herido y hablan con los médicos.
Queda confirmado. No llevaba puesto el
cinturón de seguridad.

9

César irrumpe en Madrid por la A-6. Al volante va Chupa de Cuero. Avanzan bajo un cielo plomizo. La calefacción escupe un aire caliente que no logra aplacar el frío que siente en los huesos.

César mira la ciudad por la ventanilla. El asfalto está húmedo. Han caído cuatro gotas pero enseguida ha parado de llover. Acaban de dejar a su hijo Fran cerca de casa. Enseguida estará de vuelta con la moto. Y la Glock.

Probablemente ya les esté siguiendo.

La visita al hospital de Valladolid no ha servido de nada. La espera ha sido eterna, sin nada que hacer ni que decir salvo mirar relojes, saludar a los sanitarios y sospechar de todo el mundo.

¿Y esa pareja que ha pasado por delante?

El viejo fumando y ella muy normal.

Cuando uno lleva tantos años en el negocio sabe leer en la forma de andar y de esperar si son policías. Y esos lo son. Seguro que están como él. Aguardando al acecho hasta que Nico se recupere para que largue. Para que explique lo que ha pasado.

Y quizá más.

Le preocupa ese «más», por supuesto. Con ese «más» se pueden ir todos a la mierda. Si la pasma ya está encima de él, va a ser difícil sacarle algo antes que ellos. Hay que recalcular la situación.

Sube el volumen de un tema de Dexter Gordon. A su lado Chupa de Cuero pone cara de asco. Aunque tiene sus sospechas sobre él… digamos que una sospecha muy clara… hay muchas lagunas. Y no precisamente pequeñas. Paciencia.

La plaza de la Armería de Madrid está atestada de turistas haciendo cola para visitar el Palacio Real y la catedral de la Almudena.

Se imagina todo desde arriba, desde el cielo, a vista de dron, en un plano cenital.

Dos tipos caminan a paso ligero. Uno de ellos viste una chupa de cuero. El otro, una gabardina bastante desgastada pero de muy buena calidad. De la mejor calidad. Ideal para días lluviosos.

El de la chupa de cuero se detiene en seco y agarra del brazo al de la gabardina.

—Espera, espera. ¿Estás seguro de que no quieres que nos vayamos?

César regresa a la superficie a ras de suelo.

—Ojalá pudiese pero tengo familia. Tarde o temprano me encontrarán. Prefiero afrontarlo. Le prometeré que voy a encontrarlo todo. Vete tú. Si quieres.

Chupa de Cuero arruga la frente. Parece que no le ha gustado la idea de largarse solo. Puede leerlo en sus ojos. Seguro que tiene miedo. Mucho miedo.

—Eso sí que no —responde Chupa—. Vamos. Si desaparezco yo solo va a pensar que es culpa mía.

—Tranquilo. Le diré que es responsabilidad mía. No te preocupes. —Le guiña un ojo—. Lo recuperaremos. Tú vete a casa. Descansa.

—Que no, que no. Que ni de coña. Voy contigo —le dice—. Vamos.

Seguro que sospecha de tanta amabilidad. Quizá no debería haber sido tan comprensivo y cordial con ese media mierda. Nunca antes lo había sido.

—Que te vayas —responde tajante César—. Te lo ordeno.

Chupa de Cuero prueba a protestar. Mueve los labios en varios intentos por hablar pero finalmente asiente. Le tiembla un poco la frente. Demasiado, incluso para un tipo duro.

En cuanto desaparece de su vista, César saca el móvil y hace una llamada.

—Está volviendo al coche —dice—. No le pierdas.

Cuelga y se acerca al lugar donde suele estar doña Carmen. La ve allí de pie. Está dando la buenaventura a un turista entre la muchedumbre. Al acabar de leerle la mano le pone una hoja de romero en la palma y le cierra el puño. Él observa de cerca.

—La suerte debe pagarse en billete —le dice al guiri.

El turista, desconcertado y con evidente desconocimiento del idioma, esboza una mueca de confusión.

—*Good luck in bills, not in coins* —insiste ella—. *Coins bad luck*.

—*Ahh* —dice el joven turista al mismo tiempo que saca un billete de diez euros—. *Thank you.*

Esta le sonríe y se vuelve hacia César mientras el extranjero se aleja hacia la puerta del Palacio Real.

—¿Qué haces aquí? —pregunta borrando la sonrisa de su rostro.

—Tenemos un problema, doña Carmen.

La mujer agarra su vestido negro para evitar arrastrarlo por el suelo y se aparta de la multitud. Él la sigue algo nervioso. Cree

tenerlo todo controlado pero sabe que en realidad no tiene nada controlado y la vieja…

—No me gustan los problemas.

—Lo sé, señora.

Al final la mujer se detiene en un rincón alejado de la turistada.

—Hoy no tengo un buen día —le dice—. ¿Qué pasa?

—La mercancía que venía para Madrid ha desaparecido.

Doña Carmen deja de parpadear. Él también. Él más.

—Eso me puede salir caro a mí…

—Lo sé, señora. Lo solucionaré.

—Y carísimo a ti.

—Lo sé. Lo solucionaré —repite.

—Estoy segura —afirma oliendo una de las hojitas de romero que lleva—. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido Chupa de Cuero —responde sacando su teléfono móvil.

—¿Me estás diciendo que ese maldito retrasado ha engañado a mi jefe de seguridad y me ha robado cinco millones?

—Escuche.

César pulsa el botón de reproducir.

—Hola —dice la voz metálica de Chupa de Cuero.

—Hola —responde una voz ronca.

—Todo listo. Como dijimos.

—¿Y mañana?

—Pasaré a recoger una parte para poder recibir un pago. Después volveré a por el resto y os daré lo que os falta.

—¿Sesenta mil pavos?

—Cuarenta.

—No. Ahora son sesenta.

—No me toques los cojones, hostia. Ahora no.

—Nos ha costado mucho conseguir la grúa.

—¿Tanto como veinte mil?

—Casi —dice la voz ronca con una carcajada mocosa—. Tú mismo.

—Da igual. De acuerdo.

Se acaba la conversación.

—¿Quién es ese primo con el que habla? —pregunta doña Carmen.

—Ni idea.

Doña Carmen asiente sin dejar de clavarle sus ojos azules.

—No son buenas noticias para ti.

Ignora su comentario.

—Me pareció que tramaba algo. Recibió una llamada mientras conducía. Colgó deprisa y nervioso. Dijo que ya hablarían luego. Sospeché. Le pedí que parase en una gasolinera para mear y dejé dentro la gabardina con el móvil grabando en el bolsillo. —Hace una pausa—. No quitó el manos libres. Eso es todo lo que tengo de momento.

—¿Y sabías todo esto y no has hecho nada para impedirlo?

—Esperaba cogerlo con algo.

La mujer niega con la cabeza mientras vuelve a oler la hojita de romero.

—Te has equivocado.

—Lo sé.

—¿Y cómo vas a arreglarlo?

—Mi hijo le está siguiendo ahora mismo. Él nos llevará hasta la mercancía. Se lo sacaremos todo. Se lo prometo, señora.

Doña Carmen chasquea con la lengua y niega con la cabeza baja antes de volver a mirarle.

—Prioridad número uno: que no me salpique toda esta mierda. Haced lo que sea. Si me salpica… ya sabes, tú y tu hijo dormiréis en el Manzanares. Prioridad número dos: quiero mi dinero de vuelta.

En el depósito de la Guardia Civil, Martínez y Sarabia realizan la inspección ocular de la furgoneta accidentada. Interesante. Muy interesante. Pero ya anochece. Mañana más y mejor.

10

Vuelve a chispear.

Chupa de Cuero hunde el pie en el acelerador. ¡Buah! Se adentra en el túnel de la Puerta de Toledo.

En una cosa llevaba razón el jefe. Un Ford Mustang GT de color amarillo, con 5.000 centímetros cúbicos y 418 potrillos bajo el capó, no pasa desapercibido.

Un escándalo.

Su sueño de niño. Sonríe. Como el Eleanor de Nicolas Cage en *60 segundos*.

Ahora se han acabado los sueños. De momento. Ahora hay que dejarlo todo.

Pulsa el botón del manos libres hasta que suena el pitido.

—Llamar a Sister —grita.

Su hermana contesta al segundo tono.

—Epa, *neba* —dice ella.

—Hola, tata.

—¿Cómo va eso?

—Mal.

Su hermana permanece en silencio algunos segundos. Procesando.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme lejos.

En el horizonte ya puede ver cómo se recorta la estación de Atocha.

—Ah… —Escucha un suspiro—. ¿No sabremos nada de ti?

—No en bastante tiempo. Díselo a mamá, que no se asuste. Dile que… no sé, que me he ido fuera. Que me he enamorado de una chilena y que me he ido con ella a Cochabamba.

—¿Cochabamba?

—Ya sabes, ¿qué más da?

Puede sentir cómo, al otro lado, su hermana asiente con resignación. Ella sabe a lo que se dedica.

—Es que Cochabamba no está en Chile.

—Da igual. Dile lo que quieras.

Mira por el retrovisor antes de incorporarse a la glorieta de Atocha. Los cristales se están empañando y el faro de una moto le deslumbra.

¡Hostia! Putas motos.

—Te dejo, tata. Tengo que subir a un tren.

—Agur, *neba*.

—Te quiero —dice demasiado tarde.

Aparca a su Eleanor en una calle cercana a la estación. Al salir pasa sus dedos por el capó. Acaricia su pintura, sus curvas. Agur.

Cruza la calle al trote. La pistola se le clava en las costillas debajo de la chupa. Sigue chispeando.

No lleva nada encima. No hay tiempo para volver a casa. Hay que darse prisa antes de que descubran que tenía unos socios a las afueras de Monteluna, un pueblo entre Lucerno del Alcázar y Torbilla, en la N-601. Allí era donde debía quedarse tirada la

furgoneta. Allí es donde sus socios tendrían que haber aparecido con la grúa para dar el vuelco.

Pero algo falló antes. Ni siquiera pudo dar la orden.

Mira las pantallas con las próximas salidas.

Ya no importa qué fue lo que falló. Lo que importa es que ya no hay mercancía. Y que pueden pensar que ha sido él.

Próximo tren con destino a Barcelona-Sants dentro de treinta y cinco minutos.

Todo cuanto necesita está allí. En una caja fuerte dentro de un banco en Barcelona. Allí hay algo de dinero y un pasaporte chileno. Suficiente para volver a empezar.

Otra vez volver a empezar.

De pronto, una de las pantallas funde a negro. El pecho le retumba en la garganta. En el reflejo ve a un tipo enorme entrando por la puerta que hay detrás de él. Lleva puesto un casco de moto y una bómber verde militar. Lo reconoce al instante. Es Fran.

No te des la vuelta. Viene a por ti. ¡Vete!

Aprieta el paso y deja a sus espaldas al sicario del jefe. Cuando llega al jardín tropical que hay en el interior de la estación empieza a correr. Se oculta tras el tronco de una palmera.

¡Venga, aguanta!, se repite con el corazón en modo batucada. Saca la pistola y la disimula en la espalda.

No. Él nunca suele ser el objetivo. Siempre el cazador.

Tras las hojas de unos arbustos puede ver cómo Fran se acerca.

Vamos. Date la vuelta. Tranquilo, con calma. Eres un tipo duro, hostia. Duro como un puto bocadillo de almendras.

Camina deprisa. Sin correr, sin llamar la atención. Al otro lado ve cómo Fran avanza. Le está buscando.

Ahora verás, mamón.

Da la vuelta a paso ligero para cogerle por la espalda.

Rodea el jardín. Empuña con fuerza la pistola y se la lleva al frente. Las manos le tiemblan. Y le sudan.

Está llegando a la esquina. Palmas húmedas. Arbustos altos. El sonido del agua cayendo desde alguna parte… ¡Hostia! El ruido le impide concentrarse.

Ya no puede verle. ¿Dónde está? Mantén la calma. Respira hondo. No puedes fallar.

Ya está. La esquina. Le pillará allí. Justo al doblarla. Levanta la pistola y sale del follaje cuando…

—¡Joder!

Se lo encuentra de cara, mirándole con la visera levantada.

—¡Tú! —grita Fran levantando la pistola.

Chupa de Cuero dispara contra él sin dudar. Y sin apuntar.

La bala impacta contra el suelo. La detonación resuena en la estación. La gente grita. Y Fran permanece agachado, todavía sin reaccionar.

Mierda. Has fallado. ¡Dispara, dispara!

Pero, antes de que pueda hacerlo, su objetivo se lanza contra los arbustos del jardín tropical y desaparece. ¡Corre!

Los gritos de la muchedumbre aterrorizada retumban en su cabeza. Un montón de cuerpos se ponen a cubierto echándose al suelo. Él corre sin mirar atrás. Hacia la salida.

No mires, no mires. No hay tiempo. Espera el impacto de la bala de Fran en la espalda. Entorna los ojos preparado para recibirlo. Pero no llega. Sigue corriendo. Allí está.

Al fin alcanza la salida. Dos ancianos despistados entran por la puerta automática que se abre ante él. Esquiva a los viejos pero no a la moto que hay aparcada en la puerta.

Escucha un estruendo seguido de un dolor terrible por todo el cuerpo. Un dolor que le corta la respiración y le recorre el espinazo. Ha caído sobre ella. Se le ha quedado atrapada la pierna.

—¡Joder!

No mira atrás. Empuja con todas sus fuerzas hasta liberarse. Se ha roto la rodilla. O la cadera.

Vuelve a correr. A cojear. Mierda. Ahora sí, gira la cabeza y le ve. Está saliendo por la puerta. Empuña la pistola en la mano. Todos gritan.

Chupa cruza entre la multitud de taxis. Le duele todo. No puede más. La pierna sangra.

Se vuelve otra vez.

Fran avanza entre los taxis. Ya no corre, solo camina. Con el arma baja. La visera levantada. Tranquilo. Seguro.

Chupa apunta contra él. El hombro le falla. El brazo le flaquea.

Fran dispara. Bum.

Siente un estallido en el pecho. El aire se le va de golpe. Da algunos pasos más, pero no puede respirar. Ese hijo de puta le ha matado.

Chupa de Cuero se desploma junto al bordillo. Puede sentir el frío del pavimento. La humedad de la lluvia.

Empieza a verlo todo de un blanco cegador. Luz fría. ¿Quién la ha encendido?

Se está yendo, pero antes le parece ver la cara de su hermana delante de él. Su forma, su silueta.

—¿Tata? —exhala.

Pero no es ella. Es Fran.

—¿Dónde está la puta mercancía? —grita sacudiéndole por la solapa—. ¡Habla!

Lo intenta, lo intenta. Pero no puede. Los párpados le pesan.

—No tenía que matarte, pedazo de mierda. ¡Traidor!

Los brazos le pesan como sacos de mortero. Y sus piernas son de plomo.

Fran le mete la mano en el bolsillo y le quita el móvil.

—Hasta nunca.

Bum.

En una estación de servicio en mitad de la N-601 la dependienta, alcoholizada, empieza a abrir botellas de refresco en busca de… Está nerviosa. Quizá no debería haber… ¡Calla, Alma! Claro que sí. Te ha pagado bien y mejor que te pagará. Le sacarás algo más, ya lo verás.

11

Lino llega a Atocha con la mandíbula apretada y el dedo tieso.

Son cerca de las diez y media de la noche. La estación empieza a vaciarse.

Al salir se topa con una multitud curioseando lo que parece una macrooperación policial. A cien metros de donde se encuentra ve una ambulancia y seis o siete coches de policía que protegen lo que parece una zona acordonada. Algunos agentes van armados con fusiles. Terrorismo, seguro.

—A la Paz —le ordena al taxista, que, por todos los medios, quiere hablarle del Real Madrid—. Verá, es que a mí el fútbol…

Entra al hospital de la Paz después de tantear varias puertas. Urgencias. Allí se dirige. Acelera el paso. El pulso también. Carallo. Va a ver a Nirvana después de… ¿cuántos años? Ni siquiera lo recuerda.

No, no. No puedo. Me voy.

Se detiene frente a una máquina expendedora de café y regresa al vestíbulo por donde ha entrado. Toma aire y le invade el aroma embriagador del desinfectante. La dulce y melosa tranquilidad de lo aséptico. Mira a su alrededor; rostros macilentos, cansados, tristes.

Asustados. La luz fría le hace recordar su dedo, su problema cerebral, su más que probable tumor. Siente el desasosiego de quien ya no espera nada pero, de pronto, un destello de esperanza: Nirvana. Le desea lo peor, por supuesto, pero también quiere verla. Nunca lo había necesitado tanto como ahora, de repente, tantos años después. Quiere disfrutar con el simple hecho de mirarla.

Antes de reencontrarse con ella entra en los servicios.

Se esconde en los servicios.

Se mira al espejo. Muy guapo no es. Desde luego, no como Nico. Se recoloca las gafas con su dedo muerto. Se arregla el cuello de la camisa que lleva debajo del jersey y del abrigo. Trata de relajar el ceño para borrar esas arrugas en la frente.

Se mira durante algunos segundos más.

En fin, ahora no puede arreglar en un momento todo lo que ha tardado tantos años en estropear. Algo que ya empezó a romper su madre durante la gestación. Se recoloca la mochila y regresa al hall —ahora sí— en dirección a Urgencias.

¡Vamos, Lino!

Cuando está a punto de alcanzar el mostrador escucha una voz familiar a su espalda.

—¡Lino!

Ya está.

El corazón se le para y le entran ganas de morderlo todo, de liarse a bocados con las paredes, de comerse todo lo que le rodea.

Carallo. Qué guapa es la muy… ufff, no puedo con esto, maldita sea, Nirvana.

¿Por qué?

—¡Nirvana!

Sonríe como un memo y ella le mira extrañada. Así que se pone serio, solemne.

—Llegas justo —dice ella dándole dos besos.

Ese olor a golosina…

—¿Cómo?

—Pues que le están interviniendo otra vez.

Lino asiente y baja la mirada. El suelo brilla. No hay ni rastro de suciedad. Un suelo limpio y resplandeciente. No está seguro de no mancharlo. De pis o de culpa.

—¿Vienes? Iba a salir a… —Nirvana le muestra un cigarrillo electrónico.

—Cla-claro.

Ella echa a caminar. Toma la iniciativa. Él va detrás. Atraviesan un pasillo lleno de máquinas de vending a lado y lado. Ella sigue delante. Él la mira. Lleva una sudadera blanca que le cuelga por los muslos y el pelo recogido con una pinza. Debajo unas mallas negras delatan un culo respingón y pequeño y maravilloso y le vuelven a entrar ganas de liarse a bocados con todo. En especial con ese culo al que tanto odia.

—¿No me vas a preguntar por él?

Nirvana se apoya en la pared, justo a la entrada del hospital.

—¿Por quién?

—Pues por Nico.

—Sí, claro. —Retumba un tambor en su pecho—. ¿Cómo está?

—Pues jodido. Tiene lo de la cabeza y, además, se ve que perdió muchísima sangre. Parece que nadie avisó hasta muchas horas después del accidente.

—¿Y quién llamó?

Nirvana levanta las cejas y los hombros.

—No sé, un vecino de un pueblo cercano, creo. Alguien que pasaría por allí. Hasta entonces estuvo allí solo, inconsciente, sangrando, congelándose… —Chasquea la lengua—. Una putada.

—Pues sí —dice Lino negando con la cabeza—. ¿Y se sabe cómo fue?

Nirvana le mira fijamente. Da una calada y expulsa el vapor por esos labios tan delicados.

—Ni idea.

—Pero ¿no lo están investigando?

—Bueno. Me llamaron los de Atestados, creo. Para preguntarme.

Ella tiembla. Tiene frío. Hace frío.

—¿La Guardia Civil?

Nirvana afirma con la cabeza.

—¿Y qué te dijeron?

—Pues que si sabía adónde iba Nico, que para qué empresa trabajaba, que si iba con alguien más… y que la furgoneta estaba vacía, que si sabía dónde podría haber descargado la mercancía.

—¿Y qué les dijiste?

Nirvana vuelve a vapear.

—Que no sé nada, Lino. Que no tengo ni idea de las mierdas de Nico. No me cuenta demasiado, aunque a mí a veces me da por pensar —dice señalándose la cabeza—. Pero, en fin… ¿qué iba a decirles? Pues que si se enteran de algo que me lo cuenten a mí también.

Nirvana sonríe con esos ojitos.

—¿Y tú? ¿Tú qué crees? —pregunta él.

—No sé. Que un accidente lo tiene cualquiera, supongo. —Vuelve a chasquear la lengua y guarda el cigarrillo en el bolsillo de la sudadera—. ¿Volvemos? Me estoy helando. Tengo la chaqueta dentro.

Piensa en ofrecerle su abrigo. Pero le parece un gesto ridículamente teatral.

—¿Tomamos algo?

Ya en la cafetería se acercan a la barra charlando. Que si menudo frío, que si Barcelona es más húmeda, que si Madrid más seco.

Hay poca gente. Él pide un café descafeinado y ella, una cerveza, que, si nada ha cambiado, no se beberá. Lino saca la cartera y se dispone a pagar pero Nirvana se interpone entre él y la cajera.

—No, Lino, déjamelo a mí.

Siente rabia e impotencia.

—¡No! —grita.

La cajera y un hombre que está barriendo el suelo se vuelven hacia él.

—Ya pago yo —insiste Lino en voz baja—. Por favor.

Nirvana asiente algo desconcertada y lleva las bebidas a la mesa más cercana, donde se sientan cara a cara.

El sonido de fondo de la televisión reverbera en el ambiente con las noticias del Canal 24 horas. Las paredes blancas, el lejano tintineo de los vasos y la luz mortecina del lugar le recuerdan a la muerte de mamá. Le recuerdan a Nico, a su padre y a él frente a un batido de chocolate. Los tres en silencio. Los tres mirándose el uno al otro y pensando en lo que sería de ellos si mamá se iba.

Mientras mamá se iba.

—¿Estás bien, Lino?

—Sí. ¿Tú? —responde mientras da un sorbo al café.

—¿Quieres contarme algo?

—¿Yo? —pregunta sorprendido—. No, ¿por qué?

—No sé. Te veo raro.

—Bueno. Hace mucho que no nos vemos —sonríe—. Supongo que hemos cambiado.

Ella asiente taciturna.

—¿Qué llevas en la mochila?

Siempre tan directa y descarada.

—¿Cómo que qué llevo?

—Pues eso, que qué hay dentro.

—Emm, no sé, nada en especial. Bueno, una muda, el cargador del móvil, un cuaderno, un boli, un libro…

Nirvana se moja los labios con la cerveza.

—¿Qué libro?

—¿El libro? Esto, no sé, no creo que lo conozcas.

—Yo también leo, ¿sabes? —asegura Nirvana con su sonrisilla.

—Ya, pero no es… bueno, es un libro de Keynes, un economista.

Ella asiente en silencio mientras le mira fijamente.

—¿Y se titula?

Lino resopla. Siente cómo los pómulos le arden y el dedo muerto le palpita.

—Es un poco largo.

—Tenemos tiempo.

Lino se recoloca las gafas con su dedo muerto.

—Está bien. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.

Nirvana deja de parpadear e incluso se vuelve a mojar los labios con la cerveza sin apartar la mirada de sus ojos. Asiente al mismo tiempo que dice:

—Sigues siendo un frikazo.

Le ríe la gracia pero le jode que le vea así. Nirvana se reclina contra el respaldo de la silla y estira las piernas.

—¿Sabes que va a cerrar el Pequeño Velvet?

—¿En serio?

—Me lo dijo una amiga que sigue veraneando en Lloret.

—Es triste.

Nirvana asiente.

—Todavía te recuerdo bailando como un loco encima de la barra.

—Para que me echasen, no para que me aplaudiesen —protesta Lino con una sonrisa.

—Bebido, eres divertido.

—Gracias, gracias.

Nirvana permanece algunos segundos en silencio mirándole a los ojos.

—Qué perdidos que estábamos, ¿eh?

Sin duda. Sin duda.

—Pero al menos nos reíamos más —zanja él.

Nirvana asiente taciturna aunque no tarda en volver a incorporarse en la silla y sonreír.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal te va con Sara?

De pronto algo le llama la atención. Una voz lejana, una voz que proviene de lo más profundo de la televisión.

Se vuelve hacia ella.

«Tiroteo en Atocha. Una víctima mortal».

Se ve una imagen de la estación con el mismo cordón policial que se ha encontrado al llegar a Madrid.

Nirvana sigue mojándose los labios con cerveza. Pero él siente una curiosidad monstruosa.

Sigue atento.

«… la víctima ha sido identificada como uno de los cabecillas de una red internacional vinculada con el narcotráfico. Buscado por la Interpol desde hace seis años, la víctima permanecía oculta usando múltiples identidades falsas. Aunque se cree que es de origen vasco, según fuentes policiales tiene antecedentes en Suecia y en Italia. Todo apunta a un ajuste de cuentas por parte de…».

Y de pronto aparece una imagen que le sacude por dentro. Un rostro conocido, una chupa de cuero. El corazón le palpita en las sienes y un escalofrío le recorre la espalda.

—¿Es que le conoces o qué? —pregunta Nirvana, que parece más sorprendida que él.

Lino la mira a ella y luego al café, y entonces sonríe.

Puede que las cosas estén empezando a cambiar. Y no piensa desaprovecharlo.

—No. De nada.

En una pensión infecta de Valladolid la sargento Lidia Martínez trata de conciliar el sueño. Pero no puede. Haber dejado un poco de leche en la nevera no le hace sentir mejor madre.

SEGUNDA PARTE

Sistema límbico

Lo que el corazón te dicta.
Deseo, culpa, redención.

12

Punto seguido

La furgoneta se detuvo frente a la caseta de pescadores número 33.

—Esta es —dijo Nico. Se bajó y dio un portazo—. Vamos, hagámoslo rápido.

Lino le siguió. Las piernas le flaquearon un poco. Más por miedo que por la ciática.

Miró a su alrededor. Estaba bastante oscuro. Solamente algunas farolas aisladas salpicaban el puerto de diminutos destellos naranjas. En el horizonte, la luna se reflejaba en el mar con una calma que no hacía sino acrecentar sus temores.

Su hermano sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta de madera desconchada por el salitre.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Lo que hemos venido a buscar —zanjó su hermano.

—¿Coca-Cola?

—Bueno, dejémoslo en coca a secas —dijo Nico guiñándole un ojo —. Cien packs con cien kilitos de mandanga ultracompactada para mercar.

—Muy bonito.

—Eres tú quien me ha pedido ayuda, ahora no te quejes ni te pongas exquisito.

Lino volvió a observar todo aquello mientras Nico sacaba un primer paquete de refrescos.

—¿Y qué pinta en una caseta de pescador?

Su hermano dejó en el suelo el paquete y abrió la zona de carga de la furgoneta.

—¿Te parece mal?

—Pues no. Bueno, no sé… Se supone que es Coca-Cola.

Nico cargó los primeros packs y regresó a la caseta.

—Sí, no es demasiado discreto —respondió su hermano mientras cogía otro paquete—. Vamos, mueve el culo.

—No sé, si aún fuesen cajas de pescado…

Nico cargó dos paquetes más.

—Pero no es pescado. Así que ¡espabila, empanao! A cargar y callar, que bien que has cobrado.

Lino asintió, tragó saliva y empezó a cargar packs junto con su hermano. Entre los dos tardaron menos de quince minutos en meter los cien paquetes dentro de la furgoneta.

—¿Ves qué fácil? —advirtió su hermano sacudiéndose las manos —. Finiquitado.

—Pero ¿no habrá cámaras por aquí, no? —preguntó Lino mientras echaba un vistazo a su alrededor.

Nico se pasó la mano por la cara entornando los ojos.

—A ver cómo te lo digo, hermanito. Si ellos han escogido esto es porque no hay nada o porque, si lo hay, la poli de… —Su hermano frunció el ceño confuso—. ¿Cómo se llamaba esta mierda de pueblo?

—O Caviro —respondió.

—¡O Caviro! Eso es —dijo levantando los brazos teatralmente—. Pues que la poli de O Caviro estaría sobre aviso. Untada. ¿Entiendes?

Ahora era Lino quien estaba confuso.

—¿O Caviro tiene poli? ¿Municipal? —preguntó mientras entraba a la furgoneta.

Nico se sentó al volante y se giró hacia él.

—¡Y yo qué sé! Como si es la puta policía nacional de Galicia. No me pagan por preguntar. —Arrancó el motor—. Ni a ti tampoco.

—A mí me pagas tú.

—Pues eso. No preguntes.

Lino asintió levantando las cejas.

—Pero debes reconocer que sacar un cargamento de Coca-Cola de una casita de pescador es raro.

Nico resopló antes de girar el volante para sortear una gran red de pesca.

—Hace unas semanas hicieron una redada por aquí. Pillaron una de las lanchas, una cueva, uno de los almacenes principales… vamos, un desastre —dijo mirándole de reojo mientras salían del puerto—. Por suerte todavía no había nada envasado, así que no descubrieron la jugada. Pero, bueno, eso obligó a los jefes a redistribuir todo lo que se había salvado como pudieron sin utilizar nada que pudiese estar comprometido.

—Entiendo —respondió—. Y la caseta de pesca no estaba comprometida.

Nico miró a ambos lados y se incorporó a la carretera.

—Este negocio va de improvisar, hermano. De buscarse la vida. Por eso se paga tan bien. Y si piensas seguir…

—No pienso seguir, ¿vale? Es algo puntual —respondió airado—. Y si se paga bien es porque es ilegal, carallo.

Nico le volvió a mirar de reojo. Esta vez esbozó una sonrisa algo compasiva, casi paternal.

—No empecemos, Lino. Hace mil años que no nos vemos. No lo estropees, no volvamos a lo de siempre. —Hizo una pausa—. No seas porculero. Siempre has sido un porculero del carallo.

—Y tú, un delincuente, un analfabeto, un zascandil.

Su hermano se giró hacia él.

—¿Zascandil?

—Mira para adelante.

—Cuánto tienes que aprender de la vida —respondió Nico volviendo a fijar la vista en la carretera—. ¿No has tenido bastante con ser un pringao toda tu vida? ¿Con arrastrarte para que te dé un trabajito porque no tienes un puto duro? Con…

—Qué bonito es volver a casa, ¿eh, Nico? —interrumpió Lino—. Las rías, este frío, ese olor a castaña y marisco…

Nico asintió durante un buen rato sin apartar la vista de la carretera.

—*Miña terra galega*.

Lino ya no respondió. Se recostó en el asiento y trató de aprovechar la oscuridad para dormir pero no lo consiguió. Cerró los ojos, eso sí, para tratar de evitar una conversación con su hermano. Las piernas le seguían temblando y el frío no le abandonaba la espalda. Odiaba la sensación de la calefacción soplándole en la cara mientras su cuerpo seguía helado.

Durante varias horas siguieron la ruta trazada concienzudamente por su hermano evitando poblaciones y vías principales. Así que realizaron casi todo el trayecto por carreteras secundarias. La mayoría de ellas comarcales donde la niebla, el mal estado del asfalto y la inexistente iluminación les obligaban a circular lento. Muy lento. Así, sin tocar apenas una carretera nacional, tardaron unas seis horas en dejar atrás Galicia pero, antes de hacerlo, se desviaron por una pista de arena que se enriscaba hasta lo alto de un barranco.

Después de recorrer unos centenares de metros llegaron a una casa en ruinas oculta tras unos árboles. Lo que quedaba de sus muros estaba tapizado por enredaderas verdes y, tras la niebla, se insinuaba la silueta de un hórreo bastante íntegro.

Nico detuvo la furgoneta tras la maleza para que quedase oculta desde la carretera. Frente a ellos se alzaba una gran valla oxidada donde se advertía sobre la prohibición de paso por tratarse de una propiedad privada.

—Poner puertas al campo, decía la abuela, ¿no? —dijo Nico señalando la valla con el mentón y dibujando una leve sonrisa.

Lino asintió.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Nico levantó las cejas varias veces con sorna.

—He aquí el gran secreto de la familia.

—¿Cómo?

Su hermano presentó con la mano las fantasmagóricas ruinas que había tras la valla.

—El pazo Domiño. ¡Tachán! Era de la familia de papá. Está en ruinas desde que quedó abandonado después de la guerra.

A Lino le estallaban los sesos.

—Pero… no lo entiendo. Nunca había oído hablar de… ¿por qué yo no tenía ni idea de esto?

—A papá le caías mal. Ya lo sabes. Por flojo.

Lino no sabía qué responder a eso. Pero pronto se le ocurrió.

—¿Y la herencia?

—Ni te enteraste. Estaba en la escritura, esos terrenos en Galicia… que me dejó a mí.

—Pero esto no…

—Tranquilo, hermanito. Esto no vale nada. No se puede hacer nada aquí. Pero, a veces, paro aquí y —señala el hórreo— me fumo un peta allí dentro o guardo alguna cosilla. Nada más. Me gusta imaginar cómo vivía nuestra familia antes. Nuestros antepasados. Los Domiño.

—Es grande, carallo.

—Lo era —corrigió su hermano—. Ahora no vale ni un céntimo.

—Pero, Nico, a mí no me dejó nada de nada.

Su hermano chasqueó la lengua. Empezaba a lloviznar.

—Me sabe mal —dijo con una sonrisa—. Toma.

Nico sacó una llave del bolsillo y se la entregó.

—Si sirve para recuperar nuestra relación ahora que sé que tengo una sobrinita…

—¿Qué es esto? —preguntó Lino mientras la cogía.

—Una copia de la llave del hórreo. Al resto ya ves que puedes entrar por donde quieras.

Nico soltó una carcajada y se dirigió a la parte trasera de la furgoneta.

—Vamos. Voy a echar gasolina primero y luego nos pegamos una siestecilla —dijo.

Lino se resguardó de la lluvia dentro de la furgoneta.

Él no iba a dormir. No había podido hasta ahora y no iba a poder. Solamente podía pensar en lo raro que era todo. La noticia de la familia no era más que una nueva anécdota de su despreciable padre.

Lo que realmente le preocupaba era todo lo que podía suceder a partir de aquel momento. Y en el lío en que se estaba metiendo. ¿Con qué clase de gente estaría tratando?

En un acto instintivo se llevó la mano al bolsillo y palpó su teléfono móvil. Lo toqueteó. Quizá para asegurarse de que lo llevaba consigo, de que seguía allí.

Mala idea.

Por el retrovisor veía a su hermano poniendo gasolina de una garrafa. De pronto se agobió. Quería volver a salir, respirar un poco de aire fresco, orinar, estirar un poco las piernas…

Así que salió. Dio un pequeño saltito, pues el asiento quedaba algo elevado. Y al hacerlo, el teléfono móvil, mal colocado en su bolsillo, cayó al suelo.

Y Nico lo vio.

De inmediato, sus ojos se encendieron y su rostro enrojeció de ira.

—¿Qué coño es eso? —preguntó dejando caer el bidón al suelo—. ¿Qué cojones es eso, eh?

Lino se agachó para cogerlo.

—Nada —respondió—. Nada.

Nico dio una zancada y se acercó a él, que ya sentía el corazón golpeando la garganta y el tímpano y los ojos palpitando

salvajemente.

—Es un puto móvil. Has traído el puto móvil, cabrón. —Nico le dio un manotazo y se lo tiró de vuelta al suelo—. Hijo de puta. Te lo advertí.

Lino trató de defenderse. Se cubrió la cara pero su hermano le agarró del cuello con el brazo y le tiró al suelo embarrado.

—¡Qué haces, carallo! —protestó mientras se revolcaba como una cucaracha—. ¡Para!

—Te lo advertí. —Nico le dio una patada en el culo—. Que no trajeses —le volvió a dar otra— el puto —otra más— móvil.

Y acabó escupiéndole en la cara.

—¡Basta! —gritó Lino sin poder reprimir el llanto—. Basta, por favor, basta. —Y se limpió la cara con la manga de la chaqueta. Ensuciando su rostro de barro.

Nico puso los brazos en jarra y caminó algunos pasos tratando de bajar las pulsaciones. La lluvia le resbalaba por la cara.

Lino le observaba desde el suelo con rabia y temor.

—Perdona, perdona —repitió desde allí.

—Que perdona ni qué mierdas dices. Te lo dije. Te dije que nos podían rastrear, que lo dejases en tu puta casa para que diese la señal allí.

Nico seguía caminando con pasos acelerados a su alrededor, como si estuviese pensando lo que debía hacer.

—Lo apagaré —dijo Lino mientras se incorporaba.

Entonces Nico se quedó quieto, congelado, y clavó sus ojos en él.

—Pero ¿qué dices, atontao? —Le dio una colleja—. ¿Cómo tengo que decirte que no quiero un puto teléfono aquí?

Su hermano se dirigió al asiento del conductor, abrió la puerta y salió con una barra de hierro de esas que se usaban en los ochenta para inmovilizar el volante.

—¿Qué, qué vas a hacer, Nico? —preguntó cangrejeando hacia atrás con las manos hundidas en el barro—. ¿Nico?

Y finalmente su hermano levantó la barra y empezó a golpear el móvil que Lino llevaba durante aquella noche.

—¡Nooo! —exclamó Lino—. ¡Por favor! Para.

Nico cogió los pedazos que quedaban y los lanzó barranco abajo. No sabía lo que estaba haciendo.

—Y ahora sube a la furgoneta —zanjó.

Desde ese momento supo que estaba perdido.

13

La N-601 entre Valladolid y León se abre en canal bajo las cuatro ruedas del súper Dacia. Sobre su techo, un sol desgarrador derrite la nieve sin apenas calentar.

—¿Sabes lo que es un emisor GPS? —le pregunta Lidia a Sarabia, que apura un pitillo mientras mira por la ventanilla.

—¿Sabes tú lo que es un carajillo de ron a las ocho de la mañana? —responde exhalando el humo.

—Un acto indudable de alcoholismo crónico.

—No, una tradición que hoy me has jodido.

Lidia sonríe.

—Vamos, repasemos el informe mientras tanto.

Sarabia no responde, aunque seguro que se ha mordido la lengua antes de soltarle cualquier cosa como, por ejemplo, «repásame tú los huevos». Pero no. Ni una palabra, continúa taciturno fumando y mirando por su ventana la helada estepa vallisoletana.

—¿Juanjo? En serio. ¿Qué pasa?

Su compañero apaga el cigarrillo en el cenicero.

—Me haces venir hasta aquí, me metes a dormir en una pensión de mierda en una ciudad de mierda y…

—Oye, que Valladolid es muy bonita.

—No me jodas, Lidia, ¡coño! Que llegamos pronto y no nos espera nada ni nadie. Que vamos a ver cuatro matojos. Esto es para darme por culo.

—¿En serio te pones así por un carajillo?

—No, me pongo así porque vas a lo tuyo. Vaya puta mierda de noche me has hecho pasar. Egoísta. Que la almohada era como una alfombra enrollada. Pero ¿qué te crees que es esto? La que estamos liando por un accidente de tráfico.

—Vamos, Juanjo, que sabes que no es un accidente normal, joder. ¿Dónde se ha visto que un chico de treinta y cuatro años salga de casa sin el móvil? —Mira a su compañero de reojo—. Raro raro. ¿Y que alguien le haya dejado tapadito?

—Para ahí —ordena él señalando un hotel medio abandonado a la orilla de la nacional—. Ahora lo quiero por mis cojones. Para.

Lidia le hace caso. Conoce a Sarabia. Poco importan las jerarquías cuando se pone así. A veces para mantener el mando hay que saber cuándo cederlo.

Aparca el coche junto a un par de camiones. Juanjo baja con la carpeta en la mano y entran en el bar sin hablarse. Allí todo tiene la pinta de haber vivido tiempos mejores. El rótulo del exterior, de neón apagado, indica: HOTEL LA MURGA. En el interior, una enorme sala con el suelo de terrazo salpicada de mesas individuales. Tres personas ocupan tres de ellas. Las tres beben de sus botellas de vino. Las tres comen sus bocadillos. Un televisor mudo proyecta las noticias subtituladas.

Su compañero se dirige a la barra, donde le atiende una mujer de edad indeterminada entre los cuarenta y cinco y los sesenta y cinco años. Ella se sienta en una mesa junto al ventanal exterior.

Mientras espera los cafés, Sarabia se sienta en un taburete y mira la tele. Un tiroteo en Atocha se salda con un muerto. Se teme que se trate de un ajuste de cuentas. La víctima es un tipo buscado por la justicia. En pantalla aparece la fotografía, extraída de uno de esos carteles de SE BUSCA que abundan en los tablones de las comandancias. También en el de la suya. Juanjo le mira y le señala la pantalla con la barbilla. Ella asiente. Por supuesto, a ambos les resulta familiar esa imagen, especialmente por lo llamativo de aquella chupa de cuero. Uno menos a quien buscar.

Lidia abre el mensaje de WhatsApp que le ha enviado su marido y lee la respuesta.

> Mejor. La enana se ha resistido un poco menos. Se me ha abrazado a las piernas llorando como siempre pero en veinte minutos o así ya se le ha pasado

Pobre. La educadora le ha insistido en que es normal. En que poco a poco se irá adaptando. Pero, de momento, seguirá enviando a sus padres a recogerla antes de la hora de comer.

—¿Molesto? —pregunta Sarabia, que regresa con su ansiado carajillo y un café con leche para ella. Se sienta y abre la carpeta con el informe del depósito y sus notas—. Ahora sí —dice dando un sorbo a su carajillo y un suspiro—. Veamos… por la ausencia de marcas en el torso del señor Nicolás Domiño queda confirmado que el muy desgraciado no llevaba puesto el cinturón de seguridad en el momento del accidente.

—Daba cosilla mirarle, ¿no? —interrumpe ella con la mirada perdida a través de la ventana—. Está destrozado, no sé cómo ha

sobrevivido.

Su compañero la mira en silencio asintiendo. Parece apenado.

—No sé. Me importa una mierda, la verdad —afirma bajando la mirada hacia el informe.

—Vale, tranquilo, ¡eh! —dice pidiéndole calma con las manos—. Vamos, continúa.

—La furgoneta… Ya viste que el candado estaba abierto pero no forzado. —Lidia asiente—. Y se han recogido muestras de material genético por todas partes.

—¿Pediste ya la analítica?

—Sí, ayer mismo.

—¿Y tardarán?

Sarabia levanta las cejas.

—Así, a bote pronto, no parece el caso más urgente del laboratorio.

Lidia resopla.

—Y el GPS —añade Sarabia.

—Sí. Sobredimensionado para una furgoneta de reparto de… —Lidia señala el informe que su compañero tiene abierto—. ¿Cómo se llamaba la empresa?

—Comercial Santa Rita —añade él.

—Eso —responde la sargento Martínez apurando su café—. Si la cosa se complica podemos tirar del aparato. Tiene registrada la IP del servidor al que enviaba la señal pero…

—Orden judicial.

Lidia asiente.

—Y con lo que tenemos ahora, no cuela. Aún apesta a accidente. —Chasquea la lengua y se levanta—. ¿Seguimos?

—¿Ya?

—Vamos, levanta ese culo caído de viejo chocho.

Sarabia gruñe pero parece de mejor humor. Sin duda ha hecho bien en parar a ponerle un poco de gasolina.

—Ahora conduzco yo.

—¿Por qué?

—Porque soy el hombre.

—El hombre borracho. Vamos, tira para tu asiento.

El Dacia traquetea por los últimos kilómetros que les separan del lugar del accidente. En los arcenes la nieve sucia invade la calzada. Ella tampoco ha dormido bien, Juanjo tiene razón pero, más que una alfombra, aquella almohada parecía una persiana enrollada.

—Y luego está la mujer, de la que dicen que no sabe nada.

—Nada —repite él y se ríe—. Nirvana.

—¿Conoces al grupo?

Sarabia niega con la cabeza.

—Hippies de los tuyos, supongo.

Al cabo de diez silenciosos minutos la sargento detiene el coche en uno de los arcenes. Las coordenadas anotadas por los compañeros de Valladolid están cerca. Hay que seguir a pie los metros que los separan del punto exacto. Al llegar a él no cabe duda de que se encuentran en el lugar correcto. El suelo está húmedo y la nieve casi derretida, pero todavía se pueden observar las huellas.

—Mira esto —dice Lidia agachándose.

—Pisadas, nada nuevo.

—Aquí debía de estar la puerta del acompañante —dice volviéndose a levantar y señalando el suelo—. Enséñame las fotos un momento.

Sarabia saca de la carpeta las fotografías que ha imprimido y se las muestra antes de afirmar:

—Sí, ahí estaba la puerta del acompañante y se mueven hacia lo que sería el portón trasero.

Lidia asiente mientras lo repasa.

—Sí. En la foto se ven mejor. Van y vuelven.

—Quien abrió el candado tuvo que conseguir primero la llave.

—Sí, o podía haber un acompañante que ya salió con ella y volvió otra vez. También hay pisadas en la parte delantera y en el asiento del conductor. Por todas partes. En las fotos no se ve mucho pero fíjate —asegura Lidia señalando el suelo—: esto parece chafado, como si la nieve se hubiese apelmazado allí por una pisada y mira…

Sarabia guarda las fotos en la carpeta y la sigue: ella camina enérgicamente alejándose del lugar.

—¿Qué? —pregunta.

—Todo esto —dice la sargento Martínez señalando el suelo—. Estas líneas paralelas.

—La carretilla que te dije, ¿no? —dice su compañero con arrogancia.

—Sí, siguen hacia la carretera junto a las pisadas. Juanjo, mide la distancia entre las líneas, el grosor de las ruedas y toma fotos del dibujo que ha quedado en el barro. Ahora vuelvo.

Lidia aprieta el paso en dirección al coche. Sigue las marcas hasta llegar al arcén, donde parecen desvanecerse. Cruza al otro lado de la

carretera para ver si siguen por ahí pero no hay ni rastro de ellas ni tampoco a lo largo del asfalto. Apenas queda un poco de nieve sucia pero fuera de la calzada. Se adelanta unos metros más caminando en dirección a una gasolinera cercana pero no encuentra nada.

—Terminan en la carretera —asegura al regresar al lugar del accidente—. Debieron de cargar lo que fuese a otra furgoneta.

Sarabia acaba de fotografiar las marcas.

—¿Qué crees que era?

Lidia se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero, sea lo que sea, valía lo suficiente como para dejar a alguien ahí agonizando. Acerquémonos a la gasolinera a ver si hay suerte. Y si no, al menos repostamos.

Al llegar se encuentran con una estación de servicio destartalada, con la estructura de la tienda medio oxidada, un toldo medio caído y algunas luces navideñas colgando patéticamente del tejadillo de los surtidores. Sin duda, una gasolinera a punto de cerrar.

—Solamente tengo una cosa clara —dice Lidia al bajar del coche.

—¿Qué?

—Que hemos hecho bien en venir con la luz del día.

—No lo justifiques. No tiene justificación. No en esa pensión. No me lo recuerdes que me entran ganas de… —Sarabia aprieta los dientes con fuerza mientras Lidia se aguanta la risa—. ¿Vas tú delante o yo?

—Voy yo, tú haz de poli bueno.

—Muy graciosa.

Al entrar se encuentran con una joven con ojeras que bebe de un vaso de cartón. Al verse sorprendida reacciona rápidamente y lo

oculta tras la barra. Menos mal que no llevamos uniforme, piensa Lidia. Ese vaso lleva de todo menos café.

—Buenos días —dice la chica con la voz ronca.

—Buen día, señorita —dice Sarabia acercándose a ella con las manos en la espalda y su cara de… siempre.

—Somos la sargento Martínez y el cabo primero Sarabia —añade ella mostrándole la identificación—. De la Guardia Civil.

—¿En qué les puedo ayudar?

—Es usted Alma, ¿no?

La joven asiente.

—Así es.

—Pues disculpe que la molestemos pero el otro día se produjo un accidente aquí al lado y su nombre consta entre los posibles testigos —introduce la sargento.

La joven tiene los labios secos, las mejillas coloradas y esa expresión de resaca que ya no se borra ni con un año sobria. Parece nerviosa, pero ella sabe que eso es lo normal.

—Sí, bueno. Esto… no vi nada hasta que escuché las sirenas. Ya se lo dije a los agentes que vinieron por aquí.

—Sí, sí. Y, según consta, usted pasó toda la noche en la estación de servicio.

—Pero no escuché nada hasta las sirenas, repito.

—¿Vive usted aquí? —pregunta su compañero con cara de asco mientras ojea un diario deportivo sobre la barra.

Esas formas, viejo.

—¿Cómo? No, no… bueno, sí. Pero solo temporalmente, ¿eh? Y no aquí dentro. Duermo en mi furgoneta, en la parte trasera. La propietaria ya lo sabe.

La dependienta mira de reojo el vaso de cartón oculto tras la barra y Sarabia pasa páginas del periódico haciendo ver que todo aquello no va con él.

—¿Y por qué vive aquí? —pregunta Lidia—. ¿Problemas económicos?

La joven enreda un mechón de su cabello en su dedo índice.

—Bueno, es que estoy ahorrando.

—¿Para qué? —pregunta Juanjo sin apartar la mirada de los titulares.

—Para comprar un piso.

Sarabia suelta una carcajada y le devuelve una sonrisa cáustica a la pobre chica ojerosa.

—Pues de aquí a que lo consiga ya tendrá usted la espalda torcida de dormir ahí.

Así es el viejo. Un policía con la sensibilidad en el ojete. Un policía de otra época que no ha vivido otra época.

—¿Nos podría enseñar las grabaciones de las cámaras de seguridad? —pregunta ella.

La joven traga saliva y asiente.

—Claro. Pasen —indica invitándoles a pasar detrás de la barra.

Allí, en la trastienda, se oculta un pequeño cuarto. Tan pequeño que en él no cabe más que un colgador, un taburete y un viejo escritorio en el que reposa un gran monitor.

—Muchas gracias. ¿Puede desbloquearlo y abrir el programa? Mi compañero revisará el día del accidente.

La dependienta ojerosa extrae un teclado de debajo del escritorio y pulsa una combinación de teclas. Después de ejecutar algún tipo de archivo se vuelve hacia ellos con cara de empanada.

—Supongo que debería pedirles una orden o algo así, ¿no?

Sarabia resopla y se acerca al teclado sin apenas mirar a la joven.

—¿En serio, señorita?

La joven continúa retorciéndose el cabello entre los dedos. Mira a su compañero y luego a ella en un movimiento casi espasmódico.

—Bueno, eso hacen en las pelis, ¿no?

—Usted lo ha dicho… en las películas. En la realidad cualquiera sabría que esa actitud es sospechosa —dice Sarabia.

Lidia hace un esfuerzo por no reír mientras la chica parece dudar.

—Bueno, a mí me da igual, yo solo soy una mandada.

Tú lo que tienes más bien es cara de fumada, cariño.

Después de algunos minutos de silencio, Juanjo se vuelve hacia ellas.

—¿Solamente hay una cámara? —pregunta.

—Sí —responde la dependienta.

Ahora su compañero la mira a ella para que intervenga.

—Alma, ¿de verdad que en toda la estación de servicio no hay más que una cámara?

Esta asiente arrancándose algunos cabellos.

—Además, esta solo enfoca a los surtidores. Ni a la entrada ni al interior ni a la parte trasera.

La joven se encoge de hombros.

—Eso no es cosa mía, agentes. La propietaria…

—Ya, ya… —dice Lidia.

—¿Y esta es usted? —pregunta Sarabia señalando la pantalla.

La dependienta patea el suelo repetidamente con la planta del pie.

—Sí, sí. Soy yo. Esa soy yo sí. Ahí me paran los agentes, verá.

—¿Y se puede saber adónde iba a esa hora? —pregunta Lidia.

—Ya les dije a ellos que a tomar un café a León.

Sarabia suelta otra de sus carcajadas.

—¿A León? ¿A tomar un café?

—Sí. A León a tomar un café.

Lidia mira a su compañero, que chasquea con la lengua y se vuelve hacia el monitor.

—Alma. Usted sabe que tiene una cafetera aquí, ¿no? Que lo que dice es…

La joven patea el suelo cada vez más deprisa… Le parece que le tiemblan los labios y los ojos se le ponen llorosos.

—Sí, lo sé. —A la chica le caen algunas lágrimas silenciosas—. Pero es que me gusta tomar café en León. Me ayuda a cambiar de ambiente después de dormir aquí. Y además me puse nerviosa con lo del accidente.

Por un momento siente lástima por aquella desgraciada.

—Vamos, cálmese —dice posando su mano en el hombro de la joven—. No pasa nada pero necesitamos que nos diga la verdad. ¿Está segura de que no vio nada ni a nadie por aquí antes de que llegasen los servicios de emergencia?

La dependienta niega mirando al suelo.

—Nada. Ya les digo que estaba durmiendo.

—Claro, y no escuchó el accidente —añade su compañero corrosivo.

—Lo juro. Lo juro por Dios que no escuché nada.

—De acuerdo, de acuerdo —concede Lidia—. ¿Podría dejarnos echar un vistazo por aquí?

La joven asiente. Al salir del cuartito un hombre espera en la caja. Ella y Sarabia se dirigen a un pequeño distribuidor que da acceso a

los baños y a un almacén. En la tienda no hay ni rastro de cámara alguna. A veces las grabaciones no existen pero las cámaras sí: desconectadas. Pero ese no era el caso en ese lugar. Allí no había ninguna más. En el almacén tampoco, solamente un montón de cajas con los productos comercializados en la tienda y una ingente cantidad de botellas de Coca-Cola de litro y medio.

Finalmente salen a la parte trasera. Ni rastro de cámaras. Los dos se acercan a un extremo, junto a un túnel de lavado fuera de servicio. Desde allí se puede ver el lugar del accidente. Sarabia se enciende un pitillo.

—¿Qué dices, jefa? ¿Miente?

—Claro que miente pero ¿qué va a hacer la pobre desgraciada? Llevará algo de costo encima, habrá sisado un poco de la caja, cualquier cosa…

—¿Se prostituirá?

Lidia no había pensado en eso.

—Yo qué sé, Juanjo. Yo qué sé. Pero aquí ya no hay mucho que rascar. Vamos a hacer una visita a Comercial Santa Rita.

Por fin su hijo llega a casa. César discute con él.
¿Cómo ha podido hacerlo? Sin Chupa de Cuero
están acabados.

14

Las 10.09.

A Lino se le han pegado un poco las sábanas. Ha dormido como un niño. La muerte del tipo de la chupa de cuero ha ayudado, por supuesto, pero es que, además, hoy no va a ver a esos energúmenos desagradecidos. Ni tampoco a su jefe. Cerdo.

Se despide del hotel.

Al llegar al hospital se encuentra con Nirvana vapeando en la puerta. La misma escena de la noche anterior se repite, esta vez iluminada por el sol. Más brillante, más hermosa. La abraza con torpeza. Ella se deja abrazar como quien se deja llover.

—La operación ha ido bien pero aún no saben si habrá daños irreversibles. —Chasquea ella con la lengua—. Todavía no he podido verlo. Lo están monitorizando. No sé, cosas de médicos. Me han dicho que vendrían a avisarme a la salita y que podríamos pasar un momento a la UCI para verle.

—¿Entramos entonces?

Ella asiente y vuelven a recorrer el pasillo de las máquinas de vending hasta dar con la sala de espera. Diez o doce personas aguardan allí pero hay dos que llaman su atención por encima de todas. Algo no encaja en ellas. Como cuando la abuela le ponía aquella serie de dibujos y le hacía encontrar al intruso. Una zapatilla

deportiva, unas pantuflas, unas botas, una alpargata, unas botas de agua y de pronto… ¡un nabo! Pues allí había dos nabos. Uno de mirada quieta y que vestía una gabardina elegante pero raída y el otro joven, con la cabeza rapada y una bómber verde militar.

—¿Cómo estás? —le pregunta ella mientras se sienta en una de las sillas.

Lino se ajusta las gafas y vuelve a mirarla.

—¿Tú qué crees? —responde sentándose a su lado.

—Pues como yo, supongo, jodido. ¿Cómo has dormido?

Duda algunos segundos.

—Fatal. No he pegado ojo en toda la noche.

Ella le acaricia el hombro, como para darle ánimos. Él siente un escalofrío entre las piernas.

—Qué mala suerte —dice Nirvana.

Eso sí que no. Eso no.

—Pues yo diría que bastante suerte había tenido hasta ahora.

Nirvana se ríe irónica.

—Pues sí. ¡A nadie le ha tocado la lotería tantas veces!

—¿Cómo? —pregunta, desorientado.

—Pues tal cual. Textualmente, como te lo digo. Tenía un abogado por ahí que le vendía boletos premiados. A cambio de una comisión, claro. —Y suelta una carcajada seca.

—Ah.

Mejor te callas, Lino. Mejor te callas. No digas nada más, aunque seguro que ella ya sabe que Nico hacía eso para blanquear dinero. Pero, bueno, mejor no añadir leña al fuego. O no hacer leña del árbol caído, como diría la abuela.

—La suerte es de quien sabe buscarla, Lino —sentencia Nirvana.

—Ya…

Unas puertas automáticas se abren y aparece un joven vestido de blanco.

—¿Familiares de Nicolás Domiño? —grita.

—¡Aquí!

Nirvana se levanta y va hacia allí. Él la sigue.

—Acompáñenme, por favor.

Después de atravesar un largo pasillo con pacientes alineados en camillas y en sillas de ruedas alcanzan otro idéntico. Se siente un poco mareado. Es solo su aprensión, su aversión a las agujas y hacia ese olor a medicina, a enfermedad, a paliativo, a dolor, a sufrimiento y a muerte. Piensa en su dedo y en lo que debe de estar creciendo en su cabeza. Siente ganas de llorar pero justo en ese instante, y antes de hacer el ridículo, llegan a otra puerta corredera tras la cual hay gran cantidad de cortinas.

—Box número siete —dice el enfermero—. Tienen diez minutos.

Entran sin hacer ruido. Todo es excesivamente luminoso. Puede escuchar el goteo de la bolsa de suero y el pitido de un monitor. Nico está ahí, inmóvil, como si aún intentase comprender algo que había pasado demasiado deprisa. Su dedo muerto le palpita. Siente vergüenza. ¿Estaré rojo?

Nirvana se acerca a su hermano, atravesado por infinidad de agujas y de tubos, y le acaricia la mano con suavidad.

—Te pondrás bien, amor. Te pondrás bien. —Se sorbe los mocos. Sus ojos están empañados. Le da lástima—. Está calentito. Eso es bueno, ¿no? —susurra sin mirarle.

Silencio.

Nirvana pasa así algunos minutos. Observa a su hermano sin decir nada. Él, desde atrás, contempla la escena hasta que ella se da la vuelta y le mira.

—Voy al baño. Ahora vuelvo.

No me hagas esto, Nirvana, ahora no. No me hagas esto, por favor. No me dejes a solas con él, por Dios. No te vayas.

Ella sale del box.

—Vale —dice en voz queda cuando ya está completamente solo.

Permanece inmóvil. De cara a la cortina y de espaldas a su hermano. No quiere ni mirarlo. No puede. Le da miedo. ¿Qué va a decirle? No hay excusa que valga. ¿Cómo explicárselo? Las piernas le tiemblan pero toma aire con todas sus fuerzas y entonces… le mira. Se asegura de que no hay nadie alrededor, se acerca a la cabecera de la cama y se agacha junto a él.

—Lo siento —dice en voz baja— pero no fue culpa mía. O, al menos, no toda. Tú te metiste en esto, tú no llevabas el cinturón, tú… Yo solo… yo solo seguí con vida.

La máquina que monitoriza sus constantes vitales emite un pitido. Lino la mira de reojo.

—¿Sabes qué es lo peor? —susurra—. Que creo que en el fondo te quiero. Sí, por eso te tapé. Para que no murieses congelado.

Lino siente agarrotada la garganta. El aparato vuelve a pitar, como si le respondiese.

Vamos, levanta, Lino. Sé fuerte, no llores, no llores.

Pero llora.

Recuerda a Nico y a él de pequeños veraneando en el camping de Blanes. Cuando todavía eran todos felices. Cuando todavía eran todos. Se acuerda de los cubos y de las palas, de las colchonetas

inflables, el minigolf, las bicicletas… Recuerda aquellos anocheceres con los dos ridículamente arreglados y engominados por mamá y tomando un helado mientras papá veía algún partido de pretemporada del Celta de Vigo.

Al salir de la UCI Nirvana recorre los pasillos con los brazos cruzados. Lo hace en silencio. Él la sigue detrás. Tiene que llamar a la gasolinera y hablar con Alma. Hay que sacar aquello de allí como sea. Ahora es todo suyo y ella no sabe ni quién es, ni siquiera de dónde es. Con el tipo de la chupa de cuero muerto nadie va a poder relacionarle con la carga. Bueno, sí. Alma podría identificarle en una foto, pero para eso tendrían que enseñarle una y ella tendría que querer hablar. Hay que comprometerla de alguna forma. Hay que ofrecerle algo, una promesa futura, una comisión en el horizonte… algo que perder. Eso es. Si alguien no tiene nada que perder, entonces hay que ofrecérselo.

Buena idea, Lino.

Ah, bueno. También está Nico. Él también podría relacionarle con esos «activos» pero para eso tendría que despertar y, desgraciadamente, no parece que… De pronto se asusta y se detiene. Siente terror al ver a aquellos dos nabos de antes plantados en mitad del pasillo, bloqueándolo. El de la gabardina buena pero vieja está apoyado en la máquina de café y el joven rapado se está quitando los auriculares de los oídos.

—¿Son familiares de Nicolás Domiño? —pregunta el de la gabardina.

—Sí —responde Nirvana—. ¿Y ustedes son?

—Amigos suyos. Socios, digamos.

Nirvana le mira de reojo.

—Ya…

—¿Es usted su esposa?

Ella asiente y entonces el de la gabardina le mira a él.

—¿Y usted es…?

—¿Yo? Su-su…

—Su hermano —completa Nirvana.

El de la gabardina asiente y esboza una pequeña sonrisa.

—Entonces ¿le importaría dejarnos a solas un momento?

Lino mira a Nirvana. Ella parece dudar pero asiente con un leve gesto de la cabeza.

—Vete ya, que perderás el tren —dice.

Está bien, está bien. Me voy.

Lino pasa frente al de la gabardina, atraviesa la mirada carcelaria del joven de la bómber y se dirige al mostrador de recepción, donde solicita el justificante que le ha pedido el director conforme ha visitado a su hermano ingresado. En cuanto se lo entregan abandona el hospital a paso ligero.

Al fin. Respira. Expulsa de sus pulmones ese oxígeno cargado de desinfectante y con olor a medicina. Son casi las cuatro de la tarde y antes de irse debe hacer la llamada.

Es ahora o nunca.

Saca el móvil y busca cabinas telefónicas en Madrid.

«Acaba la obligación del servicio universal de comunicaciones de mantener una cabina telefónica por cada tres mil habitantes». ¡Vaya! Pero si acaba de ver una frente al hospital… «Telefónica empieza a desmantelar todas las cabinas que quedan en España». «Pese a la no obligación todavía quedan en Madrid 644 cabinas sin desmantelar».

Vale, ya está. Ya ha visto dónde ir.

Saca la gorra de la mochila y se la ajusta en la cabeza. También apaga el teléfono. Podría haberse quedado sin batería. Más vale prevenir. Nunca se sabe.

Seguramente bastaría con llamar desde la que hay frente al hospital pero…

¿Y luego qué? ¿Y si la cosa va a más y descubren algo, trazan la llamada, ven que proviene de ese terminal y localizan una cámara de seguridad cercana que la enfoca?

¡Zas! Mal, muy mal.

Así que sube al autobús que le lleva a Atocha pero baja a medio camino, en Cuzco, o algo así. Que funcione ya sería milagroso. Y lo es.

—¿Diga? —responde una voz de mujer joven al otro lado.

—Soy yo, Keynes.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde una cabina. No quiero que esto deje huella.

—¡Genial! —ironiza Alma—. Justo lo que necesitaba. Más paranoia.

—¿Más, por qué?

—Pues porque sé lo que hay dentro, ¿o te crees que soy tonta? Lo he abierto, lo he mirado. Sí, está bien hecho, está camuflado, unas tienen y otras no, pero abrí unas cuantas y en una de ellas encontré el doble fondo. Un kilo y medio. Lo he pesado. He tenido que darle con un picahielos de lo compactada que estaba, parecía una…

—Doble pared —corrige Keynes—. Y no te hagas la inocente, que ya sabías lo que…

—Lo que quieras. Pero me estoy jugando el cuello. Ha venido la Guardia Civil y me ha interrogado sobre el accidente.

—¿Les has dicho algo?

—No, lo justo. Me las he apañado. Querían ver las cámaras y como solo hay una enfocando delante no he puesto problemas, les he enseñado las imágenes.

—¿Y?

—Pues nada, yo saliendo con la furgo. A ti ni se te ve. Pero luego se han paseado por el almacén al lado de las botellas… y yo me he puesto muy nerviosa. Quiero que te lo lleves ya.

—Pero ¿han visto algo?

—No, no. Pero sé que hay coca dentro, tío. Quiero que las saques de aquí ya. ¿Qué crees que va a pasar si vienen con una orden? ¿Qué crees que voy a hacer, eh? ¿Crees que me voy a callar y comerme el marrón? Pues…

—Voy a ir a por ello.

Hay unos segundos de silencio al otro lado. Una respiración, un suspiro.

—Ya. Por favor.

Lino cuelga sin despedirse y eso le hace sentir un poco mejor.

Ya en el tren coloca la mochila entre las piernas y enciende el teléfono. El móvil vibra. Es un mensaje de Nirvana.

> Necesito hablar contigo. Tienes el móvil apagado. Llámame cuando puedas

Lino levanta la vista. Mira por la ventanilla. La oscuridad del túnel dibuja su reflejo en el cristal. Se le ve cansado.

No. Ahora no puede.

En algún punto de la N-601 Sarabia llama solicitando informes sobre los números de teléfono a nombre de Nicolás Domiño.

15

César empuja la puerta de cristal con un golpe seco. Fran le sigue a pocos pasos. A esas horas, frente al hospital de la Paz, la entrada está llena de familiares fumando impacientes y sanitarios disfrutando de un receso. Pero a él eso le da igual.

—Ven, acércate —le dice a su hijo.

Fran obedece y se le aproxima con las manos en los bolsillos. Sin que este lo espere le suelta un guantazo en la cara.

—¡Joder! —protesta el chaval.

La multitud que orbita alrededor de la puerta se vuelve hacia ellos. Así que le coge del brazo y le aparta algunos metros, lejos de miradas y oídos curiosos.

—¿Ahora qué, eh? —pregunta—. Te has cargado al único que nos podía decir algo, subnormal. Este otro está vegetal.

César aprieta los dientes hasta que la mandíbula le cruje.

—Él disparó primero —se excusa su hijo.

—¿Y tú qué eres? ¿Un niño?

Fran niega con la cabeza y revuelve el brazo hasta que se libera de su mano.

—¿No me has pegado ya la chapa antes? ¿Crees que cambia algo que vuelvas a hacerlo?

Chasquea la lengua, niega con la cabeza y empieza a dar pasos apresurados de un lado al otro. No puede dejar de pensar en lo jodidos que están. Y con ese otro medio muerto todavía más.

—Es que eres un puto inútil —dice al fin.

—De tal palo…

Insolente. César se detiene. Se acerca a la cara de su hijo y aproxima la boca a su oído.

—Te crees que porque eres mi hijo no te voy a pegar un tiro en la…

—Exacto. Eso es —responde Fran con soberbia y una sonrisa sarcástica.

César se muerde el labio inferior y entorna los ojos antes de reventarle la cabeza. Lo consigue, se contiene. Respira hondo varias veces bajo la mirada de extrañeza del gilipollas de su hijo.

—Está bien, está bien —dice poniendo los brazos en jarra—. ¿Qué coño le decimos ahora a doña Carmen? No tenemos una mierda y como a ese traidor le encuentren en el móvil algo que la delate nos van a dar bien por el…

—Pero eso no va a pasar, papá —dice Fran mientras se abrocha la bómber.

—¿El qué?

—Lo del móvil. Eso no va a pasar. Se lo cogí y me deshice de él justo por eso. —Sonríe y se señala la cabeza—. Ahora ya no soy tan subnormal, ¿no?

César separa las manos del cuerpo sorprendido.

—Pero ¿cómo no me has dicho eso antes?

Fran frunce el ceño.

—Y yo qué sé. ¿Qué importancia tenía? Si ni siquiera me lo has preguntado.

Al fin ve una remota posibilidad de salir de esto con vida.

—Dime que sabes dónde está.

Su hijo pone cara de asco.

—Lo tiré en un contenedor de basura cerca de Atocha. ¿Por?

—Pues porque allí podemos encontrar respuestas, ¿no se te había ocurrido?

Su hijo asiente con la cabeza baja.

—¡Vamos! Espabila —grita César dándole una palmada en la espalda.

Fran arranca la Kawasaki Ninja, que emite un rugido atronador. Él se sube detrás maldiciendo el haber comprado aquella mierda de ciclomotor cuando cumplió los dieciséis. Cómo iba a saber que aquello iría a más.

Circulan por Madrid a gran velocidad, esquivando coches y exprimiendo los semáforos en ámbar. Intenta gritar algo a su hijo pero la comunicación es imposible embutido en aquel casco.

—¿Qué dices? —pregunta al fin Fran al detenerse en un semáforo.

—¡Que si recuerdas el lugar exacto! —grita.

—Más o menos.

El semáforo de peatones empieza a parpadear. La atracción vuelve a arrancar.

—Y escóndete mejor la pipa, idiota, que te asoma.

Fran obedece: se hunde todavía más la pistola en el pantalón y oculta la empuñadura bajo la bómber antes de arrancar otra vez.

Nunca entenderá su empeño en parecer un delincuente del tres al cuarto salido de alguna película mala. Empieza a no entender a la

juventud y eso le preocupa.

Al llegar a la zona de los contenedores se encuentran con un camión de la basura bloqueando la calle de un solo carril.

—Justo allí —señala Fran.

—¿Donde el camión?

Fran asiente con el casco.

—¡No me jodas! ¡La madre que me parió! —César salta de la moto y corre hacia allí—. ¡Corre!

El contenedor empieza a dejar caer su basura en las tripas del camión.

—¡Parad! ¡Parad esto ya! —grita César agitando los brazos.

Fran, que le ha seguido a pocos metros, da unas palmadas en la carrocería.

—¡Para!

Un basurero pequeño y delgado salta de la cabina con su uniforme fluorescente.

—¿Qué coño pasa?

—He tirado mi móvil por error —responde César acercándose con las manos abiertas—. Necesito recuperarlo.

El tipo arruga la frente y entorna los ojos mientras un coche toca el claxon detrás de ellos.

—¿Y a mí qué me cuentas? No puedo parar la ruta, joder.

El basurero vuelve a poner un pie en el escalón de la cabina pero su hijo está rápido y le agarra por el tobillo.

—¿Qué cojones haces? —protesta el basurero tratando de liberarse.

Fran le tira de la pierna y le hace caer al suelo.

—¿Estáis locos o qué? —grita.

Del otro lado baja otro basurero, más alto, más corpulento y con más cara de lerdo, pero con aspecto de querer acabar su turno sin líos.

—¿Qué mierda estáis haciendo? Voy a llamar a la poli —dice sacando el teléfono.

César se acerca despacio a él, como quien domestica a un perro agresivo.

—Baja el móvil, amigo —dice tajante—. Por tu bien, de verdad. Déjalo.

El basurero duda. El que está en el suelo forcejea con su hijo y los cláxones de los coches le martillean el cerebro.

—Fran, llama a mi móvil —dice guiñándole un ojo—. Vamos.

Este empuja al basurero contra el suelo, saca el teléfono y marca.

César da un traspié cuando de pronto suena su móvil. Lo saca aprisa. Es Fran.

—¡Subnormal! Al otro, idiota, al otro.

Los coches se acumulan, ya son como media docena pitando detrás de ellos.

No saben quién es él.

Ese sonido le pone de los nervios. Los mira desafiante pero no sirve de nada, continúan. Saca la cartera y se acerca al basurero con más cara de lerdo.

Un tono impersonal empieza a sonar desde el interior del contenedor elevado. ¡Menos mal! Fran da un salto y se encarama al camión. Él, mientras tanto, saca dos billetes de cien euros y obsequia con uno de ellos a cada basurero.

—Es muy importante para mi trabajo. No sabéis cuánto. Cuestión de vida o muerte. Os estamos muy agradecidos, de verdad.

Los dos tipos del uniforme fluorescente parecen desistir. No dicen nada pero ambos asienten y miran hacia el contenedor colgado sobre el camión. El sonido del motor disimula los quejidos de Fran en el interior pero no el de los cláxones de los coches. Algún conductor desesperado está de pie, con la puerta abierta y el teléfono en la oreja. Mierda.

—¡Vamos, chaval! —dice César—. Espabila, que estos caballeros deben seguir con su ruta.

Del interior del camión cae una bolsa de basura que revienta al tocar al suelo y desprende olor a comida en descomposición.

—¡Lo tengo! —grita—. Te lo tiro.

—¡No, no! Ni de coña. Te lo guardas en el bolsillo y lo bajas.

César se vuelve hacia los dos basureros, que observan la escena boquiabiertos, y les sonríe.

—Pues nada, señores. Ya estamos. Disculpen por haberles entretenido.

Fran da un último salto para bajar del camión y ambos regresan a la moto. César no dice nada mientras se alejan. Los impacientes conductores suben a sus coches y en pocos segundos el tráfico de la calle se libera.

La moto resopla al detenerse en un callejón cercano a pocas manzanas de distancia. César baja, contento de alejarse del olor fétido de su hijo.

—Veamos qué nos dejaste, cabrón.

Saca el móvil de Chupa de Cuero y revisa el historial de llamadas hasta encontrar la entrante que coincide con el día y la hora de la que pudo grabar. ¡Línea! No hay nombre pero sí un número del que tirar del hilo. Sigue buscando las últimas llamadas y ahí está otra

vez. Una llamada la madrugada del accidente. Veinticinco segundos. El mismo número. ¡Bingo!

Fran le mira sin entender desde encima de la Kawasaki Ninja.

—¿Tienes algo?

—¿Tienes un amigo que suplanta voces, no?

En la ciudad de León Lidia y Sarabia se quedan plantados a las puertas de Comercial Santa Rita. Nadie les abre.

16

Lino llega con las manos en los bolsillos del abrigo y el cuello de la camisa por fuera del jersey de pico. La mochila le pesa más de lo normal. Puede sentir el rostro macilento y cansado. Se ajusta las gafas y mira la hora. Aún quedan unos minutos para entrar. Saca el móvil y marca.

Al otro lado de la línea tardan en responder.

—¿Hola? —Nirvana suena seca, como si llevara horas esperando la llamada.

—Lo siento. No te contesté ayer.

—Ya. Me he dado cuenta.

Silencio.

—Me pillaste… no sé.

—Da igual, Lino. No tienes que excusarte.

Lino se detiene. A su alrededor, los adolescentes gritan, se empujan, fuman. Uno choca con su hombro sin querer. Él hace como si nada.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Es por esos dos tipos?

—Sí, querían hablar de Nico.

—Ya lo oí. Pero ¿de qué?

Nirvana suelta aire, en lo que parece una risotada.

—Bueno, de lo que dicen que les debe. De lo que llevaba en la furgoneta. Parece que ha desaparecido la carga.

—¿Y qué era lo que llevaba?

Nirvana tarda en responder.

—No lo sé. Pero lo que fuera valía cinco millones.

Cinco millones. Vaya. Más de lo que pensaba. El corazón le martillea en el pecho.

—No serían estampitas de la Virgen de Lourdes —dice antes de arrepentirse—. Perdona, perdona.

—Ya… pues eso… que ya te imaginas lo que sería.

—¿Y qué les dijiste?

—Todo lo que sé. Es decir, nada.

—¿Y ellos?

—Que la deuda es mía. Que, aunque no sepa nada, la pagaré igual.

Lino se apoya contra una pared. Mira la hora otra vez. Aún quedan cinco minutos para entrar. Lo justo para que todo se le desmorone un poco más.

—¿Te hicieron algo?

—No. Solo hablaron. Pero no se fueron como si hubieran terminado, en fin… —suspira—. No sé si contándote esto te estoy metiendo en un lío que no te corresponde, Lino. Perdona.

—No hay nada que perdonar. Has hecho bien en contármelo.

—No sé si me están vigilando, si van a volver… No he podido dormir en toda la noche. Siento como si me hubiesen apuntado sin pistola, como si tuviese algo pegado a la nuca.

—Tú no tienes la culpa de nada, Nirvana.

Silencio.

—Ya lo sé… pero me tocará pagarla igualmente. —Hace una pausa —. No sé, Lino. No sé qué hacer. Si Nico estuviese muerto, al menos cobraría un buen seguro para intentar contentarles.

Otra vez dos chavales se abofetean delante de él. Parece que estén de broma. O no. Les da la espalda y oculta con la mano el micro y la boca. Pero justo cuando va a hablar Nirvana se le adelanta.

—O podría ir a la policía y contarles todo.

—¡No! —responde Lino asustado—. Quiero decir, que eso podría ser más peligroso.

Nirvana tarda unos instantes en responder. Puede escuchar su respiración.

—¿Te crees que no lo sé? Pero, tranquilo, no lo haré.

Lino golpea la pared con el talón repetidamente. Nada de lo que ha hecho ha sido por valentía, sino por miedo. O al menos así ha llegado a este punto. Ahora no puedes parar, Lino. ¡Muévete!

—No sé cómo podría ayudarte.

—No puedes. —Nirvana suspira—. Pero gracias por venir, Lino. Gracias por apoyarme. Esperemos que encuentren el cargamento, o que Nico se recupere pronto y lo solucione. Si no, estaré jodida.

Nico, claro, Nico. Eso es.

—Oye… —dice Lino tras un breve silencio—. ¿Tú tienes su teléfono?

—No, yo no. Está en su despacho. ¿Por qué?

—No sé —titubea—. Podría comprometerte, ¿no? Si esos dos lo encuentran, quiero decir. O la policía… No sé. Si hay algo, digo.

Escucha la respiración de Nirvana al otro lado.

—No lo había pensado. Con estos nervios…

Siente el peso del edificio apoyarse en su espalda.

—Mejor que desaparezca.

—Sí, sí. Tienes razón. Lo haré.

El dedo muerto le palpita. Eso no le deja tranquilo. No lo suficiente.

—No. Mejor dámelo a mí y yo me encargo.

—¿Por qué?

Piensa, Lino, piensa.

—Porque lo destruiré, no sé, creo que es mejor. —Se frota la nuca incómodo—. Por si te vigilan, que no te vean a ti hacerlo…

Nirvana tarda algunos segundos eternos en responder.

—Pero ¿tú no estás en Barcelona?

—Sí, sí, pero mañana iré otra vez al hospital. Para ver a Nico. Y así lo recojo.

Otro silencio más.

—Gracias, Lino.

Él no responde, tan solo mira el reloj.

—Tengo que entrar a clase, Nirvana. Nos vemos mañana.

Cuelga sin esperar respuesta. Se dirige a clase arrastrando los pies. Vamos, Lino, no seas flojo, ahora no puedes quedarte quieto. Ella también te engañó y no precisamente por tu bien. Tú lo haces por su bien. Por el bien de los dos, claro.

Recorre el pasillo pensando en su secreto. Los alumnos se amontonan frente a las taquillas, forman pequeños corros, algunos le miran y se ríen de él. Si supiesen lo que ha hecho… si supiesen lo que está haciendo… Estarían orgullosos de él, le adorarían. Le respetarían.

—¡Oye! ¿Qué hacéis? —dice al ver a dos alumnos que le graban con el móvil—. Eso está prohibido.

El chaval que no graba le da un codazo al otro.

—Vamos, vamos —le dice entre risas—. Que este también se va a hacer viral.

—Como el de la gasolinera —responde el otro mientras le agarra por el hombro.

Lino siente un vuelco en el pecho. Entra en pánico.

—¡Eh, eh! ¿Qué vídeo de una gasolinera?

Los chavales se dan la vuelta a carcajada limpia.

—Uno de TikTok —responde el que grababa señalando detrás de Lino—. Una pava como esa, a la que le bajan los pantalones y se cae al suelo.

Lino se gira. Tras él ve a una chica en el suelo con los pantalones por los tobillos. Otras dos, en pie, se ríen.

Lino no las abronca. Lino también se ríe. Y respira.

Irrumpe en el aula serio, solvente. El bullicio en clase disminuye, pero solo un poco. Los alumnos le miran como si fuese el cadáver sanguinolento de un mosquito aplastado contra el cristal. Siente cómo pierde la dignidad en cada mirada, en cada murmullo, en cada burla. Cada paso hasta la mesa le hunde un poco más en el suelo.

—Silencio, por favor —suplica con fingida severidad.

Nadie calla. No le toman en serio. Se ha convertido en un tipo serio a quien no toman en serio.

—Vamos, por favor, que empezamos la clase.

Un par de alumnos se dan collejas en la fila del fondo. Otro junto a una de las ventanas lanza un papel húmedo utilizando el bolígrafo como cerbatana. Tres chicas forman corro sentadas sobre dos

mesas. Un alumno delante de él empieza a comer un bocadillo envuelto en papel de aluminio. ¡Basta! Y justo cuando se dispone a dar unos golpes en la pizarra entra en el aula Peinado con su traje gris arrugado y su mirada tirana.

En el tiempo que tarda el director en llegar a su mesa los alumnos se sientan en su sitio y sacan los apuntes. En clase reina de pronto un silencio sepulcral.

—Profesor Domiño —dice mirando de reojo al alumnado—. ¿Ha traído el justificante?

Lino puede escuchar algunas carcajadas disimuladas entre los muchachos.

—Claro, claro.

Claro, director hijo de puta Peinado.

Ni siquiera se ha molestado en bajar la voz. Porque lo que quería era que le escuchasen, Lino. Lo que quería era ridiculizarte. Está claro. Maldito cabrón. Abre la mochila y rebusca hasta encontrar el documento sellado por el hospital de la Paz.

—Aquí lo tiene, señor.

Peinado lo coge y sonríe.

—Por cierto —dice, ahora sí, bajando la voz—. ¿Cómo está su hermano?

Lino se recoloca las gafas.

—Grave.

—Ajá —asiente el director mirando su reloj—. Bueno, tengo que irme ya, llego tarde.

Lino se sienta y abre el libro, pero las letras están borrosas. No logra leer nada con los ojos empañados. Se los frota con las manos. Se oyen risas a lo lejos.

Una frase salta de la página como un grito en el desierto.

Los hombres no siempre morirán en silencio.

J. M. KEYNES

De regreso a Madrid Sarabia entrega a la sargento los informes sobre los números de teléfono a nombre de Nicolás Domiño.

17

Sale del instituto a paso rápido. Podría haber faltado al trabajo otro día más. No hay nada de malo en ello. La ley lo permite. Lo sabe, lo ha leído en el convenio. Pero el otro día, cuando llamó a Peinado, no se atrevió a decírselo. No se veía con fuerzas. Sin embargo, ahora todo ha cambiado.

Ahora debes centrarte, Lino. Es vital que te focalices en lo importante. No es momento de pensar en el gilipollas del director. En todo caso, eso será un problema del Lino de mañana, que será otro distinto. Seguro que más fuerte que el de hoy, igual que el de ayer era más flojo. También es muy probable que el Lino de mañana ya no te soporte.

Y con razón.

Abandona la escuela con una sensación amarga. Como si de alguna forma presintiese que no va a regresar. Con cierta melancolía. No por lo que significa la escuela para él, sino por lo que un día pensó que podría significar.

Adiós, reina mía, adiós.

Son las cinco de la tarde y ya está oscureciendo. No le toma demasiado tiempo llegar a la oficina de alquiler de vehículos sin conductor que hay a un par de paradas de metro de casa. El comercial le atiende con una sonrisa falsa y una corbata naranja.

«Pase, pase, que verá nuestros modelos». Durante media hora se pasean por las instalaciones viendo furgonetas que a él le parecen todas iguales.

Le enseña varias, le explica las bondades de cada una. A él se la trae sin cuidado, carallo. No entiende nada de lo que le está contando ese hombre, pero asiente de vez en cuando. Su experiencia al volante se limita a cuando se sacó el carnet de conducir y muy poco más. Le deja hablar, pero las explicaciones de Corbata Naranja resuenan en su córtex como las instrucciones en cirílico de un reactor nuclear leídas del revés y con un poco de fiebre.

Me da igual, me da igual. Voy a llenarla de droga.

Se le escapa una sonrisa al pensarlo. Le hace gracia ver al comercial de la corbata naranja esforzarse en su trabajo mientras él piensa en lo que va a hacer, en sus próximos pasos. Un poco como cuando él habla de los principios fundamentales de la oferta y la demanda, y los alumnos piensan que ese tal Adam Smith tiene nombre de zapatilla deportiva. Y entonces le dan vueltas a esas que les compraron el otro día, y a lo bien que van, y a lo bien que quedan, y a lo mucho que van a fardar con ellas, y…

Pobre tipo. Se está esforzando igual que él lo hace en clase y tú aquí ignorándole. Qué injusto.

—¿Quiere seguro?

La pregunta le coge por sorpresa.

—¿Es que no es obligatorio?

—Sí, pero, bueno, ofrecemos otro adicional para…

—No, no. Nada adicional. —Fuerza una sonrisa de persona normal —. Pagaré en efectivo.

Al sacar los billetes de Nico no puede evitar sentirse un poco mal, pero se le pasa enseguida al aceptar uno de los caramelos de fresa que le ofrece Corbata Naranja.

—Gracias.

Después de la explicación de rigor sobre el funcionamiento de la Crafter, Lino asiente sin escuchar. Está todo listo. A por la siguiente parada: el trastero. No quiere dejar ningún cabo suelto.

Le cuesta un poco maniobrar para salir, pero cuando logra incorporarse al tráfico de Badalona se siente aliviado. Eres invencible, Lino. Invenciblemente mediocre. Se ríe y mira su reflejo en el retrovisor. Tú conduciendo una furgoneta, quién lo iba a decir. Pareces tu hermano. ¿Cómo has podido acabar así?

Sin apenas darse cuenta llega a una nave aislada antes de cruzar el río Besós. Un enorme letrero luminoso donde pone TRASTIFY le da la bienvenida. En el interior le atiende otro comercial —este con la corbata verde— que le permite meter allí la furgoneta y aparcar mientras formaliza el contrato de alquiler de un trastero de cinco metros cuadrados. ¿Será suficiente? A simple vista parece más grande que la furgoneta pero a él eso de las medidas…

—Aquí puedes guardar lo que quieras, ¿eh? —suelta con una carcajada seca el comercial—. Bueno, lo que quieras mientras que no pongas un colchón y te instales, ¿eh?

—Claro, claro.

Un colchón de cocaína voy a meter, carallo. Ya verás.

Esa noche duerme poco y mal, como siempre últimamente. Se despierta varias veces sudando, temiendo que alguien se le haya

adelantado y se lo haya llevado todo.

El despertador suena a las cuatro. En casa todos duermen.

Se levanta. Desayuna un café largo, sin azúcar, sin leche y sin pensar.

En la calle huele a humedad y a sudor. Barcelona y sus alrededores siempre huelen a eso. La furgoneta le espera donde la dejó.

Al llegar a Madrid estaciona en un parking. Siete horas seguidas al volante le han dejado los huesos como si le hubiesen doblado por la mitad varias veces.

No sé si estás hecho para esto, Lino. La vida es dura aquí fuera. Hace frío.

Tal y como le ha dicho por teléfono, Nirvana le espera en un banco junto al ascensor.

—Hola —dice.

Ella asiente. Tiene cara de sueño.

—¿Has venido del tirón?

—Sí.

—Pero ¿has dormido algo?

—Lo justo.

Nirvana se levanta y llama al ascensor.

—Ayer lo cambiaron de box.

—¿Eso es bueno? —pregunta.

Ella niega con la cabeza.

Al entrar en la habitación se quita la mochila. Lo que queda de Nico continúa ahí, inmóvil, igual que lo dejó hace un par de días. Los

mismos tubos, los mismos monitores, la misma banda sonora.

—No ha cambiado nada —dice Nirvana.

De pronto su teléfono empieza a sonar. Es Peinado, que ya habrá notado su ausencia. Le da a «Rechazar».

Permanecen algunos minutos en silencio mirando a Nico. Pero la llamada del director le hace impacientarse. Todavía tengo que ir hasta León, cargar y volver a Barcelona, descargar… No me va a dar tiempo. Al final voy a perderme otro día más de clase, y eso ya no me lo van a perdonar.

—Antes de que te marches —dice Nirvana como si le leyese el pensamiento—. No te lo vayas a olvidar.

Saca el móvil del bolso y se lo entrega. Un Nokia de los de antes. Titubea un poco pero lo coge con cuidado, como si quemase.

—Yo me encargo. Tú no te preocupes.

—Pero no habrás venido expresamente por eso, ¿no? —pregunta con una sonrisa.

Lino se recoloca las gafas.

—No, claro que no. Quería verle otra vez.

Nirvana asiente sin llegar a sonreír.

—Ya… pues ya le has visto.

Lino toma aire. Vamos, tú puedes.

—Una cosa más —dice—: ¿tú no sabrás dónde puedo encontrar a aquel abogado del que me hablaste, no?

Nirvana levanta las cejas.

—¿El de la lotería?

—Sí.

—¿Para qué lo quieres?

Lino se aclara la voz, como si eso le fuese a volver más convincente.

—Para entender en qué estaba metido Nico. Por si… no sé, por si hay algo que se pueda arreglar.

Ella suspira. Se arregla la pinza del cabello.

—Está por Azca. Calle… No sé. Solo le he acompañado un par de veces y me he quedado siempre abajo.

Saca el móvil y se pone a buscar en el mapa.

—Mira, está en este edificio de aquí. No sé el piso ni cómo se llama pero hay una placa abajo en la que lo indica.

Él asiente. No necesita más. Irá y lo encontrará. Mira una vez más a su hermano. Nunca habría deseado que pasase eso. Pero había sucedido.

—Gracias —dice.

—A ti, Lino. Nos vemos pronto.

Se cuelga la mochila, guarda el móvil en el bolsillo y sale sin hacer ruido, como una sombra, como humo.

Mira la hora. Quizá pueda hacerlo todo si no duerme.

En la central de la UCO la sargento Martínez
subraya un número de teléfono y un nombre:
Lino Domiño.

18

El portal huele a trapo húmedo. Al llegar arriba la puerta está entreabierta. Su hijo se adelanta.

—Pasa, estará en el salón. Siempre hace lo mismo.

El piso entero huele a pizza barbacoa. Todo está desordenado. César no está acostumbrado a tratar con tecnólogos pero no dudará en besarle el culo con tal de que le salve el suyo.

Le parece increíble que alguien pueda suplantar una voz con un puto ordenador. Llegará un día en que no sabremos ni con quién hablamos. Nos llamarán de la compañía eléctrica con la voz de Marilyn Monroe o de Brad Pitt. Quién sabe si un día ni siquiera sabremos si lo que vemos es real o no.

En su cabeza un hacker dedicado a suplantar voces debería ser un equilibrio perfecto entre un francotirador serbio y un neurocirujano alemán. Frío, preciso, silencioso.

Peligroso.

Pero lo que se encuentra allí, desparramado en el sofá y amorrado a un portátil, es un tipo gordo con gafas de pasta negra tipo comediante y una sudadera de Pikachu. Tiene colgados en el cuello unos auriculares grandes, como los que él utiliza para escuchar jazz.

—Es calvo —dice César.

Su hijo y el tipo se miran el uno al otro confusos.

—No sé. Si lo que buscáis es pelo ya os podéis largar.

Fran saca de la bómber un pendrive.

—No. Necesitamos que hagas tu magia con una voz. Te pagaremos muy bien.

César se acerca con el entrecejo arrugado. Mosqueado.

—Espera, espera. Pero ¿este es el suplantador? —pregunta señalando al sujeto.

—Oye, que yo no os he pedido que vinieseis, ¿eh? Que a mí ya me va muy bien sin vosotros.

—Ya veo —dice mirando el desorden a su alrededor—. Pero ¿no se supone que es uno de los mejores del mundo? Me has dicho eso, Fran. ¿Qué mierda es esto? No veo más putos ordenadores que ese portátil de mie…

—Y lo es, lo es, papá. Vamos, Bocas, enséñale a mi padre tu madriguera.

—Mi VoiceLab —corrige.

—Yo de inglés ni puta idea, tío —dice Fran con orgullo y una carcajada de idiota.

El Bocas se dirige hacia el pasillo y abre la primera puerta. César se asoma y ve una especie de estudio musical. Está lleno de ordenadores, micrófonos, altavoces y tablas de mezclas. Cuenta por lo menos con cuatro pantallas y dentro hace un calor espantoso. Está insonorizado. Parece todo muy profesional.

—¿Lo harás? —insiste Fran—. Necesitamos hacer una llamada para quedar con alguien. La voz está aquí.

El Bocas asiente. No parece que sea la primera vez que le piden algo así. Coge el pendrive, lo introduce en uno de los ordenadores y ejecuta el archivo. Enseguida, en varias pantallas, se abren ventanas

llenas de gráficos incomprensibles y líneas de colores. No tiene ni idea de lo que es todo eso, la informática no es lo suyo, pero pinta bien.

De pronto la voz de Chupa de Cuero suena por todos los altavoces. «Todo listo. Como dijimos». El Bocas ralentiza la velocidad, la acelera, la altera… Debe de estar jugando ya con la inteligencia artificial.

Esa es la magia de la que habla Fran. Ese gordo les va a salvar el culo.

—Necesito dos o tres horas para entrenar esta voz —dice el Bocas —. Hay que afinar la resonancia y ajustar el tono. Cada voz tiene su frecuencia madre. Esta parece tener una base torácica mixta con cierre de glotis. —Suspira—. Hay que entrenarla.

César está flipando. El Steve Jobs de la suplantación de voces.

—Ha dicho que necesita silencio —apunta Fran—. Y que nos larguemos, que aquí sobramos mientras hace su magia.

César no dice nada. Siente que todo está fuera de su control. Una sensación que le genera ansiedad. Que no le gusta nada. Pero quizá esta vez ese descontrol le salve el cuello.

—¿Le pagamos ya algo, papá?

César se encoge de hombros y mira al gordo.

—¿Cómo va esto? ¿Cobras por minuto de grabación? ¿Se tienen que grabar las frases que digamos o se hace en caliente durante la conversación?

El Bocas mira a Fran confuso. Levanta las cejas.

—Tu padre no tiene ni puta idea —se ríe—. La conversación puede durar lo que sea. Pero me vais a tener que pagar treinta mil euros. Sé a lo que os dedicáis.

Ignora si eso es caro o barato para ese trabajo, pero lo que sabe seguro es que su vida y la de su hijo valen mucho más que eso. Así que se lleva las manos al bolsillo interior de la gabardina y saca lo que lleva encima siempre por si se producen este tipo de emergencias.

—Toma. De momento aquí tienes diez mil. El resto después de la llamada.

El Bocas pone cara de no haber visto tantos billetes verdes en su vida, cosa que le genera desconfianza y desasosiego, pero se calla. Ahora la suerte está echada.

Ahora depende de ese tipo.

—Vaya —dice el gordo con las pupilas dilatadas.

—¿Qué pasa? ¿Es demasiado? —Se acerca a él—. Trae para aquí.

—No, no. Quita, quita —responde escondiendo los fajos en la espalda—. Vamos. Volved en un par de horas y lo tendré todo a punto.

No soporta que le den órdenes y menos un puto gordo rarito con gafas de pasta.

—Acércate un poquito, majo.

El Bocas se le aproxima, no demasiado convencido. Titubea y recula tarde. Él le agarra de la camiseta y le acerca la boca a la oreja.

—Fállame y te cierro la sesión —susurra.

César sale de la habitación y se dirige al salón. Fran le sigue y el Bocas cierra la puerta del estudio.

—Tú quédate aquí. No me fío nada de este julay.

—Es el mejor. Te lo digo yo.

—Eso es lo que me da más miedo, que lo digas tú. —Se pasa la mano por la cara: está exhausto—. En fin. Me voy para la Almudena.

—Vas a…

—Algo le tengo que decir. Tiene que ver avances y tiene que ver que tu cagada no ha alterado en nada la búsqueda.

Fran asiente y César se larga de aquel piso infecto con olor a barbacoa y queso.

Hacía tiempo que no subía al metro de Madrid. Hacía tiempo que no sentía que era más miserable que todos los miserables que viajaban en él. Pero al final del oscuro túnel podía vislumbrar una luz.

«Próxima estación: Ópera». Algo de esperanza, un destello. «Correspondencia con línea 5 y ramal Ópera-Príncipe Pío». Al menos había un hilo del que tirar. «Atención, estación en curva. Al salir tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén».

La plaza de la Armería está relativamente tranquila. Cruza la verja y ve a doña Carmen sentada en el escalón de una farola que hace de banco improvisado. A sus pies una bolsa del supermercado, donde guarda sus hojas de romero. Va de negro, como siempre. Vestido largo. El cabello blanco contrasta con el vestido y la chaquetilla. Debería sentir frío, pero no cree que esa mujer sienta nada. Su rostro es durísimo. Como si aumentara a cien el contraste al revelar una fotografía.

—Tenemos una oportunidad.

—Tu hijo cometió un error.

—Se vio obligado. Le dispararon. Pero no se preocupe, doña Carmen, le quitó el móvil y sé lo que hacer. Tengo el número del cómplice.

La mujer baja la mirada al tiempo que huele una de sus hojitas de romero.

—No quiero más promesas.

—No son promesas. Es tecnología —dice convencido.

Doña Carmen levanta la vista y le mira.

—¿Qué tecnología, eh? ¿La resurrección?

—Un sistema de clonación vocal —dice ignorando su sarcasmo—. Inteligencia artificial, doña Carmen. Entrenan la voz a partir de una muestra real y la pueden usar en una llamada sin que se note la diferencia.

Ella se echa hacia atrás y apoya la espalda en la farola.

—La tecnología es para vagos y cobardes.

César no sabe muy bien qué responder.

—Señora…

Doña Carmen se levanta y le suelta:

—¿Tú entiendes algo de lo que estás diciendo?

—No, yo no, pero el tipo que lo hace sí. Está con nosotros. Se llama… bueno, da igual. En unas horas lo tendrá hecho. Hará sonar a Chupa de Cuero como si estuviese vivo.

Doña Carmen ni siquiera parpadea. ¿La habrá cagado? Trata de revisar rápidamente sus palabras pero no. No ha dicho nada inconveniente.

—No me cuentes más milongas. Que seas mi sobrino solo va a darte un poco más de tiempo. Nada más. No eres mi sobrino carnal. Solo político y de la política no te puedes fiar.

Aquellas palabras suenan como un tenedor arañando un plato de cerámica. Le erizan la piel de la espalda.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta.

Doña Carmen asiente sin decir nada. Está pensando: pone esa cara de viejecita sabia de cuando le da vueltas a algo.

—No vuelvas por aquí en un mes. —Coge la bolsa del supermercado—. Tus visitas me comprometen. Si no hay nada nuevo, no vengas y, tranquilo, que si yo tengo que localizarte sabré cómo hacerlo.

Cuando regresa a la cueva del Bocas le abre la puerta su hijo. El ambiente en el lugar ha cambiado. La oscuridad en el exterior se une a la calidez de la luz interior. Fran le acompaña a la habitación y se encuentra al tecnólogo sentado en su silla giratoria con expresión solemne.

—Ya está entrenada —asegura—. La voz ha quedado fina. ¿Quieres escucharla?

Él asiente.

—Mira —dice el Bocas mientras pulsa una tecla.

La voz de Chupa de Cuero retumba en los altavoces.

—«¿Qué pasa, hostia? A las cinco en la tienda de chuches, ¿eh? Sin retrasos».

El tono es exacto. Esa tosecilla improvisada, el carraspeo. Ese «hostia» al final de la frase. César siente un escalofrío. Fran le mira.

—Da cringe, ¿eh?

—¿Cómo?

—Nada, da igual, que lo tenemos, papá.

—Eso parece. Pero creo que para hablar con ellos debería ser un poco más dura, más amenazante —dice.

El Bocas mira a Fran.

—Que le metas un poco más de Terminator, dice mi padre.

—Aaah. Eso está hecho. Le meto un poco más de reverb si hace falta.

El Bocas levanta su culo gordo de la silla. No tiene ni puta idea de lo que está diciendo pero el resultado hasta el momento es increíble. No sabe si darle una paliza por friki o un beso en la boca. Pero mientras medita sobre ello se lo encuentra de pie, con los cascos puestos y frente al micrófono, como si fuera a empezar un monólogo.

—Marchando un poco de reverb —dice—. Atentos.

E imita la voz de Chupa de Cuero, pero esta vez más profunda. Más gutural.

—Hasta la vista, baby. Volveré. Ya sabes que el futuro no está escrito.

César siente que el corazón se le sale de la camisa. Mira a su hijo confundido.

—Pero ¿es él quien hace esto?

Los dos se quedan mirándole.

—Claro. ¿Quién iba a ser si no? —dice su hijo.

El Bocas sigue mudo. Le mira expectante, como si esperase un aplauso.

—Pero ¿tú no eres un hacker?

El Bocas sigue allí plantado frente al micrófono con su sudadera de Pikachu. Se baja los cascos. Permanece algunos segundos en silencio. Su hijo le mira. Todos se miran.

—¿Yo, un hacker? —pregunta abriendo los ojos exageradamente.

Fran se ríe. Él no. A él no le hace ni puta gracia.

—Ya verás, ya verás —dice Fran—. Imita a Bad Bunny.

El Bocas carraspea y rápidamente cambia su voz.

—Tú sabes, bebé, Chupa no muere, solo cambia de frecuencia.

César no sabe quién es el tipo a quien imita pero el acento ese le produce risa por dentro.

—A Ibai, a Ibai —grita Fran descojonándose.

El Bocas vuelve a carraspear, frunce el ceño y coge el micro con dos manos.

—¡Qué pasa, chavales! Aquí Ibai desde la ultratumba. ¡Hoy se viene llamadita desde el más allá! ¿Habrá cobertura?

Ese tipo es impresionante. Es un jodido artista. Se muerde la lengua un par de veces por miedo a parecer poco peligroso, pero acaba por sucumbir a la tentación.

—¿Conoces a Chiquito de la Calzada?

Silencio sepulcral pero, de pronto, el Bocas sonríe con maldad y dice:

—¿Comorrr? Cobarde, que te va a llamarrr el difunto… y viene con saldo pecadorrr. Con mucho saldooo.

César sonríe. Se acerca al Bocas. Vuelve a ponerse serio. Le da una palmada en la espalda y suelta:

—Hazme reír otra vez y te saco los intestinos por el ombligo.

En el hospital de la Paz un médico le vuelve a
decir a una esposa: «Hay que esperar, todavía
es pronto».

19

El móvil de Nico le pesa como le pesa a la zona de Azca el cemento, el hormigón y el acero. Entra en el edificio más acelerado de lo que es habitual en él. El exceso de acción de los últimos días le está activando todavía más.

El muerto al hoyo y el vivo al bollo, que decía su abuela.

No sé qué tendrá que ver ese refrán con mi reciente hiperactividad, carallo. ¿Por qué se te ha ocurrido ahora, Lino?

El lugar que le ha señalado Nirvana en el mapa se encuentra en el complejo financiero, pero no en una calle brillante ni pomposa. Ni tampoco en uno de esos rascacielos elegantes frecuentados por chavalines imberbes perdidos dentro de enormes trajes de mala calidad.

El portal —con su moqueta gruesa, su madera oscura y su conserje rancio— le envía de viaje a finales de los setenta. Típico de Madrid, piensa. Le huele a cine de destape, del que ponía el abuelo.

—¿Adónde va? —pregunta el portero sin apenas levantar la vista del periódico deportivo.

—A ver al abogado del tercero primera.

—Suba por las escaleras, el ascensor no funciona —dice sin mirarle.

Lino pasa junto a unos buzones abollados y deja a su derecha el ascensor, del que cuelga el letrero de NO FUNCIONA al cual algún gracioso ha añadido a mano «Otra vez».

Sube los tres pisos sin tomarse descansos. Definitivamente el exceso de actividad de los últimos días va a acabar poniéndole en forma. Se mira el dedo muerto. Parece que está menos muerto, carallo. Qué raro.

En la puerta primera no pone nada más que ABOGADO. La luz del rellano es fría, casi muerta. Como uno imaginaría la iluminación de una sala de tanatopraxia. Lino ve su cara deformada en el reflejo del pomo cromado. Vaya pinta tienes, pareces más un tipo que viene a pedir que le defiendan por exhibicionista.

Llama al timbre.

Oye acercarse un ruido de tacones al otro lado. La puerta se abre y tras ella aparece una mujer joven de rasgos caribeños. Está embutida dentro de un cortísimo vestido rojo impropio de principios de enero.

—¿Qué desea?

—Emmmm —duda—. ¿Es el abogado?

—Sí, señor. ¿Tiene cita?

—No, señora. Vengo porque mi hermano es cliente y…

—Tiene que pedir cita, señor. No puede atenderle sin cita.

—Entiendo, entiendo, pero verá —dice con los ojos llorosos—. Mi hermano está en coma, se está muriendo, y necesito su ayuda.

La chica parpadea unos segundos.

—Lo siento, el abogado no es médico, señor.

Ella cierra seguidamente la puerta y Lino pone el pie como en las películas. Eso le dispara la adrenalina.

—Un momento, un momento, señora. —Saca de su bolsillo cincuenta euros—. Venga, hágame el favor.

Ella no duda ni un instante. Le arranca el billete de la mano y desaparece tras la puerta. Unos segundos después escucha una voz ronca de hombre.

—Adelante, pasa.

Entra y se encuentra con un hombre de unos sesenta años con bastante pelo para su edad. Está fumando. Apesta a puro y a colonia dulzona de mujer. El señor le pide que le siga por un pasillo lleno de estancias a los lados. Al fondo puede ver a un par de chicas jóvenes que le miran, se ríen y desaparecen tras una de las puertas.

—¿Es usted el abogado?

El hombre se para frente a la puerta de lo que parece ser un despacho cutre y le responde.

—Psé. Abogado.

—¿Y se llama?

El hombre da una fuerte calada al cigarro y lo apaga en un cenicero sobre una mesa de caoba que se cae a pedazos. Vieja vieja.

—Abogado —dice mientras se sienta y pone los pies encima de la mesa.

—Que cómo se llama —repite Lino.

—He dicho que me llamo «Abogado», ¿entiendes, niño?

El hombre le señala una silla para que se siente frente a la suya. Él obedece.

—¿Quién es tu hermano?

Lino piensa sobre la conveniencia o no de responderle que Manolito Gafotas, pero se inclina por algo más verosímil.

—Martín González.

—No conozco a nadie por ese nombre pero aquí nadie dice su nombre real y tú tienes cara de ser un pardillo que no tiene ni puta idea de eso, ¿me equivoco?

Lino niega con la cabeza.

—En realidad no vengo por mi hermano. Me han dicho que usted vende lotería premiada.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi hermano.

—En serio.

—Un pajarito.

—Si me sigues vacilando te vas a largar de aquí sin dientes —dice sacando de debajo del escritorio una porra de madera.

Está bien, está bien, deja de provocar, Lino, tú no eres así.

—No puedo revelar quién me lo ha contado. Pero quien lo ha hecho me ha dicho que es usted una persona inmensamente inteligente, audaz y que, además, es un hombre hecho a sí mismo. Que nadie le ha regalado nada, que tiene éxito con las mujeres, lo cual ya veo…

—Son putas —zanja.

—¡Claro! Y no lo parecen, porque usted sabe rodearse de lo mejor y…

—¡Basta ya! —dice encendiendo otro puro—. ¿Qué coño quieres, niño?

—Trabajar con usted —responde—. Comprarle sus boletos.

El abogado suelta el humo con desdén, como si aquello le aburriese.

—¿Cuánto?

—Todavía no lo sé, pero mucho.

El hombre se retrepa en la silla y pone los pies sobre la mesa.

—Quince por ciento —sentencia.

A Lino le parece bastante. Recuerda que hubo un tiempo en que el IVA en España era del dieciséis por ciento.

—¿Y no se podría ajustar? No sé, si las cantidades son grandes y…

—¿Ajustar? —replica el abogado con una carcajada—. Vamos, niño. No me hagas perder el tiempo, que eres nuevo y, como te he dicho, tienes cara de pardillo. Tienes pinta de que te van a trincar rápido. —Hace una pausa reflexiva en la que vuelve a exhalar humo —. Y la verdad es que me caes mal y tu cara me da grima. Mira, ¿sabes qué? Mejor que sea el diecisiete por ciento.

—No, no. El quince por ciento ya me parecía bien.

—Pues a mí no. El diecisiete. —El abogado vuelve a bajar los pies de la mesa— ¿Está claro?

Lino asiente.

—Sí. En breve le traeré algo. Todavía no sé cuánto pero se lo traeré.

—Vamos, ¡largo de aquí!

Lino se levanta. Al llegar a la puerta del despacho está esperando otra vez la joven caribeña del vestido rojo.

—Un momento —dice a su espalda el abogado—. ¿Nombre?

Él duda. Muy poco.

—Keynes.

El hombre lo repite varias veces en voz baja.

—Menuda mierda de nombre. Pero he oído peores.

Y da otra calada.

Mientras tanto, en algún otro punto de Madrid,
un muerto llama a un idiota que cree que
todavía está vivo. Y con ganas de hablar. La voz
es falsa pero la cita muy real.

20

Atraviesa Valladolid pasadas las tres de la tarde. Todavía debe avanzar un poco más en dirección a León. Aprovecha para dar un repaso mental de última hora. Recógelo todo y esfúmate sin dejar rastro. Todo se resume a eso. Eso es lo importante. Que nada te relacione con esa gasolinera.

Cuando, al fin, detiene la furgoneta en el arcén el reloj del salpicadero ya marca las tres y veinte. Se apea y recorre andando el último kilómetro. Visto desde fuera, debe parecer un despistado que se ha quedado sin gasolina a pocos kilómetros de la estación de servicio más cercana. Solo que él, cuando está a punto de llegar, se adentra en el campo. No está nevado pero sí húmedo. Rodea la gasolinera y salta una pequeña valla para entrar por detrás, lejos del indiscreto tiro de la cámara.

En la puerta trasera —la del almacén— hay un timbre. Llama. Al cabo de un minuto continúa sin abrir nadie pero por el lateral, junto al túnel de lavado, aparece la triste figura de Alma con un cigarrillo entre los dedos. No dice nada al verle. Simplemente alza la barbilla. No parece contenta. Ni tampoco sobria.

—Necesito que apagues la cámara —dice él.

—¿Por qué?

—Porque voy a entrar con la furgoneta para cargarlo todo.

Alma asiente sin demasiado entusiasmo.

—Está bien. Voy.

La joven se da la vuelta y se dispone a volver sobre sus pasos, pero entonces él la detiene.

—Espera, espera. Te acompaño.

Alma se enrosca un mechón entre los dedos.

—¿No te fías?

—Prefiero no tener que preocuparme de si me fío o no. Así es más fácil, ¿no?

Alma tira el cigarrillo al suelo.

—Vale, vamos.

—Un momento, un momento. ¿No es mejor por dentro? —pregunta señalando la puerta trasera—. Si no quiero que vean la furgo, tampoco me apetece que me vean la cara.

Alma asiente con un carraspeo gutural, saca la llave y abre.

—Adelante.

El almacén sigue ahí. Durante alguna de sus pesadillas había soñado que desaparecía con todo dentro. Huele a bebida energética recién derramada. La mercancía también está. Todos los packs de Coca-Cola continúan donde los dejó. Algunos están abiertos. Supone que debido a la exhaustiva investigación de Alma.

En el cuartito de la trastienda la joven le muestra un ordenador viejo con las imágenes en directo de la parte delantera. Desenchufa los cables y la imagen se desvanece.

—Ya está —dice ella.

—El ordenador también.

La joven obedece sin protestar. Él ignora el motivo pero eso le hace sentir un poco mejor.

—Acompáñame —dice él—. No quiero que lo vuelvas a encender en cuanto me dé la vuelta.

Alma niega con la cabeza y chasquea con la lengua. Eso no le ha gustado.

—Nadie me obligó a ayudarte, ¿sabes? ¿Por qué tanta desconfianza, Keynes?

—No te engañes. No me has ayudado. Lo has hecho por dinero.

Ella no responde.

Al regresar deja la furgoneta aparcada en la parte trasera, frente a la puerta del almacén.

En la tienda se encuentra a Alma sirviéndose ginebra en una taza.

—¿Me haces un bocadillo? —pregunta Lino.

—¿De qué? —responde ella sin mirarle.

—No sé… de salchichón.

Alma corta un pedazo de pan tras la barra mientras continúa hablando con él.

—Pensaba que tardarías más en venir.

—Te vi preocupada.

—Lo estoy. Lo estoy. —Hace una pausa y le mira—. Y tú también deberías estarlo.

Lino siente un escalofrío en la rabadilla.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber por qué? —pregunta.

—Porque tengo algo tuyo.

De pronto su dedo muerto vuelve a palpitar. ¿Se le habrá escapado algo? Traga saliva.

—¿El qué?

Ella le sirve el bocadillo y le clava la mirada.

—La carretilla —responde—. ¿Recuerdas? Con la que lo trajiste todo. Llena de huellas y ADN.

Sabía que no podría controlarlo todo. Esto no es lo tuyo.

—¿Dónde está?

—Tranquilo, está bien escondida —ella sonríe con ternura malvada —. No la va a encontrar la Guardia Civil. Ni tú, si no me interesa, claro.

Vaya. Lino se limpia las manos en la servilleta aunque todavía no ha probado el bocadillo.

Ya veo por dónde va esta, ya veo.

—¿Qué es lo que quieres?

Alma apura la ginebra de un sorbo. Sus ojeras han crecido de golpe.

—No sé. Lo que consideres justo. No quiero putearte, solo una compensación.

Con que esas tenemos.

—¿No te compensé bastante ya?

Ella pasa un paño por encima de la barra de forma maquinal.

—Sabes que lo que hay ahí dentro vale mucho más.

El dinero. Otra vez el maldito dinero, que nos vuelve a todos locos.

—¿Y si considero justo no darte ni un euro más?

—Así no me vas a convencer.

—¡Ah! Entonces no se trata de lo que considere justo, sino de lo que a ti te convenza.

Alma sonríe con timidez. Incómoda. No está acostumbrada al chantaje ni a la extorsión. Como él. Dos nuevas ratas jugando a los narcos.

—Eso es. Ya sabes. Tú, según lo que saques, vendiendo todo eso —dice la joven señalando hacia el almacén—, me ofreces la cantidad que te parezca y si me gusta, pues te devuelvo la carretilla y tan contentos.

—¿Y si no te convence?

—Pues subes la oferta.

—¿Y si me niego?

Ella se encoge de hombros.

—No sé. Supongo que la podrían encontrar aquí, localizar tus huellas, encontrar una foto tuya y venir hasta este lugar para que yo te identifique. —Hace una pausa y sonríe—. O quién sabe, igual la funden o aplastan en una chatarrería. Vete tú a saber.

Él asiente.

Quizá en este sector de la droga todo funcione así. Igual que con el abogado, prefiere ceder. Es como dar dinero a cambio de información privilegiada. Aprender de qué forma funciona el negocio sin hacer un curso. Como pagar por ver las cartas y averiguar de qué palo van tus compañeros de juego.

—¿Algo más? —pregunta.

—Sí —responde ella—. Para que veas que no quiero joderte, y que mi único objetivo es que los dos ganemos, te diré que conozco a alguien que podría ayudarte.

—¡Oh, vaya! Primero me das por culo y luego me pones vaselina.

Lino se asusta. Habrá sido Keynes quien ha dicho eso.

Alma le mira sin decir nada, parpadea y le señala el bocadillo.

—¿No te lo vas a comer?

—No, ponlo para llevar y dime en qué se supone que podrían ayudarme.

Alma guarda el bocadillo en una bolsa de papel marrón y sale de detrás de la barra.

—Vamos cargando y te cuento.

Mientras cargan los packs de cola en la furgoneta, Alma le cuenta que hace algunos años —cuando estuvo trabajando como camarera en un hotel de Ibiza— conoció a una mujer que manejaba el cotarro por las Baleares.

—Se mueve bien —dice—. Le llaman la Peleona.

—¿Y?

—Pues que puede ayudarte a colocar parte de eso que llevas ahí —dice señalando la furgoneta con la barbilla.

Lino empieza a notar los brazos temblorosos por el esfuerzo.

—Está bien. Hablaré con ella.

—Te pedirá un buen descuento —dice Alma mientras mete otro paquete en la furgoneta—. Te daré su Telegram y le dices que vas de parte de la Ginebras.

—¿La Ginebras? —pregunta haciendo una pausa para recuperar el aliento.

Alma le mira y se enciende un cigarrillo.

—Cansa, ¿eh? Si tuvieses una carretilla…

—¿Te estás riendo de mí?

—No, no. Solo intento ser simpática. No quiero que pienses que voy de mal rollo, Keynes.

—Ya —dice mientras carga los dos últimos paquetes—. Dime: ¿qué es eso de Telegram?

Alma exhala el humo del cigarro por la nariz y saca su teléfono.

—¿Estás de coña? Pues una aplicación de mensajes secreta… Yo qué sé. La utilizan porque no has de dar tu número a nadie y no sé,

es como privada. Tienes que ponértela y buscarla. —Mira su móvil—. Se llama @la_peleoncilla_de_mar.

César pide un vaso de leche para él y otro para su hijo. Le gustaría visitar a ese desgraciado ya, pero habrá que esperar. Al menos, la memez esa de las voces ha dado sus frutos.

21

Lino entra en Barcelona con los ojos secos. No necesita mirarse a un espejo para saber que los tiene vidriosos. Los párpados le pesan. Están a punto de bajar la persiana.

Al fin ve el letrero luminoso de Trastify: tu trastero al mejor precio. Introduce la contraseña en una especie de teclado numérico y la puerta corredera se abre invitándole a pasar.

Fuera hace frío. Al salir de la furgoneta estira un poco las piernas y los brazos. Se despereza. Tiene los músculos agarrotados y diría que empieza a sentir las agujetas del esfuerzo.

¡Carallo! Y ahora otra vez a mover la carga.

Reflexiona. Desde León conduciendo con una sola parada para mear y tomar un café. Seguramente esté equivocado pero, hasta ahora, no le está pareciendo que esto sea precisamente «dinero fácil». Al contrario. Te la estás jugando mucho para nada, Lino. Demasiado. Total, ¿qué has sacado tú de todo esto? Un poco de calderilla que llevaba tu hermano encima, nada más. Bueno, paciencia, Lino, paciencia. Keynes sabrá cómo hacerlo mejor, ya verás. Pero ahora mueve el culo y mete la droga en el trastero.

Mientras traslada todos los bultos con la ayuda de un carro y un montacargas hace recuento de la mercancía. Solo hay un paquete abierto por Alma. Las cuentas le acaban saliendo. Hay cien paquetes

de seis botellas de litro y medio cada uno. Seiscientas botellas en total.

Dos de las botellas que hay abiertas son normales, aunque están medio vacías. La otra es una de las trucadas. Está medio rota y lleva una bolsa zip pegada con el resto del polvo blanco que no ha cabido dentro después de descompactarlo. La botella medio rota le permite ver el doble fondo.

Cierra la puerta del trastero, atestado de botellas de refresco. Huele a humedad y puede ver el cadáver de una cucaracha en el suelo.

La botella en cuestión es idéntica a las demás. Solo que luce un cuidado diseño. Es una locura, porque no solamente tiene una finísima doble pared llena de cola, sino que también continúa por el cuello, de forma que se puede abrir el tapón y al mirar el interior se puede ver la bebida negra y nada más. Evidentemente, el truco se va al garete si se vacía la parte del cuello. Se ve entonces que dentro hay un segundo depósito que contiene un polvo blanco. Además, justo en ese espacio más crítico —donde es más fácil descubrir la trampa— va pegada la etiqueta de la bebida. ¡Carallo! Menudo trabajo de ingeniería de envases hay aquí.

Eso no lo enseñan en la universidad. En eso Nico tenía razón.

Al recorrer el largo pasillo lleno de puertas verdes a los lados piensa: ¿habrá cogido Alma algo de la botella abierta? Lo ignora, pero al menos le ha dicho que cada botella contiene un kilo y medio ultracompactado. Eso le hace pensar en que debe conseguir una báscula de precisión. No puede vender sin saber cuánto vende.

Al salir del edificio respira hondo. Al fin ha acabado. Se siente aliviado, aunque para nada tranquilo. Mira la hora. Todavía tiene

tiempo. Si va directo quizá nadie note que lleva sin dormir treinta horas.

Qué fuerte eres. Qué valiente.

Después de devolver la furgoneta a Corbata Naranja toma un taxi para ir a la escuela. Vuelve a pensar en su hermano al disponerse a pagar con sus billetes. Pobre Nico. Pobre Nirvana. No eran mala gente. No lo son. Seguramente. Como Alma. Alma no es mala. Alma es pobre. Como él. Miserablemente pobres.

—Quédese con la vuelta —dice al apearse.

El taxista le mira perplejo. Como si nunca hubiese visto una película norteamericana. Siempre había querido decirle eso a un taxista. Que se quede con el cambio. Lo que le lleva a pensar en cómo declararán sus ingresos los taxistas sin emitir factura. Toma nota, Keynes. Nota mental.

Afortunadamente, llega a la escuela un poco antes de la hora. Peinado no está, así que la bronca por faltar ayer se postergará. Durante unos instantes piensa en encender el teléfono de Nico pero lo descarta. Podría emitir señal en algún repetidor o algo así. Debe pensarlo con más calma o destruirlo y sanseacabó. No te compliques la vida.

El aula huele a adolescente. A sudor, a acné y a mandarina. Entra y deja la mochila en el suelo, apoyada contra las patas de la mesa. La camisa le sobresale por debajo del jersey y las ojeras le cuelgan hasta el suelo. Se ajusta las gafas con el dedo tonto.

—Silencio —pide con la voz rota.

Como siempre, lo ignoran pero esta vez no tiene fuerzas para lidiar con ello. Se sienta, se acoda en la mesa y coloca la cabeza entre las manos. Repentinamente los alumnos se callan. Milagro.

Entonces abre un cajón. Tiene algo preparado para los días difíciles. Saca de dentro un montón de papeles.

—Hoy control de repaso.

Se oye un rumor de fondo pero nada exagerado, como si aquellas bestias supiesen que hoy no es día para jugar con Lino. Hoy no se juega con Lino.

Reparte las fotocopias una a una. Luego se sienta otra vez en la silla pero esta vez la siente extraordinariamente cómoda. Como si le recibiese un colchón de viscoelástica con sábanas de un millón de hilos. Los párpados le vencen y la cabeza se balancea hacia los lados. Definitivamente las persianas echan el cierre. Fundido a negro.

De pronto se encuentra conduciendo una furgoneta. Dentro de ella está lloviendo un líquido negro, como Coca-Cola. Se está mojando con él. Mira a su lado. Hay un viejo con la cara ensangrentada que le mira. Lino se asusta.

—Me dejaste solo, hermanito.

Lino intenta hablar pero tiene la boca llena de espuma con sabor a Coca-Cola. Le chorrea sobre el volante.

—Por tu culpa ya no voy a existir —dice el viejo ensangrentado.

Intenta frenar pero no puede. Mira por el retrovisor y no hay una carretera, solamente Nico de niño jugando en la playa de Lloret. De pronto se encuentra en esa playa, en la que hay sillas con alumnos, como si fuese su aula, pero todos los alumnos son Nico de niño. Al fondo, de pie, están Alma, Nirvana, el abogado de Azca y el tipo de la gabardina. Todos le miran hasta que un niño Nico se acerca con una pala amarilla de esas pequeñas de playa y se la da.

—Cava —dice el niño Nico desde el suelo—. Pero cava bien. Quiero estar cómodo.

Lino trata de gritar pero no tiene voz. La pala se le resbala de las manos. El suelo parece de arena pero en realidad es la tapa de un ataúd. Mira al frente y ya no hay nadie, solamente botellas abiertas como bocas sin dientes que empiezan a derramar sangre. Él retrocede y…

—Profesor Domiño —dice una voz mientras le tocan el hombro—. Acompáñeme.

Lino se levanta un poco mareado. Se limpia la saliva de la comisura de los labios. Peinado ya se ha dado la vuelta y se dirige a la puerta. Ambos salen al pasillo.

—¿Me puedes decir qué pasa contigo?

—No he dormido…

—¿Y ayer tampoco?

—Tuve que ir a Madrid de urgencia. Mi hermano…

—Faltas a tu puesto sin avisar, te duermes en clase… Eres un absoluto problema y lo peor de todo es que ni siquiera desgravas. Pero esto que has hecho hoy ya es lo último que se podía esperar de ti y has dejado pruebas por todas partes.

—¿Pruebas de qué?

El director Peinado saca su móvil y empieza a mostrarle fotos donde aparece durmiendo.

—De esto.

Foto 1: Lino con una gorra del revés y unas gafas de sol.

Foto 2: Alumnos posando junto a él como si fuese una estatua de piedra.

Foto 3: Lino con un cartel pegado en el pecho con un pene dibujado.

Vídeo 1: Lino suelta un ronquido mayor que los demás y, al sobresaltarse, abre un poco los ojos y vuelve a cerrarlos.

—¿Quieres saber lo rápido que está corriendo esto? —pregunta el director—. ¿En cuántos móviles de padres estará? ¿Te crees que puedo permitir esto?

Lino mira al suelo y niega con la cabeza. Puede notar cómo la sangre se acumula en sus pómulos. Siente vergüenza.

—No, señor. He tenido una noche de mierda.

—No, Domiño —interrumpe—. Toda tu vida es una mierda, y esto no es un centro de terapia psicológica ni una ONG. Esto es un instituto. Y tú, Lino, eres un insulto para esta institución y un chiste para los alumnos.

—Pero, señor…

—Vete a casa, Lino. Vete ya a casa y reflexiona.

Él asiente. Peinado se da la vuelta y regresa a clase.

Al salir decide caminar hasta casa. Necesita aire fresco, aunque este huela a sudor. Los pies le pesan como si llevase zapatos de cemento. Debes ser fuerte ahora. Esto no es lo más importante que debías hacer hoy. Esto era un simple trámite. No es más que una anécdota sin importancia alguna.

Keynes no necesita consuelo. Keynes necesita movimiento.

Al llegar al piso le recibe una bocanada de marihuana y un poco de reguetón a todo trapo. Megan está sentada a la mesa disfrutando de un vaso de vino tinto con cereales mientras fuma un peta. Va vestida con un top y unas mallas y lleva puestas unas gafas de sol a

modo de diadema. Se pone a tiritar de frío con solo verla pero es justo a ella a quien quería ver.

—Vaya cara que llevas, amigo —le dice ella sin apenas mirarle—. Tienes pinta de haber matado a alguien.

—Y tú de haberlo celebrado.

Ella se ríe y hace un brindis con el bol de cereales.

—Hace días que no se te veía el pelo —dice mientras baja el volumen del altavoz.

—Es la edad —responde acariciándose la coronilla.

Megan vuelve a reírse y le da una calada al porro.

—Bueno, el otro día te vimos pero estábamos con *Juego de tronos*, ya sabes. ¿Todo bien?

Lino se acerca a ella. Vamos, tú puedes.

—Quiero un gramo, Megan. O dos, no sé.

A ella se le cae la cuchara dentro del bol y algunos cereales de la boca. Suelta una especie de tos seca y se carcajea de forma histriónica.

—¿Perdona? ¿Tú? ¿Un gramo? ¿De qué?

Lino siente cómo sus pómulos empiezan a calentarse.

—Pues de… ya sabes.

—No, no sé, Lino. No sé —dice sin perder su sonrisa infantil—. ¿De azúcar?

Se ríe.

—¿De qué va a ser? De coca.

Megan abre los ojos exageradamente.

—¿Tú, coca?

—Sí, yo, coca, ¿qué pasa? He tenido un mal día, Megan. Un día de mierda.

Ella asiente pero se le borra la sonrisa de la cara.

—Está bien, pero verás —apaga el porro en un cenicero—, yo no consumo de eso. Yo soy más de rulas, aunque creo que conozco a alguien que te puede ayudar. —Suspira—. Fuckin' Mills es un gilipollas pero tenía fama de tener buen género. Le conocí en una rave cerca de Reno, o de Kansas City, no sé. Da igual. Sé que desde hace un tiempo vive por aquí.

—Me interesa —afirma.

—Si quieres hablar con él, búscalo en Telegram: @fuckinmills. Pero si vas a ponerte en contacto con un camello, mejor hazlo desde esta tarjeta SIM. —Saca un pequeño chip de su monedero y lo pone sobre la mesa—. Es americana. *Anonymous as fuck*. Ni tú ni yo ni nadie existimos si no queremos.

—¡Vaya! Muchas gracias, Megan. ¿No está a nombre de nadie?

—Qué va. Es de prepago. No tienes que identificarte ni nada para comprarla y si no la pagas con tarjeta de crédito es casi imposible que te pillen. A menos de que te haya grabado una cámara comprándola.

—No sabes cómo te lo agradezco.

—Luego me la devuelves, ¿eh? Y no me gastes mucho que solo le quedan cincuenta euros.

—¿Te pago cien y me la das?

Megan da una palmada sobre la mesa.

—Eso está hecho —responde con una sonrisa—. Tengo como cinco más de esas. Pero no malgastes el saldo. Cuesta mucho recargarlo anónimamente. Úsala solo para hablar con Cabronazo Mills.

Lino asiente.

—Y, por cierto, ¿qué le digo?

—Dile que eres colega mío. Que soy la chica rubia de los pantalones plateados y las botas con luces de la rave de Reno. Sabrá quién soy. Me folló. Creo.

Lino obedece. Se retira a su pequeño cuarto e instala en su propio terminal la nueva SIM que le ha entregado su compañera de piso. Por segunda vez en poco tiempo alguien le ha hablado de Telegram. Debe de tratarse de la app oficial de los criminales. Sin pensarlo demasiado se crea una cuenta y escribe a Fuckin' Mills.

Ahora él es @keynes_knight.

Mientras tanto, en la plaza de la Armería, doña Carmen huele un poquito de romero y piensa que quizá se haya equivocado. Quizá debería enviar a su sobrino César al tanatorio. Ella misma se encargaría de todos los gastos, eso sí. Y le iría a despedir. Pero ahora mismo le da pereza.

22

El sol de invierno concede unos minutos de verano a la terraza del bar Andalucía, donde disfrutan de un merecido descanso.

Sarabia la mira por encima del carajillo.

—Nayaf, abril de 2004.

—Vaya por Dios —responde Lidia dejando la taza de café sobre la mesa.

—Un convoy combinado con cinco vehículos. Iraquíes, españoles y un par o tres de yanquis como enlaces. Íbamos a escoltar un convoy médico de vuelta desde Diwaniya.

—¿Zona caliente? —pregunta ella.

—Eso es poco. Cada vez que te tocaba ir por esa carretera hacías el testamento. —Sarabia se enciende un cigarrillo—. Francotiradores, bidones bomba, insurrectos con fusiles kalasnikov y RPG-7. Un puto festival.

El frenazo de un autobús al llegar a su parada rompe el relato. Ella aprovecha para acabarse el café. Sarabia da otra calada antes de continuar:

—A mitad de camino pasamos por un falso control y nos abren fuego desde las ventanas de un edificio medio derruido. Primero unos pocos tiros sueltos, luego ráfagas por todas partes hasta que un RPG revienta el cuarto vehículo. Yo iba en el quinto. En un

Vamtac de los nuestros. —Sarabia saca el humo por la nariz—. Delante ya no veía nada más que humo.

—¿Y tú?

—A nosotros dejaron de dispararnos. Estaban demasiado ocupados destrozando la cabeza del convoy. Salimos y empezamos a pegar tiros pero sin saber a dónde. No veíamos nada. Todo confusión y humo. Muy mala pinta.

—Pero tú estás vivo —dice ella buscando algo de luz.

—Sí. Una parte, al menos. —Sarabia se acaba su carajillo de un trago—. Tardamos como tres horas en controlar aquello. Bueno, en realidad nunca llegamos a controlar nada. Se hizo de noche y esos hijos de puta se largaron. Los que íbamos en el último Vamtac rodeamos la zona campo a través. Caminamos kilómetros para volver a quedarnos a cien metros de donde habíamos empezado.

Lidia traga saliva.

—¿Y al llegar?

—Vimos todos los vehículos quemados. Había cuerpos por todas partes. Calcinados. —Entorna los ojos y niega con la cabeza—. Aun así, esperamos. Nos escondimos como ratas y no hicimos nada hasta que llegaron los refuerzos de Nayaf y Diwaniya.

Sarabia se apoya en el respaldo de la silla.

—Con la primera luz del día vimos la magnitud de lo que había ocurrido. Todos estaban muertos. De los suyos había tres cuerpos. De los nuestros, quince. Ocho iraquíes, tres yanquis y cuatro españoles. —Sarabia sonríe cáustico—. Pero nos faltaba un muerto. Mahmud. El intérprete que iba en el Humvee de los norteamericanos.

—¿Y? —pregunta intrigada—. ¿Qué pasó con él? ¿Lo secuestraron?

Sarabia se encoge de hombros.

—Puede. Nunca apareció. Tampoco le vimos caer. Ni rastro. Nunca. En ningún sitio. Desaparecido para siempre.

Lidia asiente sin saber muy bien si ha entendido la historia.

—Los yanquis aseguraban que era de fiar, pero —chasquea con la lengua y niega con la cabeza— la posición desde donde nos dispararon… No sé. Alguien tuvo que haberles pasado la ubicación, la hora, la ruta. Algo. No pudo ser casualidad.

Sarabia apaga el cigarro. Se levanta. Lidia le imita aún procesando la historia.

—¿Volvemos ya? —pregunta.

Él no responde. Mira al cielo y vuelve a clavar sus ojos vidriosos en ella.

—Desde entonces —dice—, cada vez que alguien va dentro y no aparece entre los muertos, me pregunto en qué bando juega.

Sarabia es así. Tan profundo como superficial. Tan duro como blando.

—¿Crees que iba alguien dentro, no?

—Puede.

—¿Sabes qué pienso de ti, Juanjo?

—Dispara —dice Sarabia mientras caminan hacia la central.

—A veces creo que quieres resolver casos, pero no por justicia, sino por control. Porque crees que, si las piezas encajan, el mundo es un lugar más ordenado.

Juanjo se ríe.

De vuelta en la oficina Lidia vuelve a sacar toda la documentación del caso y se sienta a la mesa de su compañero.

—Por cierto, viejo, ¿no has buscado los antecedentes del conductor?

Sarabia niega con la cabeza.

—No pensaba que…

—Ni yo, pero llegados a este punto… creo que tenemos que saber más sobre él.

Lidia repasa una vez más las fotografías que hicieron en el depósito del interior de la furgoneta. Todos los detalles.

—En esta parece que haya arena en la alfombrilla del acompañante —observa Lidia.

Sarabia asiente mientras se acomoda junto a ella para observar la imagen.

—Ya. Pero en los informes consta que ya estaba seca. No nos sirve de nada. Podría ser de un mes antes.

—Lo sé, pero es que no puedo evitar pensar que algo se nos escapa. Yo también creo que no iba solo. ¿Sabes por qué?

—Sorpréndeme —dice Sarabia mientras revisa el expediente.

—Porque hay algo indiscutible: alguien robó la mercancía. Alguien abrió ese candado con una llave y se lo llevó todo. Fuese lo que fuese. Si no había nadie dentro tuvo que ser un asalto desde fuera, ¿no?

—Ajá.

—Y eso sí que podemos descartarlo. No hay marcas, ni señales ni pintura. Según los de Atestados, la trayectoria del vehículo apunta a una salida de pista accidental. Al menos, no provocada por un factor externo.

—Sigue —pide su compañero sin levantar la mirada del expediente.

—Y sería muy raro que justo después del accidente, nevando y de madrugada, apareciese por allí, de casualidad, alguien conduciendo una furgoneta lo bastante grande como para cargarlo todo… y que, además, decidiese no llamar a emergencias y buscar una llave dentro y abrir y robarlo todo y…

—Un milagro logístico.

—Exacto. ¿Sabes cuál es el porcentaje de delincuentes en España? ¿Y cuántos vehículos pasan por la N-601 de madrugada? ¿Y qué porcentaje del parque automovilístico nacional son furgonetas?

—Me lo puedo imaginar —responde Sarabia sacando un documento del expediente—. ¿Poco?

—Insignificante —corrige ella—. Ya te digo yo que, si lo calculas, la probabilidad acumulada de que haya un accidente justo cuando alguien dispuesto a delinquir pasase por esa zona a esa hora, en esas condiciones y con ese vehículo… y que además lo hiciese… es más baja que la de que te toque el Euromillón.

—No te equivoques. Lo malo siempre tiene más posibilidades de suceder que lo bueno.

—Eso lo dices porque a ti no te ha tocado el Euromillón.

—No me lo recuerdes —dice Sarabia poniendo frente a ella un listado—. Te toca llamar a la mujer. ¿Recuerdas?

—Sí, voy —dice mientras saca el teléfono—. Del ADN todavía nada, ¿no?

Juanjo niega con la cabeza.

—Si nosotros vamos en un Dacia, los del laboratorio deben de ir en burro.

—Con las patas rotas —matiza ella mientras busca entre los papeles—. Esa empresa, Comercial Santa Rita, deberíamos investigarla más antes de presentarnos allí otra vez, ¿no?

—Ya lo miré. El administrador se llama León Santa Rita y he tratado de…

—Ya lo sé, ya lo sé. Me refiero a más cosas. Quién la fundó. Cuándo. Socios, sanciones, reclamaciones… si venden solo mortadela o también uranio empanado. Todo.

Sarabia se encoge de hombros.

—Si te hace ilusión —responde mientras saca un cigarrillo—. Yo me salgo a echar un pitillo.

—No, no. Tú te esperas aquí, viejo —dice Lidia mientras marca un número en el teléfono—. Que llamo a la esposa de Nicolás.

Al tercer tono una voz de mujer joven responde:

—¿Diga?

—¿Nirvana Santelmo?

—Sí, ¿quién es?

—Soy la sargento Martínez, de la Guardia Civil.

—Ajá. Ya hablé con sus compañeros de Atestados.

Lidia se recuesta en el respaldo de la silla bajo la atenta mirada de su compañero.

—Lo sé. Y no queremos molestarla. —Hace una pausa—. Y aún menos en estos momentos. Pero necesitamos hacerle algunas preguntas que no le hicieron mis compañeros.

—Claro —responde la mujer con la voz cada vez más tensa—. Lo que necesiten.

—Verá, señora Santelmo. Tenemos la sospecha de que alguien robó lo que llevaba su marido en la furgoneta pero no sabemos lo

que era. Hemos intentado ponernos en contacto con Comercial Santa Rita, pero no lo hemos conseguido. ¿Sabe lo que podía llevar? Según el código de actividad empresarial, hemos visto que se dedica a la distribución de productos para la restauración pero, como entenderá, resulta difícil de comprender que alguien robe unos refrescos...

Sarabia le toca el hombro y le susurra con los ojos muy abiertos:

—¿Y si era vino caro o jamón tres jotas?

Lidia silencia el terminal.

—Cinco jotas —corrige—. Shhhh.

Al otro lado resuena un largo silencio. Aquella mujer está pensando más de la cuenta.

—Bueno, yo no lo sé —dice al fin—. Nico era autónomo y no tengo muy claro para quién trabajaba. No sabía nada en concreto sobre esta empresa.

Claro que sí, guapi.

—En tal caso, no sabrá dónde podemos encontrar a su administrador, don León Santa Rita…

—Ni idea —corta Nirvana—. De verdad que no lo sé.

—Está bien, está bien. No tendrá entonces el teléfono de su marido, ¿no? Necesitaríamos buscar en él, pues tenemos la sospecha de que el accidente podría haber sido intencionado.

—¿Intencionado? ¿Cómo?

—No podemos decirle más, señora. Está bajo investigación. Responda: ¿tiene el teléfono de su marido o debemos ir a buscarlo con una orden?

Durante algunos segundos no se escucha nada más que los ruidos de los coches al otro lado de la línea.

—No, aquí no hay ningún teléfono.

Mentirosa.

—Es extraño porque tengo delante de mí un listado de llamadas de una línea a nombre de Nicolás Domiño.

—No, no digo que Nico no tuviese uno. Digo que aquí no está. Que no lo encuentro por ninguna parte. Lo he buscado. Así que ya pueden venir con una orden si quieren.

—Quizá lo hagamos —dice amenazante mientras revisa el listado de llamadas—. ¿Lino Domiño es hermano de su marido?

—Sí, ¿por qué?

—Como le he dicho antes, tenemos el listado de llamadas de la línea a nombre de Nicolás y las únicas de los últimos días que no son con usted son con él.

—Ah —responde Nirvana—. Pues sí, es el hermano.

—¿El único?

—Sí.

—Muy bien, señora Santelmo. En caso de que necesitemos algo más nos pondremos en contacto con usted. Que pase un buen día.

En Badalona Lino abre el móvil de Nico para descubrir que contiene dos tarjetas SIM. Una de ellas como la de Megan. Irrastreable.

23

Punto de no retorno

—Dado que el progenitor no dispone de un entorno adecuado para la menor, se limitará el régimen de visitas a encuentros diurnos sin pernocta hasta que este disponga de un entorno estable.

Su abogada le miró y asintió. Él también. Sara lanzó una sonrisa cómplice a su abogado.

La sala de aquellos juzgados era más fría que la sentencia que acababa de pronunciar la mediadora.

Todos se levantaron y la letrada se le acercó.

—No podíamos hacer más, Lino. El fallo de un juez no sería distinto. Firmamos… y a buscar piso.

Si al menos dispusiera de los cuatro mil euros de la fianza que le pedían tendría algo con lo que empezar.

—Hasta entonces me conformo con llevarla un rato al parque, ¿no?

La abogada asintió. Él se colgó la mochila y ajustó las gafas antes de firmar todo el papeleo.

Al salir de la sala pudo ver a la pequeña Rebeca jugando con su abuela. Se saludaron. La niña le ignoró. Siguió a lo suyo. Con un año

y medio todavía no tenía edad de preferirle a él antes que a su cacito de juguete.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó la pequeña al ver salir a su madre de la sala.

Rebeca corrió todo el pasillo hasta que pudo arrojarse a sus brazos. Sara le besuqueó las mejillas hasta que la niña se le revolvió para regresar con la abuela.

—¿Nos dejas un momento, mamá? —dijo Sara a su madre.

La abuela y la pequeña desaparecieron al fondo del pasillo. La abogada de Lino las seguía unos pasos por detrás.

—No me hace mucho caso —dijo él señalando a Rebeca.

—Ya te irá cogiendo cariño.

—Si no nos vemos va a ser difícil —replicó.

Sara puso los brazos en jarra.

—¿Qué esperabas, Lino? La niña no va a dormir con una pandilla de veinteañeros que no sabemos ni de dónde han salido.

Y razón no le faltaba. Como casi siempre.

—Tengo un plan —dijo él—. Me han de pagar unos temas y entonces podré pagar la fianza del piso.

Ella chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

—Con tus ingresos dudo mucho que te vayan a alquilar nada.

Lino sintió ganas de escupir fuego.

—¿Y tú qué con los tuyos?

Sara frunció el ceño.

—Venga, no digas tonterías que yo no necesito alquilar nada.

—Pero si tuvieses, digo…

—Yo ya tengo piso, Lino. Mío —matizó—. En propiedad.

—Porque te lo han regalado —protestó.

Pasaron unos segundos antes de que Sara supiese qué responder a eso.

—En realidad me das mucha pena, Lino. No hago esto para joderte, ¿sabes? —suspiró mientras guardaba los papeles en el bolso —. ¿De verdad querrías que Rebe se pasase una semana durmiendo en ese cuartucho y compartiendo piso con esa gente?

—Son buena gente.

—Lino, por favor.

—Está bien, está bien.

—Cuando consigas un sitio pediremos la modificación. ¿Crees que tengo algún interés en apartarla de ti?

No pudo más y las lágrimas empezaron a empañar sus ojos. Pero trató de sacar fuerzas de flaqueza para asentir. No podía hacer más por ahora. Por lo menos ahora tenía un plan. Aunque este no dependiese de él.

—Vamos, Lino. —Sara le acarició cariñosamente el hombro—. Todo saldrá bien, ¿vale?

Él no pudo evitar llorar. Lo intentó hasta que la garganta le dolió. Y al final estalló.

—Un momento —se excusó.

Y fue rápidamente a refugiarse en los servicios. ¿Qué había hecho tan mal?

Cuando salió a la calle el cielo le pareció de papel de aluminio. Daba la impresión de estar también a punto de llorar. Una brisa inquietante lo predecía. Frente a él, Rebe jugaba con la arena de un parquecito.

—¿No le dices adiós a papá? —preguntó la abuela a la pequeña.

La abuela Soledad. Qué buena mujer. Una gran abuela.

—Adiós, Soledad —dijo mientras besaba la mejilla de su hija.

—¿No dices adiós a papá? —insistió ahora Sara.

Rebe giró la cabeza y volvió a jugar con su cacito y la arena.

—A pla… —dijo la pequeña señalando la pelota de otro niño.

Sara sonrió y se encogió de hombros.

—Nos vemos, Lino.

Desde luego, has triunfado en la vida. Treinta años y ya con exmujer.

Durante un par de horas caminó sin rumbo fijo por la ciudad. La vida se le antojaba difícil, pese a haber sido siempre de los que no se la complicaban. En algún momento había tomado una decisión errónea, estaba seguro. Una decisión que le había llevado por aquellos derroteros.

Le ardían las sienes. Tenía sueño.

Ya no había vuelta atrás. Buscó un lugar apartado dentro de un parque y sacó el teléfono que le habían entregado hacía unos días. Se sentó en un banco y lo miró debatiéndose. Como quien duda si arrancarse una muela.

El terminal era negro, pequeño y de esos que no se abren. Sin internet ni nada. Como los de antes. De esos que la batería dura semanas. En él solamente había un número grabado que la misma noche que se lo dieron tomó la precaución de anotar en un papel.

Una mujer que pasó por delante empujando un carrito de bebé se le quedó mirando. A no ser que el propietario de ese aparato fuese un niño o un anciano, aquel móvil convertía de golpe a su poseedor en sospechoso.

Está bien, se dijo. Vamos allá. Se puso el terminal entre las piernas y sacó de su bolsillo el suyo para marcar el teléfono de su hermano.

Al otro lado tardaron en responder.

—¿Lino? —preguntó una voz ronca.

—Hola, Nico.

Hubo unos segundos de silencio.

—Joder. Pensé que ya no volvería a hablar contigo nunca más. ¿Cuándo fue la última vez?

—No sé. Supongo que cuando nos encontramos en…

—Sí, que nos dijiste que te casabas con… ¿Cómo se llamaba?

—Sara —dijo Lino.

—Eso, Sara.

Lino sintió un escalofrío al pronunciar aquel nombre y permaneció algunos segundos en silencio.

—Estoy jodido, Nico. Muy jodido.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermano con tono solemne.

—Me acabo de separar…

—¡Ah! De Sara, entiendo. ¿No?

—Sí, sí. De Sara.

—Vaya. Pues lo siento. —Soltó una carcajada para aliviar la tensión—. Ni siquiera he llegado a conocerla.

—Ya, bueno.

—¿Y qué? ¿Qué necesitas? ¿Hablar?

—¿Cómo? —preguntó—. No, no. Qué va. Necesito que me des algún trabajo para ganar algo de dinero extra. Te ayudaré en lo que sea.

—Espera, espera, hermanito. Vayamos por partes. —Nico suspiró profundamente—. ¿Necesitas dinero?

—Sí.

Escucha resoplar a Nico.

—En fin. Siempre te dije que tenías que espabilar. A veces en la vida hay que salirse del camino para no ser un perdedor. Salir de la zona de confort…

—No me sermonees ahora, Nico. Necesito dinero.

—Pero ¿para qué? ¿Para Sara? No lo entiendo.

—No, no. —Hizo una pausa—. Si no tengo la fianza para un piso no me dejarán ver a la niña.

Silencio.

—¿Niña? ¿Qué niña, Lino?

Más silencio. Mucho más silencio y muy fuerte.

—Tengo una hija, Nico.

—No me jodas, hermanito. ¿Soy tío?

—Sí. Eres tío.

—Joder, Lino. ¡Soy tío! —Al otro lado se escuchan las carcajadas alegres de su hermano—. ¿Hace cuánto?

—Un año y medio.

—Vaya, vaya. ¡Año y medio! —repitió—. ¿Tanto me odias como para no habérmelo dicho hasta ahora?

—No nos hablábamos.

—Tú no me hablabas. Tú —insistió casi gritando—. Bueno, dejémoslo. ¿Qué le puedo regalar, Lino? ¿Cuándo voy a ir a conocerla? Qué emoción, hermanito. ¿Una cocinita? ¿Tiene bicicleta?

—Nico —respondió tajante—, ahora necesito salir de esta. Acabo de salir de los juzgados.

—Vale, vale. ¿Cuánto necesitas?

Aquella pregunta le pilló por sorpresa.

—No sé. Mucho.

—Cuánto —insistió su hermano.

—Diez mil euros —inventó, pensando que sería lo suficientemente disuasorio.

—De acuerdo. Dame tu cuenta bancaria y te lo ingreso.

—No, no, perdona. No quiero que me regales nada. Me lo quiero ganar yo.

Nico tardó algunos segundos en responder.

—Pero es que no te necesito para nada, Lino. Me basto yo solo. ¿Qué más te da? Te lo ingreso y tan contentos. —Se rio—. Me has hecho muy feliz con lo de ser tío.

La cosa no marcha bien. Vamos, Nico, no seas terco.

—¿No tienes nada? Te echo una mano con ello, y así nos vemos y nos ponemos un poco al día.

Al otro lado Nico permaneció unos segundos en silencio.

—¿Puedes cargar paquetes o te duele algo?

24

21.15. Camino de la Pava. Castelldefels.
No vengas solo. No vengas tenso. Y sobre todo
no vengas sin producto

Lino no deja de repetir en su cabeza el mensaje que le ha enviado Fuckin' Mills. ¿Tan fácil? ¿Tan directo? Sin saludo, sin despedida, sin presentaciones ni explicaciones. Quizá todos en aquel mundo sean así de confiados. Quizá sea necesario arriesgar para ganar. Pero él no puede dejar de imaginarse tirado en un descampado con una bala en la cabeza o, peor aún, entre rejas.

Siente un nudo en la garganta.

Mientras tanto, el tiempo pasa y ya solamente quedan setenta y siete minutos para la hora en la que le ha citado Cabronazo Mills. Repasa las compras que ha hecho en un bazar después de recibir el mensaje. ¿Se habrá pasado? Mira la peluca rubia, la barba postiza —también rubia—, la gorra, las gafas de sol, la dentadura… De repente todo aquello se le antoja esperpéntico pero, aun así, lo guarda todo en la mochila junto a la báscula de precisión que acaba de comprar. Ya no hay tiempo para mirar atrás.

Al fin suenan las llaves de casa. Ya ha llegado.

—Faisal, ¿tú tienes coche, no?

Su compañero de piso se descuelga la mochila y la deja en el recibidor.

—¿Cómo? ¿Para qué? —pregunta.

—Necesito llevar unas cosas un poco urgentes a un amigo en Castelldefels. ¿Me acompañarías?

—No tengo coche, amigo —responde mientras se quita la chaqueta.

—Te he visto llegar por la ventana.

Eso le pilla por sorpresa.

—Pero no es mío. Es de un cliente del taller. No puedo…

—Por favor, Faisal. Me harías un favor. Si quieres te pago.

Faisal le mira a través del espejo mientras termina de lavarse las manos.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. Te pago lo que quieras.

—Da igual, amigo —responde su compañero haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Sí? —pregunta Lino con una sonrisa exagerada.

Faisal asiente y vuelve al recibidor a por la chaqueta y las llaves.

—¿Salimos ya? No quiero acostarme muy tarde.

Lino coge su mochila y las llaves del trastero. Abajo, en la zona de carga y descarga, los espera un Hyundai Tucson gris y viejo pero con un maletero relativamente decente. Lino sube al asiento del acompañante y Faisal arranca.

—De camino tenemos que pasar por un sitio a recoger lo que tengo que llevar.

Su compañero conduce mientras se muerde las uñas.

—No hay problema, amigo. Pon ubicación.

Lino saca el móvil e introduce la dirección de Trastify. En menos de diez minutos llegan al muelle de descarga. Lino entra con la carretilla hasta su trastero y vuelve a salir cargado con diez packs de refresco.

—¿Y eso es tan urgente? —pregunta Faisal señalando las botellas de cola.

—Pues sí. Es para una fiesta de cumpleaños.

Faisal arruga el rostro sin ocultar su desconfianza, pero regresa al asiento del conductor y cierra la puerta. Mientras tanto él trata de cargarlo todo aunque, por más que lo intenta, no logra hacer que entren más de cinco packs de bebida. Según lo que dijo Nico, en cada uno de ellos debería de haber una botella con un kilo y medio, así que en total habrá siete kilos y medio. Quizá sea mucho o quizá sea poco. Piensa en desmontarlo todo e intentar localizar las botellas «premiadas», pero no tiene tiempo y eso, en parte, se cargaría el camuflaje.

Regresa al trastero. Devuelve a su sitio los packs que no han cabido en el maletero y guarda en su mochila la botella abierta por Alma.

—Vamos —dice al llegar al coche—. Tenemos cuarenta y un minutos.

Faisal vuelve a arrancar. Esta vez decide no poner el GPS. Mejor no revelarle más detalles por ahora.

No hablan en casi todo el camino hasta llegar a la autovía, donde su compañero de piso le dice:

—¿Qué llevas ahí dentro, amigo?

— Coca-Cola —responde aséptico.

Faisal asiente.

—Eso no me tranquiliza.

—No sé qué decirte, Faisal. Es la verdad. ¿Qué te tranquilizaría?

Su compañero entorna los ojos sin apartar la mirada de la carretera.

—Un porro —dice—. Eso, y saber que no vamos a acabar esposados en una comisaría.

La autovía rueda bajo los neumáticos del Tucson.

—Ya estamos llegando —dice Faisal—. ¿Dónde vamos exactamente?

—Camino de la Pava —responde.

—Vaya. Suena a lugar donde ya han matado a gente.

Lino no puede evitar sonreír pese a estar acojonado.

—Qué bien, me encantan los sitios con historia —dice Lino señalando la próxima salida—. ¡Esta!

Faisal deja la autovía. El carril se estrecha y al fondo aparecen unos conos naranjas que desvían la circulación hacia el arcén. Tras ellos, unas luces azules.

—Mierda —susurra Faisal—. ¿Qué hacemos?

—No sé. No sé. —dice Lino jadeante y mirando hacia todas partes —. Tú sabrás.

Siente unas irreprimibles ganas de llorar y se pone las gafas de sol para ocultarlo.

—¿Cómo que yo sabré?

—¡No sé, carallo! Tú sabrás.

Las luces naranjas se aproximan.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Porque soy paquistaní?

—¡Pues claro! Yo soy economista, qué voy a saber.

Junto a los vehículos policiales se adivina la presencia de seis mossos d'esquadra.

—Eres un racista de mierda.

—Sigue con calma —dice Lino—. Respira hondo.

—¿Qué coño dices que respire hondo? ¿Y qué haces con esas gafas puestas?

Lino respira cada vez más deprisa. Los agentes hacen señas con una luz para que se detengan en el arcén.

—No hemos hecho nada malo —dice Lino.

—¿Y eso de atrás?

—Y si supieses lo que llevo en la mochila…

Faisal baja la ventanilla y sonríe.

—Hola, agente.

—Pare el motor —ordena uno de los policías—. Documentación del vehículo y del conductor, por favor.

Faisal busca la documentación del propietario del vehículo en la guantera y la entrega junto con su permiso de conducción. El agente la revisa sin levantar demasiado la vista.

—¿De dónde vienen? —pregunta al fin.

—De trabajar. En un taller de Badalona. El coche es de un cliente.

El policía asiente. Se aleja parsimoniosamente del vehículo y lo observa desde lejos, en perspectiva, en todo su conjunto. Entonces vuelve a acercarse.

—¿Lo están probando?

—Sí. Le hemos hecho el embrague y…

—¿Y adónde se dirigen? —interrumpe.

—A la fiesta de cumpleaños de un amigo —responde Faisal—. En Castelldefels.

—Con el vehículo del cliente.

Faisal afirma.

El policía levanta las cejas, se inclina un poco hacia la ventanilla y observa a Lino.

—¿Y esas gafas de sol?

—Tengo fotofobia —responde con decisión.

—Es de noche —replica el agente.

Eso es cierto, Lino. Eso es cierto.

—Pero son las luces azules —dice señalando hacia los coches de policía—. Los destellos en la oscuridad son peores, me provocan migrañas con aura.

—¿Con aura?

Lino asiente y el agente permanece algunos segundos mirándole sin decir nada. Después se incorpora.

—Aguarden un momento.

Se aleja hacia donde están los vehículos policiales y regresa hablando con otro uniformado. Lino siente el corazón bombear en la yugular. El mismo agente que les ha pedido la documentación se vuelve a inclinar hacia delante y apoya los antebrazos en la ventanilla.

—Hagan el favor de abrir el maletero, caballeros.

Los músculos de Lino se contraen al escuchar aquellas palabras. Faisal baja del coche. Sus pasos parecen de plomo. El sonido de su puerta al cerrarse le retumba en la cabeza como una detonación. Decide salir él también. Con la mochila colgada al hombro. Con la fugaz idea de deshacerse de ella. Imposible. Eso es imposible.

Alcanza la parte trasera del Tucson y se encuentra a uno de los agentes moviendo uno de los packs de bebidas.

—¿Y todo esto es para una fiesta de cumpleaños?

—Eso es —irrumpe Lino.

Los agentes se miran.

—¿Les importaría retirar esto un momento? —pide el agente que acaba de llegar—. Vamos a revisar el hueco de la rueda de recambio.

—Claro, amigos —dice Faisal con la voz temblorosa.

Ahí está. Esa es su oportunidad.

—¿Me sujeta esto? —pide Lino al agente que les ha parado al principio.

El policía coge la mochila sin dudarlo. Faisal le mira como si acabase de soltar una granada sin anilla. Él se le une sin mediar palabra y juntos acaban de descargar todos los paquetes. El agente que sostiene su mochila revisa el interior del vehículo con una linterna y el otro levanta la tapa de la rueda de recambio.

—Está bien —dice uno de los uniformados—. Ya pueden volver a colocarlo todo.

Faisal y él obedecen y cierran el maletero.

—Pueden seguir —dice el agente devolviendo la mochila a Lino—. Tome.

Vuelven a meterse en el coche. Le tiemblan las piernas y está seguro de que a Faisal también. El motor del vehículo vuelve a rugir. Ambos se miran y respiran hondo. Lino está a punto de dedicarle una sonrisa a su compañero cuando, de pronto, alguien golpetea su ventanilla.

—No —murmura Faisal—. Por favor.

Lino traga saliva amarga y baja el cristal.

—¿Agente?

—¿Por qué ha bajado con la mochila?

Piensa, Lino. Piensa.

—La costumbre, agente.

El policía le sostiene la mirada. Luego asiente levemente y da una palmada en el techo.

—Circulen.

Lidia recibe la llamada de Sarabia mientras ducha a la niña. La sargento contesta con la toalla en la mano. Aunque limpio desde hace años, Nicolás Domiño tiene antecedentes por posesión y menudeo.

25

—Estás temblando —constata Faisal.

—¿Y tú no?

—Sí, pero yo no le he dado una mochila bomba a un policía.

Lino saca la peluca rubia y se la coloca.

—He pensado que si se la daba no iba a sospechar de ella.

Faisal conduce lento por las oscuras calles de una urbanización. Los chalets parecen adormecidos y las farolas, anémicas.

—Sí, ya. Pues casi acabamos en la cárcel, amigo.

Lino se pone la barba postiza.

—No me digas eso que me echo atrás.

—¿Atrás de qué?

—Da igual.

—No. No da igual —dice mirándole de reojo—. Tengo una familia que mantener, ¿sabes?

—¿Tienes familia?

—Cinco hijos.

No puede ser. Ni de broma.

—¡Carallo! Pero si tienes como… no sé, como dieciséis años.

—¡Tengo treinta y dos, amigo!

—Pues… no sé… En realidad no sé la edad que aparentas.

Faisal suspira.

—¿De verdad tienes cinco hijos? —insiste Lino.

Faisal asiente sin mirarle y se adentra en una zona de campos todavía más oscura. Pone las largas.

—¿Y dónde están?

Esa conversación le está destensando.

—En Pakistán. Tienen que venir cuando ahorre dinero.

—Pero si eres mecánico. Eso no va a pasar nunca.

Faisal se encoge de hombros y ahora sí, le mira.

—¿Seguro que quieres ir así? —le pregunta.

—¿Así cómo?

—No sé —dice volviendo a mirarle—. Pues como una estrella del porno… alemana o sueca… que toma droga.

—Es justo lo que quería parecer.

Faisal mira a los lados con los ojos entornados. Él también. Todo está oscuro. Eso no le tranquiliza. Parecen campos de cultivo, huertos y descampados salpicados con casetas abandonadas. Nada que inspire demasiada confianza. Infinitos lugares donde podrían acabar muertos. Sus músculos se vuelven a tensar y su corazón a encoger.

—¿Dónde es la fiesta? —pregunta Faisal con retintín.

—No lo sé. Solo me han dicho eso —responde Lino mientras vuelve a revisar el mensaje en el móvil—. Camino de la Pava.

Avanzan extremadamente lentos. El terreno está embarrado, a veces pedregoso, a veces pegajoso. El Tucson traquetea de un lado a otro mientras los faros alumbran extrañas sombras siempre amenazantes. De pronto, siente cómo sus manos sudan y sus dedos —incluso el dedo muerto— tiemblan. ¿Dónde estará ese tipo? ¿Por

qué le habrá citado allí? ¿Por qué se ha atrevido a venir? ¿Por necesidad?

Sí. Por necesidad. Supongo.

—¡Mira! —exclama Faisal señalando el horizonte—. Parece una furgoneta.

En efecto. En la confluencia con otro camino hay un vehículo parado con las luces apagadas.

—Aminora.

Al llegar a su altura la misteriosa furgoneta hace una ráfaga con las luces. Del interior bajan dos tipos. Uno enorme y el otro enano.

—¿Esta es la fiesta? —pregunta Faisal.

—No lo sé. No lo sé. No me han dicho nada más. ¿Puedes preguntarles si alguno es Cabronazo Mills?

—¿Yo? ¿Por qué yo? Solo soy el chófer.

—Vamos, Faisal, que están a tu lado, por favor.

Su compañero reniega y murmura palabras en su idioma. Seguramente insultos.

A medida que se acercan a ellos pueden ver mejor a un lado de la furgoneta a un hombre de unos dos metros de altura por otros dos de ancho. Grande y musculoso. Lleva puesto un plumón y la capucha puesta. El otro es diminuto. Enano de verdad. Con cara de señor mayor enfadado. Los dos tienen pinta de poder ser quien anda buscando.

Faisal detiene el coche y baja la ventanilla. Pero, de pronto, se vuelve hacia él y le susurra:

—Oye. ¿Cómo voy a decirle «cabronazo» a estos dos? Al pequeño todavía pero al otro…

—Se llama así… Fuckin' Mills.

—¿Estás seguro, amigo?

Asiente mientras trata de disimular sus temblores. Ahora tiene ganas de mear.

Faisal se vuelve hacia los dos tipos que se acercan a la ventanilla sin demasiada prisa.

—Buscamos a un señor que se llama Mills. No sé si ustedes le conocerán.

Los dos tipos se miran y asienten.

—Dejad el coche aquí al lado —ordena el enano—. Junto a la furgoneta.

Faisal obedece, en apariencia tranquilo. Él siente una extraña presión en el pecho que le asusta. No, ahora no puede tener un infarto. Empieza a respirar profundamente. No, ahora no, Lino. Inspira, espira, inspira. Que no te tiemble el alma ahora, por favor.

—Abajo —dice el bajito palmeando el capó del coche con una mano pequeña pero autoritaria—. ¿Dónde está la mercancía?

Faisal para el motor y le mira. Él respira profundo y tira de la maneta. Carallo, carallo, carallo. ¿Cómo te has metido en esta mierda?

Una vez fuera se siente mejor, como si se hubiese quitado un peso de encima. Como cuando uno ya está en la mesa de operaciones.

El gigantón no aparta la mirada de su peluca.

—Aquí —dice mientras saca de la mochila una bolsa zip con los restos de polvo blanco husmeados por Alma.

El hombre pequeño se la arranca de las manos.

—Una muestra generosa —dice sin que Lino entienda muy bien el sentido de la frase.

El tipo se retira hacia la furgoneta mientras el grandote cruza los brazos frente a ellos con la mirada impasible y muerta en algún punto indeterminado. Detrás de él el enano mete una navaja en la bolsa y se lleva un poco de polvo mágico a la nariz. Mira hacia el cielo y respira profundo varias veces tapándose primero una fosa y luego la otra. Como cuando él se pone el Nasonex para su sinusitis crónica.

—Vale. Pasáis a la siguiente ronda —dice el enano.

Y, entonces, el gigante abre la puerta trasera de la furgoneta y señala el interior con la barbilla.

—Pa dentro —dice—. Vamo a ver al jefe.

Lino siente un vacío en el estómago.

—¿Cómo? —pregunta.

Y mira a Faisal, que parece aterrorizado.

—Perdona —le dice a su compañero.

—Vamo, pa dentro los dos —insiste el gigantón agarrándoles por los brazos.

—¡Yo no! —protesta Faisal revolviéndose—. ¡Tengo familia!

El grandullón le suelta el brazo pero le fulmina con la mirada. De inmediato, Faisal vuelve a ofrecérselo.

—Vale, vale, amigo.

La parte trasera de la furgoneta no tiene cristales ni contacto con la cabina pero hay tres asientos y una cámara en la parte superior. Los dos se sientan. Lino se pone el cinturón de seguridad con relativa dignidad y Faisal le imita.

La puerta trasera se cierra. Ya no hay vuelta atrás. Cada puerta que se cierra tras él lo empuja un poco más hacia delante, como un vagón sin frenos y cuesta abajo.

Mira a Faisal. Parece asustado.

—Tranquilo —trata de reconfortarlo—. Todo irá bien.

—¿Y me lo dices llorando?

—No estoy llorando. —Y se baja las gafas de sol para enseñarle los ojos—. ¿Ves? Quizá están húmedos del ambiente.

La furgoneta arranca con brusquedad. Un sonido de guitarras, trompetas y maracas les silencia y ahoga cualquier ruido proveniente del exterior. La extraña pareja ha puesto una ranchera a todo trapo para amenizarles el viaje. O puede que para contribuir a desorientarles. La misma ranchera suena una y otra vez hasta que, quince o veinte minutos más tarde, la furgoneta se detiene con un leve chirrido. La canción de ese rey que no tiene trono ni reina se le ha incrustado en el cerebro.

No puede parar de repetir esa frase en voz baja. Faisal le mira como si le hubiesen soltado sin haber recibido el alta médica.

Una voz grave procedente del exterior les ordena salir al mismo tiempo que la puerta se abre. Ellos obedecen como dos alumnos a los que Peinado envía a su despacho. Por alguna razón ya no está asustado. Quizá sea esa canción.

Están en un garaje. Faisal y él bajan. El enano con mala cara les hace un gesto para que le sigan. El gigantón va detrás cerrando la comitiva.

Recorren un pasillo con el suelo de piedra pulida y una iluminación tenue. Al fondo hay unas escaleras por las que suben. Siguen por otro pasillo más hasta alcanzar un salón minimalista en el que destaca un enorme terrario con una iguana.

Sigue meándose.

En el extremo más alejado del salón hay una gran cristalera y, al otro lado, se intuyen las siluetas de varias palmeras alumbradas por el destello turquesa de lo que parece una piscina. Sin duda, se trata del chalet de Fuckin' Mills.

El enano se dirige a la corredera y la abre. Del otro lado aparece un hombre con una cazadora de cuero encima de una bata de seda burdeos. Entra con una copa en la mano y tira la chaqueta en una silla. Bajo el glamuroso batín asoma una camiseta de Metallica y unos pantalones vaqueros. El tipo está fuerte, cabello rubio. Media melena. Barba de unos pocos días. Si no le excitase tanto Nirvana juraría que aquel era su tipo.

El hombre le mira y se ríe.

—¡Joder! Y yo que pensaba que hoy ya no podía reírme más —dice el tipo señalándole con la copa como si brindase por su peluca.

El enano le entrega la bolsa con la coca.

—Hola. Soy @keynes_knight.

El tipo se les acerca ensombreciendo el rostro.

—Keynes, Keynes —murmura—. No. Tú eres un puto *noob*. Un jodido y puto *noob*. Un novato en este juego, man —dice dando un trago a la copa—. ¿Qué es esto, man? ¿Qué coño haces disfrazado de actriz porno de Leipzig?

Lino mira a Faisal, que se encoge de hombros.

—Tan solo trato de ser precavido —se justifica.

El hombre asiente.

—Pasad —ordena—. Y vosotros quedaos fuera.

Los dos secuaces cierran la cristalera y se acomodan al otro lado, en sendas tumbonas frente a la piscina.

—Sentaos —dice señalando un sofá Chester de color rojo—. ¿Queréis una copa?

Los dos niegan con la cabeza.

—Yo soy Fuckin' Mills —dice el tipo mientras camina hacia el terrario con la copa en la mano.

Da unos golpecitos al cristal y saluda a la iguana. Después regresa con ellos. La iguana golpea el cristal con la cola en respuesta.

—Y os voy a decir por qué yo no llevo esa fucking mierda de peluca que llevas ni esos dientes creepy.

Cabronazo Mills se les acerca. Se agacha frente a él —muy muy cerca— y se acaricia el rostro con suavidad.

—¿Ves esta carita, my friend? —pregunta mirándole fijamente a los ojos.

Él asiente.

—¿Sabes por qué no la oculto, man? ¿Lo sabes? —Acerca su cara hasta que las dos narices se rozan y puede sentir su aliento.

Un escalofrío le recorre la espalda.

—Porque me la suda que me reconozcas, man. Si haces algo que no me gusta o hablas más de la cuenta —hace una pausa larga—, vas a desaparecer más rápido que una subvención en Marbella.

Está bien. Lo he pillado. Me estoy meando. Traga saliva. Sabe a sangre.

Faisal tiene la mirada clavada en la alfombra.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta Fuckin' Mills levantando la bolsa—. ¿Es bueno?

—Eso no puedo decirlo —responde Lino—. No eres el único que retira subvenciones.

Faisal le mira con los ojos muy abiertos. Él tampoco sabe por qué ha dicho eso. El resoplido de la iguana rompe un silencio incómodo.

Fuckin' Mills se ríe, mete el dedo meñique en la bolsa. Huele la mercancía, la saborea y, finalmente, la prueba. Tira la bolsa sobre la mesita de cristal y se pone brazos en jarra, mostrando por completo la camiseta de Metallica. Durante algunos segundos mira al techo y sorbe con la nariz repetidamente.

Después vuelve a fijar la mirada en él.

—Esto es bueno, my friend. Me la suda de dónde la hayas sacado, man. Te la voy a comprar. ¿Cuánto tienes?

Lino hace memoria. Trata de recordar. Eran cinco por uno y medio.

—Siete kilos y medio.

Clac, clac, clac. La iguana vuelve a golpear el cristal del terrario. Cabronazo Mills se acerca a ella.

—Vamos, venid a ver a mi pequeña.

La iguana, plantada en su trono de ramas secas, los observa con los ojos entrecerrados y la mirada congelada de un viejo dragón. La piel escamada parece un mosaico diseñado por Gaudí y la cresta dentada, un capricho ideado por algún arquitecto fascista.

—Muy bonita —dice Lino.

Mills sonríe y pasa su dedo índice por el cristal donde la iguana tiene apoyado el lomo.

—Cuchi cuchi —dice—. Muy bonita, sí.

Sin dejar de mirar al reptil dice:

—Te pagaré 300 k por todo. Menos la bolsa esa abierta que te la puedes llevar. 40 k por kilo.

—Hecho —se apresura a decir—. Lo tenemos en el coche. Donde nos habéis recogido.

Fuckin’ Mills deja de mirar a la Iguana y se vuelve hacia él con la frente arrugada.

—¿Habéis traído toda la mercancía?

—Claro.

Mills niega con la cabeza.

—Pero ¿vosotros sois subnormales? Habéis dejado en un fucking descampado casi medio millón de pavos.

Carallo, lo sabía. Sabía que era una mala idea.

La iguana le guiña un ojo.

O quizá tan solo se lo ha imaginado.

En mitad de la N-601 Alma sale de la gasolinera y se mete en su furgoneta con una botella de ginebra. Bebe y fantasea con la idea de que ese tal Keynes aparezca para recoger su carretilla con mucho mucho dinero para ella.

26

Una oscuridad densa y desapacible se ha cernido sobre el cielo del extrarradio madrileño. Nadie en su sano juicio caminaría por aquel polígono industrial a esas horas. Nadie salvo ese desgraciado que había decidido citarles allí.

Citarse con el cadáver de Chupa de Cuero.

Él mismo se había tendido una trampa dentro de otra. Como las muñecas rusas del engaño. Un tramposo siempre acaba cayendo en su propia trampa, ¿no?

Cuando Desgraciado, al fin, se cansó de soportar el frío y la humedad de ahí fuera decidió volver a la nave. Y allí estaban ellos. Agazapados. Listos para colarse tras él. Su hijo Fran lideró el camino. No necesitó hacer ruido. A veces, lo mejor de un arma no es el cañón ni la bala que dispara. Justo en la puerta de la nave le golpeó con la culata y lo empujó hacia dentro.

—¿Quién coño sois? —grita Desgraciado al recuperar el conocimiento—. ¿Dónde está Chupa?

Él está sentado tras una mesa de caoba en un lateral de la nave. Gira una lámpara de flexo y enfoca al desgraciado a la cara.

—Como no me digas lo que quiero saber pronto lo averiguarás.

Y seguidamente hace una señal de aprobación a su hijo. Este se enrolla el extremo de una toalla mojada en la mano, da un paso

hacia atrás para tomar impulso y le golpea con fuerza en los testículos.

El muy infeliz grita entre lágrimas y sollozos.

—Lo diré todo, por favor, parad.

El interior de la nave está oscuro, solamente hay luz en ese rincón improvisado como despacho. El flexo recorta a lo lejos formas de objetos robados que el cómplice de Chupa pretende vender. Entre ellos una hermosa silla estilo Bauhaus cuyo asiento Fran se ha entretenido en recortar para poder dejar al desgraciado en pelotas y con los huevos colgando. Palabras textuales suyas: «Lo he visto en una peli».

—Canta —ordena.

El cómplice de Chupa de Cuero mira al suelo con los ojos cerrados y negando con la cabeza. Las lágrimas se unen a la saliva y le chorrean por la barbilla.

—Yo no tengo nada, joder. No he hecho nada —murmura sin mirarle.

—¿Más? —pregunta Fran.

Él niega con la cabeza. Hay que darle una oportunidad.

—Cuéntamelo todo desde el principio, o te reventaremos las pelotas y entonces sí que cantarás fino.

El tipo sigue negando y lloriqueando.

—No he hecho nada —repite mientras levanta su mirada encharcada—. Teníamos que robar una furgoneta. Solo eso. Y luego Chupa pasaría a buscarla.

Vaya, vaya.

César coge su silla y se sienta frente a Desgraciado.

—A ver, que yo te entienda —dice dándole unas palmadas en el muslo—. ¿Te pidió Chupa que robases la furgoneta de Nico?

—No lo sé. No sé quién es Nico. Me pidió robar una furgoneta, nada más. No sé de quién.

Su hijo le vuelve a mirar. Ahora asiente. Que no se piense que se andan con chiquitas. Fran sonríe, baja la toalla mojada y la balancea.

—¡No, no, no, por favor! —chilla Desgraciado.

Fran toma impulso y golpea con todas sus fuerzas los cojones del pobre ladrón.

—¿Por qué no la robaste?

—No-no-no-no…

Desgraciado zollipa sin poder hablar.

Será mejor tener paciencia con él unos minutos.

—No lo sé —dice al fin—. Estuvimos esperando. Unas horas. En Monteluna. —Suspira y escupe al suelo restos de saliva—. Dentro iba alguien que tenía que pinchar una rueda en algún sitio. Tenían que quedarse sin aire cerca de Monteluna. El conductor llamaría al seguro y nosotros apareceríamos los primeros con la grúa robada y, entonces, mientras el acompañante de confianza que iba dentro le entretenía, nosotros nos la llevaríamos.

El tipo hace una pausa para recuperar el aliento. César decide no interrumpirle.

Deja que hable.

—Pero Chupa de Cuero no me avisó. No pudimos hacer nada y nos largamos. Lo juro por Dios. Os juro que no tengo nada.

César asiente. Su hijo le mira con una sonrisa macabra y entonces le dice que no con la cabeza.

—¿De la confianza de quién? —pregunta volviendo a mirar a Desgraciado.

Este trata de encoger los hombros.

—Creo que del conductor. Una especie de infiltrado.

—¿Iba a traicionarle?

—No sé. Supongo.

—¿O trabajaban juntos?

El ladrón niega con la cabeza.

—Si el conductor estuviese metido, Chupa no nos hubiese necesitado, ¿no crees?

Tiene sentido.

—¿Y por qué salió mal?

—¡No sé, joder! —grita tratando de soltarse de las ataduras—. Ya os he dicho todo lo que sé. Tenían que avisar a Chupa y él me llamaría a mí. Pero no lo hizo. Y nos largamos —resopla—. ¿Me vais a dejar ir ya?

Fran mira al tipo lloroso y luego a él.

—Ya vale, papá. Si no sabe más, no sirve para estar vivo —dice sacando la Glock.

Desgraciado le mira con los ojos muy abiertos.

—No, por favor.

—¿Seguro que no sabes nada más? —le pregunta.

El cómplice niega con la cabeza baja y sollozando otra vez.

—¿Ni tampoco quién era el infiltrado?

El tipo arranca a llorar. Su cuerpo pálido y tembloroso se deja caer sobre la barriga. Los calcetines de ejecutivo le dan un aire cómico.

—Alguien de la confianza del conductor. Nada más.

César mira a su hijo.

—Envíalo al forense —ordena—. Sin hacer ruido.

«Alguien de la confianza del conductor», se repite una y otra vez sin dejar de mirar el cuerpo que descansa sobre la silla mutilada.

Su hijo sale del aseo.

—Ya está —dice.

El agua le gotea por el rostro y por las manos.

—¿Has tocado el grifo?

—Claro —responde sin mirarle—. Con el codo.

Ya en la moto Fran se acaba de limpiar las manos con un paquete de toallitas de recién nacido. Qué paradójico.

«Alguien de la confianza de Nico», vuelve a repetirse.

—¿Tú crees que…?

Fran se gira.

—¿Qué?

—Nada, nada —duda.

Alguien que lleve años en la vida de Nico, quizá. Alguien a quien le abriría la puerta sin pensar, quizá. Alguien con quien compartiría cama…

—Ha sido la puta de su mujer —sentencia.

Fran frunce el ceño.

—¿De quién, papá?

—De Nico.

—¿Es puta? —dice su hijo mordiéndose el labio inferior.

César pone los ojos en blanco.

—Vamos a hacerle una visita.

—¿Ahora? —pregunta Fran mientras se pone el casco.

La sierra madrileña duerme bajo una niebla espesa. A esas horas no hay luces encendidas en las hileras de casas adosadas ni tampoco tráfico en la autopista. Ni siquiera runners en las calles. Tan solo el zumbido de la moto rompe el silencio invernal.

Se detienen frente a una de aquellas casas pareadas de dos plantas con idénticos jardines frontales y traseros.

César se baja primero.

—¿Estará sola? —le pregunta su hijo.

—Ahora lo veremos.

La verja está cerrada con llave. Le entrega la gabardina a su hijo y la salta. No parece que haya perro.

Fran lanza las chaquetas al otro lado y le sigue. Rodean la casa por el lateral hasta llegar a la puerta trasera. Allí saca del bolsillo un estuche de cuero.

El césped huele a húmedo. La niebla emborrona la silueta de una piscina y una barbacoa. Al otro lado una tupida pared vegetal les separa del jardín vecino y les brinda intimidad.

—¿Vas a…? —susurra Fran.

—Shhh.

César saca unas ganzúas y se agacha frente a la entrada. Tarda unos pocos minutos en hacer clic. Magia. La puerta de aluminio cede sin protestar. Saca el móvil y alumbra el interior. Avanzan en silencio. Una vivienda típica de clase media. Sin miseria ni tampoco lujos. Ordenada, eso sí. Huele a lavanda.

No encienden las luces. El parquet apenas cruje. Todo está en silencio.

Su hijo le toca el hombro.

—¿Qué? —susurra.

—¿Y ahora qué?

César permanece unos segundos en silencio. No tiene un plan claro. Pero sabe lo que siempre funciona.

Abre la nevera con parsimonia bajo la atenta mirada de Fran. Saca una botella de leche, la destapa, la huele. Está bien. La deja en la encimera y abre un armario.

Su hijo le mira confuso.

—¿Qué haces, papá? ¿No subimos?

Saca dos vasos, los llena y bebe de uno de ellos.

—Es más fácil que baje ella.

—Está bien —dice Fran elevando el tono del susurro—. Nos quedamos aquí tranquilitos. Nos relajamos.

Su hijo coge el otro vaso y se va hacia el salón. Él le sigue. Ve cómo enciende el televisor y empieza a curiosear por plataformas de streaming.

César se le acerca con el vaso de leche.

Fran bebe un poco mientras pasa películas con el mando.

—¿Esta no es la del calvo ese en la que el corazón le tiene que ir rápido o la palma? —pregunta mirándole.

—Ni puta idea —responde dando otro sorbo a la leche—. Ponla.

—¿Cómo?

Le coge el mando y pulsa el botón. En efecto, la película abre con un calvo corriendo como un loco y música rock a todo trapo.

Su hijo se sienta en el sofá a verla.

En el piso de arriba se oye una cisterna. El parquet cruje y se escuchan algunos pasos.

—Hay alguien —dice Fran señalando hacia lo alto.

Él no dice nada. Da otro sorbo a la leche.

El calvo de la película sigue dando saltos a cámara rápida.

—¿No te suena?

Arriba se escucha el clic de un interruptor. Una luz tenue baja desde el pasillo del piso superior. El sonido de los pasos se detiene en lo alto de la escalera. Justo como pasa siempre.

César deja su vaso en la mesa y se limpia el bigote con el dorso de la mano. Los pasos empiezan a descender. Desde donde está puede ver unas zapatillas seguidas de una bata. Se sitúa sigilosamente junto a la escalera.

Nirvana baja los peldaños de uno en uno, indecisa. Agacha un poco la cabeza y ve el televisor encendido. Duda. Pero no intuye la sombra de Fran sentado en el sofá, porque continúa bajando y se dirige justo allí. Da algunos pasos más hasta alcanzar el salón. Y entonces le ve. Él levanta el vaso de leche como si brindase y ella chilla.

—¡Socorrooo!

Y da unos pasos atrás. Pero al girarse se encuentra con él en la penumbra.

—¿Nos echabas de menos?

Ella se lleva la mano al pecho. No grita pero empieza a respirar deprisa, como si se ahogase.

—¿Qué… qué hacéis aquí? —pregunta.

César enciende la luz.

—Solo hemos venido a hablar.

Ella expulsa el aire despacio como si tratase de controlar la respiración.

—¿Y para eso os coláis en mi casa? No tenéis derecho.

—No hace falta permiso ni derecho si sabes cómo entrar —dice agarrándola del brazo.

—¿Qué coño haces? —pregunta ella revolviéndose—. ¿Qué queréis?

El calvo del televisor sigue corriendo y dando brincos.

—Saber dónde está la mercancía.

—¡Que yo no sé nada, joder!

Nirvana vuelve a revolverse y César le suelta el brazo.

—Siempre lo mismo —dice él—. Decís que no sabéis nada, pero luego aparecéis con el bolso Louis Vuitton y la calefacción por suelo radiante.

César palmea el parquet con pie.

—No tengo ningún bolso Louis Vuitton —protesta ella—. ¿Por qué dices eso?

César intenta ponerle la mano en el hombro pero ella se zafa rápidamente.

—Porque, amiga, cuando se gana, bien. Pero cuando se pierde y toca apechugar, nadie quiere saber nada.

Su hijo se levanta del sofá con tranquilidad. Da un último sorbo al vaso de leche y se acerca a ella.

En la tele el calvo está dando una paliza a varios tíos.

Fran levanta la mano y le da una bofetada en la cara. Luego la agarra con fuerza de la barbilla.

—¡Habla, zorra!

La joven llora.

—Por favor, por favor —repite—. Que no sé nada, lo juro.

—Sabemos que Nico iba con alguien más en el coche —dice su hijo soltándole la barbilla.

Nirvana, aturdida, se lleva las manos a la cara.

—Pues yo no era. Sería otra —dice sollozando.

César niega con la cabeza.

—Alguien que estaba dispuesto a robar la mercancía —añade—. Alguien de su confianza.

—Pues no era yo —insiste secándose las lágrimas.

Fran se acerca a ella con los dientes apretados. César le aparta un poco con el dorso de la mano y vuelve a mirarla a ella.

—Nadie quiere hacerte daño —le dice—. Al menos no todavía. Solo queremos una respuesta clara. ¿Confiaba Nico en ti?

Ella no responde.

—Está bien. Está bien —dice César dando algunos pasos por el salón—. Si me acabo enterando de que eras tú… vendré a tomarme otro vaso de leche.

—No era yo —zanja Nirvana.

César desconfía. Ya veremos.

—¿Tenía a alguien más de confianza?

—No —responde tajante—. No tiene amigos.

—Pobrecito —interviene Fran simulando un puchero.

—¿Y familia? Padre, madre, hermanos…

—Mis suegros están muertos y tiene un hermano, pero…

—Pero ¿qué?

—Vive lejos. No se hablan.

—¿El del hospital? —pregunta Fran.

Nirvana asiente. Su hijo le mira.

Fuera la niebla empieza a disiparse.

En el camino de la Pava, una extraña pareja descarga treinta botellas de refresco de un Hyundai Tucson. Y otra extraña pareja se marcha con una bolsa de deporte cargada de billetes.

27

A las 7.30 de la mañana, el piso compartido en el que vive huele a café recién hecho y al suavizante dulzón de Megan, que está en la galería recogiendo la ropa.

Faisal aparece en la cocina comiendo una magdalena.

—¿Qué tal la noche, amigo? —le pregunta con una sonrisa pícara.

—Buuuf, no he podido pegar ojo —responde—. En cuanto me dormía soñaba que la iguana era un cocodrilo que me comía las manos. Un horror. En fin, siento que me pesan las ojeras. ¿Y tú?

Faisal se ríe.

—Yo he dormido genial. He soñado con un millón de formas en las que gastar los dos mil euros que me pagaste.

Lino da un sorbo al café.

—Para traer a tu familia, ¿no?

—Sí, claro, claro.

Megan irrumpe entre los dos caminando deprisa con una palangana rebosante de ropa.

—Perdón, perdón. Buenos días, chicos —dice sonriente.

En cuanto desaparece por el pasillo Faisal le mira.

—¿Esta chica siempre está contenta?

Los dos salen de casa juntos, con sus mochilas a la espalda. En la calle sus caminos se separan. Faisal se va para el taller y él… al

infierno de acné y pus con olor a choto.

¿Cómo podía haberle soltado aquel tipo trescientos mil euros sin casi pestañear? Debe de estar acostumbrado a hacer eso, claro. De otra forma no se explicaría. Parecía un profesional. Y seguro que lo es. De todas formas él lo ha contado todo al llegar a casa.

No faltaba ni un céntimo.

Soltó la pasta como si estuviese dejando la propina en un restaurante después de la copa y el puro. Debe de estar acostumbrado a hacer esos negocios, sí. «España bebe, España se droga»: está claro.

Aprovecha el camino para escribir un mensaje a la Peleona.

> Hola. Me llamo Keynes. La Ginebras me ha dicho que algo que tengo podría interesarte

Al entrar, la escuela huele a humedad y fotocopiadora. El edén de los aromas antes de llegar al aula. Atraviesa el pasillo y sube la escalera que le conduce a clase pero allí, plantado frente a la puerta, está Peinado, escoltado por otros dos docentes.

—Profesor Domiño —dice el director acercándosele—. Esto es para usted. Puede recoger todas sus cosas y pasar por mi despacho para firmar los papeles.

Al escuchar aquello le empieza a doler el estómago. No sabe qué carallo decir. Coge el papel. Sus mejillas están hirviendo. Mira a sus dos compañeros, tal vez buscando complicidad.

Demasiada vergüenza. Se da la vuelta y se marcha.

Sale de la escuela con un cheque de doce mil euros en el bolsillo. Quizá deberías empezar a gestionar el dinero como el economista que eres. La putada del despido no es el despido, ni tampoco el

dinero que va a dejar de ingresar. No. Con los doscientos noventa y ocho mil euros que tiene debajo de la cama no puede preocuparle. El problema es que para blanquear eso necesita comprar algo con lo que poder hacerlo. Un negocio, una empresa, lo que sea.

Y sin nómina eso se complica.

No se puede blanquear sin dinero limpio. Qué paradójico.

La imagen del abogado de Azca viene a su cabeza.

De momento se le ocurre la forma de quitarse de encima una pequeña cantidad a la vez que mejora la situación con su hija.

Saca el móvil y llama a la propietaria del piso que había visto hace un par o tres de semanas.

—Hola. Llamaba por el piso en Badalona, el de…

—Está vendido —interrumpe la voz de una mujer al otro lado—. Pero tengo otro en Barcelona si le interesa. En Diagonal Mar.

Lino piensa. No tienes un riñón para pagarlo. Ah, bueno, sí. Tengo algo mejor.

—Pero ese será más caro —dice.

—Bueno, sí. Es Barcelona. —Hace una pausa—. Pero tiene vistas al mar.

¡Qué carallo!

—¿Y cuánto es? —pregunta.

—Emmmm. Mil, mil, mil… Mil seiscientos al mes.

Lino permanece algunos segundos en silencio.

—¿Podría ir a verlo ahora mismo?

—¿Ahora?

—Sí, tengo el día libre y…

Lino desvía su ruta.

En vez de regresar a casa sube al metro. La mujer le ha enviado todos los detalles en un mensaje.

Baja en la parada de Selva de Mar y camina por una calle flanqueada por edificios altos. Se cruza con dos extranjeros que llaman su atención. Son altos, son fuertes, son rubios. Visten caro pero cutre. Parecen camellos de lujo, o algo peor: influencers. Alta clase baja. Piensa en su hermano y también un poco en Fuckin' Mills.

Cuando llega, una mujer de unos sesenta años le espera en la puerta con una sonrisa forzada y un rubio de bote. Suben juntos en el ascensor. Qué frío hace hoy. Enseguida estará aquí el verano. El tiempo está loco.

El ascensor tarda una eternidad en llegar al sexto.

—No es de inmobiliaria, ¿no?

Ella niega con la cabeza.

—No. Yo soy la propietaria. Así nos ahorramos una comisioncilla, ¿no?

Y sonríe.

El piso está impoluto. Parquet claro, mucha luz, cocina abierta pero bonita. Amplio, alegre, moderno.

—Está recién reformado —dice la propietaria.

—Ya veo.

Lino camina hacia el balcón. Mira a través del cristal.

—Es grande —dice ella señalando la terraza—. Diez metros cuadrados. Cabe una mesa y…

—Pero no tiene vistas al mar.

Ella sonríe.

—Bueno, sí. Mira. —Abre la corredera y sale—. Allí, entre aquellos dos rascacielos, ¿lo ves?

La mujer señala con precisión quirúrgica un pedazo de mar entre dos edificios.

—Pero eso… eso no es con vistas al mar —protesta.

—¿Qué quieres en Barcelona por mil seiscientos euros?

—Pues que no me engañen.

La mujer se cuelga el bolso.

—Mira, chico. Si no te interesa, no me hagas perder el tiempo, que tengo doscientos más como tú haciendo cola.

Qué jeta. Qué mundo de mierda. Qué injusto.

—Me lo dejas por mil quinientos. Eso no son vistas al mar sino al concepto de mar.

—¡Imposible! —exclama ella apagando la luz del salón—. Vámonos.

—De acuerdo —responde él—. Entonces dos mil al mes pero en negro. Te doy todo el año por adelantado si no me pides nada más. Ni avales, ni nóminas ni contratos.

Ella frunce el ceño y pone brazos en jarra.

—Pillín, pillín —dice, y de pronto sonríe—. Así me gusta. Haciendo las cosas a la vieja usanza, como Dios manda. Ahora ya me gustas más, chico.

—¿Hecho, entonces?

—Hecho —dice ella—. Y si te sobra algo más de eso que tienes por ahí, que sepas que vendo el taller de abajo por sesenta mil euros.

—Me lo anoto.

—No te lo pienses mucho que…

—Sí, sí —interrumpe—. Que tiene cola…

Ella sonríe y se dirige a la puerta.

—Espera un momento. Voy a por un recibo y a por otro juego de llaves.

Él se queda allí. En mitad del salón vacío. En el tipo de piso que le hubiese gustado compartir con Nirvana.

En el hospital de la Paz, en Madrid, una esposa
se despide de su marido en coma.

28

Punto ciego

—¿Y Nirvana? ¿No viene? —preguntó Sara poniéndose las gafas de sol.

Lino dejó en el recibidor la mochila en la que llevaba la muda para la noche que pasaría allí.

—No podía. Tenía que ir al centro a comprar un vestido para una boda.

—Lástima —dijo Marc pasándole una cerveza—. ¿Y tú qué? ¿Vienes a mesa puesta, cabrón?

—Cercanías, ya sabes, tío.

—Pero si Montornés no tiene tren, capullo.

—Por eso —respondió riéndose—. He tenido que subir en autobús.

Fuera Carlos mantenía a raya las brasas con unas pinzas, mientras Matías y Jessica preparaban el pan con tomate.

No hacía ni dos meses que habían acabado las clases del máster y ya les había echado de menos.

—Vaya, vaya, tú por aquí —dijo Carlos ofreciéndole un choripán—. Toma, come.

Jessica subió el volumen del altavoz.

Y empezó a bailar y cantar como si montase un caballo. Lo hizo con tal entusiasmo que la cerveza se le derramó provocando los abucheos de los demás.

—¡Está borracha! —exclamó Matías con los pómulos colorados y el gin-tonic en la mano.

—¡Vamos! A la mesa —dijo Sara poniendo sobre ella dos botellas de vino—. Esto frío no vale nada.

La comida transcurrió como cualquier barbacoa con los amigos: alegre, calurosa y etílica. El plan era bañarse en la piscina hasta que cayera el sol, cenar y seguir borrachos mientras jugaban a algún juego de mesa hasta caer rendidos por el sueño. Pero sobre las cinco de la tarde todo cambió.

Marc apareció en la piscina con la cara descompuesta, la toalla en una mano y el móvil en la otra.

—Ha habido un atentado.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Dónde? —preguntó Carlos.

—En Barcelona. Dicen que en el centro.

Lino salió del agua con el corazón acelerado y fue a coger su teléfono.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Parece que todavía no se sabe, pero hay centenares de heridos en las Ramblas.

—Carallo, Nirvana iba de compras por allí —dijo mientras miraba las noticias—. Y mi hermano, que ha venido a hacer turismo unos días, tampoco sé dónde está.

—¡Joder! —dijo Sara—. ¿Y estarán bien?

—No lo sé. Voy a llamarlos.

Lino contenía la respiración con cada tono.

Nadie contestó.

El teléfono de su hermano no daba señal y Nirvana no respondía a la llamada.

Su preocupación fue en aumento.

—¿Alguien puede llevarme a Barcelona?

Marc se ofreció a hacerlo.

El viaje se le hizo eterno. En la radio las noticias bombardeaban incesantemente con todo tipo de hipótesis y teorías. Pero nadie sabía ni entendía aún lo que acababa de pasar.

Marc quitó la radio. A él no le importó.

—¿Cómo es que estás viviendo en casa de Nirvana? —preguntó su amigo.

—De sus padres —corrigió—. Porque ellos están de vacaciones en el camping, en Lloret. Y se ha quedado sola.

Marc asintió sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y tu hermano? ¿Dónde está?

—En mi piso compartido. Ha venido unos días a visitar Barcelona aprovechando que yo dejaba mi habitación libre.

—Ah —respondió Marc mirándole de reojo—. ¿Y ha visitado ya la Sagrada Familia?

Su amigo trataba de mantenerle distraído. Como la enfermera que habla del tiempo antes de pincharte la vena o el taxista que te cuenta una batallita justo antes de que pierdas el tren. Se lo agradecía pero volvió a encender la radio.

No podía quitarse de la cabeza a las dos personas que más quería en el mundo. Había dudado sobre adónde ir primero, pero lo más lógico era pasar por casa de Nirvana. Al fin y al cabo es donde estaba viviendo.

Al entrar a Barcelona las calles estaban desiertas. Solo el lamento de las sirenas rompía el lúgubre silencio en el que la ciudad se había sumido aquel 17 de agosto de 2017.

Sacó el teléfono y volvió a marcar. Ahora ni siquiera había señal. En la ciudad las líneas debían de estar colapsadas de familiares tratando de contactar con sus seres queridos.

En la radio la historia seguía igual. Confusa. Hablaban de multitud de muertos, infinidad de heridos e incluso de gente atrincherada en comercios y de rehenes en un restaurante. Lino sabía que ese era uno de esos días en que uno siempre recordaría lo que hizo o dónde estaba.

Él al menos no lo olvidaría.

—Ya estamos —dice Marc deteniendo el coche en doble fila—. ¿Te espero aquí?

—No hace falta, gracias.

El calor era sofocante. Costaba respirar. Olía a sangre.

Abrió el portal. Nirvana le había dejado las llaves durante aquellos días. Subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al tercero. Abrió la puerta y entró.

Todo estaba quieto y en silencio. Como la ciudad.

—¿Hola? —dijo.

No hubo respuesta. Algo iba mal. La boca se le secó.

De pronto unas risas al final del pasillo.

—¿Nirvana?

Entonces escuchó unos ruidos y fue hacia allí.

Se sintió aliviado. Menos mal. Por un momento se había temido lo peor. Recorrió el pasillo a paso ligero. Decidido. Su rostro empezaba a esbozar una sonrisa.

Ya solo le quedaría localizar a Nico.

La puerta del dormitorio estaba entornada. La empujó para acabar de abrirla y asomó la cabeza.

—¿Hola?

Allí estaba ella.

Y allí estaba él.

Nirvana se giró todavía riéndose. Nico no había oído nada. Estaba tumbado en la cama, sin camiseta y con el brazo rodeándola a ella. Cuando le vio se quedó con los ojos muy abiertos. Sus labios se movieron rápidamente tratando de decir algo.

Pero no dijeron nada.

—¡Lino! —gritó ella.

Él no respondió. Se quedó allí plantado como si le hubiesen desconectado de la vida. Trató de fotografiar en su memoria aquella imagen para no olvidarla jamás.

Se dio la vuelta y se fue.

Nadie habló. Nadie corrió. Y nadie, nadie, pidió perdón.

Al salir, el sonido de un helicóptero le cortó la respiración.

No podía quitarse de la cabeza a las dos personas que más quería en el mundo.

29

Darle a aquella mujer veinticuatro mil euros sin pestañear —tal como lo había hecho Mills— le ha devuelto parte de la autoestima.

Le ha hecho sentir como nunca, carallo.

Y ahora no cabe en sí. Hacía años que no estaba tan tranquilo como ahora. Tan en paz consigo mismo.

Pero si tienes a tu hermano moribundo, Lino, por favor. ¿Cómo te vas a sentir bien? Además, no llamaste a los servicios de emergencia. No lo olvides, Lino.

Nunca lo olvides.

Quizá si lo hubieses hecho, ahora Nico estaría consciente. Por no hablar de la cocaína que escondes en un trastero a tu nombre y a la vagabunda esa de la gasolinera que te chantajea. Que sí, que la chica, pobre, tiene razón. Que va a sacar un buen pico de todo eso y ella está necesitada. Es normal que le pida algo. Es de justicia pero…

La respuesta es sí. Estoy de puta madre, carallo. Ya tengo piso y pronto podrán arreglar el tema de la custodia de Rebeca.

Suspira e imprime el excel.

Media mañana ocioso y en un estado mental liberado le han proporcionado la oportunidad de explorar su creatividad. De dar rienda suelta a su potencial. Coge la hoja que acaba de imprimir, la

grapa a las demás y las mete dentro de una carpeta que le ha pedido a Megan.

Proyecto Taxi.

Mientras observa su trabajo el móvil le vibra en el bolsillo. Es la Peleona.

Supway de La Ràpita. Mañana 18.00.
Ven solo

Cuando Faisal llega a casa para comer le lanza la carpeta con el plan de negocio sobre la mesa.

—¿Qué es esto, amigo? —pregunta mientras se mordisquea las uñas.

—Un plan de negocio para los dos.

—¿Taxi? —pregunta Faisal señalando el título.

—¿No tenías licencia, me dijiste?

Faisal va hacia la cocina. Él le sigue.

—Sí, sí. Yo he sido taxista. Hace años. Aquí en Barcelona. Tengo licencia. Pero ¿qué es eso de Proyecto Taxi?

—Podrías habértelo mirado —le recrimina.

Faisal mete en el microondas un plato de arroz precocinado.

—Voy un poco tarde, amigo. ¿Me lo explicas?

Lino duda.

—¿Sabes leer, no?

Su compañero deja de mirar el microondas y le clava los ojos.

—¡Pues claro!

Se siente aliviado.

—Verás. Tengo que hacer algo para poder ingresar en el banco lo del otro día. Si no lo legalizo, ese dinero no existe. No puedo hacer nada con él.

Faisal saca el bol de arroz del microondas. Se quema un poco al hacerlo y lo deja corriendo en la encimera.

—¿Y qué tiene que ver el taxi con eso, amigo? —pregunta con una sonrisa.

Si quiere su ayuda, va a tener que ponérselo fácil.

—A ver. ¿Cuánto cobras en el taller?

—Mil doscientos euros.

—Está bien. ¿Y qué me dirías si yo te pago mil trescientos si vuelves a ser taxista?

—¿Que me quedo en el taller?

Faisal coge el bol y sale hacia el comedor. Él le sigue.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque prefiero mil doscientos cada mes que ahora me des mil trescientos euros y ya está.

Lino se relaja.

—Me refiero a mil trescientos al mes, Faisal. ¡Cada mes! Para tu familia —dice.

—Aaah. Vale —responde riéndose—. ¿Y dónde tienes el taxi?

Su compañero se sienta a la mesa.

—Bueno. Aún no es mío, pero pronto lo tendré. Tengo que realizar unas gestiones antes. —Hace una pausa para sacar su portátil y ponerlo en la mesa—. Mira. Un Skoda Octavia con licencia incluida por ciento cincuenta mil euros.

Faisal silba.

—Es muy bonito, amigo —dice con una sonrisa—. Me gusta la idea. Me gusta. Más limpio que el taller. Y más dinero.

Lino asiente devolviéndole la sonrisa. Lo ha conseguido.

—¡Sí! Y, además, lo mejor de todo es que no vas a tener que conducirlo.

Faisal acaba de masticar el arroz con una mueca de extrañeza.

—¿Cómo?

—Claro. Yo cada mes ingresaré en el banco nueve o diez mil euros de los que tengo allí —dice señalando su habitación—. Como si los hubieses ganado haciendo carreras. Y de eso te pagaré la nómina. Todo legal.

—Bueno, legal legal… —responde Faisal con la boca llena.

—Tu nómina sí.

Su compañero asiente sin parar de comer.

—Pero hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—¿Por qué no aprovecho que tenemos el taxi y lo conduzco, y así ganamos más dinero?

Lino pone los ojos en blanco.

—¡Porque entonces tendría más dinero!

—¡Claro! De eso se trata. —Hace una pausa—. ¿O no?

—¡No! Necesito un negocio que no funcione. El peor negocio del mundo —matiza—. Si va demasiado bien, Hacienda preguntará. Pero si va mal podré blanquear.

Faisal asiente con esa mezcla tan suya de bonhomía naif y desconcierto.

—¿Y cuándo tendrás el taxi? —pregunta pragmático.

—Pues precisamente para eso te necesito. —Blande la carpeta en una mano—. Ahora bajaremos un momento al banco, les mostraremos tu licencia y este plan de negocio que he hecho. A ver si cuela y me conceden el préstamo.

A Faisal ya se le ve completamente perdido. Deja de comer y se reclina en la silla.

—¿Para qué quieres un préstamo si ya tienes el dinero?

Lino coge la mochila del recibidor y regresa.

—Faisal, por favor. Porque el banco me preguntará de dónde he sacado ese dinero. ¿Y qué le voy a decir?

Su compañero asiente al mismo tiempo que se levanta de la silla.

—Pero te vas a gastar ciento cincuenta mil euros en blanquear trescientos mil? Eso es la mitad. Yo no entiendo mucho pero… no parece muy bonito.

—Espero tener más de aquí a unos días —dice mientras se cuelga la mochila al hombro—. Y se dice invertir, no gastar.

Faisal sonríe con un doble movimiento de cejas.

Al entrar en la oficina bancaria les da la bienvenida el aroma de una discoteca antes de recibir a sus clientes. Tienen un buen rato para reflexionar sobre lo divino y lo humano mientras aguardan su turno en una de las butacas. La sucursal parece una tienda de muebles de diseño baratos a la que le han integrado un punto de venta de Nespresso.

Al fin les atiende un gestor. Es joven. Más joven que él.

Revisa el plan en silencio. Él aguanta la respiración como si se tratase de una ecografía del corazón. Como si esperase el veredicto

de su cardiólogo sobre el estado de sus aurículas y ventrículos.

—¿Y dice que necesita ciento cincuenta mil euros?

—Eso es —se apresura a responder—. Y estas son mis nóminas.

Pone sobre la mesa seis fotocopias. El gestor las coge y las hojea.

—Un trabajo fijo siempre suma —dice sin mirarle.

Lino agita la pierna nerviosamente. Faisal, a su lado, permanece impasible. Ni se inmuta. Claro que él ignora lo de su despido.

Después de un rato consultando en el ordenador el gestor le dice:

—Pero verá, no acabo de entender por qué no va a conducir usted el taxi.

—Es que yo no tengo licencia.

El gestor abre los ojos exageradamente y levanta las cejas sin decir nada.

—Solo es una inversión. Aquí mi amigo es quien tiene la licencia y quien lo conducirá. Tiene experiencia.

El gestor vuelve a bajar la cabeza. Revisa el plan y, de vez en cuando, levanta la vista para mirarles. Como si les estuviese comparando con algún tipo de retrato robot.

Al fin, el joven gestor le devuelve el plan de negocio con una sonrisa cáustica.

—Muy buen trabajo, señor Domiño —dice—. Pero mucho me temo que sus expectativas no son nada razonables. Demasiado optimistas. Y tener que pagar una nómina además de los gastos de combustible… —Niega con la cabeza.

—¿Y mi nómina? —se defiende.

El gestor asiente con la cabeza y se acoda en la mesa.

—Sí. Pero verá, señor Domiño. Según nos consta, está usted muy apalancado en estos momentos. Ya tiene otros préstamos y… a decir

verdad, no parece que le quede demasiado disponible para hacer frente a las cuotas de otro más.

Lino asiente. Le hierve la sangre.

—Muy bien, muy bien —responde mientras saca del bolsillo el cheque con el finiquito—. Pues entonces voy a ingresar esto.

Sale de la oficina como casi siempre: con la sensación de estar al borde del banco de alimentos. Pero hace un esfuerzo para reponerse. Esta vez es distinto. Esta vez tienes más dinero debajo del colchón del que hubieses ganado en diez años en ese vertedero hormonal. Solo debes averiguar cómo sacarlo a flote para que te sirva de algo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Faisal.

—Hay un plan B —dice mientras saca el móvil—. No te preocupes. Pero necesito que confíes en mí.

—Si encerrarme en una furgoneta con dos matones en el camino de la Pava para ir a ver a un narco con una iguana no es confiar en ti… —Le da una palmada en la espalda y le sonríe—. Tú hazme rico y yo seguiré confiando en ti, ¿vale? Por mi familia, claro —añade.

Lino revisa el mensaje que le ha enviado la Peleona.

—Entonces escucha: mañana tienes que hacerme el favor de ir a Madrid.

—¿Y el taller?

—Me acabas de decir que confías en mí, Faisal. Si no confías en mí, al menos hazlo en los trescientos mil euros que tengo debajo de la cama.

Faisal se encoge de hombros.

—Bueno, vale. ¿Y para qué tengo que ir?

—Para comprar un boleto de lotería premiado.

En el hospital de la Paz todo sigue igual. El gotero gotea, el respirador respira y el monitor monitoriza.

30

El súper Dacia rueda perezoso por la N-601. Sus entrañas bostezan un vaho que empaña los cristales. Dentro, el olor a ron que desprende Sarabia se entremezcla con su aliento a café de gasolinera. Una vez más, vuelven a recorrer aquel páramo. Empieza a conocer de memoria cada una de sus pocas curvas. La escarcha del amanecer resiste el asalto de un sol incipiente que empieza a caer sobre León.

—Entonces ¿qué crees que transportaba ese Nico?

—Por sus antecedentes: droga.

Sarabia se enciende un pitillo y baja la ventanilla dos dedos.

—Ya. ¿Y armas?

—Podría ser también —responde ella—. Pero un tío a quien pillan con dieciocho o veinte años haciendo sus pinitos… es más fácil que haya seguido con ello que no que se haya pasado a las armas.

Juanjo expulsa el humo con los ojos fijos en los campos helados.

—¿Y mercancía robada? —pregunta sin mirarla.

Lidia tuerce el gesto pero él no la ve.

—Lo dudo. Podrían ser joyas, electrónica cara, no sé… —Chasquea la lengua—. Pero no sería mi hipótesis principal. ¿Aunque sabes de lo que estoy segura?

Sarabia la mira mientras da otra calada.

—Sí. De que, fuese lo que fuese, valía una pasta.

—Eso por supuesto —dice con una sonrisa—. Pero no. Me refería a lo de la mercancía robada. Si fuese robada, estoy segura de que no era el tipo de producto que puede mover una empresa como… —Vuelve a chasquear la lengua—. Joder, ¿cómo se llamaba?

—Comercial Santa Rita.

—Eso. Lo que sea que fuese en esa furgoneta no era de Comercial Santa Rita. Eso te lo aseguro.

Juanjo asiente.

—Ya. Así que si hay alguien allí habrá que apretarle las tuercas.

—Eso es, viejo. Eso es.

—¿Poli malo?

Ella asiente.

—Sí, pero los dos.

Llegan al punto donde ya habían estado: un pequeño polígono industrial a las afueras de León. La nave es gris como solo puede serlo un lugar llamado Comercial Santa Rita. A ver si esta vez hay más suerte. A ver si esta vez alguien abre la puerta. Si no, tendrán que ponerse serios para localizar al supuesto administrador.

—¿Habías llamado, no? —pregunta su compañero mientras aparca.

—Sí, dos veces, pero nada.

Al bajar, Sarabia se adelanta y llama al timbre. Ella cierra el coche, pero al ver que nadie responde aprovecha para dar una vuelta alrededor. Ni rastro de cámaras. Ni en esa nave ni en las colindantes.

Son las nueve menos cuarto de la mañana y todo parece demasiado tranquilo.

Lidia mira a su compañero.

—¿Qué?

—Nada —dice él.

—Esto ya huele mal.

Pero mientras pronuncia estas palabras, un lujoso BMW X3 se detiene en la puerta. Ambos lo observan en silencio. La ventanilla del vehículo se baja.

—¡Ya va! —grita una voz ronca desde el coche.

De él baja un tipo con aspecto de feriante cansado o empresario de los que pagan siempre en negro. Pelo ralo, barriga mal disimulada bajo una camisa rosa. Americana de pana. Pantalones chinos arrugados. Sus ojeras delatan el cansancio o la resaca. O ambas cosas.

—¿León Santa Rita? —pregunta Juanjo.

—El mismo —responde con una sonrisa—. ¿Qué se les ofrece?

—Guardia Civil —dice ella, mostrando la identificación—. ¿Podemos pasar?

El tipo mira a ambos lados.

—¿Acaso tengo elección? —dice riéndose—. Por supuesto. Adelante. Están en su casa.

En el interior se encuentran con un almacén en cuyas estanterías hay palés y palés con cajas de bebidas, comida y demás productos enfocados a la hostelería: servilletas, posavasos, pajitas…

Al atravesar el muelle de carga se encuentran con una furgoneta con la misma rotulación que la del accidente: COMERCIAL SANTA RITA.

Lidia se la señala a su compañero con la barbilla.

—Por aquí —dice el tipo conduciéndoles hacia unas escaleras.

Lidia sube tras él sin quitarle ojo. A esas alturas, casi podría hacer el retrato robot de un mentiroso. Y saldría ese tipo.

—No se esperaban que viniese, ¿eh? —dice el tipo mientras se quita la americana—. Menos mal que me ha dado por madrugar.

Nadie ríe.

En la parte superior del local se encuentran unas oficinas acristaladas. En las mesas se amontonan grandes cantidades de papel y, tras ellas, estanterías metálicas con archivadores. Ni un solo ordenador a la vista. El aspecto de una empresa de los años previos a la informatización.

—Siéntense —pide el hombre mientras se acomoda frente a una mesa redonda en uno de los despachos.

—Es usted el administrador de la empresa, ¿cierto? —pregunta Lidia.

El hombre asiente mientras saca una cajita de caramelos del bolsillo.

—Según consta. se dedica a la distribución de alimentos y productos para la restauración.

—Justo.

—¿Conoce a Nicolás Domiño? —pregunta Lidia.

—Sí, por supuesto, es uno de mis chóferes.

—¿Y no le ha echado en falta últimamente?

El hombre asiente mientras se lleva a la boca un caramelo.

—Sí. Hace bastantes días que no le veo. ¿Por qué? —pregunta arrugando la frente.

—¿Y no le ha extrañado?

—Bueno, sí… pero él es autónomo. Ya saben. No siempre viene por aquí. Debe trabajar para otros y no habíamos concretado otra entrega.

—Entonces ¿las furgonetas no son suyas?

El empresario niega con la cabeza.

—Pero lleva su nombre rotulado en ellas —incide ella.

—Bueno, ya. Eso es porque les pago algo más por llevarlo. Ya saben —dice con una sonrisa—. Marketing. Visibilidad de marca.

—Claro, claro —responde Sarabia cáustico—. ¿Y no recibió quejas de sus clientes por no haber recibido la mercancía?

Los ojos del tipo empiezan a saltimbanquear de un lado al otro. Eso son nervios. Lo sabe. Han dado donde duele.

—No. ¿Por qué deberían haberse quejado?

—Tuvo un accidente cerca de aquí.

El hombre levanta las cejas.

—¿Cómo?

Esa reacción parece verdadera.

—Como lo oye. Está en coma.

—No-no… no sé qué decir. Lo siento mucho. Espero que se recupere. Es un buen tipo y…

—En la guantera había bastantes albaranes de refrescos —interrumpe ella—. Uno de ellos de pocos días antes del accidente. ¿Es eso lo que transportaba?

Sarabia le mira de reojo.

—Sí. Si me permiten un momento voy a revisar mis papeles.

León Santa Rita se dirige a su escritorio y saca de un cajón una libreta de tapas duras. Durante algunos segundos está pasando páginas.

—Así es. Ese mismo día había cargado cien packs de Coca-Cola. Seiscientas botellas de litro y medio.

Sarabia se ríe.

León parpadea rápido. Mueve el caramelo de un lado al otro de la boca y desvía la mirada, como si esperase que alguien más respondiese por él.

—¿Y tiene el listado de clientes donde solía repartir? —pregunta Juanjo.

—Sí, claro —responde el tipo como si esperase la pregunta.

Vuelve a abrir el mismo cajón y saca una hoja de su interior.

—Este es el listado de clientes.

Sarabia se acerca al empresario y coge el documento. Le echa un rápido vistazo y se lo entrega a ella.

—Lo comprobaremos —dice Lidia al tiempo que se levanta.

Juanjo vuelve a acercarse al tipo, que continúa agazapado tras la mesa.

—Y ahora de verdad —dice Sarabia crujiéndose los nudillos—. ¿Qué cojones llevaba en la furgoneta ese desgraciado?

El hombre sonríe nerviosamente.

—No sé a qué se refiere. Refresco, ya se lo he dicho. ¿Qué iba a llevar si no?

Ella también se acerca a la mesa del empresario.

—¿Y para eso tenía instalado un emisor GPS?

—Aaah, es por eso —responde el hombre desplegando los brazos —. Los chóferes acceden a llevarlo voluntariamente. Solo para saber los bares o restaurantes que tienen más cerca por si sale una urgencia. —Sonríe—. No es por controlarlos.

—Entonces denos acceso a la plataforma con los movimientos de Nicolás Domiño —dice Lidia.

León Santa Rita ensombrece su rostro. De pronto le aparecen mil arrugas y aumenta el contraste de sus facciones.

—No voy a hacer eso sin una orden judicial.

Lo que suponía.

—La pediremos.

Sarabia palmea con fuerza sobre la mesa.

—¡Y vendré yo a metérsela por el culo!

En Barcelona Faisal sube a un autocar con una bolsa deportiva cargada de billetes.

31

Tal y como tenía previsto, no hay controles de acceso. Tan solo una máquina expendedora medio oxidada que le escupe un billete regional sin mirarle a los ojos. R16 dirección Tortosa. A esas horas Faisal ya estará subiendo al autocar hacia Madrid. Evitando los indiscretos escáneres de la alta velocidad ferroviaria.

Atraviesa la estación de Francia caminando deprisa. Casi corriendo. No porque llegue tarde, sino porque hacerlo le ayuda a no pensar de más.

No quiere pensar.

Una mala noche. Ese maldito sueño. Esa pesadilla con el tipo de la gabardina le ha dejado temblando.

El sol del amanecer atraviesa la claraboya de la estación término. No hay demasiados viajeros, lo que confiere a aquel espacio tan amplio un aire misterioso y ancestral. Mira hacia todas partes buscando a alguien. No sabe a quién, pero busca a alguien. Sí, sí que lo sabes, Lino. Buscas al tipo de la gabardina. El de la pesadilla. El del hospital.

Agarra con fuerza los tirantes de la mochila. Sigue en su espalda. La droga también.

Salta dentro del vagón como si el andén le quemase los pies. El interior no va lleno pero hay la suficiente gente como para sentir que

todos los ojos se centran en él. Se sienta a contramarcha junto a la ventanilla y vuelve a mirar hacia fuera. Ya no quedan pasajeros por entrar.

El pitido señala la partida del tren.

Se relaja, respira hondo y apoya la cabeza en el cristal. Fundido a negro.

Se despierta sobresaltado por el pitido en la estación de Vilanova. Su respiración se acelera. Mira hacia todas partes. Un hombre con gafas de sol y sin maletas entra en el vagón. Lleva un abrigo largo y oscuro. Siente vértigo al verle. El tipo barre con la mirada a todo el pasaje. Vuelve a dar algunos pasos. Parece que se dirige hacia él.

¡Carallo! Sí, se dirige a él. Y justo cuando está a su altura pasa de largo.

Lino respira aliviado.

Pero entonces el hombre da la vuelta y regresa otra vez. Le mira. Asiente con la cabeza y se sienta delante de Lino. No dice nada. Solo se acomoda y saca el móvil. Pero tampoco hace nada con él. ¿Por qué no hace nada? Solamente lo mantiene agarrado en la mano como si fuese un detonador. Lino traga saliva. Intenta descubrir lo que dicen sus ojos pero los cristales de sus gafas son demasiado oscuros.

¿Y si es policía? ¿Y si es de los otros?

Lino se revuelve en el asiento. Baja la mano en busca de la mochila, que sostiene entre las piernas. Siente cómo palpita entre sus dedos, parece que tenga vida propia. De pronto le da la impresión de ser demasiado vulnerable. Demasiado visible.

Se levanta como un resorte, con la mochila colgada del hombro. Paso a paso recorre el pasillo. Siente la mirada de aquel hombre clavada en su espalda. Abre la puerta del baño y se encierra dentro. Respira aliviado.

El espejo le devuelve un reflejo borroso de sí mismo.

Se descuelga la mochila y saca la bolsa zip con la muestra de coca. Piensa en tirarla por el retrete. No, eso no. Has quedado con la Peleona y, como llegues sin nada, a saber lo que te puede hacer. ¿Y si lo tira y regresa a Barcelona? No, eso es peor. No le puede dar plantón a quien mueve el cotarro en las islas.

Alguien llama a la puerta. Lino se echa para atrás asustado y se golpea la cabeza con un altillo.

—¡Ocupado! —grita.

Nadie responde.

Vamos, Lino, piensa. Algo tienes que hacer. Revisa todas las chapas y armarios que hay en el baño pero todo está cerrado con llave. Nada, ni una. Bueno, una sí.

Vuelven a golpear la puerta.

—¡Voy! —dice.

La basura. Arruga la mochila y la mete dentro. Está sudando.

Al abrir la puerta se topa con dos revisores de Renfe.

—¿Billete, caballero?

Lino se queda paralizado. Por un momento piensa que se lo ha dejado en la mochila.

—Lo tengo en la chaqueta. En el asiento. Si me acompañan…

Uno de los revisores le sigue de muy cerca. ¡Carallo! El tipo de las gafas de sol ha desaparecido. Mira hacia delante y hacia atrás.

—¿Todo bien? —pregunta el revisor.

—Sí, solo que…

—¿Me permite el billete, por favor? —responde extendiendo su mano.

Lino coge el abrigo y rebusca entre los bolsillos. ¡Bingo!

El revisor lo escanea sin apenas mirarle. Huele a rancio, como a vinagre.

—Buen viaje, caballero.

Lino vuelve a ocupar su asiento. ¿Dónde estará el tipo de las gafas? ¿Habrá conseguido lo que quería? ¿Y qué es lo que quería? ¿Que dejases la mochila en la basura del baño? ¡Con tu identificación dentro! Y las llaves del trastero. ¡Carallo! Pero ¿qué has hecho, idiota? Por cobarde, eso te pasa por cobarde. Vuelve.

Mira hacia atrás. Los revisores siguen allí, frente a los servicios. Carallo. Entran en un túnel. Al salir, ya no están.

Se levanta. Camina hacia allí. Las curvas le hacen tambalearse. Al llegar al baño llama con unos golpecitos a la puerta. No hay nadie. Entra y mete la mano en la papelera. No puede ser. Mete la otra. Revuelve papeles sucios, servilletas con pintalabios, envoltorios de sándwich, pañales… ¡No está! Un sudor frío le hiela el espinazo.

La ha cogido un revisor. Van a llamar a la policía. Le van a meter en la cárcel y allí… allí no va a poder sobrevivir.

Entonces alguien abre la puerta.

—¡Ocupado!

Pero entre la rendija de la puerta aparece su mochila y, tras ella, una señora mayor con expresión de incomodidad.

—¿Esto es suyo, joven? —pregunta—. Asomaba por la papelera después de que usted salió.

Lino se aferra a ella como un buceador a la bombona de oxígeno. Se le saltan las lágrimas.

—Gracias, señora. Gracias.

«España bebe, España se droga». Pero todavía hay gente buena, ¡carallo!

En León, un juez de guardia autoriza a Lidia y a Sarabia a acceder a los datos de la plataforma que rastrea el GPS de la furgoneta.

32

El Supway no es un chiringuito ni tampoco un local cerrado. Es un espacio indeterminado. Se alza en el extremo de un parque arbolado, justo donde nace un viaducto que cruza la carretera hasta la playa. De ahí —supone— el nombre: Supway. En el horizonte se dibuja la silueta del delta del Ebro. Es un lugar moderno, abierto y relajado. Con un inevitable olor a chancla, crema solar y mojito. Un espacio con alma veraniega, incluso en invierno.

A esas horas ya ha oscurecido. El mobiliario bajo de la terraza, la música chillout y la iluminación cuidadosamente medida confieren al lugar una belleza exótica, casi irreal.

Escoge una silla junto a una estufa de exterior y pide una cerveza. Se arregla la melena postiza, y la barba, y la dentadura… Mira la hora, solo para asegurarse de que el tiempo no se ha detenido en aquel apacible rincón. Un merecido oasis en mitad de las penurias del viaje.

Frente al Supway se detiene un Range Rover negro con los cristales tintados. La puerta trasera se abre y baja una mujer. Cuando se acerca la reconoce al instante. No porque destaque especialmente, sino porque los clientes y empleados apartan la vista de ella, como si mirarla fuese peligroso. Ella también le reconoce al instante. La soledad siempre llama la atención.

La Peleona no es una chica, es una mujer. Viste un chándal azul marino, zapatillas deportivas blancas y una mochila al hombro. De su grueso cuello cuelga una cadena de oro con una cruz de Caravaca.

Y es negra. Y no sabe por qué, pero eso le sorprende. Se siente incómodo por estar sorprendido. ¿Por qué no iba a ser negra? Si no es racista, nunca lo ha sido. Votó a… da igual. Firma todas las peticiones de Change.org que le envían. Y, sin embargo, allí está él. Sorprendido.

Ella se acerca sin vacilaciones, decidida. Es corpulenta y más alta que él. Tiene el rostro curtido por el mar y el pelo corto con trenzas africanas. No tiene cara de estar contenta.

—¿Tú eres Keynes?

Él asiente.

La Peleona se queda allí, de pie, tratando de encontrar algo en sus ojos. Quizá miedo.

Seguro que miedo.

Después de algunos segundos deja caer la mochila a un lado de la silla y se sienta.

—¿Vas de Gaspar o qué?

—¿Cómo?

—Del rey mago, ¿me entiendes? —Se masajea los nudillos con el pulgar—. ¿Por qué mierdas llevas eso?

—Marca personal —responde él acariciándose la barba rubia.

—Pues quítatelo. No me gusta hablar con gente que se esconde —afirma mientras saca de la mochila una botella de agua. La abre y da un trago—. Lo digo solo una vez. ¿Me entiendes?

Lino traga saliva. Mira a su alrededor buscando algún salvavidas, pero solo hay una familia con un bebé durmiendo en el cochecito.

Y, frente a él, la mirada de la Peleona le perfora.

—No-no-no es para esconderme. Es justo lo contrario —dice fingiendo calma—. Es para que se me reconozca bien. Para que nadie me olvide. Si mañana te preguntan por mí, sabrás describirme. Forma parte del personaje. Es una marca. Y eso, en este negocio, vale oro.

Lino se queda a la expectativa. Sorprendido de sí mismo, con los ojos secos y parpadeando rápido. La Peleona da otro trago a su botella de agua sin apartar la mirada de él.

—¿Y crees que eso te hace especial?

El bebé empieza a llorar. La madre se levanta de golpe.

—Me hace recordable, al menos.

Ella entorna los ojos. Luego asiente volviendo a acariciarse los nudillos.

—Si me entero de que debajo de eso hay una cara que miente te voy a llenar de plomo —dice tocándose la sesera con el dedo índice —. Lo digo solo una vez. ¿Me entiendes?

—Lo entiendo.

La mujer coge una servilleta y se seca los labios con una calma inquietante.

—¿De qué conoces a la Ginebras?

Esa pregunta la tenía preparada.

—Pasé algunos días en León e hicimos algo de amistad.

—¿En León?

—Sí. Ahora vive allí.

Ella asiente.

—Está bien —dice volviendo a guardar la botella de agua—. ¿Qué tienes para mí?

Él le pasa la mochila por debajo de la mesa.

—Está ahí dentro.

La Peleona la coge sin demasiado disimulo, se levanta y va hacia los servicios. Él se queda solo frente a la cerveza. Alza la copa y mira su reflejo en ella. ¿Se estará creyendo su propio papel? ¿Ha cruzado ya la línea?

No hay vuelta atrás, Keynes. No hasta que acabes con todo eso.

Entonces escucha cómo se vuelven a abrir las puertas del baño. La Peleona regresa con cara de póquer.

Indescifrable.

—¿De dónde mierdas has sacado esto?

Siente cómo el corazón le martillea en la garganta.

—No-no-no puedo revelarlo. ¿Por qué?

La Peleona se queda en silencio. Otra vez vuelve a buscar algo en sus ojos. Ni siquiera disimula.

—Es buena. ¿Me entiendes? ¿Tienes mucha?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que quieras.

La Peleona mira hacia el Range Rover que espera en la puerta y luego se acoda en la mesa.

—No sé de dónde mierdas has sacado esto. Ni de dónde mierdas has salido tú, pero si tienes más, voy a empezar comprándote treinta kilos.

—¿Tre-treinta kilos? —pregunta.

Si avanza así de rápido podrá acabar con Keynes en poco tiempo y regresar a la normalidad.

—¿No los tienes?

—Sí, pero ocuparán bastante. Van ocultos dentro de unos packs de Coca-Cola.

La Peleona asiente.

—Mejor. ¿Cuánto pides?

Lino piensa. ¿Cuánto podría ser razonable? ¿Cuánto pagó Fuckin' Mills? Sí, cuarenta mil el kilo. Entonces…

Sin esperar respuesta, la Peleona continúa:

—Aunque no sé por qué te lo pregunto. Treinta y cinco el kilo. Lo tomas o lo dejas. —Saca el móvil y teclea—. Un milloncejo. Lo digo solo una vez. ¿Me entiendes?

Carallo. Un millón de euros. Esa cifra retumba en su cabeza. Lo que ganaría durante una vida entre pizarras pero sin mancharse las manos de tiza.

Lino asiente, aún mudo por la cifra.

—Será en dos o tres días —añade ella—. Cuando lo tenga todo listo te escribiré. La entrega será allí. —La Peleona señala al mar sin ni siquiera mirarlo—. En el delta. Te diré dónde exactamente. Yo me encargo del transporte a Mallorca. ¿Me entiendes?

Se cuelga la mochila y se levanta.

—Perdona —dice Lino—. ¿Y el pago?

Ella le da la espalda y se aleja como si la pregunta no mereciese respuesta.

El Range Rover arranca y se pierde en la noche.

Faisal llega a Barcelona con un boleto premiado
en el bolsillo.

33

—Iba con alguien de su confianza que debía facilitar el robo desde dentro. Todo organizado por Chupa de Cuero.

Doña Carmen se lleva una hojita de romero a la nariz y la huele.

—¿Quién? —pregunta.

—Todavía no lo sabemos.

—¿Él sigue inconsciente?

César asiente.

—¿Y su familia?

Tras ellos, los turistas empiezan a formar cola para acceder al Palacio Real.

—No tiene hijos, solo esposa.

—Hacedle una visita.

—Ya lo hemos hecho. Insiste en que no fue ella.

—¿Y qué esperáis? ¿Que cante por amor al arte?

—Con todo el respeto, doña Carmen, pero… ¿para qué iba a jugársela? Ya se beneficiaba sin mancharse las manos.

Doña Carmen devuelve la hoja de romero a la bolsa del supermercado. No le mira.

—¿Alguien más?

—Tiene un hermano —responde él.

Doña Carmen alza la vista.

—Pero hace años que no se hablan —añade su hijo.

La mujer levanta las cejas buscando respuesta.

—Aun así… le vimos en el hospital.

Una ráfaga de aire arrastra hojas secas por los adoquines.

—Traedme a los dos.

César frunce el ceño. Eso no le gusta nada. Ese es su trabajo.

—¿Usted, señora? No debería…

Doña Carmen alza el dedo y le pide que se acerque. Él obedece.

Fran se mantiene unos pasos atrás.

—Tú sabes que yo por cinco millones no muevo un dedo, ¿verdad? —dice en voz queda.

—Sí, ya lo sé, tía —susurra él.

—No me vuelvas a llamar «tía». Nunca.

Su voz corta como un hilo de nailon.

—¿Sabes lo que pensarán los otros si se corre la voz de que me han robado?

César asiente muy despacio.

—Entiendo, doña Carmen.

Ella le aparta con el dorso de la mano. El murmullo de un grupo de italianos se mezcla con el zumbido lejano del tráfico.

—Llevad a esos dos adonde ya sabéis.

Entonces su móvil vibra.

Un vistazo a la pantalla le basta para saber quién es. Responde en voz baja, tapándose la boca con la mano.

—Dime.

—Ya estoy aquí. Hay un guía japonés con una banderita verde.

César busca entre la muchedumbre de la plaza. Doña Carmen alza la cabeza.

—¿Quién es?

Él silencia el terminal.

—León Santa Rita. La tapadera de la ruta de Nico. Quiere hablar conmigo.

Ella sacude la mano como quien espanta a un tábano.

—Fuera. Apartaos.

—¿Cómo?

—Que no me mezcles con tu plebe —dice sin levantar la voz—. No quiero saber nada.

Doña Carmen da unos pasos atrás arreglándose el pañuelo.

—Tú. Y tu hijo. Atrás. Ya.

César obedece. Ya ha localizado la banderita verde. Fran le sigue.

Al llegar, se encuentra con León atendiendo a las explicaciones del guía nipón.

Al verle se aparta del grupo.

—¿Qué quieres?

—Hablar —responde León mirando de reojo a Fran.

—Es mi hijo. Habla.

El testaferro asiente pero no sin antes mirar hacia ambos lados.

—Tengo que desaparecer —dice—. Los tengo encima.

—¿A quién?

—A la Guardia Civil. Vinieron a preguntar por Nico. Tuvo un accidente.

Dime algo que no sepa, seboso.

—¿Qué buscaban?

—Saber lo que llevaba en la furgoneta, de dónde venía, a dónde iba… a qué dedica el tiempo libre…

Su hijo aprieta los dientes y se abalanza sobre él.

—Quieto, quieto —ordena agarrándole con las dos manos.

Fran niega con la cabeza mordiéndose el labio inferior.

—¡Eh! Que solo era una broma —dice León.

—No estamos para bromas —zanja él—. ¿Qué les dijiste?

León se encoge de hombros.

—Pues ¿qué iba a decirles? Lo acordado. Que era un autónomo, que de vez en cuando trabajaba para mí, que transportaba refrescos —dice metiéndose un caramelo en la boca—. Les entregué el listado de clientes y les dije que no podía darles acceso a la plataforma del GPS.

—¿Y?

—No se conformaron. Se enfadaron. Van a ir a por una orden para acceder al GPS.

Fran le mira.

—¿Pueden hacer eso, papá?

César asiente.

—El dispositivo tiene grabada la IP donde envía los datos. Con una orden pueden pedir el acceso a la plataforma.

—¿Y verían la ruta?

León mira a padre e hijo en silencio.

—Sí.

A lo lejos puede ver a doña Carmen dando la buenaventura a una pareja de turistas. Mejor que no sepa nada de esto.

—Entonces conocerán el punto…

Él niega con la cabeza.

—No, no. Se activa unos kilómetros después.

—Pero se acercarán bastante —protesta su hijo—. Sabrán, al menos, que es Galicia.

—Menuda sorpresa —responde poniendo los ojos en blanco.

—¡Ejem! —dice León—. Siento interrumpir, pero tengo que irme ya para las Bahamas.

—¿Las Bahamas?

César le mira confuso.

—Sí. En cuanto averigüen que Nico no iba a ninguno de los clientes del listado vendrán a por mí y lo descubrirán todo. Tenéis que darme el pasaporte —dice aleteando los brazos—. Es lo pactado. Un pasaporte de las Bahamas.

Fran suelta una carcajada.

—Pero ¿tú te crees que estamos en los noventa? —pregunta su hijo.

—Bueno —titubea León—, yo pensaba que, por lo menos, no sé… después del esfuerzo y el riesgo me…

—Y tendrás un pasaporte —afirma César—. Esta misma tarde te lo hará llegar mi hijo. No nos interesa tenerte suelto por aquí… y el Manzanares ya lo tenemos completo.

El testaferro sonríe nervioso.

—Pero ¿no para las Bahamas? —pregunta.

—No, aunque podrás llevarte igualmente la toalla y la crema solar.

—¿Y… a dónde entonces?

Fran se cruza de brazos frente a él.

—A tomar por el puto culo —dice riéndose.

Él prefiere ser más concreto con el pobre seboso.

—A Vanuatu.

—¿Vanu… qué?

—Unas islitas preciosas para sacarte fotos de las puestas de sol —dice Fran riéndose—. Pero no sé si tendrás internet para colgarlas.

León Santa Rita se pone serio.

—¿Hay electricidad al menos?

—Solo si pedaleas muy fuerte.

El seboso intenta una sonrisa pero le sale torcida.

—No, ahora en serio…

—Estoy hablando en serio —zanja César—. Esta tarde tendrás tu pasaporte. Pero te quiero fuera en el próximo vuelo. Si no, acabarán ensamblándote como a un mueble de Ikea.

—Pero sin las instrucciones —añade Fran sonriendo.

León asiente con la cabeza baja y desaparece entre la multitud.

César se gira.

A lo lejos, doña Carmen ha terminado con la pareja de turistas y les lanza una mirada amenazante.

—Vamos. A por esos dos —le dice a su hijo.

Mientras tanto, en la central de la UCO, Lidia y Sarabia se enfrentan a un montón de grabaciones de seguridad.

34

—¿Cómo sabías que no iba a desaparecer con el dinero? —pregunta Faisal dejando el abrigo en el sofá.

—Muy fácil —responde Lino blandiendo el boleto premiado que le acaba de entregar su compañero—. Porque pensaste que si no lo hacías, podías ganar más.

—¿Más de doscientos mil euros?

—Es posible —responde con su mejor sonrisa—. Vamos. Tenemos mucho que hacer.

Faisal se detiene en seco.

—Pero si acabo de llegar —protesta.

—Lo sé. Pero tengo que cobrar esto y darte una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

Lino no responde. Prefiere conservar la intriga. Se cuelga la mochila al hombro, se pone el abrigo y le espera en la puerta.

—Vamos, amigo.

Regresan a la oficina bancaria donde hace apenas unos días le han denegado el préstamo. Les recibe el mismo mobiliario de diseño nórdico, la misma cafetera Nespresso, el mismo perfume a tienda de ropa barata… Y, por supuesto, el mismo gestor. Pero esta vez con una expresión diferente. Una mezcla de sorpresa y resignación.

—Vaya, señor Domiño, ¿tiene novedades?

Lino se acerca a él. Faisal le sigue a pocos pasos.

—¿Nos sentamos? —pregunta.

El joven gestor sonríe algo nervioso.

—Sí, bueno… ¿Es necesario? Ya les dije el otro día que…

Ahora es él quien también sonríe.

—No, no —dice sacudiendo la mano—. No venimos por eso hoy. Es por otro asunto.

—Ah. Está bien, pasen, pasen.

El gestor les invita a sentarse al otro lado de la mesa.

—Ustedes dirán.

—Verá —dice Lino sacando el boleto premiado del bolsillo—. Vengo a cobrar esto.

El joven se lo arrebata de las manos, lo examina con el ceño fruncido y luego levanta la mirada hacia ellos.

—¿Un boleto de lotería?

—Premiado —matiza él.

—Premiado —repite el banquero—. ¿Premiado?

El gestor se queda allí, mirándolos con cara de pasmo idiota. Te está bien empleado, carallo. Te está bien empleado. Seguro que ese lerdo tiene su misma carrera universitaria, pero cobra el doble que él.

—Ahora vuelvo, disculpen.

El chico se levanta y desaparece dentro de uno de los pocos despachos cerrados que hay en aquella oficina-showroom de Ikea. Al cabo de unos minutos regresa a su silla.

—Doscientos mil euros —dice con un leve silbido.

Lino sonríe.

—Sí, justo eso.

El gestor asiente repetidamente, convertido en una parodia de sí mismo.

—Esto… no-no va a necesitar el préstamo, entonces.

—Me temo que no.

Al otro lado de la oficina suena la cafetera, que escupe su néctar frente a una joven pareja con cara de hipoteca.

—Vaya casualidad, ¿no? —pregunta el gestor volviendo a sonreír— Dios aprieta pero no ahoga, ¿eh?

—Eso parece sí. —Hace una pausa—. Aunque más que Dios, prefiero llamarlo «probabilidad», que no juzga a nadie.

El gestor pone cara de perro.

No tiene nada contra los católicos, pero sí contra ese joven meapilas. Pero no, no tiene nada en contra de la religión ni tampoco de sus practicantes. Incluso, a veces, él mismo cree en Dios. Sí, Lino. A veces rezas, carallo. A tu manera, pero a veces lo haces. No eres tan ateo. Es por la abuela. Porque, como ella decía… «Cuando Dios cierra una puerta… es que quiere que aprendas a abrir ventanas».

¿O no era así?

El joven comercial explica el proceso de cobro con un tono de lo más serio y profesional. Rellene esto aquí, retenciones fiscales, neto…

—¿Y cómo se cobra? —pregunta Faisal.

Lino le mira sorprendido por su descaro. Su compañero de piso le devuelve una sonrisa.

—Se ingresa directamente en la cuenta bancaria, por supuesto.

—Claro, claro —responde Faisal.

—Ahora ya solamente necesitaré su documento de identidad, señor Domiño.

—Faltaría más —responde—. Aquí lo tiene.

Al acabar con todo el papeleo el gestor se levanta para ofrecerle su mano fría pero sudorosa.

—Cuide bien de su dinero —le dice tratando de hacerse el gracioso.

—Por supuesto. Pero espere. Ahora necesito que me haga un cheque por valor de ciento cincuenta mil euros.

Al salir de la oficina su compañero de piso se echa a reír a carcajadas.

—¿Has visto la cara de tonto que ha puesto? —le pregunta—. ¿Crees que le hemos ganado a la banca, amigo?

—No, Faisal. Solo nos hemos quedado con el dinero de unos más desgraciados que nosotros.

Su compañero pone cara de asustado.

—¿De quién?

—De quienes compran la lotería.

Lino siente el peso del cheque que lleva en el bolsillo. No por su valor, sino por la profesionalización que supone. De hecho, ni siquiera lo siente como suyo: tan solo es parte de un negocio, una empresa para la que trabaja. Algo ajeno a él.

Y eso le asusta.

Una cosa es encontrarse con un regalo inesperado y quedárselo. Otra, hacer de esa suerte un trabajo, un oficio.

Pero ¿qué otra cosa iba a hacer?

Ya está dentro. Cuando lo liquide todo… se acabó. Ya no hay más. Vuelve el Lino profesor, pero con algún que otro millón extra. Un regalo, es solo eso… Pero como a cualquier regalo uno debe quitarle el envoltorio.

Con uñas, dientes o tijeras afiladas.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Faisal.

Lino mira la hora en el móvil. Llegan tarde. Y la Peleona le ha escrito.

—Somos socios, ¿no?

—¡Ya te digo!

Faisal da claras muestras de no acabar de entender que el juego es serio.

—Ahora vamos a comprar el taxi.

Al llegar a la gasolinera respira hondo. Le encanta ese olor a combustible. El lugar está poco frecuentado, apenas un tipo lavando su coche. Será que a mediodía nadie quiere repostar. Parece un rincón idóneo para cerrar tratos clandestinos. Sonríe. Es gracioso porque esto va a ser lo único legal que haga en la última semana.

A su lado, Faisal se muerde las uñas.

El taxi espera para la manguera de lavado. Un hombre de unos sesenta años está apoyado en él. El tipo lleva un abrigo enorme y desgastado, estilo vagabundo. Sus manos están manchadas de grasa. Habrá aprovechado para darle los últimos retoques al coche.

—¿Manolo? —pregunta.

El tipo asiente y despega el culo del taxi.

—¿Eres Lino?

—Sí.

El hombre se da la vuelta y da un par de palmadas al maletero del coche.

—Aquí lo tienes. Skoda Octavia, diésel, ciento ochenta mil kilómetros y ningún accidente. Nuevecito, una ganga.

Lino se da una vuelta alrededor como si entendiese algo. El taxi es el clásico de Barcelona, con las cuatro puertas y el maletero de color amarillo. El resto negro.

Le hace un gesto a Faisal, que se acerca para echarle un vistazo.

—¿Puedo? —pregunta su compañero al taxista.

Él asiente y se cruza de brazos.

Faisal abre las puertas y revisa los laterales. Tira de los cinturones, le da al contacto varias veces, arranca, apaga y, finalmente, abre el capó para revisar el motor.

El hombre se mueve algo inquieto. Mete las manos en los bolsillos del abrigo y sonríe.

—¿Ya está? ¿Todo bien? —pregunta.

—Un momento —grita Faisal con la cabeza metida entre tubos, depósitos y cables.

—Querría haberlo lavado un poco pero no he tenido tiempo. Ese tío ha metido tres monedas.

A Lino le importa poco llevarse el coche sucio. Lo que le importa son los papeles.

—¡Ya está! Todo bien —dice Faisal cerrando el capó.

Cierran todos los detalles en una mesa alta en la cafetería de la gasolinera. El taxista se marcha sonriente con su cheque. Él está feliz con su nueva máquina de blanqueo. Ahora solo queda meterle la materia prima.

Faisal parece un niño con un juguete nuevo.

Todos contentos.

—Ahora toca pintar esas puertas amarillas y ese maletero. No lo vamos a usar como taxi.

Faisal niega con la cabeza.

—Te va a salir caro repintarlo cada vez que tenga que pasar la ITV.

A Lino se le atraganta un poco el café. Tose. No había tenido en cuenta las inspecciones obligatorias. Maldita burocracia.

—¿Cada cuánto es eso?

—Ummm… —Faisal entorna los ojos—. Tiene más de cinco años, así que cada seis meses toca revisión.

—¡Carallo! Cada seis meses. ¿Cómo vamos a pintar tantas veces el coche?

—¿Por qué no dejarlo como está? Se puede usar aunque no esté de servicio.

—Es poco discreto para la gente con la que tratamos.

Faisal asiente y se queda serio unos segundos. Pero, de pronto, una sonrisa traviesa se dibuja en su cara.

—¡Ya está! Me paso por un desguace y compro cuatro puertas negras y un maletero —dice orgulloso—. Yo mismo lo puedo cambiar cada vez que toque la ITV.

Lino estalla en carcajadas. De corazón.

—¡Qué bueno, Faisal! Eres muy bueno. Menudo socio…

Faisal sonríe y señala hacia el taxi.

—¿Así que esta era la sorpresa?

—No. La sorpresa no es esta. Es que te voy a pagar un buen extra porque tenemos que ir a entregar cuatro veces más de lo que llevamos el otro día al amigo de la iguana.

Faisal parpadea rápido.

—¿En serio?

Casi puede ver el símbolo del dólar brillar en sus ojos.

—Totalmente.

—¿Y hay una parte para mí?

—Por supuesto. Por eso te lo digo. Somos socios, ¿no?

Faisal sonríe.

—¡Cuatro veces más! —dice resoplando—. Eso no va a caber en el taxi.

El teléfono de Nirvana suena. Llaman del hospital.

35

—Rebobina.

Delante de ella, el agente Zubizarreta pulsa los botones de un mando. La imagen vuelve a situar a la furgoneta en la avenida de Antibióticos de León.

—Aparece de la nada, sargento —dice.

Detrás, Sarabia chasquea la lengua.

—Pues estas son todas las imágenes que tenemos —dice su compañero—. No hay más.

La bomba de calor vuelve a soplarle aire caliente a la cara.

—No puede aparecer de la nada —protesta ella.

—Pues lo hace —dice Zubizarreta—. Si insistís en que sale de ese almacén, aparece de la nada, ya os lo digo yo. Porque debería salir antes en estas dos cámaras. —El agente señala dos iconos pequeños al lado de la imagen.

—Pues entonces no sale de Comercial Santa Rita, jefa —sentencia Sarabia—. No hay más.

No puede más que reconocer la evidencia, está claro, pero…

—Y aparece allí, en medio de esa avenida, ¿como por arte de magia?

—No te calientes más la cabeza —dice Sarabia—. La tenemos ubicada allí. Sabemos, por muchas imágenes, que atravesó León por

esa avenida y que luego se estampó. Ya está. Lo único que desconocemos es de dónde viene.

—Y no es de Comercial Santa Rita.

—Eso parece.

—Querían que pensásemos que venía de allí, está claro. Todo estaba preparado. Esa empresa es una tapadera que pone el nombre y poca cosa más. Hay que ir a por León Santa Rita. La furgoneta venía de otro lugar y se metió por el centro de León para ser grabada.

El aire caliente que escupe la bomba hace que le lloren los ojos.

—Y si era una tapadera, ¿por qué se saltaron el paso de que les veamos salir del almacén, sargento? —pregunta el agente Zubizarreta desde su silla—. Porque las mismas dos cámaras donde dices que deberíamos ver a la furgoneta si saliese de allí también la hubiesen grabado entrando… y estaríamos en las mismas… ¿De dónde llegaba entonces? ¿También aparecía en el almacén por arte de magia? —Niega con la cabeza—. Está claro que acabamos de encontrar una de las costuras del plan. No podían hacerlo mejor.

—¿Y de dónde venía la furgo entonces? —pregunta Sarabia.

—No debía de ser de muy lejos —responde ella—. No había demasiados mosquitos recientes estampados en el radiador ni tampoco en el parabrisas.

—O fueron despacito.

Lidia se cruza de brazos y asiente. Sarabia tiene razón. Hay quienes hacen la ruta por caminos de cabras para que no les detecten.

Maldita sea. Había estado casi segura de que iba a ser droga y que la habían cargado en la nave de aquel tipejo desagradable, pero

no. Al final un caso que parecía de lo más tonto se le ha acabado complicando. No estás en tu mejor momento, Lidia. Son las hormonas. Las hormonas, que desde el parto están de rave, chica.

—Además, esto es una mierda, joder —dice Lidia arrastrando la silla hacia atrás y levantándose airada—. Tampoco se ve nada de quién va dentro. En ninguna imagen. Con la oscuridad, los reflejos de las luces, el vaho…

Sarabia exagera una carcajada.

—¿Y tú te crees que son tontos?

Lidia cierra los ojos y se pellizca entre ellos. Otra vez ese dolor de cabeza de cuando se pone de mala hostia. Pero, al menos, la maldita bomba de aire caliente se ha vuelto a parar.

—Pero en serio, Lidia. Te veo mal —dice Sarabia—. Te veo preocupada. Y en nada tendremos acceso a los datos del GPS y sabremos de dónde venía.

Respira hondo. Espira. Relájate. Siente cómo pesan tus brazos, tus piernas… A la mierda.

—Insiste a la compañía, Juanjo, por favor.

Él asiente en silencio.

—Ya vale de que nos tomen por el pito del sereno esos chulitos de las tecnológicas.

Sarabia resopla pero saca el teléfono del bolsillo.

—No me gusta. Por teléfono no puedo apretarles las tuercas tan fuerte.

Mientras marca, masculla:

—Pues igual me paso por su chiringuito de mierda y les estampo el Dacia en la recepción.

Y sale de la sala de visionado refunfuñando.

Al agente Zubizarreta se le escapa la risa ante la reacción del viejo.

Mientras Juanjo está fuera, Lidia vuelve a fijarse en la pantalla donde el agente Zubizarreta tiene capturas de vídeo de distintas furgonetas blancas. De pronto, un destello. Algo le resulta familiar.

—¿Esta furgoneta desde dónde aparece? —pregunta poniendo el dedo en una de las pantallas.

El agente levanta la cabeza para mirarla.

—Tramo norte. Es una cámara cercana a la estación de autobuses —dice señalando la imagen—. Pero a esa hora ya se había accidentado vuestra furgoneta, no es esa seguro. Esto son solamente los resultados de una búsqueda automática. ¿Por qué lo pregunta, sargento?

—Por nada.

Lidia sonríe. De rebote ha confirmado que lo que decía la dependienta de la gasolinera era cierto. Que se había ido a León al amanecer. No sabe si para tomar un café o un gin-tonic pero era su furgoneta.

—Si no le importa, sargento —dice Zubizarreta levantando las cejas—. Tengo otro visionado. Ya estarán fuera esperando.

Al abrir la puerta, la luz del pasillo le muerde los ojos.

Efectivamente, al salir de la sala de visionado se cruza con el otro equipo, que, absorto, observa a Sarabia gritar al micrófono del teléfono. Le importa tan poco lo que tenga que decirle su interlocutor que sostiene el aparato delante de la boca del revés.

—¿Cómo que unos días? Pero ¿qué cojones es más importante que esto?

Camina de un lado al otro del pasillo, como una fiera sin jaula.

—¡Te vas a hacer el digno ahora! ¡El servidor es vuestro! ¡La plataforma es vuestra! ¡Los informáticos son vuestros! Y yo tengo aquí una orden judicial que... ¡Mira! —grita mordiéndose los labios—. ¿Qué parte no has entendido?

Se detiene frente a una máquina de vending y le da una patada.

—¡Joder! —Todos le miran ahora—. ¿Que lo lleva un equipo de soporte? ¿Que son extranjeros? ¡Me la suda! Pues los despiertas, les das un café, un Red Bull o les metes la adrenalina por el culo pero lo quiero ya.

Ella aprovecha para sacar un café de la máquina.

—¡Que me da igual si están en Hawái o en Benarroa de los Zascandiles! Y le dices a tu jefe que lo siguiente es la inspección de protección de datos que os voy a meter, que os van a mirar hasta el historial del navegador.

—¿Tienes azúcar? —pregunta Lidia a un agente que pasa por allí.

—¡A tomar por culo!

Sarabia corta la llamada y la mira.

—Hijos de puta. No los soporto, te lo juro. Parece que hagan algo importante en sus vidas de mierda.

Pues sí. Cuánta razón tiene el bueno de Juanjo.

—Sargento Martínez —interrumpe una voz detrás de ella.

Ella se gira y derrama un poco de café.

—¡Vaya, Rubén! A ti tenía yo ganas de verte.

—Lo sé, lo sé —responde él sonriente—. Y ya tengo los resultados.

Juanjo se acerca a ellos con los ojos muy abiertos.

—Dime, dime —pide Lidia.

El sargento Rubén Atienza levanta una carpeta y se la muestra.

—Aquí está. Hemos procesado todo lo recogido en el asiento del conductor, del acompañante, del volante, asientos traseros, puerta trasera, caja…

—¿Y? —pregunta ansioso Sarabia.

—Veréis que hay tres perfiles genéticos claros. El primero es el de Nico Domiño. Sin sorpresas. El segundo corresponde a una mujer y coincide con la esposa, Nirvana Santelmo. Según parece, usaba la furgoneta.

—Normal —dice Sarabia.

—Sí.

—¿Y el tercero? —pregunta ella—. ¿Hay match?

—Ese es el interesante. No está en ninguna base de datos, pero tiene una coincidencia genética del 49 por ciento con Nico.

Vaya, vaya.

—¿Los padres? —pregunta Juanjo.

Rubén niega con la cabeza.

—Fallecidos, según el registro civil. Y, además, cuadra. No comparten exactamente uno de los dos alelos… es decir, en varios loci comparten los dos alelos, en algunos solo uno, en otros ninguno así que…

—Ya, ya, ya. Mierda genética de esa tuya… —dice Sarabia.

A Sarabia le resbala eso de la jerarquía. Y eso, Rubén lo sabe, así que se lo perdona.

—Bueno, lo normal en estos casos es cotejar las muestras encontradas con la víctima para filtrar lo esperable. Y este perfil, desde luego, no es ruido. Es familia directa.

—Entonces solo pueden ser los hermanos, ¿no? —pregunta Lidia.

El sargento Atienza asiente y le entrega la carpeta.

—El hermano —responde remarcando el singular—. Lino Domiño.

Lidia no dice nada.

Ese nombre ya figura en el listado de llamadas. Ya está en el radar. Ahora habrá que ponerle cara.

Y tocar a su timbre.

En el aeropuerto de Barajas, León Santa Rita
embarca en un vuelo con tres escalas.

36

—¿Y cuando se te termine lo del trastero? —pregunta Faisal con las manos clavadas en el volante.

Fuera, las olas golpean contra la orilla.

—Entonces se acabó —dice él mirando a través de la ventanilla—. Seguiremos con el taxi y con alguna otra cosa con la que sacar todo a flote, pero ya está.

Faisal asiente, aunque no parece del todo convencido.

—¿Por lo de hoy me das veinte mil, no? —pregunta mirándole de reojo.

—Te dije quince —corrige.

—Pero no me dijiste que tenía que alquilarla a mi nombre.

La furgoneta se adentra en los humedales del delta del Ebro. Grandes extensiones de terreno verde y amarillo se abren frente a ellos. Las grandes llanuras, piensa. El paisaje le recuerda a una película del salvaje Oeste, pero con el mar de fondo. Se imagina una planta rodadora cruzando de un lado al otro el camino embarrado, hasta hundirse finalmente en una charca. Mira al horizonte. En cualquier momento podría adelantarles una diligencia perseguida por

comanches montados a caballo. A su espalda el sol se pone tras las montañas y los últimos rayos se reflejan en el mar.

Al bajar la ventanilla siente cómo el frío invernal le acaricia los pómulos, calientes por la calefacción. El olor a tierra mojada y salitre penetra en la furgoneta. Quizá se esté volviendo loco pero juraría que también distingue un leve olor a paella. Como la que hacía la abuela muchos domingos.

—¿En qué piensas? —pregunta Faisal.

—En paellas.

Una curva cerrada les obliga a reducir la velocidad.

—Por aquí —ordena señalando un desvío.

Faisal obedece y mete la furgoneta en otro camino de arena rodeado de arrozales. A su lado les sigue un canal de agua turbia.

—¿Seguro que es por aquí? —pregunta su compañero—. No hay nada.

Lino revisa la ruta que lleva cargada en el móvil.

Fuera ha oscurecido por completo. Cuesta ver algo, pero allí delante distingue las dos luces rojas.

Justo lo que buscaba.

—Aquí —dice señalando lo que parece una casa.

Al aproximarse lentamente ven un viejo Land Rover con las luces antiniebla traseras encendidas. Tras él hay una pequeña construcción algo desvencijada. En el porche dos tipos montan guardia con gorros de lana y cazadoras oscuras. Uno de ellos lleva un fusil.

Una bombilla tísica se enciende en el porche y el que no va armado les hace un gesto para que paren.

Su compañero está tiritando. Él le mira.

—Faisal.

—Dime, amigo —responde con voz temblorosa.

—Seamos profesionales. Como si hubiésemos hecho esto toda la vida.

Faisal no dice nada.

Una densa niebla ha caído de repente sobre los humedales. El tipo que no va armado se acerca. Bajo la chaqueta se insinúa una funda de pistola. Palmea el capó de la furgoneta y pide que se detengan junto al viejo Land Rover. Sin duda ese tiene que ser quien manda.

Mientras tanto, el otro tipo golpea la puerta de la caseta y aparecen dos tipos más también armados con fusiles. Todos visten pantalones vaqueros y botas de media caña, menos uno que lleva unas llamativas deportivas blancas que destacan sobre el barro.

Lino abre la puerta de la furgoneta y baja. Faisal le imita. El tipo que parece el jefe se queda mirando su barba postiza con sorna. Asiente como si alguien ya le hubiese alertado sobre ello y ordena:

—Abrid detrás.

Su nuevo socio paquistaní obedece y los cuatro tipos se agolpan para ver la mercancía. Todos menos el de las deportivas blancas, que parece seguir vigilando el camino.

—Va dentro de las botellas —dice él antes de que esos maromos se cabreen—. Ella ya lo sabe.

El tipo que parece el jefe asiente.

—Lo sé.

De inmediato empieza a dar instrucciones a los suyos en algo parecido al catalán pero que le cuesta entender. Mallorquín, seguro. Hablan rápido. No pilla ni una. Faisal le mira y levanta las cejas.

—*Da-li cebes* —escucha decir a uno de los hombres, que empieza a descargar la mercancía junto con el de las deportivas blancas.

Al apartarse puede ver que la parte trasera de la caseta da a un canal o riachuelo. Tras la espesa niebla le parece distinguir una lancha negra que casi se funde en la oscuridad.

—¿Y vosotros no pensáis ayudar? —pregunta el que parece el jefe mientras apaga el contacto del Land Rover.

Los dos obedecen y se unen a los demás en la descarga de los packs de refresco. Los trasladan al interior de la pequeña construcción. El jefe permanece en la puerta al lado de otro que vigila kalasnikov en mano. Se estremece al pasar junto a él. Nunca había estado a tan poca distancia de uno de esos fusiles. Se vuelve. Faisal parece descompuesto. No me la líes ahora.

El interior de la caseta huele a agua estancada. El suelo está encharcado. Allí no hay nada más que una vieja cocina, un par de colchones enmohecidos en el suelo, cuatro sillas de plástico y una mesa plegable sobre la que reposa un mapa náutico plastificado. ¡Ah! Y, por supuesto, los fusiles de los dos tipos apoyados contra una pared semiderruida tras la cual no puede ver lo que se oculta. ¿Un retrete?

—Aquí —señala uno de los hombres mientras deja uno de los paquetes en el único trozo seco de suelo.

Al otro lado, el tipo de las deportivas blancas se acerca a la puerta trasera, la que da al canal donde está la lancha, y se asoma a ella. Se frota la nuca. Da algunos pasos de un lado al otro. Y mira a su compañero de reojo hasta que este vuelve a salir a por más mercancía.

El fluorescente que ilumina la estancia centellea y hace un ruido como de grillo moribundo.

¡Mierda! El techo es de uralita y está medio roto. El corazón se le dispara como una Gatling en plena guerra de Secesión. Eso es cancerígeno. No respires, carallo, no respires.

El de las deportivas blancas le mira con la frente brillante y el rostro avinagrado.

—Afuera. ¿A qué esperáis?

Lino se apresura a salir con Faisal pegado a sus talones. Una vez fuera, vuelve a respirar. Aunque sea el humo del cigarro que fuma el jefe en el porche.

—*I el Xisco?* —pregunta.

Justo en ese instante, el de las deportivas blancas vuelve a salir.

En el tercer viaje que hacen al interior de la caseta se vuelve a encontrar con ese tipo al otro lado de la puerta trasera. Esta vez juraría que lo ha visto hablando por teléfono a hurtadillas. Esto pinta mal.

—Este tío se comporta raro —le dice a Faisal—. Está sudado con el frío que hace.

Su socio se encoge de hombros.

El jefe hace su aparición en el interior de la caseta. Al verlo, Deportivas Blancas vuelve a entrar.

El jefe desaparece detrás de la pared medio derruida y, al cabo de unos segundos, reaparece empujando una carretilla con cuatro sacos de arroz.

—Esto es para vosotros —dice.

Faisal y él se miran confundidos.

Lino se acerca, desata el nudo de uno de los sacos y mete la mano. Arroz.

—¿Todo esto es arroz?

Uno de los tipos se ríe.

El jefe se acomoda la funda de la pistola.

—Depende del hambre que tengas —responde.

El mismo tipo vuelve a reír. A él no le hace ninguna gracia.

Hunde la mano dentro del saco hasta que toca una funda de plástico dura.

Ahí está.

—¿Cómo sé que está todo?

—¿Y nosotros?

El último de los hombres irrumpe en la caseta.

—*Ja està tot* —dice.

El jefe mira el reloj. El fluorescente chisporrotea.

—En tres horas lo cargamos y nos vamos.

Todos los hombres de la Peleona están en el interior. Hay unos segundos de silencio en los que solamente se escuchan algunas ranas.

—*Surto a fer un pitillo* —dice Deportivas Blancas mientras sale al porche.

El jefe vuelve a mirar a Lino.

—Te tendrás que fiar, igual que nosotros. Pero no te rayes, que si algo no cuadra lo arreglaremos rápido.

El tipo señala los sacos.

—Vamos, largaos ya.

Lino sonríe como quien quiere parecer simpático.

Faisal empuja la carretilla con cuidado, como si el arroz fuese a romperse.

Al llegar a la puerta, el de las deportivas blancas vuelve a entrar.

—Me estoy cagando —dice caminando deprisa hacia detrás del tabique medio caído.

El fluorescente vuelve a parpadear.

Faisal se sobresalta.

—Vamos.

El jefe y uno de los tipos con el fusil salen detrás de ellos. La niebla lo vuelve todo borroso. Cargan los cuatro sacos en la furgoneta. El jefe de la banda ve de nuevo las luces antiniebla del Land Rover encendidas y mira a su compañero.

—Antes las he apagado —dice en castellano.

El otro no responde. Levanta el kalasnikov y apunta al camino. La densa niebla impide ver nada.

Algo no marcha bien.

El jefe saca la pistola y recula. Un zumbido rasga la noche.

—¡Allí! —grita.

De entre la niebla del camino surgen dos todoterrenos a toda velocidad.

—¡Adentro! ¡Un vuelco!

Los dos tipos corren hacia la caseta. Faisal y él se quedan helados, mirándose, sin saber qué hacer. Carallo. Demasiado dinero como para dejarlo ahí.

—¡Vamos! —grita el jefe desde la puerta.

Lino agarra a Faisal del brazo y tira de él. Mejor vivir. Tras él escucha el frenazo de los coches sobre la arena. Luego, el sonido de las puertas al abrirse. De entre la bruma surgen unas figuras

encapuchadas con pasamontañas de calaveras sonrientes. Empuja a Faisal al interior de la caseta y salta dentro justo cuando empiezan a escucharse detonaciones.

Los disparos impactan contra las paredes de la casa. Saltan fragmentos de ladrillo y yeso. Los dos tipos del kalasnikov disparan contra los asaltantes a través de las dos ventanas.

—*Que us follin, fills de puta!* —grita uno disparando como un loco.

Faisal llora. Él vuelve a agarrarle del brazo y le lleva tras el tabique roto. Deportivas Blancas aparece desde detrás con la cara blanca. El jefe se acerca a él. Le arranca el kalasnikov de las manos y le mira a los ojos asintiendo. Luego sale disparado por la puerta trasera.

En el lateral de la casa se escuchan más detonaciones. Faisal se hace un ovillo en el suelo y él lo imita a su lado.

Pedazos de yeso caen sobre ellos. El fluorescente centellea cada vez más rápido.

Lino asoma la cabeza por un lateral del tabique y ve a Deportivas Blancas agachado junto a los envases de refresco.

—El Pometa le ha dado a uno —grita uno de los hombres junto a la ventana antes de ser alcanzado por una bala— ¡Joder! *M'han donat. Fills de puta.*

El tipo se agarra del brazo y cae hacia atrás.

—¡Ya se van, ya se van! —grita el otro.

El rugido de las ruedas de los todoterrenos da paso al silencio más absoluto.

Faisal y él vuelven a salir. Deportivas Blancas y el otro tipo hacen un vendaje al herido, que reposa sentado en una de las sillas de plástico.

—¿Y el Pometa? ¿Está bien? —pregunta el herido.

—Seguro —responde el otro.

El jefe vuelve a aparecer por la puerta trasera. Deja el fusil sobre la mesa plegable y se acerca al de las zapatillas blancas.

—*Xisco* —le dice—. *Traïdor.*

Saca la pistola de su funda, se la pone en la sien y dispara. El cuerpo se desploma como un saco de arroz y la cabeza… ¿Qué cabeza?

Ver eso te pone en tu sitio. No vuelves a ser el mismo.

A las afueras de Madrid, un padre y un hijo
montan guardia frente a una casa pareada.

37

Punto de partida

Hasta aquel verano de 2015 Lino nunca antes había estado en Lloret de Mar. Le sonaba, claro. ¿A quién no? Pero, pese a llevar ya tres años viviendo en Barcelona, todavía no se la había acabado. Todavía era nueva para él. No había sentido la necesidad de salir fuera a buscar más.

Además, no nos engañemos. El dinero de la beca no daba para más y su padre no le enviaba ni un euro. Lo más que podía hacer para mejorar su situación era algún trabajillo de tardes para sacarse un extra. Había hecho de reponedor en un supermercado y de dependiente en una panadería. Pero ahora solo estaba dando clases de repaso a un chaval que no iba a aprobar ni el carnet de identidad.

Se habían alojado todos en el hotel Ancla. Les habían hecho un precio especial para un par de noches. No había sido barato, pero la ocasión lo merecía; no todos los días se celebraba el fin de curso.

Y aquella noche tocaba el plato fuerte. Tocaba la discoteca Pequeño Velvet.

Irían todos sin excepción. Los veintiocho que se habían apuntado a la salida. A él no le entusiasmaban las discotecas, pero no ir

hubiese supuesto coronarse como el líder asocial del año.

Y él no era asocial. Tan solo lo parecía.

—¡Venga, Lino! —dijo Sergio, su compañero de habitación—. Vamos a ducharnos.

Sergio era un ligón a quien le iba mucho la fiesta. De esos nocturnos que siempre lucen camisa ajustada y huelen a perfume y entusiasmo.

Lino decidió vestirse de blanco. Con unos pantalones de lino (qué gracia) y una camisa hawaiana. Las gafas le hacían parecer un tipo aburrido. Y lo era. Pero las pocas veces que salía de fiesta lo daba todo.

Lloret, con veintiún años, olía a vacaciones y a fiesta. O lo que es lo mismo: a aftersún, fritanga y vómito seco. Y eso era un buen olor.

El grupo de Económicas desfiló por sus calles en una procesión desordenada hacia la meca del tecno: el Pequeño Velvet. Por el camino latas de cerveza, carcajadas y piropos. Lino no conocía bien a muchos de ellos, pero eso lo hacía todo más excitante.

Llegaron a la discoteca casi a la una. Dentro la música reventaba el ambiente.

Pasó la madrugada acompañando el ritmo de la música con el pie. Marta, Anna e incluso Sergio, intentaron hacerle bailar pero fue incorruptible. Bailar no era lo suyo.

Sergio acabó liándose con una holandesa y largándose a su hotel. A él no le importó, pero empezaba a tener ganas de irse ya a la cama. Ya lo cantaba Siniestro Total, no hay camino mejor que el que te lleva a la cama.

Pero, entonces, al apoyarse en la barra…

—¿Qué te pongo, guapo?

¿Guapo? Ese no era precisamente su apodo.

Miró a la camarera. Tenía una sonrisa vulnerable pero arrebatadora. Un rostro fino con los pómulos marcados y los labios pequeños. La simetría y la perfección se habían cebado en ella. El cabello largo y castaño le caía por debajo de los hombros mientras sus ojos, grandes y claros, le miraban por dentro.

¿Quién carallo te ha dado permiso para ser tan guapa?

Nunca había visto nada igual. Por no hablar de ese vestido corto de tirantes que llevaba. De esos que dejan volar la imaginación.

—¿Me pones otra igual?

—Esa te ha durado poco —respondió ella guiñándole el ojo.

—Es que esta era de prueba —dijo señalando la botella vacía.

—¿Y la siguiente qué es? —replicó la camarera ofreciéndole otra cerveza.

—¿Esta? No sé. Esta ya va en serio.

Sus mejillas estaban ardiendo, pero la oscuridad y el calor lo disimulaban.

La mayor parte de sus compañeros de clase habían ido desapareciendo. Algunos habrían ligado. Otros estarían buscando una máquina expendedora de hamburguesas. Y los pocos que quedaban estaban sentados en un sofá semicircular que había al fondo.

Entonces sonó el *Flying Free*. Más vieja que el ir a pie pero que todavía desataba pasiones. Provocó un terremoto de euforia con epicentro en la pista. Tres chicas se subieron al podio. Algunos vasos se rompieron en el suelo. Cinco chicos coreaban la canción desde las escaleras… y él, sin pensarlo, se subió a la barra y bailó. Si es que a eso podía llamársele bailar. Se dejó llevar por la música, el alcohol y

las luces estroboscópicas. La camisa hawaiana se le pegaba en la espalda y las gafas le resbalaban por la nariz.

No sabía por qué lo hacía. Arriba, arriba. Solo sabía que ella le estaba mirando. Solo sabía que se lo estaba pasando como nunca. El público lo jaleaba. Ella se reía.

Y como DiCaprio en *Titanic*… era el puto rey del mundo.

Hasta que todo acabó como acaban las cosas que pintan demasiado bien. Tan rápido como se vino arriba, se vino abajo.

Dos manos en el tobillo, un cuello en la cintura… Un gorila le sacó a la fuerza del Pequeño Velvet. Eso sí, entre vítores y aplausos. Él no se resistió pero a aquel maromo se lo debió de parecer. Al salir se golpeó la cabeza con la puerta de la salida de emergencia.

Sin casi saber lo que había pasado acabó sentado en el bordillo de la acera de enfrente. Con las gafas torcidas, un hilo de sangre en el labio y quejándose del golpe en la cabeza.

Su dignidad estaba a punto de subir a un taxi cuando apareció ella con una servilleta y un vaso a rebosar de cubitos de hielo.

—¿Te ha dolido más el golpe o dejar de bailar?

—No, si a mí no me gusta bailar —protestó.

La chica levantó las cejas incrédula.

—Pues no lo parecía.

Y se sentó junto a él con una sonrisa sanadora.

—Toma —dijo ofreciéndole el hielo—. Te has dado un buen golpe.

Él lo cogió y se lo llevó a la frente. Se agradecía el fresquito con aquel calor.

—¿Y la barra? —preguntó él señalando el interior con la barbilla.

Ella se encogió de hombros.

—Ahí sigue. A mí me toca descanso. A ella no.

—Qué suerte tengo entonces.

Ella sonrió.

—No tanta. ¿Sabes que estarás vetado para siempre, no?

—¿De Lloret? —bromeó.

—¡Del Pequeño Velvet! Lloret no tiene tanta organización.

Él sonrió. Ella también. Y durante algunos segundos ninguno de los dos habló.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó ella.

—Lino.

—¿Como tus pantalones?

—¡Eso es! —dijo exagerando la risa—. ¿Y tú?

—¿Yo? Nirvana.

—¡Vaya! ¿Nirvana? Tienes nombre de secta.

Ella se puso seria. Se hizo la enfadada.

—Es broma, es broma —corrigió rápidamente.

—¡Es coña! —dijo ella poniendo una mano sobre su pierna.

Y aquel fue el verano del Pequeño Velvet, de su exhibición sobre la barra y del primer beso, que no parecía el primero. El verano en que todo empezó sin que nadie supiese que empezaba.

38

Lino aguarda en el portal de casa. Se ha despertado casi a mediodía. Lo de la noche anterior le parece ahora una pesadilla. Todavía le tiemblan las piernas.

Faisal detiene el coche frente a él y baja la ventanilla. Parece cansado. Llegaron al amanecer y no ha dormido demasiado. Se ha despertado antes para cambiarle las puertas y el maletero al taxi por unas que ha conseguido en un desguace. La propietaria del nuevo piso les ha prestado el taller que hay en los bajos. Supuestamente para dejar trastos mientras hace la mudanza.

Lino sonríe.

Todo lo que tiene cabría en una sola caja.

—Ha quedado bien, ¿no? —pregunta su socio.

—Genial. Ya no parece un taxi.

—No. Ahora solo parece un coche robado de un desguace.

Lino se ríe.

—¿Vamos? —dice Faisal.

Se sienta en el asiento del acompañante. Se dirigen a su nuevo piso. Por primera vez en mucho tiempo está ilusionado.

Fuera del coche ha salido un sol impropio de aquellas fechas. Su socio le mira de reojo.

—¿Y vas a poder blanquear todo con esto? —dice dando un golpecito al volante.

Lino, piensa. Veamos.

—Ummm. Tendré que buscar algo más. Solo con esto tardaría más de veinte años en lavarlo todo. Lo que ya se ha vendido y lo que todavía no.

Faisal aparta la mirada de la carretera y le mira.

—Pero yo podré quedarme con la licencia después, ¿no?

—¿De aquí a veinte años? —pregunta extrañado—. Sí, claro. Para entonces ya veremos lo que hacemos.

Faisal asiente satisfecho.

Llegan a su nueva casa. Su socio mete el coche en el taller. De momento las puertas y el maletero amarillo del taxi se quedarán allí. Al menos hasta encontrar un lugar mejor.

Ahora lo más importante son Sara y Rebe, que vienen a ver el nuevo piso.

Al llegar se las encuentra esperando frente al portal.

—Siento el retraso —dice él.

—No pasa nada. Llevamos poco.

Sara le pasa a Rebe, que está acurrucada en sus brazos. Al cogerla, la pequeña no se queja. Apoya su cabecita en su hombro.

—¿Tiene sueño?

—Se acaba de despertar de la siesta. —Sara señala a Faisal, que desaparece a lo lejos—. ¿Quién es ese con el que venías?

—Es uno de mis compañeros de piso. Excompañeros —rectifica guiñándole un ojo—. Él se encargará de coordinar a los de la mudanza.

Sara sonríe.

—¡Vaya! ¿Me he perdido algo, que hasta necesitas un coordinador de mudanzas?

Lino también se ríe. Esta vez de verdad.

—No seas burra, carallo. Es solo para que se encargue alguien mientras yo estoy aquí con vosotras. No es más que una furgonetilla. —Lino saca las llaves que le ha dado la propietaria y las muestra—. ¿Subimos?

Al entrar Sara se desabrocha el abrigo y lo cuelga en su brazo. Lino está atento a su reacción. A ver la cara que pone.

Rebe, todavía remolona, accede a que la deje en el suelo. Lino le coge de la manita.

—Esta es la nueva casita de papá. ¿Te gusta?

De reojo mira a Sara, que camina hacia el salón.

—Xi… —responde la pequeña.

Lino sonríe con algo parecido al orgullo.

Sara silba.

—¡Vaya cojopiso!

—¿Cómo? —pregunta confuso.

Rebe corre a abrir el único mueble del piso. El armario empotrado del recibidor.

—Que vaya pedazo de piso. Es cojonudo.

—Aaah. ¿Te gusta?

—Ya ves.

—Está recién reformado, tiene parquet, terraza… y se ve un poco el mar, mira —dice abriendo el ventanal.

—Sí, sí —responde Sara—. Y es un buen barrio.

—Eso espero.

Se hace un silencio largo pero bonito. Le gustaría instalarse en él para siempre.

Fuera, las gaviotas graznan.

—Pues sí que te lo has montado bien —dice ella—. ¿Hay algo que deba saber? —pregunta poniendo los brazos en jarra y cara de pilla.

Rebe sale corriendo hacia el balcón. Lino la sigue.

—Bueno, tengo un proyecto propio. No es muy glamuroso pero me va bien…

—¿Y qué es? —pregunta ella borrando su sonrisa.

—Me tocó algo de dinero en la lotería y he comprado una licencia de taxi.

Sara levanta las cejas y saca a Rebeca del balcón.

—Vas a coger frío ahí. —Y cierra la corredera antes de volver a mirarle—. ¿Así que ahora eres taxista?

—Nooo —responde carcajeándose—. Solo es una inversión. He comprado una licencia y la he alquilado a un taxista.

—Vaya, vaya. Eres un emprendedor.

Lino asiente. Rebe le echa los brazos y él la coge.

—Arreglaremos lo de ella, ¿no?

Sara vuelve a sonreír mientras se pone la chaqueta.

—Claro. —Dibuja un círculo con el dedo—. Pero eso cuanto lo tengas todo amueblado.

Rebe le da un beso. Vaya, eso no se lo esperaba. Lino se lo devuelve.

Y Sara observa la escena con ternura.

—Se te cae la baba —dice.

Cuando las dos se van Lino se dirige al baño. Se sienta en una esquina, esconde la cabeza entre las rodillas y llora.

Llora como un niño. No sabe por qué. Por fin todo va bien. ¿Por qué lloras?

Tal vez porque lo tienes todo y no te lo crees.

O porque sabes que no es del todo tuyo.

O quizá porque piensas que puede desvanecerse en cualquier momento.

Pero hoy nada te falta para ser más feliz.

O sí.

Lino se levanta. Saca el móvil y marca.

Nirvana tarda en responder. Al tercer tono su cara aparece en la pantalla. Sigue con la pinza. Guapa.

—¿Lino? ¿Me estás haciendo una videollamada?

—Sí —responde—. No se me ha ido el dedo, es que quiero enseñarte algo. ¿Tienes un minuto?

Al otro lado resuena un silencio.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

Lino se levanta y gira la cámara.

—Mira.

Camina por el salón, enfoca el parquet, la cocina, la terraza, las vistas. Todo. Incluso el baño y las habitaciones vacías.

Al acabar vuelve a enfocarse a sí mismo.

—No lo entiendo —dice Nirvana al otro lado—. Es un piso vacío. ¿Es tuyo o qué pasa?

—Sí —responde—. Bueno, es de alquiler. Acabo de mudarme y… bueno, me hacía ilusión enseñártelo.

—Vaya…

—¿Qué?

—Nada. Que Nico me dijo que te habías separado y que no ibas muy bien de pasta y… —Hizo una pausa—. Y parece un buen piso. Te deben de ir mejor las cosas.

—Sí. Bueno, invertí en algunos temas de movilidad que ahora empiezan a darme dinero.

—¡Cómo no! Si es que eres un crac de los números.

—No tanto, no tanto —niega orgulloso.

—¡Claro que sí! —responde Nirvana—. Pues yo también tengo una noticia. De hecho, justo te iba a llamar ahora.

—¿Ah, sí? Dime.

—Los médicos van a empezar a reducir la sedación a Nico para ver cómo responde.

Lino tarda algunos segundos en decir nada mientras trata de analizar el sentido de la frase.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, en realidad no mucho. Pero creía que debías saberlo. Veremos cómo evoluciona con las nuevas dosis.

—A ver. Me pasaré por allí a visitaros.

Lidia y Sarabia suben a un tren en dirección a Barcelona.

39

—De acuerdo, Román —dice Sarabia—. Te cuelgo, que ahora estamos liados. Gracias por todo.

Guarda el móvil en el bolsillo mientras chasquea la lengua.

—¿Qué pasa? —pregunta ella deteniéndose frente al portal.

—Pues que parece que todos los negocios del listado trabajan con Comercial Santa Rita.

Lidia aprovecha que un vecino abre la puerta para colarse tras él. El hombre se gira dispuesto a decirle algo pero ella se le adelanta.

—Tranquilo. Guardia Civil.

El vecino baja la mirada y pulsa el botón del ascensor.

—Pero eso no es malo, ¿no? —pregunta volviéndose hacia su compañero.

—Bueno, no he acabado —dice él bajando la voz—. Todos trabajan con la distribuidora pero nadie reconoce a Domiño como repartidor.

Eso no le sorprende demasiado. Era una posibilidad que ya le rondaba la cabeza.

El vecino entra en el ascensor. Ellos aguardan en el portal vacío.

—Tapadera de manual.

—De libro.

Juanjo llama al ascensor.

—Nicolás, Nicolás… ya verás como te despiertes —resopla.

—Además —añade él—, los chicos de Román han pasado por la nave.

—¿Y qué?

—Pues que nuestro amigo León Santa Rita ha desaparecido.

—Menuda sorpresa… —dice ella entrando al ascensor—. ¿Han cursado ya la orden?

—Sí, pero ese ya estará en las Bahamas.

Al llegar al rellano saca su identificación y pulsa el timbre.

—Hablo yo —le dice a su compañero.

Juanjo asiente.

Segundos después abre la puerta un joven de tez oscura.

—Guardia Civil. Venimos a hablar con el señor Lino Domiño. Sabemos que vive aquí.

El chico duda. Ella lo caza al vuelo.

—Sí. Vo-voy a avisarle. Un momento, amig… agentes.

Desaparece en el interior. Poco después se presenta ante ellos el joven de las fotografías. El hermano de Nicolás Domiño.

—¿Agentes?

—Yo soy la sargento Martínez. Él es el cabo Sarabia. Venimos a hablar del accidente que sufrió su hermano.

El chico asiente.

—Pasen, pasen.

Una vez dentro, se vuelven a cruzar con el chico que les ha abierto la puerta, que sale cargado con un par de cajas de cartón.

—¿Y esas cajas? —pregunta Lidia.

El hermano de Nico se gira hacia ellos.

—Justo estoy de mudanza y mi compañero de piso me está ayudando.

La cara que ponen tanto ella como Juanjo debe de ser lo suficientemente reveladora como para provocar una reacción en el señor Lino Domiño, que dice:

—Faisal. Ven un momento, que los agentes quieren ver lo que hay en las cajas.

—No, no es necesario —interviene ella—. Es deformación profesional. No nos suele gustar que alguien salga cargando cajas en cuanto aparecemos.

Faisal las deja junto a la mesa.

—Si da igual —responde Lino agachándose frente a ellas—. Si no me cuesta nada.

Y rasga con una llave de sierra el precinto.

Del interior saca un exprimidor de naranjas, una minipímer, una docena de fiambreras de plástico…

—Es que justo esta es la caja de la cocina —dice esbozando una sonrisa.

—Déjelo, déjelo —responde ella—. ¿Le importa si nos sentamos a la mesa y hablamos a solas?

El señor Domiño vuelve a levantarse y hace una subida de cejas dirigida al tal Faisal. Eso parece algo más que amistad. Parece una relación de ascendencia jerárquica.

—Por supuesto. ¿Quieren tomar algo? —pregunta mientras se sientan.

Los dos niegan con la cabeza.

Faisal da un portazo al salir.

—Doy por hecho que está usted al corriente del accidente de su hermano y de su estado actual.

—Por supuesto.

—Bien —responde ella—. Entonces se lo resumiremos. Tenemos razones para creer que el accidente pudo ser provocado para robar la mercancía que transportaba.

El joven se muestra sorprendido.

—¿Cómo? ¿Provocado?

—Sí, provocado —interviene Sarabia.

Domiño los mira a los dos con gesto de extrañeza.

—Pero si Nico transportaba cosas sin valor.

Ella asiente, pero no aparta la mirada de sus ojos. Espera ese doble parpadeo, esa ceja temblorosa, esos labios que se secan…

Nada.

Lo normal es dar señales. Aunque uno sea inocente.

—Creemos que sí que transportaba algo de valor.

Lino Domiño levanta las cejas.

—¿El qué?

—Eso da igual —zanja—. Lo importante aquí es que se ha encontrado su ADN en el interior de la furgoneta. En el asiento del acompañante.

Lino no da muestras de nada en su expresión. Se mantiene impasible, aunque se toma unos segundos para responder.

—Vaya… pero eso es normal, ¿no? Soy su hermano.

—¿Y qué?

El joven se encoge de hombros.

—No sé. Quiero decir que, a veces, iba en la furgoneta. No entiendo de eso, pero es normal que esté mi ADN allí, ¿no?

—Tan normal como que esté el de la persona que le acompañaba aquella noche —responde ella—. Ni más ni menos.

Lino asiente. Ahora parece preocupado, pero no dice ni una palabra.

—Además, hemos encontrado una llamada telefónica que se hicieron unos días antes.

Esta vez Lino Domiño se ríe sarcásticamente.

—Pero es que es mi hermano, agentes —insiste—. No puede ser raro que dos hermanos hablen por teléfono.

Ella asiente alargando los tempos para observar su reacción.

—¿De qué hablaron?

Lino aparta la vista de ella. Mira al suelo. Traga saliva.

Primeras muestras de humanidad, piensa.

—No sé. No lo recuerdo…

—¿Está usted seguro?

El joven vuelve a mirarla y chasquea la lengua.

—A ver. Antes de nada creo que hay algo que ustedes no saben. Y prefiero decirlo yo para evitar malentendidos.

Lidia y su compañero se interrogan con la mirada.

—¿El qué?

—A ver cómo digo esto… Sé que puede parecer raro, pero estuve en León el día del accidente de mi hermano —confiesa—. Lo digo porque sé que se produjo cerca.

Eso sí que no lo esperaba, joder. Desde luego la realidad nunca es verosímil.

—¿Cómo? ¿Y qué hacía usted allí?

—Verán… —dice—. Mi hermano y yo tuvimos una bronca y nos enfadamos. Y yo quería arreglar la relación con él. Me enteré de que

había empezado a trabajar en una distribuidora de refrescos o algo así por León y me presenté por la zona para probar suerte. Me pasé el día esperando en la puerta de la empresa para la que trabajaba. —Chasquea la lengua—. Pero nunca llegó. Así que me fui a la estación de autobuses, pero el último para Barcelona ya había salido y tuve que esperarme al primero de la mañana.

—¿Y qué hizo entonces?

—Nada. Dormí un poco allí mismo hasta que salió el autocar.

Volvió a mirar a su compañero, que parecía perplejo.

—No le importará que lo comprobemos con las cámaras de la estación, ¿verdad?

Lino niega con la cabeza.

—Lo haremos —dice su compañero mientras anota en un cuaderno—. Lo haremos.

Lidia asiente. Está confusa. ¿Para qué iba a reconocer que estaba allí? Mejor adelantarse que ser cazado, era eso, ¿no?

—Y entonces ¿de que hablaron en esa última llamada? —pregunta inquisitiva.

—¡Ah, bueno! Hablamos de… bueno, de trabajo. Me acabo de separar y… ¿Sinceramente? Le pedí trabajo. Necesitaba un cambio radical. Pero no concretamos nada. Nos volvimos a enfadar. Por eso fui a verle sin avisar. Quizá estando ya allí me ayudaría. —Hace una breve pausa—. Lo sé, suena raro, pero tenía que intentarlo. Es la verdad.

—¿Por qué no en Madrid? —irrumpe Sarabia—. Si su hermano vive allí, ¿por qué no fue a verlo a Madrid?

—Porque la empresa para la que trabajaba estaba en León y además… —Lino baja la mirada y niega con la cabeza—. Porque allí

vive con su mujer y no nos llevábamos demasiado bien.

—¿Por qué no nos contó eso? —pregunta Juanjo.

—Nadie me preguntó nada y… no veo qué interés puede tener. Por no decir que, hasta ahora, para mí esto no era más que un accidente de tráfico —dice con tono indignado—. Me acaban de contar ustedes que podía ser provocado. Si a partir de ahora me entero de algo… se lo haré saber.

Lino baja la mirada otra vez y se frota las manos. Como si el frío viniese de dentro.

—Míreme, señor Domiño —ordena Lidia.

Él levanta la mirada hacia ella.

—Dígame.

—A ver si no me equivoco —dice ella—. Lo llamó, fue a verle… y esa misma noche aparece reventado en una cuneta. Qué casualidad tan cabrona, ¿no?

Lidia no espera respuesta. Recoge la carpeta, se pone de pie y deja una de sus tarjetas sobre la mesa.

—Por si se decide a hablar.

A las afueras de Madrid, un padre y un hijo se comen una hamburguesa frente a una casa pareada.

40

No todo el mundo guarda en su trastero cuatro sacos de arroz con un millón de euros dentro. Ni un montón de botellas de cola cargaditas de cocaína.

No es que se sienta orgulloso de ello, pero sí excitado. De hecho, anteanoche se masturbó. Al volver del delta. Hacía tiempo que no lo hacía, pero entre toda la tensión acumulada y lo del tiroteo… bueno, no lo había podido evitar. Pensó en Nirvana. Mejor dicho, en él metido dentro de Nirvana.

Al fin vuelve a tener una vida sexual activa.

Anoche lo repitió de nuevo después de la visita de aquellos dos guardias civiles.

Otra vez con Nirvana.

Y ahí está él: tercer coche, cuarta fila, asiento con ventanilla y dirección a Madrid. Para verla a ella.

No, no. Para verle a él. Va al hospital para visitar a su hermano, claro. Porque le preocupa. Porque espera que se recupere.

Aunque si eso llegara a pasar, tendría un problema muy gordo, eso sí. Pero la sangre es la sangre. Por encima de todo.

Eso decía la abuela.

Ponte bueno, Nico. Te quiero. No importa lo cabrón que hayas sido. También has hecho cosas buenas. Muchas.

El móvil suena. Es Faisal.

Megan me ha vendido una SIM. Este es mi nuevo número

En los pasillos del hospital abunda el silencio. El suelo refleja la luz blanca y mórbida. El mero hecho de estar allí le enferma. A esto no te vas a acostumbrar nunca.

Respira hondo y entra.

Nico continúa igual. Quizá haya perdido algo de color. Se le ve más blanco y un poco más delgado. Sigue rodeado de tubos, cables y máquinas que le monitorizan.

Le odia y le quiere. Igual que a sí mismo.

El monstruo de la culpa reaparece. El Culpuru.

Ese era el nombre que mamá le había puesto cuando él era pequeño. Un monstruo que venía a visitarte solo cuando habías hecho algo muy malo. Algo por lo que sentir remordimientos.

Como cuando se quedó mirando al gato ahogarse en la piscina.

Y fingió que no le oía maullar. Que no lo veía.

Como si el mundo no se fuese a dar cuenta.

Esa noche, mamá se sentó en la cama y le habló del Culpuru. El monstruo que te devora desde dentro.

—No se ve, pero vive aquí —dijo dándole unos golpecitos en el pecho—. Y te va dejando piedrecitas. Ahora no lo notas, pero cuando seas mayor verás cómo pesan.

Ahora, mirando a Nico, sabe que esas piedrecitas se han convertido en rocas.

Y sí. Pesan.

—Ponte bueno, carallo —murmura—. Pero no mucho.

El móvil suena. Un mensaje.

Los invitados han quedado encantados con las botellas. Preguntan si podría reservarse otra remesa para la boda. Misma cantidad, mismo precio. La Peleona

¡Bien! Esto marcha. Otro millón. En nada te lo ventilas todo y a vivir sin miedo.

Me alegro. Dónde y cuándo. Keynes

Sonríe y mira a Nico.

—¿Lo ves, hermano? Keynes está en racha.

Una de las máquinas emite un leve pitido. Una enfermera entra e inyecta algo por la vía que su hermano tiene abierta en la mano.

Te mandaré instrucciones

Nirvana entra con las llaves del coche en la mano y el abrigo mal abrochado. Lleva el pelo recogido con una pinza pero viste elegante.

—Siento llegar tarde.

—No pasa nada.

Le da dos besos.

—¿Llevas mucho rato aquí?

Lino mira el móvil. Son las seis.

—Como una hora.

Ella asiente y mira a Nico.

—¿Nada nuevo, no?

Él niega con la cabeza.

—Le han reducido la sedación pero de momento…

Nirvana chasquea la lengua.

—Bueno, paciencia… se pondrá bien.

Ella permanece unos segundos observando a su hermano y después le mira.

—Verás, Lino… —Resopla—. Estoy harta de todo esto. Ya no puedo respirar aquí dentro. Me estoy volviendo loca.

—¿Quieres salir un rato?

Ella niega.

—Quiero irme a casa.

—Pu… pues vamos.

—¿Te vienes?

—Si no te importa.

—No. Mejor. No me gusta estar sola en casa.

Salen del hospital sin decir mucho más. Bajan al parking. Huele a gasolina quemada.

Nirvana pulsa el botón del mando. Los intermitentes parpadean.

Ese coche parece caro. Un Porsche Cayenne.

—Tiene pinta de nuevo —dice él.

—Lo es. Nico cambia de coches con mucha frecuencia.

Nirvana se coloca el cinturón, arranca y le mira.

—Bueno, cambiaba —corrige.

Al llegar, Nirvana debe maniobrar para meter el coche en el garaje. Una furgoneta con los cristales tintados aparcada en la otra acera le

dificulta el giro.

—Es bonita —dice él.

—¿El qué?

—La casa.

Nirvana le hace un recorrido por todas las estancias; la cocina, los baños… Le muestra el jardín con la barbacoa, una pequeña piscina y, por supuesto, el garaje con los dos coches.

—Vivíamos bien —dice ella.

—Ya lo veo.

—Siéntate, voy a preparar algo de cenar —dice Nirvana mientras enciende una estufa de exterior.

Lino se acomoda en un sofá del chillout, frente a la piscina. Las luces se encienden solas. Huele a lavanda y jazmín.

El olor de la paz.

¿Y si ha privado a Nirvana de esa vida con Nico? ¿Y si la ha condenado a la tristeza? Eso jamás se lo podría perdonar.

No ha sido culpa tuya, Lino. Tan solo ha sido mala suerte.

Nirvana aparece con un polar, unas mallas ajustadas y unas zapatillas de goma forradas de borreguito. Está preciosa. No puede dejar de mirarla.

Ella es… magnética.

—Que sepas que no dejo que cualquiera me vea así —dice, poniendo la bandeja con la cena sobre la mesa baja. Luego coge la botella de vino y se la enseña—. La compró Nico. Cuatrocientos euros.

Lino silba. No valora tanto el vino como para que le importe. Prefiere el queso y el jamón.

Nirvana sirve dos copas.

—A ver si te gusta.

Lino lo prueba. Como todos. Preferiría una cerveza.

—El mejor que he probado nunca —dice, y sonríe.

Ella le devuelve la sonrisa.

—¿Recuerdas aquellos dos que me vinieron a ver al hospital?

Un latigazo le atraviesa el pecho.

—Sí. ¿Qué pasa con ellos?

Nirvana prueba el vino.

—Me hicieron otra visita.

—¿Dónde?

—Aquí. Se colaron mientras dormía.

Todos los músculos se le agarrotan. Y no es por el frío.

—¿Te hicieron algo?

Ella niega con la cabeza. Saca el cigarrillo electrónico y se lo pone entre los labios.

—Solo me amenazaron. Y se bebieron mi leche —dice rompiendo la tensión con una sonrisa—. No saben cómo recuperar lo que les han robado y pretenden sacarlo de mí.

—¿Y qué piensas hacer?

Ella se encoge de hombros, sin mirarle.

—Puedo vender todo esto y darles lo que saque, pero seguramente con eso no tengan ni para empezar. —Suspira expulsando el vaho por la boca—. Olvídalo, Lino. Tan solo necesitaba contárselo a alguien.

—Deja al menos que me quede aquí esta noche.

—¿Para qué? ¿Para protegerme de ellos? —pregunta con una sonrisa cáustica.

Él niega con la cabeza.

—No. Para que no estés sola.

Nirvana se sienta a su lado y apura el vino. Tiene los ojos llorosos.

—Venga, come algo.

No tiene hambre. Se le ha cerrado el apetito. Le cuesta tragar. Nota un nudo en el pecho.

Pero no puede dejar de mirarla.

Ella juega con el borde de la copa, pensativa.

—¿Cómo estás sin él? —pregunta Lino.

Nirvana sonríe sin decir nada. Sus labios tiemblan y unas lágrimas le humedecen las mejillas.

—Una noche volví antes de hora a casa —dice mientras se rellena la copa—. Había quedado para cenar con una amiga. Después teníamos que ir a bailar y dormiría en su casa. Pero resulta que en mitad de la cena su exmarido le llamó y le dijo que su hija pequeña se había caído de la litera y que se iban al hospital. Ella fue para allí y yo volví a casa. —Hace una pausa, suelta un suspiro—. Cuando llegué Nico estaba con otra. Los vi. Los escuché. Fue horrible. Me marché corriendo. Dormí en un banco el resto de la noche. —Sonríe con los ojos encharcados—. Y lo peor es que no se lo había contado a nadie… hasta ahora. Me daba vergüenza.

Lino no se esperaba esto. Cualquier cosa menos esto. Siente rabia y ganas de llorar.

—¿Y no le dijiste nada?

Nirvana se encoge de hombros y da un sorbo.

—No. Soy demasiado orgullosa. Pero a partir de entonces sé que siguió engañándome.

—¿Con la misma?

Ella niega con la cabeza.

—No. Con cualquiera. En realidad supongo que siempre lo había hecho pero yo no había querido enterarme.

Maldito cabrón, piensa Lino. Le odia. ¿Cómo ha podido permitirse el lujo de engañar a una mujer como Nirvana?

—¿Y por qué estabas con él?

—No lo sé. Supongo que estaba enamorada.

Lino traga. El vino ya no le sabe a nada.

En Barcelona un juez de instrucción autoriza a
la UCO el acceso a las cuentas bancarias de
Lino Domiño.

41

Punto de encuentro

Después del puente de principios de diciembre la actitud de los alumnos empeoraba a la espera de las vacaciones de Navidad.

Aquel era uno de esos días. En apariencia normal. Uno de los tantos infiernos de veinticuatro horas a los que Lino ya se había acostumbrado. Pero ese, en concreto, fue especial.

Al salir del colegio alguien le esperaba. Un tipo grande y fuerte, embutido dentro de una chupa de cuero, aguardaba en la salida junto al resto de padres, madres y abuelos.

—Lino Domiño, ¿verdad?

Él miró a su alrededor.

—¿Yo? —preguntó desacostumbrado a todo lo que se saliese de lo habitual—. Sí, soy yo.

—¿Podemos hablar un momento?

—Emmm —dudó—. Sí, claro.

Hablar con un desconocido le incomodaba. Pero no siempre había sido así.

—Vayamos a un lugar más apartado.

Le siguió por curiosidad y porque… total, ¿qué podía ir peor? Fue tras él como si el tipo de la chupa le hubiese prometido un caramelo

al llegar allá donde fuesen.

«No te vayas nunca con desconocidos», decía la abuela. Pero eso era cuando era pequeño. Cuando todo iba bien. Cuando las cosas solo podían ir a peor.

Ahora todo era distinto.

Nada de lo que pudiese hacerle ese tipo empeoraría su vida. Cualquier cosa la mejoraría. Incluso lo peor.

Atravesaron la larga hilera de coches aparcados en doble fila frente a la escuela y entraron en un pequeño parque. Las luces de las farolas se encendieron. 17.37 y ya había empezado a anochecer.

Algunos niños corrían detrás del balón mientras los padres, abrigados y con las manos en los bolsillos, permanecían inmóviles.

—Eres el hermano de Nicolás Domiño, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Soy socio suyo. —Chupa de Cuero se encendió un cigarrillo—. Supongo que ya sabes a lo que se dedica, ¿no?

En realidad no del todo, o no exactamente pero…

—Me lo puedo imaginar…

El tipo hizo un gesto con la cabeza al mismo tiempo que sacaba el humo por la nariz.

—Bien. Me he enterado de que no os lleváis nada bien. ¿Es así?

Lino asintió.

—Hace años que no nos hablamos. ¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

Chupa de Cuero negó con la cabeza.

—No, no es nada de eso —dijo mirando a su alrededor—. Mira, voy a ir al grano. Te propongo un trabajillo en el que a cambio de pinchar una rueda te llevarás veinte mil euros.

El corazón empezó a bombearle en la garganta. Por un momento no le salieron las palabras.

El de la chupa dio otra calada.

—¿Qué me dices?

—Que… que debe de ser la rueda más difícil de pinchar del mundo.

El tipo dibujó una sonrisa tan rápido como la borró.

—Ja, ja. No estoy de broma.

—¿Por qué yo?

—Porque es la rueda de la furgoneta donde viajará tu hermano. Necesito que alguien de su confianza vaya con él.

A Lino se le acumularon tantas preguntas que no hizo ninguna.

—No voy a hacerlo.

Chupa de Cuero le ofreció un cigarro. Él lo rechazó con la mano temblorosa.

—Estás confuso —dijo el tipo—. Lo sé. Me explicaré mejor.

Miró otra vez hacia los lados para asegurarse de que no había nadie cerca.

—Tu hermano va a transportar una mercancía desde la costa gallega hasta Madrid. El camino hasta León lo recorrerá por carreteras comarcales. Se hace larguísimo pero es la forma de evitar cámaras y controles. En León la furgoneta se dejará ver y ya podrá ir por carreteras nacionales. Nico parará a repostar en una gasolinera de la N-601 entre León y Valladolid. Allí tú tendrás que desinflar la rueda de recambio y pinchar la delantera derecha con esto.

Chupa de Cuero sacó un punzón y se lo mostró.

—No puede ser otro. Tiene que ser este en concreto y debes pincharlo en esta zona de aquí.

Sacó del bolsillo una fotografía con el perfil de un neumático y una franja roja dibujada sobre él.

—¿Por qué ahí? —preguntó Lino, a quien la historia empezaba a resultar interesante.

—Porque hemos estado haciendo pruebas y sabemos que si lo haces de esa forma y en ese punto exacto la rueda se quedará sin aire entre Lucerno del Alcázar y Torbilla. A medio camino estará esperando…

—No voy a hacerlo —interrumpió—. No voy a hacer nada que perjudique a mi hermano.

Chupa de Cuero tiró el cigarro al suelo y lo pisó. Asintió mordiéndose el labio inferior, se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro.

—Lino. A tu hermano no le va a pasar nada. Te lo juro.

Desde luego, aquel no era el tipo de persona de la que uno podría fiarse, pero por otra parte… eran veinte mil euros.

Frente a él, una niña parecida a Rebeca se abrazó a la pierna de su padre.

—¿Y cómo puedo estar seguro de eso?

—Te voy a ser sincero. Puedo serlo pero ¿de verdad quieres que lo sea? Si lo soy y te vas de la lengua… ya sabes.

Lino asintió.

A lo lejos los niños seguían chutando el balón contra porterías improvisadas con montones de abrigos.

—Está bien… Tengo otro socio a quien quiero quitarme de encima para poder progresar. Y para eso debo darle un susto. Haremos ver que han robado la mercancía de la que él es responsable y yo mismo la recuperaré y devolveré a su dueño. Nada más.

—¿Y Nico? Ese dueño…

—Nico solo es un chófer. A quien quiero joder es al encargado de la seguridad de todas las rutas. Nico no tiene ninguna culpa si le roban.

No acababa de verlo claro.

—Pero dudaría de mí si se pincha la rueda justo después de parar.

El tipo niega con la cabeza y sonríe.

—Nooo. Si sigues las instrucciones la rueda tardará mucho en desinflarse. Podría haber pinchado en cualquier momento del trayecto. No lo relacionará con la parada en la gasolinera. Y justo en la zona donde os quedéis tirados estarán mis hombres esperando con una grúa.

—¿Con una grúa?

—Sí. Cuando tu hermano encuentre la forma de llamar al seguro para que envíen una, ellos serán los primeros en llegar. ¿Lo pillas?

—Más o menos.

—Cambiarán la rueda y, mientras tú entretienes a tu hermano diciéndole que firme el parte o cualquier otra chorrada, ellos se largarán con la furgoneta antes de que lleguen los de la asistencia en carretera de verdad. —Sonríe—. Yo la recuperaré, me colgaré la medalla y a mi socio le apartarán.

—¿Y a mi hermano?

—Nada. No le pasará nada. Es un mindundi —dijo con una sonrisa entre amable y siniestra—. Y tú serás veinte mil euros más rico.

—¿Nadie le culparía? —insistió.

—¡Que no! —dijo el de la chupa elevando el tono—. Tu hermano no tiene responsabilidad alguna. A quien se culpará será a mi socio, que es el único que debería conocer la ruta.

—¿Y Nico no la sabe?

—Eres muy pesado —respondió encendiéndose otro cigarro—. A Nico se le da a última hora. No podría planear todo esto. Solo habrá un culpable.

—Pero lo de la grúa, el pinchazo… Con tanta precisión no va a parecer algo casual y…

—Ya lo sé. Ni debe parecerlo…

Eso ya tenía pinta de otra cosa.

—Entonces culparán a ese socio tuyo del robo y no de un fallo en la seguridad.

Chupa de Cuero borró su expresión cordial y seductora, y permaneció algunos segundos en silencio.

—Eso a ti no te importa —zanjó—. Y me estoy empezando a cansar de tanta pregunta. Creo que he sido bastante amable.

El tipo sostuvo el cigarrillo entre los labios. Sacó un sobre acolchado del bolsillo interior de la chupa y metió dentro el punzón y la fotografía.

—Toma —dijo entregándoselo—. Aquí tienes también un adelanto y el teléfono seguro a través del cual nos mantendremos en contacto. Con él me avisarás por SMS cuando la furgoneta se haya detenido en la gasolinera. Es el único número que está grabado.

—¡Pero no lo tengo claro! —protestó Lino—. Mi hermano y yo no nos hablamos. ¿Cómo voy a meterme en su furgoneta?

Chupa de Cuero entornó los ojos. Dio una calada al cigarro y sacó el humo por la nariz.

—Haz lo que creas necesario —dijo estampándole el sobre en el pecho.

Después se le acercó y le agarró con fuerza de la nuca.

—¿Qué haces? —gritó aterrorizado.

—Ahora ya no puedes decir que no.

Y le dio una colleja.

Lino sintió un escalofrío.

El tipo se dio la vuelta y se largó. Él se quedó allí plantado, cargado con mil dudas y con un sobre acolchado entre las manos.

—Pero no me has dicho ni cuándo…

—Lo sabrás —dijo Chupa de Cuero sin ni siquiera girarse.

42

Hace más de una hora que se han acostado. Para dormir, se entiende. Aunque él todavía no ha podido pegar ojo. ¿Cómo va a hacerlo teniendo a Nirvana en la habitación de al lado? Eso es imposible. Una quimera.

Se revuelve en la cama de un lado a otro. Tanto que incluso tiene calor. Suda. Siente las manos ardiendo. Si alguien le hubiese dicho hace un mes que iba a acabar allí no le hubiese creído.

Antes el Celta de Vigo ganando la Champions.

Pero ahí está. En la oscuridad de la habitación de invitados. Con los ojos abiertos como un lémur y fijos en la lámpara que cuelga.

Mira el móvil. La Peleona le ha enviado las instrucciones para la próxima cita. Esta vez son complicadas. Contraseñas, etc.

Vuelve a guardar el teléfono debajo del colchón. Tiene la paranoia de que, mientras duerme, Nirvana entra y lee los mensajes que le incriminan.

Eso es imposible, porque para eso tendría que averiguar su contraseña, pero aun así se siente más seguro metiéndolo bajo el colchón.

Afuera se escucha un ruido. Varios ruidos. Debe de ser normal. En casa ajena uno nunca conoce los sonidos endémicos del lugar. Unos

pasos. Será Nirvana, que va al baño. Seguro que lleva un camisón corto. Aunque es invierno.

¡Qué más da! Hace calor.

Solo de pensarlo… Sus piernas desnudas.

De pronto, otro ruido. Este, más fuerte y seco. Como un golpe.

Carallo.

¿Y si se ha caído? ¿Sale? No, eso sería indiscreto. Podría parecer desesperado.

Mejor se queda allí.

Pero ¿y si se ha hecho daño?

Se incorpora y se acerca a la puerta sin hacer ruido. Asoma la cabeza por el quicio.

Nada. Oscuridad y ni rastro de Nirvana.

Sale. Se acerca al baño. Está vacío.

¿Va a su dormitorio? Eso ya sería pisar terreno pantanoso. Pero ese golpe… podría estar herida en su habitación.

La puerta está entreabierta. Se dirige a ella. Mejor da unos golpecitos para asegurarse.

—¿Nirvana? —dice en voz queda.

El silencio a veces es ruidoso.

Retrocede unos pasos. Se aleja de la puerta como si quemase. Entrar ya sería demasiado. ¿Y si te la encuentras medio desnuda? Tumbada en la cama…

¿Qué harás? ¿Arroparla? ¿Pedirle perdón por la intromisión?

Vamos. Pero ¿y si está herida y te necesita?

Siente un calor raro en la parte baja de la barriga. Es posible que sean nervios, Lino. No pasa nada. Lo del colon ya lo descartaron. Estás bien.

Es posible que ese calor venga de más abajo, ¿no crees?

Sí. La tienes dura como una mazorca de maíz.

Se acabó. Regresa a la puerta del dormitorio de Nirvana. Toma aire y la empuja. Poco a poco.

Dentro todo está oscuro. Ve la silueta de Nirvana tumbada en la cama. Destapada. En camisón. Está en una posición extraña pero no parece que se haya caído.

Y entonces lo nota.

Demasiado tarde.

Un trapo húmedo le tapa la cara. Olor a químico. Alguien…

Fran acelera al volante de una furgoneta con los cristales tintados. Detrás, los dos paquetes duermen como niños.

43

Cuando al fin abre los ojos lo ve todo blanco y borroso. No lleva las gafas puestas. Otro golpe en la espalda le deja sin respiración.

—¡Despierta!

Una voz grave retumba en sus oídos mientras trata de entender lo que está pasando.

El joven de mirada carcelaria le da un puñetazo que le baja la cabeza. Las piernas se le empapan con la sangre que le resbala por la cara. Está desnudo y congelado.

—Para, por favor —suplica tiritando.

El chico de la bómber jadea expulsando el vaho de sus pulmones.

—Vaya, ya estás aquí —dice con una carcajada mocosa.

El zumbido de un compresor se le mete en la cabeza.

—¿Dónde estoy?

—En el cubito —dice una voz detrás del chico de la mirada carcelaria.

Ahora le ve.

Es el tipo de la gabardina, que les observa desde atrás, apoyado en la puerta de lo que parece una cámara frigorífica.

—¿Y ella? —pregunta Lino.

—Todavía está bien —responde el de la gabardina—. De momento te toca a ti.

Lino siente el sabor metálico de la sangre en la boca.

—¿Qué queréis? —pregunta esforzándose por no parecer débil.

La puerta de la cámara se abre y entra una mujer de unos sesenta años con el pelo blanco y un gran abrigo negro.

Su aparición cambia la actitud de los dos matones. La mujer no dice nada. Se queda detrás, expectante. El de la gabardina da un paso al frente y se sitúa junto al joven de la cabeza rapada.

—Me voy a ahorrar gilipolleces porque todos somos mayorcitos. ¿Dónde está la mercancía?

—¿Qué mercancía? —pregunta haciéndose el sorprendido.

El tipo de la gabardina le hace una señal al joven, que carga el puño y le golpea de nuevo en la cara.

Vuelve a verlo todo borroso. Por un momento lo único que oye es el zumbido del compresor.

Poco a poco recupera la visión y comienza a distinguir el rojo de la sangre sobre su cuerpo desnudo.

Vas a tener que arriesgarte, Lino.

—No sé de qué habláis —insiste.

El hombre de la gabardina aparta con un brazo al joven y se pone delante de él.

—La carga que llevaba tu hermano era nuestra y ha desaparecido.

—¿Y nosotros qué tenemos que ver?

El de la gabardina chasquea la lengua y niega con la cabeza. Como si le estuviesen obligando a hacer algo que no quiere.

—Cuando tuvo el accidente iba con alguien más. Con alguien en quien confiaba. Y solo podéis ser tú o ella —dice señalando hacia la puerta de salida—. De momento está bien pero va a ser la siguiente. Así que si sabes algo, mejor que lo digas ya.

La mujer de cabello blanco permanece inmóvil mirándole. Sus ojos, claros, le perturban.

—No sé, no sé… —balbucea Lino dudando sobre lo que responder.

El de la mirada carcelaria, sin necesidad de aprobación, vuelve a patearle la espalda y a dejarle sin respiración.

—¿Por qué nosotros? —dice jadeando.

—No tenía a nadie más.

Piensa rápido, Lino. Piensa rápido.

—No es verdad. Nico tenía muchos amigos y…

—Eso no es lo que nos ha dicho ella.

—Ella no sabe nada. No tiene ni idea de con quién se mueve Nico ni lo que planeaba hacer.

César y la mujer del cabello blanco se miran durante unos segundos. Después el hombre vuelve a dirigirse a él:

—¿Qué insinúas?

Atrévete, Lino. Juégatela o irán a por ella.

—No sé dónde está la mercancía pero puedo averiguarlo.

Por primera vez el de la gabardina le da un puñetazo en la cara.

Ya no le duele la cara. Pero los pies empiezan a congelársele.

—No estoy para tonterías —dice el tipo—. Responde a lo que te digo.

—¿Qué?

—Ya lo sabes. ¿Insinúas que tu hermano planeaba robar la mercancía?

Lino niega con la cabeza.

—No lo sé. Su mujer no sabe nada pero yo sé que tenía tratos con alguien. Una vez le oí hablar de que iba a recibir una buena tajada pronto y… bueno, no estoy seguro pero…

—Pero ¿qué? —pregunta el de la gabardina agarrándole del cuello —. ¿Qué?

—Si me dais una semana os juro que conseguiré encontrar la mercancía o devolveros el dinero —dice con la voz temblorosa—. Pero dejadla en paz. Ella no tiene ni idea.

El tipo de la gabardina se da la vuelta y mira a la mujer buscando algún tipo de señal. Ella ni se inmuta. Mira a sus dos matones pensativa.

—Salid —ordena.

—¿Cómo? —pregunta el de la gabardina.

—Que nos dejéis solos. Fuera.

Los dos tipos obedecen. Por primera vez ve el miedo en sus rostros.

Lino entiende que la peor amenaza que hay allí no es el frío. Siente el corazón bombear en la carótida hasta casi hacerle perder la consciencia.

Esa mujer… esa mujer vestida de negro es la Guadaña. La muerte en persona.

Y la muerte se le acerca.

—¿Vas a devolverme el dinero o la mercancía?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunta la mujer entornando los ojos—. ¿Lo tienes tú?

Lino traga sangre.

—No… —susurra—. Pero sé que mi hermano tramaba algo con alguien.

La mujer ladea la cabeza y le mira como un cuervo al acecho.

—¿Con quién?

—No lo sé. Pero le aseguro que Nico confiaba en alguien más aparte de en nosotros. Oí una conversación. Pero necesito tiempo.

—¿Para qué?

—Para descubrir con quién iba. Puedo introducirme en su entorno. Ella no sabe nada —repite con pánico—. Pero yo… yo puedo averiguarlo. Solo pido una semana.

La mujer se acerca todavía más y se inclina frente a él. Huele a romero seco.

O a flores muertas.

Le coge de la barbilla con una mano y le levanta la cara. Sus dedos están fríos.

—¿Y por qué quieres ayudarnos?

—Porque sé que si no lo recuperáis le haréis daño.

La mujer asiente mirándole sin parpadear.

—Y a ti también, Lino Domiño. No te engañes. A ti también.

Lino asiente.

—Lo sé.

La mujer le suelta la mandíbula y vuelve a incorporarse.

—Cinco días.

Lino asiente.

—Escúchame —dice ella alisándose el abrigo negro—. En cinco días irás a ver al tipo de la gabardina. A las tres de la tarde frente al monumento de la abuela roquera, en Vallecas. Si no te presentas os encontraremos a los dos. No importa dónde estéis.

—Sí, señora.

La mujer se da la vuelta y se dirige a la puerta.

Lino siente un hormigueo en los pies helados.

Ha sido una mala idea. Lo sabe al instante. No debería haberse inventado esa historia. No debería haber dicho que sabía algo más. Sus palabras le han condenado. Ahora no hay vuelta atrás. Él mismo se acaba de poner una fecha de caducidad de cinco días.

Todo por ayudarla. Todo por culpa de Nirvana.

No, Lino. Es culpa tuya.

Antes de abrir la puerta la mujer se gira hacia él.

—Por cierto. Si por lo que fuese crees que no puedes confiar en mis hombres, me encontrarás delante de la catedral de la Almudena. Desde las diez de la mañana hasta las ocho de la tarde.

La mujer abre la puerta de la cámara.

—Soltad a este y devolvedlos a su sitio.

El joven de la bómber le corta las bridas que le mantenían pegado a la silla, y le tira la ropa y las gafas como quien tira unas monedas a un mendigo.

Al salir se encuentra dentro de un almacén. Una furgoneta negra con los cristales tintados le espera con Nirvana sentada en su interior.

Lino respira aliviado al verla a salvo. Ella le mira con el rostro descompuesto. Como si le pidiese perdón.

No me pidas perdón. Fui yo.

—Ahora, a dormir los dos.

En Madrid llueve. La ciudad bosteza.

TERCERA PARTE

Neocórtex

Lo que la cabeza te dice.
Cálculo, manipulación, control.

44

Cinco días

El sol de la mañana atraviesa la ventana formando una nube de polvo en su camino hasta el sofá. Fuera, el bucólico paisaje de la sierra madrileña le deslumbra.

Mira a su derecha.

Nirvana todavía duerme. Están los dos tumbados sobre la alfombra del piso de abajo. Puede sentir el calor que desprende su cuerpo.

Ha sido todo un detalle por parte de sus secuestradores que les hayan devuelto a casa. Podrían haberlos dejado congelándose en cualquier descampado.

No. Eso no les interesa. Te necesitan, ¿recuerdas?

Lino empieza a recuperar una memoria borrosa y difusa.

Sí. Se ha comprometido a ayudarles. Les ha asegurado que recuperará lo que quieren. Eres un auténtico idiota, Lino. ¿Por qué carallo lo has hecho? Podrías… no sé… haberte estado callado.

Pero ¿y ella?

La hubieses ayudado a conseguir el dinero para pagarles. Y ya está.

Pero hubiese sospechado, Lino. Ella lo sabría. No es tonta. ¿De dónde vas a sacar tanta pasta de golpe? ¿De tus clases? ¿Del taxi?

Por eso lo has hecho, ¿no? De eso se trata.

Nirvana ronca fuerte a su lado. Como si tratase de conseguir todo el oxígeno que le ha faltado. Sus párpados se estremecen como si estuviesen a punto de abrirse. Si por él fuese, se quedaría horas allí tumbado. Mirándola. Puede que días. O semanas también.

Nunca pensó que acabaría así. Tumbado junto a ella. Y por razones tan equivocadas.

Nirvana se humedece los labios. Parece que ya despierta. Lino cierra los ojos. Se hace el dormido. ¿Por qué te comportas así?

—¿Lino?

No. No quiero despertar. Quiero que sigamos aquí. Durmiendo.

—¿Lino? Despierta —susurra ella.

Siente cómo su mano le acaricia la suya y entonces se rinde. Y abre los ojos.

—No me acordaba del frío que hace aquí abajo por las mañanas —dice ella.

Él no responde. Nirvana se apoya sobre el codo y se inclina hacia él.

—Tienes la cara ensangrentada, Lino. Lo siento mucho, de verdad. Nunca debí meterte en esto. Perdóname, por…

—Shhh —dice él sin apenas moverse—. No me metiste tú. Es Nico quien nos metió a los dos, ¿recuerdas?

Nirvana parpadea pensativa y, finalmente, asiente.

—Sí.

Él se incorpora sobre su antebrazo y ella se pone de pie. Está descalza y lleva puesto el mismo camisón que le vio anoche. Se ha

debido de congelar en aquella nave.

Hijos de puta.

—Ve a lavarte y te curo las heridas, ¿vale?

Lino asiente y la sigue con la mirada mientras ella desaparece en la cocina. Escucha el sonido del grifo, los golpes en la cazoleta del café… Entonces se levanta.

Al subir las escaleras siente cómo cada articulación protesta. Seguramente sea por lo que les han inyectado. Pero lo de la espalda no. Eso es por las patadas y golpes que le ha dado el de la mirada carcelaria.

Recupera su teléfono móvil de debajo del colchón y da gracias a Dios (aunque no es creyente) por haberlo dejado allí.

De no hacerlo ahora mismo estaría muerto. No se había preocupado de borrar los mensajes. Eres un amateur, Lino. Nota mental: bórralos.

Al ver su reflejo en el espejo del baño siente vértigo. Como si se asomase a un precipicio. Como si calibrase lo dura que va a ser la caída.

Como si todas aquellas heridas, cortes y hematomas simbolizasen algo más que un cambio estético.

Quizá aquel es el rostro de Keynes y no el suyo. Quizá no sea él quien ha estado sangrando en aquella nevera.

No puede evitar sentirse orgulloso de aquella expresión dura y deformada que ve reflejada. Las gafas han pasado a un segundo plano. Sonríe por estar vivo.

Le da pena, pero se lava la cara. La sangre desaparece por el desagüe. El labio partido, los cortes y los golpes permanecen.

¿Qué vas a hacer ahora, Keynes?

Cinco días. Ni uno más.

No te engañes. Siempre has tenido claro lo que hacer si esto pasaba.

Sí. Siempre.

Quien debe cargar con todo esto es Nico. Ni él ni Nirvana. Su hermano será quien habló con Chupa de Cuero. Da igual quién fuese con él en aquella furgoneta. Ellos serán quienes organizaron un robo que salió mal.

Muy mal.

Hay que cargarlo todo sobre los hombros de las dos personas que no pueden defenderse.

A Nico no le importaría. Lo entendería. Le gustaría que él y Nirvana se salvasen, ¿no? Son su hermano y su esposa. ¿A quién iba a querer más en este mundo?

Por supuesto que lo entendería. Al fin y al cabo él ya está en coma. No tiene nada que perder.

Ya no hay elección. Hay que devolver a la Guadaña todo lo que es suyo. Todo lo que esconde en el trastero. El dinero, la coca… Todo.

El juego ha terminado.

Lo que ya ha sacado se lo queda, eso sí. Después de todo… ¡no va a abandonar el juego con las manos vacías! Pero…

Adiós a sus sueños. Adiós a lo que pudo ser. *Adeus*.

Ya nunca podrá…

¡Mierda! Lo había olvidado. Debe hacer una última entrega a la Peleona.

—¿Cómo estás? —pregunta Nirvana cuando sale del baño.

Lino coge la taza de café que le ofrece.

—He estado mejor.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? Estoy asustada.

Lino bebe. Piensa. Y tarda unos segundos en responder:

—Nada. No va a pasar nada. Parece que lo han arreglado.

Nirvana frunce el ceño.

—¿Quién lo ha arreglado?

—No lo sé. Supongo que no éramos tan importantes.

Ella le atraviesa con la mirada. No parpadea.

—¿Qué les dijiste, Lino?

—¿Yo? —pregunta señalándose con el dedo—. Nada. ¿Qué les voy a decir?

—¿Entonces?

Lino se encoge de hombros.

—Ni idea. Entró esa mujer mayor, hablaron todos, los matones esos salieron y ella me dijo que ya estaba. Que creían haberlo resuelto. No me dijeron nada más. Simplemente nos soltaron.

—Es muy raro.

Lino da un sorbo largo a su café.

—Mucho.

—¿Seguro que no les dijiste nada?

Lino aletea un brazo enérgicamente.

—¿Qué les voy a decir? Si no tengo ni idea de nada.

—Ya —responde ella—. Y eso es lo más raro. Que te preguntasen a ti y no a mí.

—Bueno. A ti ya te habían interrogado antes.

—Si… pero no tan persuasivamente —dice Nirvana señalando las heridas de su cara.

—Yo qué sé. Bastante contento estoy de seguir vivo como para pensar en eso… —dice forzando una sonrisa—. Recibirían alguna

noticia de fuera… ¿Tú entendías a Nico?

Ella niega con la cabeza.

—Pues imagínate… No intentes entender a esos…

Nirvana se tumba en el sofá y se tapa las piernas con una manta.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nada —zanja—. Pero creo que estarás mejor conmigo en Barcelona. Tengo sitio.

Ella asiente.

Así de fácil. Sin oposición. Sin excusas.

—Ven, que te curo.

César y su hijo desayunan churros con leche.
Toca esperar. No se fían del payaso pero la vieja
sí.

45

Sarabia irrumpe en la oficina con un portazo y su expresión habitual de perro gruñón. Pega un sonoro bufido y lanza sobre la mesa un montón de papeles grapados.

—¿Los has mirado ya? —pregunta ella retrepándose en la silla.

—Por encima —responde—. Al muy mamón le acaba de tocar la lotería.

Lidia se ríe exageradamente y palmea la mesa.

—¡Qué casualidad!

—Sí —responde Juanjo—. Bueno, al menos era poco dinero.

Lidia chequea la cantidad informada por la brigada de delitos económicos del banco.

—¿Poco? —pregunta sorprendida—. A mí no me parece tan poco. Debes de ir muy sobrado, viejo.

—Me refiero a poco si es lo que pensamos…

—Vamos, Juanjo, no jodas. Ya sabes que tienen que ser discretos. Es de primero de blanqueo. No le van a tocar millones de euros de golpe —dice dándose golpecitos con el dedo en la cabeza—. Delincuentes pero no tontos.

—¡Que ya lo sé! —protesta Sarabia—. Pero quiero decir que… —Duda un poco—. Que podría ser también casualidad.

Lidia hojea el montón de papeles.

—Muchas casualidades más hechos probados, igual a indicios claros.

Su compañero no responde.

Empieza a pasar hojas. Odia esa parte de su trabajo. Tan tedioso como un verano en el pueblo sin ver el *Grand Prix*, pero, por su experiencia, es uno de los esfuerzos más provechosos de su curro. Los movimientos bancarios revelan mucho de nosotros. Y, afortunadamente, los de Lino no son demasiados.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Sarabia pone los ojos en blanco. Justo se está colocando bien la chaqueta mientras sostiene un cigarrillo entre los labios.

—¿Qué pasa ahora?

—Mira —dice Lidia señalando una de las líneas del extracto bancario—. Parece que nuestro amigo ha empezado a pagar un Trastify hace poco.

Juanjo entrecierra los ojos y revisa el documento.

—¿Un trastero?

—Sí. ¿Qué querrá guardar allí?

Sarabia se quita el cigarro de la boca y le da unos golpecitos contra la mesa.

—A ver, ha dicho que está de mudanza. —Hace una pausa—. Que yo estoy contigo, jefa. Que aquí pasa algo pero, la verdad… a mí ese tío…

Lidia se gira hacia él.

—¿Ese tío qué?

—Pues que a mí me parece un pardillo. Un pan sin sal, ¿sabes? No le veo yo como traficante de drogas o de armas.

Otra cosa no, pero Juanjo suele tener instinto callejero.

—No tiene pinta. no… pero, tío, mira lo que tenemos. Su ADN en la furgoneta, llamadas poco antes de… Y encima nos reconoce que estuvo allí el mismo día y averiguamos que, poco después, le toca la lotería y empieza a pagar un trastero. Es que, Juanjo, no me jodas, venga…

Sarabia asiente con la cabeza. Parece pensativo. Se vuelve a quitar la chaqueta. Desiste de la idea de salir a echar un pitillo y se sienta en una silla frente a ella.

—Jefa —dice—, ahora voy a decirte lo que pensaría el juez. El ADN y las llamadas entre hermanos son normales y…

Lidia levanta el dedo.

—Un inciso.

—¿Qué?

—Que son normales si los hermanos se llevan bien, pero él dijo que estaban cabreados.

—Pero no sabemos desde cuándo, Lidia. Que hayan tenido un pique no impide que hubiese ido con su hermano en la furgoneta antes de enfadarse o que se llamasen por teléfono.

Ella asiente.

—Juanjo.

—¿Qué? —dice elevando el tono.

—Que no había ni una puta llamada antes de esos días. Ni una.

Sarabia se rasca la coronilla.

—Eso es raro, sí.

—Muy raro —matiza.

—Podría tener otro número antes… podemos investigarlo. Pero lo de la lotería es un hecho aislado y fortuito, y lo del trastero…

—Del trastero quiero una orden de registro —interrumpe ella—. Y punto.

Su compañero la mira forzando un ceño fruncido.

—No nos la van a dar. Lo sabes.

—¿Por qué? —protesta ella.

—Pues porque no tenemos nada sólido contra ese panoli y además…

El cabo Solé, del grupo de delitos informáticos, llama a la puerta y entra sin esperar respuesta.

Lidia le hace una señal con la mano para que espere y se vuelve a dirigir a su compañero.

—¿Además, qué?

Sarabia se levanta de la silla.

—Que en cuanto el juez se entere de que justo el tío está de mudanza va a denegar esa orden.

Cierto. Esa mudanza jode un poco. Bastante.

—¿Todavía no tenemos las imágenes de la estación de autobuses? —pregunta ella.

—No.

—Bueno. Me arriesgaré de todas formas.

Su compañero se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras.

Ella mira al cabo Solé y le hace una señal con la barbilla para que hable.

—Ya tenemos los datos del GPS —dice el informático—. ¿Os pasáis vosotros u os dejo el informe?

Lidia salta de la silla.

—Vamos, vamos.

El cabo vuelve a desaparecer por el pasillo. Sarabia le mira y sonríe.

—¿Todos los catalanes tienen que llevar gafas de pasta?

—Bueno… —responde ella en voz baja—, este tiene excusa. Es informático.

Los dos salen de la oficina y siguen al compañero.

—Pero Buenafuente, Berto… hasta el Eugenio ese llevaba…

—Pero son humoristas, no jodas.

Bajan al sótano, donde se encuentran los compañeros del departamento contra el cibercrimen.

—Da igual. Yo sé lo que me digo. Los catalanes son unos gafapastas —sentencia.

—¡Venga! Ya llevabas días sin soltar alguna de esas.

De pronto el cabo Solé se gira hacia ellos.

—Perdonad el desorden pero estamos metidos en una operación importante y… bueno, estamos todos aquí metidos. No tengo mucho tiempo pero… —El informático les invita a entrar con la mano—. Pasad.

El interior de la sala está lleno de técnicos embobados mirando sus pantallas. Es como un festival de gamers pero con chalecos de la UCO. El olor es el mismo: pizza, empanada y sobaco.

El cabo Solé se gira hacia ella e insiste:

—Quizá la calefacción está un poco alta y aquí abajo no hay mucha ventilación —se disculpa.

—Sí que está frecuentado esto, sí.

—Ya os digo. Una trama de pornografía infantil.

Ella asiente.

—Venga. Vamos al tajo entonces.

El cabo Solé se sienta frente a una pantalla con un mapa.

—Está todo en el informe que os hemos preparado, pero he pensado que quizá queríais hacer consultas concretas. En resumen —dice poniendo el dedo sobre la pantalla—: la señal GPS empieza aquí, en Galicia. Cerca de un pueblo llamado Bóveda, entre Monforte de Lemos y Sarria. A partir de ahí la señal va siempre por… —Hace una pausa para mirarles—. Básicamente, por caminos de cabras. Carreteras terciarias. Tardan la vida en llegar a León y, una vez allí, no sé por qué, atraviesan la ciudad y cogen la nacional.

—Porque en León tenían la tapadera. Si les paraban podían decir que salían de allí —informa ella tratando de recordar—. De Comercial Santa Rita.

—Habrá que ver lo que hay en ese pueblo donde empieza la señal —dice Juanjo mirándola a ella.

El cabo Solé se quita las gafas y las limpia con su sudadera.

—Yo de vosotros no perdería el tiempo con eso. La ruta no empezó allí. No os lo pondrían tan fácil. Quien haya detrás de esto es un profesional de verdad.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunta Lidia.

—Porque quien controlase esta cuenta usaba un terminal con SIM extranjera. Sabía lo que hacía.

Sarabia y ella se miran sin entender de lo que habla ese *techie*.

—Explícate, cabo —ordena Lidia—. Sabemos lo que significa eso, pero ¿qué tiene que ver con el GPS?

El informático se vuelve a poner las gafas.

—Sí, a ver. Lo que nos ha entregado la compañía es el acceso a la cuenta de seguimiento del GPS. Por eso hemos podido entrar en la ruta que os he enseñado —dice señalando la pantalla—. Pero

también solicitamos el informe de las IP desde las que se consultaba esa cuenta. Para poder localizar así a quién había tras ella.

—Ajá —dice ella—. Muy bien hecho. Te sigo.

—Solo había una —prosigue el cabo Solé—. Y gracias a esa IP teníamos el número asociado. Así que solamente había que solicitar a la compañía telefónica el nombre de la persona que lo tenía registrado.

—¿Había? —pregunta Sarabia.

—Sí —responde el informático—. Porque, como os decía, esas conexiones se hicieron desde una tarjeta SIM de prepago y extranjera. Totalmente anónima.

—¡Joder! —exclama Juanjo—. Siempre igual.

El cabo Solé asiente.

—Sí. Por eso os digo que detrás de esa cuenta hay profesionales de verdad. La ruta empezaría antes de que se activase el GPS. No vale la pena perder el tiempo visitando el punto de inicio. Quedaos con que estaría en la costa gallega.

Lidia asiente.

—Tiene sentido —dice ella señalando la pantalla del informático—. Entonces ¿no podemos conseguir nada más de ese número?

El cabo Solé sonríe.

—Sí. Hemos solicitado algo un poco complejo, pero que quizá os sirva.

—¿El qué? —pregunta Lidia impaciente.

—Está redactado en el informe pero os lo resumo. Hemos conseguido una orden judicial para que la compañía telefónica nos indique los repetidores a los que se ha enganchado esa SIM durante el último mes.

Está anocheciendo y el tren en el que viaja Lino está llegando a Barcelona. Con Nirvana el trayecto dura menos.

46

Cuatro días

A las cinco de la madrugada le despierta una pesadilla con aspecto de revelación.

En ella, Nico y él aparecen postrados en sendas camas de hospital conectados a goteros llenos de un líquido negruzco parecido a la cola. Su madre y su padre les miran desde el otro lado de un cristal.

Lo más curioso y perturbador es que las dos camas están instaladas en el interior del hórreo que hay en el pazo familiar: el pazo Domiño.

Desde que su hermano le habló de él el día del accidente hasta ahora, no había vuelto a pensar en ello.

Se incorpora en la cama. Todavía no se ha acostumbrado a las sombras de su nuevo hogar. Ni tampoco a los ruidos. Todo le parece raro. Y Nirvana duerme en la habitación contigua. Eso es lo más extraño.

Tu subconsciente te ha dado la solución, Lino. Nico desvió la mercancía antes del accidente. Se adelantó. Por eso la furgoneta estaba vacía. Por eso nadie ha encontrado nada.

Nico la guardó en el hórreo familiar. Solamente tienes que ir y dejarla allí dentro. Él mismo te dio una llave.

Ya, pero no podrás devolverlo todo. Has vendido una parte. La Guadaña espera mucho más de lo que conservas. ¿Cómo puede ser? ¿Qué piensas hacer?

Muy fácil. Dejarás también el dinero que tengas en efectivo. No todo, por supuesto. El cabrón de Nico vendió una parte antes de seguir con su camino. Eso explica que haya billetes.

También les has dicho que había hablado con alguien más. Que tramaba algo. Eso lo saben. No pudo hacerlo él solo. Ellos ya sospechaban de otras personas.

Sí. El de la chupa de cuero. Él fue. El muerto que no puede hablar. Lo planearon juntos. Tú no lo sabes todo, claro. Es imposible. Pero fueron ellos.

Tranquilo. Cuando recuperen casi todo les dará igual quién hubiese detrás. No preguntarán más. Bastante habrás hecho por ellos. Agradecidos tendrían que estarte.

Sí, tienes razón. Gracias, Keynes.

Lino vuelve a quedarse dormido. Esta vez barruntando lo que le explicará al tipo siniestro de la gabardina. Mejor dicho, lo que le contará. Los cuentos se cuentan, no se explican. Eso decía la abuela.

Repite mentalmente una y otra vez lo que le dirá y las hipotéticas preguntas que responderá.

Sobre las ocho de la mañana le vuelve a despertar una llamada del nuevo número de Faisal.

—¿Te ha gustado cómo ha quedado el piso, amigo?

—Mucho. Todo muy bien.

Faisal ríe orgulloso.

—Te llamo porque… ¿no teníamos que ir a aquello? —le pregunta su antiguo compañero de piso.

—Sí —responde él—. Pero, Faisal, te aviso de que esto será lo último que hagamos. Han surgido algunos problemas y voy a tener que dejarlo.

Al otro lado de la línea su socio permanece en silencio algunos segundos.

—Pero ¿y el taxi?

—Por eso no te preocupes. Haremos que funcione legalmente.

Discuten.

A Faisal no le ha gustado eso de «legalizarse». Lo ha aceptado, pero no le ha hecho nada de gracia la idea. Su amigo ha sido legal mucho tiempo y sabe que eso no da dinero. Y si hay algo que lo da, es porque no es tan legal. ¿Verdad, Lino?

¿Verdad que tú también lo piensas?

Sobre las nueve su futuro exsocio le pasa a recoger por delante de su nuevo piso con la furgoneta alquilada. La misma que la última vez.

Antes de bajar le ha dejado una nota a Nirvana, que debe de estar durmiendo el estrés de los últimos días. Pobre. Le ha escrito que regresaría por la tarde. Que tenía que hacer unas gestiones en la oficina del padrón municipal.

Mentir es un estilo de vida. Su nuevo estilo de vida.

Se acomoda en el asiento del acompañante y revisa las instrucciones que le ha mandado la Peleona. Son extrañas. Se ha vuelto exigente y cuidadosa. Quizá desconfiada.

Se dirigen a unos cincuenta kilómetros al norte de Barcelona. A un municipio costero del Maresme llamado Sant Roc de Mar.

Al llegar se encuentran con un montón de callejuelas vacías atravesadas por las vías del tren.

No queda nada del turismo que cinco décadas atrás hizo rebosar la ciudad de holandeses y alemanes. Ni rastro de los bañistas que le dan vida en verano. Nada. Un municipio costero más. De esos que en invierno se toman un somnífero y se tumban a la orilla del mar a esperar a que llegue el verano para enchufarle el desfibrilador.

—Aquí —dice Lino cuando llegan a la estación de tren—. Tenemos que esperar en el aparcamiento con las ventanillas bajadas.

Al cabo de pocos minutos aparece entre los vehículos la figura de un hombre oculto bajo un plumón negro y una braga que solo deja entrever sus ojos.

Seguro que es uno de los tipos del tiroteo en el delta. Al recordarlo siente un escalofrío en la nuca.

El hombre se acerca a su ventanilla y se inclina hacia él.

—¿Tienes cambio para un billete de dos millones? —susurra.

Faisal le mira raro.

Él se limita a responder lo que le han indicado.

—Solo en monedas de un gramo.

El tipo del plumón negro se da la vuelta y se aleja hasta meterse en un todoterreno azul.

Ahora solo tienen que seguirle para hacer el intercambio.

—Arranca —ordena.

Faisal obedece. Se alejan de la costa. La carretera zigzagueante trepa por una montaña y, poco a poco, empiezan a adentrarse en un bosque. Los árboles ensombrecen el camino y la humedad empaña los cristales. Delante el todoterreno continúa su camino hasta desviarse a la izquierda por un camino de arena. Su corazón se acelera. Nunca se acostumbrará a esas situaciones en las que su vida queda a merced de otros.

Bueno, en realidad, eso pasa cada vez que coges un avión, Lino. Y un autobús, y un taxi, y también cada vez que cruzas por un paso de peatones y cuando vas al médico a que revise tus tumores…

Sabes que no me refiero a eso.

En mitad del bosque se abre un pequeño claro, igualmente oculto entre la densa arboleda. Frente a ellos se alza un muro circular cubierto por enredaderas y un arco por el cual atraviesa el todoterreno.

—¿Qué es esto? —pregunta Faisal.

Lino observa las arcadas y el muro circular que parece penetrar entre la maleza.

—Parece una plaza de…

La furgoneta cruza el arco detrás del todoterreno. Después de un segundo de oscuridad el sol del mediodía ilumina una plaza circular, cubierta de malas hierbas y rodeada por gradas medio derruidas.

—Una plaza de toros abandonada —dice Lino.

Y ellos se han metido en el ruedo.

El juez rechaza la orden de registro del trastero de Lino. Vuelvan ustedes cuando tengan algo más.

47

El todoterreno avanza por encima de la maleza hasta el extremo opuesto de la plaza. La irregularidad del terreno lo balancea de un lado al otro. A su alrededor, las zarzas trepan por las gradas y por un edificio anexo, también en ruinas. Todo parece sacado de una postal apocalíptica.

Faisal ya está tenso. Tiene una mirada impotente fija en el vehículo que se aleja. La furgoneta no puede seguir por allí. Su compañero frena y le mira.

—¿Qué hacemos?

—Espera. No bajes.

Lino mira por la ventanilla. A lo lejos, el tipo del plumón negro desciende del todoterreno y desaparece tras la barrera, que todavía conserva un poco del rojo de antaño, ahora desconchado.

—¿Amigo? —insiste Faisal.

Fuera no se ve a nadie más, pero salir en mitad del ruedo parece una mala idea. No puede más que pensar en gladiadores y en fieras. En sangre derramada, mutilación, sufrimiento. En orejas y rabos amputados y en espadas atravesando corazones.

—Me han dicho que sigamos a ese —dice señalando al coche azul —. Nada más. Tendría que venir alguien pero esto…

—¿Y por qué no sales a ver?

—Baja tú, carallo —responde mientras continúa observando por la ventanilla—. Esperemos a ver si viene alguien.

—¿Doy marcha atrás?

—No, no. No te muevas.

Alguien les observa. No los han dejado allí en medio por casualidad. Lo han hecho para que se sientan acechados, amenazados.

A su lado, Faisal resopla y enciende la radio.

—¿Qué haces?

—No sé. Estoy nervioso.

De los altavoces empieza a sonar una frenética canción cantada en un extrañísimo idioma.

—Ya está bien.

Lino abre la puerta dispuesto a ir a buscar a la Peleona, pero un golpe sordo le detiene.

—¿Qué carallo…?

Dos detonaciones más retumban en el ruedo. Su pulso se acelera. Los estallidos se multiplican y un golpe seco que impacta contra el suelo hace saltar ramas y hojas secas.

—¡Nos están disparando! —grita Faisal.

De pronto las detonaciones se repiten en ráfagas y Lino salta de nuevo al interior de la furgoneta.

—¡No jodas!

Faisal arranca pero otra ráfaga revienta el parabrisas y los cristales caen sobre ellos. Los dos gritan. Lino se cubre la cabeza. Otra descarga impacta en el lateral del conductor. Como si granizasen proyectiles.

—¡Acelera! —grita Lino—. ¡Sal de aquí!

Su compañero baja la cabeza contra el volante y oprime los pedales sin ningún sentido. A su alrededor las detonaciones se multiplican. Lino levanta la cabeza y logra distinguir tres siluetas negras repartidas por la grada disparando sus fusiles.

La furgoneta desbocada golpea contra la barrera y la cabeza de Faisal contra el claxon. El pitido se une a la canción, que no ha dejado de sonar en ningún momento. Su compañero queda aturdido. La nariz le empieza a sangrar.

—¡Vamos! —le grita al tiempo que desabrocha su cinturón—. Salgamos de aquí.

Faisal abre los ojos desorientado.

—¿Qué pasa?

—¡Dentro, vamos dentro!

Lino empuja la puerta.

Se prepara para el impacto. Pero no llega. Solo el eco, que todavía resuena.

Asoma la cabeza. Nadie está disparando.

—Vamos, vamos.

Baja de la furgoneta.

Faisal le imita por el otro lado. Lino mira hacia atrás. Una silueta negra surge de entre el polvo y la maleza de la plaza.

—Allí —dice señalando el burladero.

Ambos se cuelan tras la barrera como si escapasen de las cornadas de tres toros de lidia. Corren a lo largo del callejón hasta alcanzar las ruinas del edificio contiguo.

—Por aquí.

Faisal le sigue.

—¿Por qué nos quieren matar?

—No lo sé.

Avanzan por un distribuidor presidido por un mostrador. El suelo está lleno de botellas de cristal rotas. El techo derrumbado cruje bajo sus pies. Huele a moho.

Siente la respiración entrecortada. Le falta el aliento pero continúa avanzando por un pasillo por donde todavía penetra algo de luz.

Al pie de una escalinata se encuentran con un montón de folletos que anuncian espectáculos de flamenco y toros.

—¿Subimos? —pregunta su compañero.

—Preferiría salir de aquí.

Pasan a otra estancia anexa. Se topan con lo que parece ser una cocina tomada por el óxido y la mugre. Con congeladores industriales volcados en el suelo y estanterías metálicas vacías. Su pie golpea contra algo duro. Abajo se insinúa la silueta de un viejo microondas. La oscuridad les impide ver el suelo por donde pisan.

—Allí hay luz —dice Faisal señalando los restos de una puerta hinchada por la humedad.

Lino enciende la linterna del móvil y la dirige hacia los escombros del suelo. Avanzan lentamente tratando de hacer el menor ruido posible.

Al llegar a la puerta asoma la cabeza. Ve una extensa sala con mesas y sillas rotas repartidas por toda la superficie. Los restos de lo que debió de ser el comedor del restaurante. Entran. Al fondo se alza un pequeño escenario y, en el extremo opuesto, una inexistente puerta de cristal que da al bosque.

Su escapatoria.

Lino se detiene.

—¿Por qué te paras? —pregunta Faisal.

Él duda. Titubea.

Huye de la muerte pero lo que deja en el ruedo también le condena.

—Ya no. No podemos hacer nada —dice su compañero.

Estás jodido, Lino.

Ya casi alcanzan la salida cuando una sombra cada vez más grande se recorta frente a ella.

—Mierda —dice Faisal escondiéndose detrás de una mesa.

Él se rinde. Ha llegado su turno.

Una figura corpulenta aparece al otro lado de la puerta. A su espalda el sol ensombrece su rostro pero él la reconoce. Deportivas blancas, chándal azul marino, mochila negra y botella de agua en la mano. Camina despacio. Como si no pasase nada.

Tras ella aparecen tres tipos armados con fusiles. Todos con plumón negro y braga cubriéndoles los rostros.

—No nos matéis —suplica.

—Si quisiera ya estaríais ventilados —dice la Peleona deteniéndose frente a él—. ¿Te crees muy listo, verdad?

Sus piernas empiezan a flaquear.

—¿Qué-qué he hecho?

Los tres tipos entran en lo que queda del restaurante.

—Más bien, qué no has hecho, Keynes. No has cumplido.

La mujer se acerca y sin que tenga tiempo para reaccionar le pone la mano en la cara y le empuja con fuerza hacia atrás.

Lino tropieza con una silla y cae de espaldas al suelo.

—Quiero los putos doce kilos que faltan.

Los tipos del plumón agarran a Faisal, que lloriquea y protesta.

—¿Doce kilos? —pregunta mientras trata de incorporarse.

La Peleona se le acerca, le agarra la cabeza y se la aplasta contra el suelo.

—Mis putos doce kilos —repite—. Lo digo solo una vez. ¿Me entiendes?

—No puede ser —dice él cangrejeando hacia atrás—. Entregué veinte paquetes, como me dijiste. En cada uno hay una botella de un kilo y medio. Los treinta kilos que querías.

La Peleona chasquea la lengua para negarlo.

—Había ocho sin ninguna botella cargada.

—No puede…

—No he venido a escucharte —interrumpe ella dando un trago a la botella de agua—. Yo me quedo con la furgoneta y todo lo que lleva dentro. Tú me traes ocho botellitas de la risa. Todas bien llenas de polvitos mágicos. Y yo te la devuelvo. Es una fianza. ¿Me entiendes?

—Pero la necesito para…

—Te he dicho que cierres la boca. ¿Me entiendes? Estoy siendo muy buena porque sé que eres un puto lerdo y que la has cagado —dice reflexiva—. Pero esa mierda que tienes es buena. Así que si no me traes lo que me debes en cuarenta y ocho horas pasarán dos cosas. Una: me voy a quedar todo lo que está en esa furgoneta. Y dos: te voy a dar pasaporte a ti y a tu amiguito moreno. Lo digo solo una vez.

Lino quiere explicarse. Quiere protestar. No puede ser. Esa mujer le está engañando. Siente rabia. Impotencia. Pero la Peleona ya le da la espalda.

—Escríbeme cuando vayas a venir —dice.

Y hace un sonido con la lengua como si llamase a un perro o a varios. Y los tres hombres de negro los encañonan. Y los acompañan

de vuelta al camino de tierra.

En el ruedo el viento agita las zarzas y rompe el silencio de las gradas.

48

—Hay que conseguir que el juez nos conceda la orden de registro para el trastero de Domiño.

—Estás un poco obsesionada con ese pardillo.

—No me huele bien, Juanjo.

—Pero teniendo todo lo del GPS… —dice blandiendo los documentos que les acaba de entregar el cabo Solé—. El nexo con el accidente es mucho más sólido que lo del hermano —insiste Sarabia.

—Lo sé. Pero hay que confirmar lo que dice. Si encontramos su cara en la estación, el juez nos dará la orden.

—Seguramente —responde su compañero—. Pero ahora tenemos curro con esto.

Lidia coge los papeles y reniega un poco. Básicamente, se trata de un listado de códigos de repetidores y una hora.

Va al grano. Recorre con el dedo índice toda la columna hasta llegar al último número.

—Bueno. Desde luego, fácil no nos lo van a poner —dice.

—¿Por qué? —pregunta Juanjo dando un mordisco a su bocadillo de chorizo.

—Porque hay muy pocas conexiones. Encendía y apagaba esta SIM cada vez que la usaba. Ahora hace semanas que ni da señal.

Su compañero se sacude las migas de pan del chaleco.

—Pero para consultar las rutas sí que debía encenderlo, ¿no?

Lidia asiente al tiempo que saca su teléfono.

—¿Qué haces? —pregunta Juanjo.

—Llamar a los de informática.

Sarabia da un nuevo mordisco a su desayuno.

—Soy la sargento Martínez. ¿Podrías pasarte por aquí un momento? —pregunta Lidia.

Al cabo de unos minutos entra por la puerta el cabo Solé.

—¿Compañeros?

—Escuchadme los dos —dice ella—. Vamos a hacer una cosa. Tenemos una conexión la misma madrugada del accidente a una antena ubicada cerca del Palacio de Congresos. Enfrente del Santiago Bernabéu.

Sarabia y el cabo Solé asienten sin decir nada. Su compañero sigue masticando ruidosamente.

—Vamos a buscar cámaras por allí. La zona es muy pequeña.

—Pero, jefa, ¿qué quieres encontrar? —pregunta su compañero arrugando la frente.

Lidia da unos golpecitos con el dedo sobre el listado.

—La persona que seguía la ruta de esa furgoneta es quien lo sabe todo. Quiero encontrarla. Quiero pillarla con las manos en el móvil.

—Sargento —interrumpe el cabo Solé—, eso es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Y no nos pagan para eso?

—Pero primero haría falta que se conservasen las grabaciones y después… —dice el informático resoplando—. ¿A quién buscamos? ¿A cualquiera que pase por allí? Pueden ser miles de personas.

Lidia niega con la cabeza.

—No te preocupes, no ha pasado ni un mes. Todos los comercios tendrán las grabaciones. Y, además, ¿por qué creéis que os he dicho ese lugar y esa hora concreta? Es a las seis de la madrugada. Casi no habrá gente por la calle. Y menos en fin de semana. Si le pillamos con el móvil en la mano, será perfecto.

—¿Y si no? ¿Y si está en algún piso?

—Revisaremos también las imágenes de las fincas que tengan videovigilancia —dice atusándose el cabello—. ¡Ah! Y buscaremos movimientos sospechosos por esa zona horas antes y después. Pongamos de las dos a las siete de la mañana. Son cinco horas en las que no habrá demasiado movimiento. Quiero que hagáis capturas de todos los rostros que veáis. Quiero una colección con todas las jetas que se paseasen por la zona de ese repetidor. ¿Entendido?

—Te has puesto dura —dice Juanjo envolviendo lo que queda del bocadillo en un pedazo de papel de aluminio.

—Soy dura, amigo. Muy dura.

Su compañero y el cabo Solé bajan a la sala de delitos informáticos.

Si, como dice el hermano, aparece en las cámaras de la estación de León no podrá ser él quien consultaba la ruta desde ese repetidor en Madrid. Eso no exculparía a nadie. Simplemente repartiría los roles.

Justo en ese instante entra por la puerta el agente Zubizarreta.

—¿Ya están? —pregunta impaciente Lidia.

—Sí. ¿Te pasas luego por la sala de visionado?

Ella se levanta.

—¿Cómo qué luego? Vamos ahora mismo.

Otra vez se encuentra en aquel agujero oscuro y lleno de pantallas.

—¿Qué tienes? —pregunta.

El agente Zubizarreta se sienta.

—Desde la estación de autobuses nos han facilitado las grabaciones de las tres cámaras que tienen. Una en la entrada, otra en las dársenas y una tercera en la parte trasera.

—Muy bien. Dale entonces.

—Pero ¿por cuál empezamos, sargento?

Siempre por el final, piensa.

—Por la de las dársenas. Vamos a verle subir. Según la información que tengo de ese día, el primer autocar a Barcelona salía de la número tres a las nueve de la mañana.

Zubizarreta asiente y empieza a controlar los mandos. Dispone de una ruedecita para hacer avanzar y retroceder la imagen más deprisa. No tarda demasiado en ubicarse en el lugar y la hora indicados.

Afortunadamente, la dársena número tres queda cerca de la cámara y en un ángulo muy limpio para poder identificar a los pasajeros. La suerte no siempre sonríe. Pero a veces sí.

Cuando pasan tres minutos de la supuesta hora de partida del autocar se ve con claridad al señor Lino Domiño subir al vehículo. Dos minutos más tarde este desaparece de la pantalla con él dentro.

—Está bien —dice ella—. Confirmado que el sospechoso estuvo en León y que parte de su relato es cierta.

—¿Y ahora? —pregunta el agente levantando la mirada hacia ella.

—Ahora vamos a ver si todo es cierto y si tiene coartada. El tipo dice que la noche anterior no llegó a la estación a tiempo para tomar el último autocar hacia Barcelona, que, según consta en la web de la

empresa, salió a las diez de la noche. Así que dice haber dormido en la misma terminal hasta que sube al de las nueve de la mañana.

Zubizarreta resopla.

—¿Busco entonces en la cámara del vestíbulo, desde que sube al autobús hasta las diez de la noche?

—Eso es.

El agente vuelve a ponerse al mando. Con la ruedecita rebobina a cámara rápida. A los pocos minutos lo encuentran. Prácticamente tres cuartos de hora antes de subir al autocar. A las 8.16 entra por el vestíbulo principal de la estación.

—¡Vaya!

—¿Qué? —pregunta Zubizarreta.

—Que eso es demasiado pronto para tener una coartada.

—¿Sigo revisando hasta las diez de la noche a ver si aparece antes o lo hace en las de la cámara trasera?

Lidia asiente y se va al baño. Se lava la cara y se mira al espejo. Las ojeras no se han ido. Eso le recuerda a su pequeña. Siente una punzada en el estómago que le parte por dentro. Debería pasar más tiempo con ella. Lo sabe. No soporta que esté tantas horas en la guardería. Ni siquiera lleva bien que se quede con su marido o con sus padres mientras ella no está.

—¡Joder! —grita tirando a la basura el papel con el que se ha secado las manos—. ¿Para eso has tenido una hija?

Pero no te hagas trampas al solitario, sargento Martínez. Te encanta tu trabajo. ¿O quizá te hace olvidar lo malo de ser mamá? ¿Porque también hay una cara B en eso, no?

En fin.

Mejor pensar en otra cosa. Por ejemplo. Debe de ser el único miembro de la Guardia Civil a quien le gusta Extremoduro. O no. ¿La única sargento, quizá? ¡Va! Te sobreestimas. Te crees demasiado especial. Seguro que hay capitanes, incluso generales a quienes les gusta.

Todavía recuerda cuando empezó en el cuerpo. Aún era una alumna de la academia. Al enterarse de que había ido a un concierto de rock urbano, un compañero le dijo que mejor que ingresara en la «guarra civil».

¡A la mierda!

Al entrar en la sala Zubizarreta le espera bebiendo una bebida de esas energéticas.

—Esa mierda te va a matar —le dice.

—Mejor que el whisky, ¿no? —responde el agente con una sonrisa.

—O no. ¿Has encontrado algo?

—Nada. No hay nada. Al menos hasta las diez de la noche. Desde entonces solo las que has visto en la dársena y antes en la entrada, a las 8.16.

—Entonces no tiene coartada. Pudo estar en la furgoneta. —Mira al agente, que parece perdido—. El sospechoso dijo que durmió en la estación, aunque por lo que…

—Pudo hacerlo en la entrada pero fuera. Hay un porche. La cámara está dentro, en el vestíbulo. Muchos vagabundos duermen en los porches de las estaciones.

Zubizarreta tiene razón. No hay más que viajar por cualquier país del mundo en tren o autocar para verlo.

—¿Y no hay ninguna cámara cercana que enfoque el porche?

El agente vuelve a resoplar.

—Tendríamos que volver a solicitarlas, como cuando buscamos la ruta de la furgoneta accidentada.

Lidia permanece pensativa. Repite mentalmente las palabras de Zubizarreta. Algo se quedó colgando la última vez que estuvo en aquella sala visionando las cámaras de León. ¿Qué era, Lidia?

—¿Sargento? —interrumpe el agente dando un trago a su bebida marrón.

—Perdona. Oye, ¿tú recuerdas algo que me llamara la atención el otro día?

—¡Sí, claro! Otra furgoneta.

—¡Eso es! La de la chica de la gasolinera.

Zubizarreta se encoge de hombros.

—No conozco el caso al…

—¿Puedes recuperar ese vídeo?

—Sí. Tengo registrados los que visionamos pero necesitaría la hora a la que buscar.

—Poco antes de las 8.16.

El agente cambia de archivo, lo ejecuta y lo sitúa en la hora indicada.

—Nada —dice.

—Tira hacia atrás —ordena Lidia.

Zubizarreta gira la ruedecita hasta que a las 8.12...

—¡Ahí está! —exclama ella—. ¿Dónde es eso?

El agente abre el mapa de León donde tiene marcada la localización de cada cámara. Se gira hacia ella y levanta las cejas.

—Al lado de la estación.

—Lo sabía. Dale al play.

En la imagen la furgoneta pasa de largo. Hubiese sido demasiado fácil ver al señor Domiño bajando de ella tan cerca de la estación.

—Es una mujer y parece que va sola —dice Zubizarreta.

—Ya. Pero lleva los cristales tintados. El sospechoso podría ir detrás.

—¿Quiere que…?

—No, con esto tengo suficiente. No hay coartada y pudo tener a quien le llevase a la estación.

Lidia le da al agente una palmada en la espalda.

—Envíame un informe con las capturas, coordenadas, todo… —Sonríe—. Con esto ya tengo la orden.

Y otro viaje más. ¡Gracias!

Atrincherado en su pijama, César empieza a impacientarse. Y todavía quedan tres días.

49

Tres días

Permanece quieto junto a Faisal en mitad del trastero. Los dos observan los packs de cola que quedan.

—Al menos en la empresa de alquiler me han dado dos días más para devolver la furgoneta.

—Eso es lo que menos me importa. Estoy jodido. Necesito recuperar la mercancía ya.

—¿Qué hacemos?

Lino piensa. Está cansado. La vuelta caminando desde aquel bosque hasta la nacional le ha dejado el cerebro frito y los pies llenos de ampollas. Ni siquiera un coche —de los pocos que pasaban — ha parado para llevarles.

—Tengo que solucionar esto ya —dice—. Es muy raro lo que dice esa mujer. Si lo que quería era robarme, podría quedarse todo lo que hay en la furgo y dejarse de historias.

—¿Y si es verdad, amigo? —dice Faisal mordiéndose las uñas—. ¿Estás seguro de que en cada paquete había una botella cargada?

—No lo sé, no me lo he planteado. Lo he dado por hecho.

Lino piensa en lo que le dijo Nico aquella noche y continúa:

—Sé que hay cien paquetes y cien kilos. No hace falta ser matemático para…

—Perdona —dijo Faisal con los ojos muy abiertos—. En cada pack hay solo una botella cargada, ¿no?

—Sí —respondió Lino dudoso—. Al menos eso me dijeron.

Faisal le mira fijamente. Mueve los labios como si fuese a hablar pero no dice nada.

—¿Qué? —insiste Lino.

—No puede haber cien kilos en cien botellas a menos de que en cada una de ellas haya un kilo o…

Lino siente un escalofrío.

—No me jodas —interrumpe intuyendo por dónde va.

—… o si llevan un kilo y medio, tendrán que ser —Faisal calcula mentalmente— sesenta y cinco botellas.

—Y entonces no hay una en cada pack de seis.

Lino se siente humillado. Altas capacidades, decían…

Faisal se esfuerza en disimular una sonrisa de satisfacción.

Claro, tiene sentido. Igual que en cada pack solo una de las botellas lleva coca, tampoco hay una en todos los paquetes. Eso hace que, en caso de caer en un control, haya alguna posibilidad más de salir airoso.

Pero, ahora, esa maravillosa estrategia diseñada por los mejores catedráticos de narcotraficología va a hacer que lo maten.

—Tienes razón —admite a su compañero—. No todas llevan una. Esa mujer dice la verdad. Tengo que encontrar la forma de distinguir los packs con premio de los que no.

Faisal da una patadita a uno de ellos.

—¿Qué más da? —dice—. Los pinchamos todos y los que no goteen serán los buenos.

—¡No, hombre, no! Eso destrozaría el camuflaje si nos paran.

Por primera vez en mucho tiempo Faisal vuelve a reírse.

—Si la Guardia Civil pilla una narcolancha de camino a las Baleares… ¿Piensas que se van a creer que lo que transportan son refrescos?

Faisal tiene razón. De nuevo.

—Pero serviría una vez allí. Y también hasta llegar a la lancha. Tú lo sabes mejor que nadie. ¿O no recuerdas lo que pasó cuando fuimos a entregárselos al yanqui?

Faisal asiente.

—Sí, sí —afirma. Pero de pronto algo le hace abrir los ojos exageradamente—. ¿Y ese tío no recibió ningún pack vacío?

—Parece que no. Al menos no se ha quejado. Debió de tener suerte.

—Sí. O tú —responde cáustico—. ¿Qué hacemos entonces?

—Vamos a revisar las botellas. Hay un pack que ya está abierto, con la botella que uso de muestra. Está rota pero servirá. A ver si encontramos algo que la distinga de las demás.

Faisal coge la botella, la eleva hacia el fluorescente que invade de luz fría el trastero y la observa al trasluz.

—¿Ves algo?

Su compañero niega con la cabeza.

—Dame una normal.

Lino se agacha para coger una. Al hacerlo puede oler la humedad de sus pies. Le entra un escalofrío.

—Toma.

Faisal hace lo mismo con la otra botella. La mira, la compara con la otra, incluso le pasa la mano.

—¿Qué haces?

—Lo que has dicho, amigo.

Faisal se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y cierra los ojos. Lino no pierde detalle. Su compañero pone una botella a cada lado y empieza a acariciarlas con las dos manos.

Ahora mismo parece adepto de algún tipo de culto religioso o rito extraño.

—¿Faisal?

—Shhhh. Me estoy concentrando.

Lino se pone nervioso. No tiene tiempo para memeces. La cuenta atrás continúa. Si no soluciona lo de la Peleona, no va a poder seguir con el plan. Tiene el tiempo justo para arreglarlo todo y marchar hacia Galicia.

Pero su compañero ni se inmuta. Parece como poseído. Emite una especie de sonido gutural sordo que sale directamente de su faringe y le retumba en el pecho. Mientras, continúa acariciando sendas botellas con las manos. Raro.

—¡Faisal!

Al fin su amigo se sobresalta y abre los ojos como desorientado. Mira a su alrededor como si no reconociese el lugar donde está.

—Ya está. Lo tengo —dice.

—¿Qué tienes?

—La diferencia. Mira. —Faisal se levanta y le entrega las dos botellas—. Tócalas.

Lino las examina, les pasa la mano por encima pero no logra encontrar nada.

—¿No lo notas? —pregunta Faisal.

—¿El qué?

—Aquí. —Faisal le toma un dedo y lo pone encima del cuello de la botella—. Esta soldadura no está en la otra.

Interesante. Lino toma la botella premiada y la que no, y las compara. Pasa las yemas de los dedos por encima del cuello y, aunque casi imperceptible a la vista, al tacto se percibe una pequeña costura que sale desde la etiqueta hasta el cuello del tapón de las botellas trucadas.

—¡Vaya! Es verdad.

Faisal sonríe.

—Y hay más, amigo.

—¿Qué? —pregunta Lino.

—Pues que si te fijas bien la del doble fondo es más ancha. Casi no lo parece pero es más gorda. No cabría un kilo y medio en una botella de litro y medio.

—Está compactada —responde a la defensiva—. Ultracompactada.

—Ya pero… lleva el doble fondo y todo y…

—Bueno, da igual. Vamos a revisar los otros packs.

Ambos se arrodillan en el suelo y, sin romper ningún precinto, voltean las botellas una a una en busca de la cicatriz delatora.

En el hospital de la Paz un monitor emite un pitido que rompe el silencio de la habitación.

50

Colocándolos de lado, han podido formar una base con cuatro paquetes y poner otros cuatro más encima. Todos han cabido en el maletero del Skoda Octavia.

—¿Hemos tardado mucho? —pregunta Faisal al verle mirar la hora en el reloj del salpicadero.

—No. Las hemos encontrado rápido. Pero para mí ya es demasiado tarde.

Faisal asiente sin apartar los ojos de las curvas.

—¿Mañana te acompaño?

—No. Ya se ha terminado, Faisal. Esto es lo último. Te pagaré y se acabó. Seguirás con el taxi.

Su compañero no protesta. Hace días que lo sabe.

Al llegar a la plaza de toros Faisal le mira.

—No hay nadie.

—La he avisado antes de que veníamos. Deben de estar dentro. Tira.

El coche atraviesa el arco.

En el centro del ruedo les esperan otra vez los tres tipos del plumón negro. Esta vez apoyados contra un Range Rover. Uno de ellos —el que manda— les hace una primera señal con la mano para que se detengan y luego otra para que bajen.

Después de hacerlo el tipo va directo al maletero y lo abre.

No dice ni una palabra. Sus ojos no expresan nada.

Observa la mercancía y se da la vuelta.

—Llevadlo al coche —ordena a los otros dos tipos.

Al instante saca su teléfono y se aleja hasta uno de los burladeros de la plaza. Habla con alguien, pero Lino no puede escuchar con quién. Con la Peleona, seguro, piensa.

Pocos minutos después regresa hacia ellos. Los otros dos tipos ya han guardado la mercancía y se han subido a su todoterreno.

—La jefa dice que si has vuelto a fallar te cortará las pelotas y las meterá en un frasco con formol para decorar su salón.

Faisal le mira de reojo tratando de pasar desapercibido.

—Esta vez está todo bien —responde Lino—. ¿Dónde está la furgoneta?

El tipo sonríe y se baja la braga. Tal y como suponía, es el tipo del delta.

—Yo mismo vi cómo la hacían pedacitos en la fragmentadora.

Faisal se lleva la mano a la cara.

—¡No! —dice.

—¿Y la mercancía? —insiste él.

—La tenéis en la cocina —dice señalando hacia la construcción aneja—. Nos vemos a la próxima. Chao.

El tipo sube al asiento del conductor, arranca el todoterreno y los tres desaparecen bajo el arco en mitad de una densa nube de polvo.

Sin perder un segundo, Lino camina decidido hacia el edificio. A su lado, Faisal le acompaña con los ojos empañados.

—Me han jodido la vida, amigo —dice.

—No. Me la han jodido a mí, carallo —replica—. ¿Cómo vamos a llevarnos la carga sin la furgoneta? Yo mañana tengo que salir para Galicia.

Su amigo entorna los ojos y se vuelve a pasar la mano por la cara.

—Estaba a mi nombre, la tenía que devolver mañana. ¿Qué hago ahora?

Lino le agarra del hombro.

—Ya te la pagaré, ¿vale? Deja de preocuparte por gilipolleces. Ahora coge el coche y ve a buscar otra para llevarnos… —Lino señala los packs de cola que reposan en el suelo de la cocina abandonada—. Todo esto.

Mientras espera el regreso de Faisal, se dedica a admirar los paquetes de refresco. Se sienta en el suelo y apoya la espalda contra la pared desconchada.

Ya está. Todo arreglado. Una sensación de alegría le invade por dentro. Tan solo se dispone a salir de un lío en el que se ha metido él solo, pero se siente como un niño en la noche de Reyes.

Antes de que se olvide saca el teléfono de Nico del bolsillo y le graba el número que tenía anotado de Chupa de Cuero. El mismo al que se supone que debía avisar una vez pinchada la rueda.

No pudo hacerlo.

No pudo porque su hermano le tiró el móvil por el barranco cuando se detuvieron en el pazo de su familia.

Justo adonde va a ir por la mañana.

El accidente solo fue algo que salió mal en un plan que ya había salido mal.

Como cualquier persona normotípica anotó en un papel aquel teléfono que el de la chupa de cuero le había dejado grabado en el malogrado aparato. No servirá de mucho pero si, tal y como piensa, esos tipos saben algo más de lo que dicen, quizá ese número grabado en el móvil de Nico les ayude a completar la historia.

Una historia que no existe.

Ya de vuelta en casa, y después de dejarlo todo preparado para partir por la mañana, su día mejora todavía más.

Nirvana le espera en casa con la cena. Ha comprado una botella de vino y ha cocinado un bacalao con almejas.

Una vez duchado, vestido y con la expresión de normalidad recompuesta, empieza por fin a relajarse.

Se tumba en el sofá, frente a la tele. Pero no la enciende. Nirvana pone la mesa. Siente paz. El corazón le bombea perezoso. Podría acostumbrarse a vivir así.

Ahora la suerte ya está echada. Quizá solo deba dejarse llevar.

Al acabar de cenar Nirvana va un momento al baño. Mientras, él vuelve a sentir ese desagradable hormigueo en el estómago.

Es solo un momento. Una punzada sutil pero violenta.

Vamos, Lino, él te ayudará. Keynes no falla. Él sabe lo que hace. Todo está preparado. En dos días todo esto no habrá sido más que una pesadilla. Sí. Una pesadilla de la que solo te quedará lo bueno. El dinero, la dignidad y ella.

Lino mira a Nirvana, que reaparece con una sonrisa. Eso le calma. Vuelve a sosegarse. El hormigueo desaparece. Todo bajo control. Otra vez.

—¿Vemos alguna serie? —pregunta ella.

A través del ventanal la ciudad permanece en calma. Ajena a todo. La luna atraviesa las nubes haciéndolas brillar y los edificios salpican el paisaje de luces naranjas.

Mientras miran la televisión una inoportuna melodía rompe la paz hogareña. Es un teléfono. El de Nirvana.

Al escucharlo ella apoya la cabeza sobre su hombro.

Lino se siente bien. Se siente protector. Es feliz. A su manera.

—¿No lo coges? —pregunta.

—No. Estoy demasiado bien así —dice ella sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Y si es urgente?

Nirvana levanta la cabeza y le mira a los ojos.

—Nadie me necesita tanto.

La melodía deja de sonar. Pero inmediatamente se oye otro tono distinto. Esta vez es el suyo.

Él sí que debe responder.

Se levanta del sofá. Nirvana se incorpora y le sigue con la mirada. Él se retira a la habitación.

—¿Diga?

—¿Señor Lino Domiño?

—Sí. Soy yo.

—Le llamamos del hospital de la Paz para darle una buena noticia sobre su hermano. Nicolás empieza a responder a algunos estímulos. Todavía no son demasiados, pero abre los ojos espontáneamente, reacciona al dolor o a los sonidos moviendo los párpados, emite algunos sonidos guturales y de vez en cuando incluso agita alguna extremidad.

—Vaya. ¿Eso es que ya está consciente? ¿Podría hablar?

—No, no. Todavía no. Se encuentra en un estado de mínima consciencia. Clínicamente, eso no garantiza una recuperación total o que vuelva a hablar ni a ser el mismo de antes. De hecho, estamos muy lejos de eso. Pero sí que es un principio. Una buena señal para el optimismo.

Al fin el juez aprueba la orden de entrada y
registro en el trastero de Lino.

51

Tras la verja de color verde se alza un edificio de obra vista. Todavía es de noche y la bruma impide ver con claridad el letrero con el logotipo de la Guardia Civil que cuelga en la entrada.

Al acceder a la comandancia de Valladolid les recibe el cabo Souto, que ya tiene preparada la conexión con Badalona en una de las salas de reuniones.

—Adelante —dice el cabo abriendo la puerta—. Os esperábamos antes. Ahí tenéis la máquina.

—La niebla nos ha retrasado —se justifica ella.

Sarabia va directo a sacar un par de cafés.

La mesa redonda está presidida por un monitor conectado al portátil del cabo Souto.

—Están a punto de empezar —dice mientras se pone los auriculares—. Sentaos.

Sarabia le entrega uno de los cafés.

—Yo estoy bien de pie —responde ella cogiendo el vaso.

Más de dos horas sentada en el coche le empiezan a pasar factura en las lumbares. Dormir a la niña en brazos, también.

Lidia empieza a dar vueltas alrededor de la sala. Quizá para calmar los nervios. Quizá para destensar los músculos.

Su compañero se sienta a la mesa, frente al monitor, y da un largo trago a su café. El cabo Souto escucha atentamente la retransmisión.

—Los Mossos acaban de avisar a los de recepción de que entramos ya —informa.

Lidia se acerca.

—¿Hay imagen, no? —pregunta dando un sorbo al café.

—Sí, sí. Ahora empezarán —responde el cabo.

De inmediato la pantalla empieza a retransmitir vídeo.

Por el momento solo se ve ajetreo en un pasillo largo con el suelo gris, puertas verdes a los lados y luz fría.

Un grupo de chalecos negros donde se puede leer GUARDIA CIVIL USECIC avanza por él. La imagen se ve movida. Algunas botas negras, rodilleras y uniformes verdes. Está claro que el cámara no busca la Palma de Oro.

El cabo se quita los auriculares y comparte el sonido.

—Aquí Badalona. Entramos en el trastero 23A —se escucha por el altavoz.

En Valladolid la sala permanece en silencio. En las imágenes se ve que uno de los agentes porta una radial con la que corta el candado.

—¡Vamos! —ordenan desde Badalona—. Trastero 23A abierto. Procedemos a la entrada.

La imagen se vuelve borrosa y luego negra y, por unos segundos, solo se oye ruido.

—Trastero 23A completamente vacío. Sin enseres ni mobiliario.

La retransmisión en vídeo regresa a la pantalla. Tal y como han dicho, la cámara que lleva en el cuerpo uno de los agentes muestra un espacio vacío.

—Solo hay una caja de cartón rota. Procedemos a la toma de imágenes y cerramos.

—¡Mierda! —exclama Sarabia mirándola.

El cabo también la mira.

—Vaya cagada —es lo único que atina a decir ella—. Vaya puta cagada.

Lidia se sienta, se lleva las manos a la cabeza y apoya los codos en la mesa.

—Bueno —dice Sarabia, poniéndole una mano sobre la espalda—. Esto no quiere decir nada. Podría haberlo vaciado esta misma madrugada.

Juanjo solo intenta animarla.

—Sí. Pero era nuestra mejor baza para pillarlo con algo. Algo inapelable. Con esto se acababa la partida.

El cabo Souto apaga el monitor y se dirige a ella:

—Pedid entonces las grabaciones del recinto, ¿no?

Lidia se ríe.

—Ahora el juez no nos va a dar nada hasta que nosotros no le enseñemos algo más.

Sarabia lanza su vaso a la basura y se levanta de la silla.

—Pues venga, vamos. Que no hemos venido hasta aquí para esto. —Y le da una palmada en la espalda.

Lidia se incorpora con un resoplido. Abatida. Los días así odia su trabajo. Luego se le pasa, sí. Pero ahora escuece.

El trayecto en el Dacia es corto. Juanjo conduce. Ella se relaja. Respira y exhala ruidosamente.

Hubiese puesto la mano en el fuego a que encontrarían algo ahí dentro. De todas formas continúa estando segura de que ese tipo

oculta algo. ¿Quién mantiene un trastero de alquiler vacío?

Juanjo tiene razón: «Podría haberlo vaciado esta misma madrugada».

Al llegar a la gasolinera le vuelve a invadir una sensación de vacío. Si esto falla, solo quedará el hilo del repetidor de telefonía y todo el trabajo que han hecho hasta ahora se habrá ido a la mierda.

—¡Vamos, jefa! Esos ánimos, alegra esa carita —dice su compañero mientras baja del coche—. Arriba, que ya los tenemos, ¡coño!

—No seas malhablado, viejo.

Sarabia entra en la gasolinera con la cabeza baja. La calefacción les golpea los pómulos y una canción de C. Tangana les da la bienvenida.

Afuera empieza a amanecer.

Tras el mostrador, la joven Alma vuelve a beber a escondidas. Al verles les da la espalda, como si fuese a salir huyendo, pero enseguida desiste de su absurdo acto reflejo.

—Hola, Alma —dice Lidia.

Esta vez se han acabado las bromas.

—Ah… ustedes. —La chica hace ver que limpia la barra con un trapo—. Hola.

Lidia hace una señal a Sarabia. Este saca el móvil y le enseña a la dependienta una fotografía del sospechoso.

De Lino Domiño.

—Le conoces, ¿verdad?

Alma mira la imagen. Luego levanta la vista hacia ella y niega con la cabeza.

—No. No me suena de nada.

—¿Y si te digo que te hemos visto con él? —miente.

La joven se encoge de hombros. Se rasca la cabeza. Vuelve a coger la bayeta. La suelta. Tarda en responder.

—Pues no sé. Habrá sido casualidad.

—¿Has llevado a ese chico en tu furgoneta?

A su lado, Sarabia permanece en silencio, pero involuntariamente su cabeza asiente.

—No —zanja la dependienta mientras coloca algunos paquetes de chicles en el lineal—. No sé quién es.

Lidia se sienta en el taburete frente a ella.

—Escucha —le dice.

Alma vuelve a mirarla.

—Este tío es el hermano del que quedó en coma en el accidente. Subió a un autocar en dirección a Barcelona a las 9.03. Las imágenes muestran cómo entró a la estación de León a las 8.16.

La joven escucha con atención. No parpadea.

—¿Y?

—Que tu furgoneta aparece a las 8.12 a una calle de la estación.

Alma asiente pensativa. Se retuerce el pelo con los dedos.

—Ya les dije que a esa hora fui a León a tomar un café.

Sarabia suelta una carcajada. Eso siempre funciona.

Lidia permanece algunos segundos mirando a la dependienta en silencio. Incrementando el nivel de dramatismo.

—¿Alguien te ha amenazado? —pregunta—. ¿Te han prometido algo?

Alma se desmorona. Sus labios tiemblan y los ojos se le encharcan.

Lidia deja que corran los segundos, pero lo único que hace la joven es beber de su vaso de cartón.

—¿Por qué lloras? ¿Te han amenazado? —insiste—. Puedes confiar en nosotros.

La dependienta se seca las lágrimas con el brazo, aprieta los labios tratando de contener el llanto y niega con la cabeza.

—No. Lloro porque mi vida es una mierda.

A su lado Sarabia mira a la joven con lástima.

—¿O simplemente eres cómplice? —añade Lidia como una losa.

La joven da otro trago a su vaso de cartón. No dice nada.

El teléfono de Juanjo suena y sale fuera para responder.

—Mírame, Alma —dice ella apoyándose en la barra—. No quiero hacerte daño. Quizá tu vida te parezca una mierda, pero… —Hace una pequeña pausa—. Créeme: puede ser mucho peor.

La joven asiente. Vuelve a secarse las lágrimas con la manga. Ahora más sosegada.

—No sé nada más. No les puedo ayudar.

—Está bien —dice Lidia—. Pero aquí las dos sabemos que mientes. Y espero que lo reconozcas tú antes de que lo descubra yo.

Lidia coge un paquete de KitKat y deja un euro sobre el mostrador, junto con su tarjeta de visita.

—Llámame si decides que no vale la pena caer por él.

Al salir de la tienda se encuentra a Juanjo colgando la manguera después de poner gasolina al Dacia.

Está sonriendo.

¿De qué se ríe? Todo va mal. A ella no se le ocurre nada que, en aquel momento, pudiese hacerle sonreír.

Salvo una tarta Sacher, por supuesto.

—¿Qué pasa? —le pregunta—. ¿De qué te ríes?

—Estamos de suerte —dice Sarabia sin borrar su sonrisa—. Mejor te lo digo dentro.

Lidia se sienta en el asiento del acompañante y le mira ansiosa.

—¿Qué? Dime.

—Ha despertado. Empieza a responder a estímulos.

En el interior de la gasolinera Alma apura un gin-tonic mientras mira la tarjeta de la sargento Martínez. Empieza a pensar que quizá le convenga contarlo todo.

52

Dos días

El cielo está encapotado. Lino atraviesa las afueras de Burgos en una nueva furgoneta de alquiler. Una de color verde esperanza. Detrás carga con su suerte.

Los trayectos largos le hacen a uno pensar. A veces demasiado. Tanto que la persona que parte nunca es la misma que regresa.

De pronto, las dudas sobre algo que tenía completamente decidido le asaltan. Será por el aburrimiento del viaje. La monotonía del paisaje.

Duda sobre si debería dejar también el dinero. O si con la mercancía ya habría suficiente para complacer a aquella mujer.

Sabe que esto no es un juego, pero a veces hay que jugársela. ¡No! Eso no. Eso es lo que diría su hermano. Eso es lo que decía su hermano. La vida es juego, como decía el poeta. Y los juegos, juegos son. Eso decía Nico. Todavía recuerda aquellas discusiones. ¿Por qué pierdes el tiempo estudiando y no ayudas en casa? ¿Y tú, por qué vendes algo que mata?

La vida es juego… y los juegos, juegos son.

Algo en el cielo desvía su atención.

Un rayo de sol atraviesa las nubes y abre un claro frente a él que se refleja en la humedad de la carretera. Recuerda entonces el discurso de Keynes sobre el dinero. Aquella clase de Política Económica que nunca ha podido olvidar.

«El amor al dinero como posesión —a diferencia del amor al dinero como medio para gozar de las realidades de la vida— será reconocido por lo que es: una morbilidad repugnante, una de esas propensiones semicriminales, semipatológicas, que uno entrega con un estremecimiento a los especialistas en enfermedades mentales».

O algo así.

Mejor dejar también el dinero.

No quiere soltarlo, por supuesto. Le ha costado demasiado conseguirlo. Pero eso es lo que haría un adicto, ¿no? Aferrarse al fajo hasta el final. Aunque le costase la vida.

No. Mejor vivir pobre que morir como un yonqui de la moneda.

En Rock FM empieza a sonar algo animado. Algo que todo el mundo conoce. O debería conocer.

Suena *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana. El himno de unos noventa en los que él no hizo nada más que nacer. Pero que de alguna forma le representa.

Lino sonríe y tararea. Nunca ha recordado nada más que el estribillo. Pero eso es suficiente. *Con las luces apagadas, es menos peligroso*.

¿No es así, Lino? Las luces apagadas. Menos peligroso, se repite. Pero peligroso, al fin y al cabo, ¿no?

Continúa tarareando la canción. Esta y todas las que le siguen hasta que cae la noche. Lo hace con la mente en blanco.

Anestesiado por el zumbido del asfalto bajo las ruedas e hipnotizado por la línea discontinua. Sin darse cuenta de que ya la tiene allí.

La gasolinera.

Deja la furgoneta en el arcén y atraviesa por la parte trasera de la estación de servicio. En su mano derecha —la del dedo tonto que ya no es tan tonto— carga diez fajos de cien billetes de cien euros. Cien mil euros en total para Alma.

¿Mucho? Es posible.

La puerta trasera está abierta. Impide que se cierre un cubo con latas de cerveza vacías. El almacén está completamente desordenado. Tres packs de botellas de cola en precario equilibrio se cruzan en su camino. Los sortea.

Se dirige al distribuidor que conduce hasta la tienda. Pero entonces algo vibra en su bolsillo.

Es Faisal.

La poli ha entrado en el trastero. Has tenido suerte

Siente un escalofrío que le recorre desde la nuca hasta el culo. Su corazón se acelera.

Calma, Lino. Parece que todo está bien. Sí, todo está bien. De momento.

Como decía su abuela: le ha ido de un pelo.

Cuando todo empezó temía por los dueños de la mercancía, pero nunca creyó que la policía fuese a llegar tan lejos. ¡Carallo! Qué poco trabajo que tienen.

Todo por un maldito accidente de tráfico.

Suspira aliviado. Aliviado por lo que podría haber pasado. Pero ahora no puede parar. Ahora no puede fallar.

—Hola —dice al entrar a la tienda.

Se encuentra con Alma reponiendo bolsas de patatas chips. Tiene las mejillas rojas y al verle se ríe de forma histriónica.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

Ahora no va disfrazado para hacerle tanta gracia.

Ella le señala.

—Justo a ti quería verte, amore.

—¿Amore?

Esa chica está que se cae a pedazos. Su vida va sin frenos colina abajo. Con el motor pasado de vueltas y olor a cable quemado.

—¿Ya has hecho la compra? —le pregunta ella.

Alma se le acerca mirando la bolsa del supermercado donde lleva el dinero.

—Esto es para ti —dice él entregándosela.

—¡Vaya! Un regalo —grita aleteando los brazos—. ¡Qué ilusión!

El aliento de la chica huele a vómito y a gin-tonic. Coge la bolsa con torpeza y se le cae al suelo: los fajos se esparcen por él.

Alma se lanza sobre ellos.

—¡Dios! ¿Qué es esto? —pregunta mientras los recoge—. Es mucho dinero. Mucha pasta.

Lino sabe que no hay cámaras dentro y se asegura de que no entre nadie justo en ese momento.

—Lo que te prometí. Ahora dame tú mi carretilla.

Alma vuelve a meter los billetes en la bolsa y se levanta perdiendo un poco el equilibrio.

—¿Cuánto hay?

—Cien mil —responde Lino.

La joven borracha frunce el ceño. Hace como si pensase.

—No es bastante. Con eso no me compro un piso.

—No te vas a comprar un piso con dinero negro —zanja Lino, desprovisto de paciencia—. Venga, dame la carretilla. Tengo prisa.

La joven dependienta sonríe. Por primera vez descubre en su mirada inocente un atisbo de maldad.

—No —dice al fin—. Hoy han venido los picoletos con una foto tuya.

Por un momento el tiempo se detiene para él. Lino contiene la respiración. Piensa rápido.

Primero la entrada al trastero y ahora eso. La tenaza se cierra. Esto se pone feo, carallo. Acaba de una vez. Deshazte de todo ya. Este mundo no es para ti.

—Keynes —dice Alma borrando su sonrisa herida—, tienen una foto tuya. Y han visto la furgo cerca de la estación. Estoy en el radar. Quiero el doble. O les cuento todo.

Lino vuelve a sentir cómo el corazón le palpita en el dedo. La cara le arde y una violenta descarga de adrenalina le atraviesa de arriba abajo nublándole la mirada. El destello de luz blanca le impide ver con claridad. Puede que sea su válvula mitral reventando o…

No, Lino, no. Se acabó. Ya no eres el mismo. No lo olvides. No hay vuelta atrás.

—Me estás chantajeando.

Alma se encoge de hombros.

—Yo también quiero vivir.

Justo en ese momento la melodía de su teléfono rompe la tensión.

Es Nirvana.

Corre, cógelo. Es ella.

Se aleja de Alma caminando hacia el distribuidor.

—¿Diga?

—Hola, Lino. Ya estoy en Madrid.

—¿En Madrid?

—Sí, te lo dije. Me quedaré aquí unos días. He venido a ver a Nico. Te dijeron que empezaba a responder, ¿recuerdas?

Silencio. Lino se mete en el almacén.

—Ah, sí —dice haciendo una pausa—. Bueno, me dijeron que su organismo daba alguna señal pero que estaba muy lejos de hablar.

—Pues a mí me ha hablado.

Uno de los packs de cola cae al suelo junto a sus pies.

—¿Cómo que ha hablado? ¿Sonidos?

Nirvana suspira.

—No, Lino. Dice tu nombre. Y también dice «gasolinera» y «accidente».

Boom.

Lino cuelga.

Se deja caer en el suelo, junto al pack de cola, y rompe a llorar.

Jadea.

Le cuesta respirar. Todo se ha ido a la mierda. Si Nico habla es hombre muerto. Ya no puede cargarle la culpa.

Todos se han empeñado en joderte la vida. Todos te tienen manía.

Respira hondo. Una, dos, tres veces. Calma, Lino.

Da una patada al pack de refresco. Lo hace con más rabia que fuerza.

Y la cerda esa de ahí fuera también jodiéndote. Con el rollo ese de «qué hay de lo mío, qué hay de lo mío».

Y su vida colgando de un hilo.

Cerda egoísta.

Y ahora no puedes seguir con tu plan.

Tienes que ir a Madrid y convencer a Nico de que calle. De que no hable. De que cierre la maldita boca. De que como diga algo te matan. Y a Nirvana también.

Pero ¿cómo te va a salvar el culo tu hermano si le has jodido bien, imbécil?

Lo hará. Es tu hermano. Te quiere.

Su bolsillo vibra. Es un mensaje. Saca el móvil. Es la Peleona.

> Por tu bien espero que puedas seguir vendiendo tu material de animación. Tengo demasiados clientes contentos en la fiesta

Le cuesta leerlo. Tiene la espalda sudada y la cabeza helada. Una deuda más. Otra soga al cuello.

Podía pasar.

Teclea un nuevo mensaje. Los dedos le tiemblan.

> Faisal, necesito que vengas a Madrid con el coche. Hoy mismo. Te pagaré muy bien

Enviar.

Guarda el teléfono y toma aire. La suerte está echada.

Se seca las lágrimas con la manga y vuelve a levantarse.

Coge el pack de refrescos volcado en el suelo y sale por la puerta trasera hasta la furgoneta. Abre el portón y lo guarda dentro. Luego coge uno de los suyos. Uno de los «premiados». Entra de nuevo en

el almacén y lo deja allí. Repite la misma acción dos veces más hasta emular la misma pila que había. Lo deja todo igual que estaba cuando llegó. Pero ahora con pólvora.

A la mierda.

Vuelve a sacar el móvil. Otro mensaje. Esta vez responde a la Peleona.

> Por supuesto. Cuenta con mis productos de animación. Pero ahora mismo tengo un pequeño problema

Enviar.

Entra en la tienda. Alma sigue allí, amorrada a una lata de cerveza y sentada tras la barra.

Lino le lanza diez fajos más sobre el mostrador.

—Y ahora dame mi puta carretilla.

Después de sobornar a un enfermero César
entra en la habitación de Nico.

53

Hasta hace poco le gustaba salir de Madrid, pero desde que se ha reincorporado de la excedencia le agota. No sabría decir por qué.

Sí, en realidad sí que lo sabría decir. Lo que pasa es que no le gusta pensarlo. Se siente mal. Eso es. Es como si el cordón umbilical siguiese ahí, pegado a su ombligo y, cada vez que se alejase de ella, se estirase tensionándola más y más.

Y eso le duele.

Estar lejos de ella le duele. No importa que no tenga sentido. No importa si sus sentimientos son racionales o no. Nada importa que estando en Madrid tampoco la vería porque tiene que trabajar y eso es lo que hacen todas las madres hoy en día. La cuestión es física. La distancia física le duele y le atormenta. Punto.

Como todo en la maternidad, esto también debe de estar previsto por la naturaleza.

—¿No me haces ni caso?

—Perdona, Juanjo. Ahora mismo me importaba una mierda lo que me decías.

Sarabia parpadea pensativo. Sorprendido por su reacción.

—¿No se supone que los rojos sois buenas personas?

—Depende. ¿Sabes a cuántos rusos mató Stalin? —dice sonriéndole sarcástica—. Repítelo, por favor. He perdido el hilo.

Juanjo resopla.

—Te decía que el cabo Solé estaba muy liado con esa red de pornografía infantil y que me ha ayudado Zubizarreta y…

Lidia abre la carpeta que Sarabia le ha dejado sobre la mesa.

—¿Estos son todos? —dice pasando fotografías de personas en tamaño folio.

—Sí. No son demasiados.

—¿Ves cómo tenía razón en que no iba a haber mucho movimiento?

Sarabia asiente.

—Claro. Por eso eres tú la jefa —responde cáustico.

Lidia mira las fotos una por una.

—Aquí hay alguno que parece salido de *Los Soprano* —dice Lidia señalando a un tipo con gabardina—. Mira este.

Su compañero asiente.

—¡Justo! —exclama Sarabia—. Pues este personaje, junto con otros dos, se subió a un Ford Mustang GT de color amarillo sobre las 6.41.

Sarabia pasa fotografías hasta encontrar la que busca.

—¿Ves? Aquí aparecen los tres: el de la gabardina, el de la cabeza rapada y este que conducía el coche. Que me suena de algo pero no sé de qué.

—No se le ve bien aquí.

Juanjo busca otra imagen.

—Hay otra donde aparece fuera. Sale a buscarles y una de las cámaras del Palacio de Congresos le pilla bien.

Su compañero sigue pasando fotos hasta llegar a una donde aparece un tipo con una chupa de cuero.

—¡Aquí está! —exclama Juanjo—. A este tipo le tengo en la cabeza y no sé de qué.

Lidia lo observa. A ella también le resulta familiar. Pero ella sí que sabe por qué.

—Esta cara la hemos tenido colgada en el tablón de la entrada hasta hace casi un mes.

Su compañero entorna los ojos. Se concentra.

—Es el tipo al que mataron en Atocha.

Lidia asiente.

—Así es. Al día siguiente de esta captura —dice señalando la imagen donde aparecen los tres entrando al coche.

Sarabia permanece en silencio. Se miran durante unos segundos.

—Lo tenemos todo y no tenemos nada —dice ella.

Juanjo asiente.

—A saber lo que puede salir si seguimos tirando del hilo.

Lidia cierra la carpeta dejando fuera la fotografía del tipo de la chupa de cuero.

Esos tres tipos están relacionados con el accidente. Alguno de ellos fue quien se conectó al repetidor con el móvil fantasma para consultar la ruta del GPS de la furgoneta. No puede ser casualidad. Pero ellos no estaban en el lugar del accidente. La imagen de las 6.41 les incrimina y exculpa al mismo tiempo.

—¿Quién lleva lo de Atocha?

—Creo que Céspedes.

Lidia telefonea al sargento. Al cabo de pocos minutos un tipo grueso y canoso con chaleco de la UCO entra en la sala mordisqueando un palillo.

—¿Qué pasa? —dice.

Ella le muestra la fotografía del hombre de la chupa de cuero.

—¿Este no es el tipo al que mataron en Atocha? El mismo del que teníamos el cartel en la entrada.

El sargento coge la fotografía y la observa por encima de las gafas. Tarda en responder.

—Joder —dice—. Esto es del día antes.

Lidia lo confirma con un gesto de la cabeza.

—Es él, ¿verdad?

Céspedes se quita el palillo de la boca y asiente bajo la atenta mirada de Sarabia.

—¿Cómo habéis llegado a esto? Nosotros no tenemos nada.

—La historia es larga —responde ella—. Te facilitaremos todo lo que tenemos. ¿No habéis conseguido nada de nada?

—Nada. No hay ni rastro de ese fulano. Es un fantasma. Solo tenemos su pasado. Se cree que está relacionado con una red internacional de narcotráfico, y se le busca por homicidio en Suecia y en Italia. Utilizaba identidades falsas y la Interpol lo puso en nuestro radar hace seis años.

Lidia resopla.

—Quizá ahora con esa matrícula podáis encontrar algo más.

Céspedes levanta las cejas.

—No parece que sea uno de esos a los que pillas por una matrícula.

Ella asiente silenciosa.

—Ya.

—En la revisión de cámaras se ve a un hombre con un casco de moto que le dispara y luego se acerca para quitarle las pertenencias.

—Blanco y en botella —responde ella—. No querían que encontrásemos nada.

Sarabia se acerca y abre de nuevo la carpeta. De ella extrae las fotografías del tipo sacado de *Los Soprano* y del calvo con pinta de matón.

—¿Y estos dos te suenan de algo?

Céspedes revisa las imágenes y niega con la cabeza.

—No, pero ya os digo que de este caso no tenemos nada. Cuando es la propia víctima quien se encarga de borrar las huellas… —dice desplegando los brazos—, es muy difícil averiguar algo.

El sargento tiene razón. Y esos suelen ser los casos a los que dedican menos esfuerzos.

—Lo sé.

Céspedes vuelve a ponerse el palillo entre los dientes. Luego señala la carpeta con las fotografías.

—¿Qué caso es?

Lidia mira a Juanjo, que saca de su cajón toda la documentación.

—Creemos que es un vuelco con posible tentativa de homicidio, lesiones… Todo disfrazado de accidente de tráfico. Pero todavía es bastante confuso. —Chasquea la lengua—. Lo que está claro es que está relacionado con tu muerto. Al día siguiente se lo cargaron en Atocha —dice señalando la foto del tipo de la chupa de cuero—. Sarabia os pasará toda la información de nuestro caso para ver si os sirve de algo. Compartiremos con el resto de las unidades las caras del tío de la gabardina y del otro de la cabeza rapada. Si averiguáis cualquier cosa nos lo decís.

Céspedes se recoloca las gafas y asiente.

—Suena complicado. Pero si nos lleva a algo, os avisamos.

En cuanto el sargento abandona la sala, el teléfono de Juanjo suena.

—¿Diga? —pregunta su compañero.

Ella le hace una mueca ansiosa para saber quién es. Sarabia le pide calma con la mano mientras responde:

—Sí, sí. Ajá, ajá. Allí estaremos.

Lidia le interroga levantando la cabeza.

—De la Paz —dice—. Que a Nicolás Domiño ya le han hecho el TAC. Podemos pasar a verle cuando queramos.

En una carretera cerca de Zaragoza Lino busca tutoriales sobre cómo cambiar la rueda de la furgoneta que acaba de pinchar.

54

Un día

Ha llegado el día acordado a la hora señalada y todo ha salido mal. Muy mal.

«El monumento de la abuela roquera, en Vallecas». Eso fue lo que le dijo la vieja Guadaña. Y ha tenido que buscarlo por internet. Pero allí está, en medio del bulevar Peña Gorbea. Con el culo apoyado en una farola frente a la escultura y esperando a que aparezca el hombre de la gabardina raída para darle la extremaunción.

Saca el móvil para leer el mensaje de la Peleona.

Qué problema tienes?

Lino responde al instante:

Puedo llamarte?

Mira la hora. Faltan diez minutos para las tres. Ha sido un milagro que llegara a tiempo. Carallo. Todavía está sudado y el termómetro de la farmacia marca apenas cuatro grados.

En realidad el milagro tiene un secreto. Un pequeño detalle. Un tecnicismo. Ha esnifado un poco de coca. De esa que guarda en la

botella de muestra. Lo hizo cuando lo del pinchazo. Mientras miraba vídeos sobre cómo cambiar una rueda y los ojos se le cerraban.

No lo ha hecho por gusto, sino por estrategia. Un recurso táctico para un fin concreto. Si no lo hacía no podía seguir conduciendo sin quedarse dormido. Así que era eso o acabar desparramado por la carretera entre acero, Coca-Cola y cocaína. O llegar tarde a la cita y ser cadaverizado por esos mafiosos.

¿Veinticuatro horas sin pegar ojo? ¿O quizá son cuarenta y ocho? Ya no lo recuerda. Pero se siente bien.

Todo es un largo día de un invierno eterno.

Desde que toreó en aquella plaza todo parece el mismo día. Pero sí. Está bien. Pese a su mala suerte siente un injustificado entusiasmo. No tiene claro cómo van a salir las cosas pero sí que tiene muy claro lo que debe hacer.

Y ya queda poco. Muy poco.

El hombre de la gabardina se acerca a la estatua.

Lino se incorpora y camina hacia allí. Tiene la boca seca y pastosa. Se pasa la lengua rasposa por los labios tratando en vano de humedecerlos.

Le ha visto. El tipo se acerca a él y levanta la cabeza.

—¿Dónde está?

Lino carraspea un poco. Se aclara la voz.

—En una gasolinera entre León y Valladolid.

El de la gabardina entrecierra los ojos. Pero guarda silencio.

—Aquí tienes el punto exacto —dice entregándole el papelito donde ha anotado la ubicación.

El tipo lo coge sin apartar la mirada de cuchilla de sus ojos. Como si le retara. Como si buscase algo.

—¿Qué hace allí? —pregunta al fin.

Venga, Lino. Para eso has estado entrenándote durante todo el viaje. Repítelo. Vamos.

—Mi hermano y su socio tenían un trato con la dependienta de una gasolinera, pero creo que al final le traicionaron.

El tipo de la gabardina ladea la cabeza. Como si así fuese a averiguar algo más.

—¿Cómo sabes eso?

Lino no duda. Keynes lo tiene todo listo.

—Escuché a Nico hablar con alguien sobre una estación de servicio. Y de una joven. Y de un pago… —Hace una pausa—. Pero lo tuve claro cuando la policía me habló de unas marcas de carretilla entre el lugar del accidente y la trastienda de la gasolinera.

En Vallecas sopla el viento que antecede a la lluvia. Una señora da dos monedas a un mendigo. El de la gabardina alarga su silencio esperando a que hable más de la cuenta.

—No es eso lo que me han dicho.

Lino siente una fuerte presión en el pecho.

—¿Y qué te han dicho?

El de la gabardina lanza una sonrisa siniestra. Controla los tempos.

—Había una grúa. Un pinchazo.

Lino duda. Sabe más de lo que pensaba. Contiene la respiración. ¡Vamos! Sigue. No pares ahora.

—Yo de eso no sé nada.

El tipo no parece convencido. Su pellejo también está en juego. La vieja tampoco se fía de él.

Se le acerca. Tanto que puede sentir el calor de su aliento rancio en la oreja.

—¿Crees que los hermanos se reconocen por el olor? —susurra—. Como los perros.

Lino da un paso atrás. Desubicado, sí, trata de controlar la respiración.

—No lo sé. ¿Por qué?

El tipo levanta las cejas. Tras ellos un tipo fotografía el monumento.

—Curiosidad. A mí no me ha reconocido.

Bum, bum, bum.

—¿Le has visto?

—Me da a mí que cuando cante va a caer más de uno.

—Seguro.

—Me refiero a ti, subnormal.

—¿Yo? ¿Por qué?

Otra vez ese viento.

—Llevo mucho en esto. Sé cuándo alguien miente.

—¿Ha hablado?

—¿Tú qué crees?

Que no, por supuesto. Si no, ya estaría muerto.

—No lo sé. Supongo que si estás aquí es que no te dijo nada de valor.

—Ni con valor ni sin valor. —Aletea los brazos y los deja caer contra sus caderas—. En fin. Quería ver si al olerme se cagaba y confesaba.

—¿Y?

—Nada. Has tenido suerte.

—¡Qué manía!

El tipo de la gabardina baja la mirada hacia el papelito. No dice nada. Lo guarda en el bolsillo y da unos pasos hacia él, como si estuviera a punto de largarse. Pero entonces se detiene y le da un golpecito con el dedo en el pecho.

—Más te vale que encuentre algo en esa gasolinera. Porque si no… —chasquea la lengua—, sabré cómo encontrarte.

Y pasa de largo. Desaparece al otro lado del bulevar.

Los peones van de camino.

Ese viento vuelve a cortarle la cara. Las primeras gotas empiezan a caer. Lino respira aliviado y camina una calle hasta Martínez de la Riva. El coche permanece aparcado frente al mercado. Al acercarse, Faisal baja la ventanilla.

—¿Tienes la foto?

Su amigo le muestra una imagen de la abuela roquera donde aparece la cara del tipo de la gabardina.

—Bien. Ya puedes salir hacia allí. No tardarán en ir.

Faisal asiente.

—Avísame cuando lleguen y… avísame de todo.

—Sí. ¿Te acerco a la furgoneta?

—No. Prefiero caminar.

Faisal arranca el taxi disfrazado y se larga.

Lino saca el móvil. Tiene un nuevo mensaje de la Peleona.

Sí, llámame

Él obedece. La Peleona responde de inmediato.

—Dime, ¿qué pasa?

—Si quieres que haya más tendrás que ayudarme.

La Peleona suspira.

—No estás tú como para poner condiciones. ¿Me entiendes?

—Si no me ayudas podrás hacerme lo que te dé la gana, pero vas a seguir sin tener lo que quieres.

La Peleona permanece en silencio unos segundos.

—Dime.

—Hay unos tipos que me están molestando a mí y a mis socios. Necesito…

—¿Qué necesitas? —interrumpe ella.

—Que no existan.

—¿Y por qué no se encargan los tuyos?

—No tienen tanta experiencia.

La Peleona respira fuerte.

—¿Dónde están?

—Ahora mismo van de camino a la gasolinera donde trabaja tu amiga la Ginebras.

—¿A la Ginebras? ¿Por qué?

—Es mi socia. Quieren robarle. Ya te he dicho que me están jodiendo a mí y a mis socios.

—¿Dónde está?

—Entre León y Valladolid.

—Los míos van a tardar en llegar.

—Tengo a alguien siguiéndolos de cerca. Te puedo enviar la ubicación cuando se presenten allí. ¿Dónde están ahora?

—Eso no te lo voy a decir, ¿me entiendes? —La Peleona hace una pausa—. En tres o cuatro horas pueden estar por Madrid.

—Está bien.

—Entonces me pasas foto de los fulanos y su ubicación exacta. ¿Me entiendes?

Lino afirma y la Peleona cuelga.

Bum, bum.

Un padre y un hijo atraviesan la meseta en una moto rumbo a Valladolid.

55

Lino está semitumbado en el asiento de la furgoneta. Le da vueltas a la tarjeta de visita que le entregó la Guardia Civil: «Lidia Martínez».

Ahora solo falta darle a esa mujer el relato que necesita y que deje de mirar hacia él.

Da pataditas en el suelo con el pie junto al embrague. Detrás sigue cargándolo todo. La droga, el dinero, la carretilla…

Al fin llega el mensaje de Faisal. Como un disparo en la oscuridad.

Acaban de entrar

De acuerdo. Se incorpora. Esa pobre borracha no tiene opciones. Toca mover a la dama. Envíala bien lejos.

Marca el número.

—¿Diga? —responde la sargento.

—Soy Lino Domiño.

—Ya sé quién es usted. ¿Ha hecho memoria?

—Justo estoy en Madrid y tengo que contarles algo. Es urgente.

Al otro lado deja de escucharse el zumbido de fondo. Muteado.

En unos segundos regresa la voz.

—Está bien. Venga al hospital de la Paz. Ya sabe la habitación.

En una gasolinera entre León y Valladolid una dependienta cuenta billetes mientras brinda consigo misma, feliz por su nueva vida.

56

—Mira —susurra Fran.

César ve los tres paquetes de cola amontonados en el suelo. Un halo de esperanza atraviesa sus pensamientos. Se pone los guantes y camina hacia ellos sin hacer ruido.

—Tendríamos que haber venido con la furgo —dice su hijo.

—Ojalá fuese ese el problema —responde mientras coge uno de los paquetes—. Si solo hay esto tendremos otros peores.

Levanta el pack y lo observa al trasluz.

—Joder. El capullo ese tiene razón.

—¿Son estos? —pregunta Fran.

César afirma con la cabeza.

—Eso parece.

Seguidamente revisa las costuras laterales de los otros dos packs. ¡Bingo! Ahí está. Esa es su mercancía. Menuda hija de puta. Instintivamente, mira a su alrededor. Nada. Snacks, galletas, latas de refresco, agua… pero ni una botella de cola más.

—Falta mucho —dice su hijo.

—Sí. Pero, al menos, estamos más cerca.

Fran masca chicle ruidosamente.

—¿Y ahora?

César se dirige hacia el distribuidor que debe llevar a la tienda.

—Ahora hay que hacerle cosquillas a esa.

Fran le sigue.

Al entrar a la tienda se encuentran a la joven dependienta sentada en una silla, leyendo una novela de Michael Connelly y con una taza en la otra mano.

—¿Co-cómo han entrado aquí?

La joven pierde el equilibrio al levantarse y se apoya en el mostrador con la espalda. El libro cae al suelo.

—Querida —dice él—, tenemos una pregunta muy sencilla para ti. Seguro que te sabes la respuesta.

Fran se acerca a ella mostrándole la pistola. La chica frunce el ceño. Se lo ve venir.

—U-usted me suena —dice con la voz trémula—. Es el escritor. El que vino…

—Justo después del accidente. Sí.

Sonríe.

La joven da unos pasos disimulados hacia la puerta. Pero Fran la intercepta y la agarra con fuerza del brazo. Ella se resiste con torpeza.

—¡Eh! —protesta—. ¿Qué queréis de mí?

—Ya lo sabes, zorra. ¿Dónde está lo nuestro?

Fran le da un puñetazo en el estómago. La chica se dobla y cae al suelo salpicando con su vómito los lineales.

—¡Qué asco! —exclama su hijo—. Menuda guarra.

—Te lo repito. Dime dónde está el resto.

—¿Qué resto? —pregunta ella apoyando sus manos sobre el vómito.

Fran le da una patada en el vientre.

—No te hagas la tonta. Lo sabemos todo. Las botellas que tienes atrás.

La joven dependienta empieza a llorar. Los hilos de saliva le resbalan por las comisuras.

—Yo no sé nada de eso, por favor. No tuve nada que ver. Dejadme en paz.

César le hace un gesto a su hijo. Este levanta a la muchacha y la traslada hasta el almacén. Mientras tanto, él registra la tienda. No tarda demasiado en dar con una mochila dentro de una salita con un ordenador. En el interior se encuentra con veinte fajos de billetes de cien. Doscientos mil euros en total.

Esta borracha no es muy lista. Sea lo que sea, no puede tener rango.

Va hacia la trastienda. Su hijo ya ha preparado a la pobre desgraciada en una silla. Bien atada. Hasta que lo largue todo.

César suelta en el suelo la mochila con los billetes.

—¿Qué es esto?

La joven deja caer la cabeza y la ladea negativamente. Las lágrimas le caen sobre los pantalones.

—Me pagaron por guardarlo aquí. Pero ya no debería haber nada.

—¿Y eso qué es? —pregunta señalando los tres packs de cola.

—No sé por qué está eso aquí. Se lo debieron de olvidar. No lo sé.

La chica gimotea.

—¿Quién se lo olvidó?

—Uno que vino el día del accidente. Uno que me pidió guardarlo.

A esta no va a hacer falta atizarla demasiado.

—Dime dónde encontrarlo.

La joven vuelve a negar con la cabeza.

—No lo sé. No sé nada de él.

César le hace un gesto a Fran. Este levanta el brazo y le golpea la cabeza con el puño cerrado. Un chorro de saliva sale de la boca de la dependienta. Su oreja comienza a sangrar.

—Por favor —se lamenta—. No sé nada. De verdad. Me pagó por dejarlo aquí.

Fran le da ahora un puñetazo en la cara. De inmediato de los labios y la nariz de la joven brota más sangre.

—No, no, no me matéis. Solo necesitaba dinero.

—Danos algo.

—¡Keynes! —exclama ella—. Eso recuerdo. Me dijo que se llamaba Keynes.

Su hijo y él se miran.

—Eso no es un nombre. Eso no es nada.

—Pero es que no sé nada más —dice en un sollozo—. De verdad.

Fran le da otro golpe en la cabeza. Duro. Seco.

Esta vez lo ha hecho con demasiada fuerza. La joven pierde la consciencia durante algunos segundos. César aprovecha para acercar uno de los packs de refresco y sentarse en él. Frente a ella.

—Dejadme —dice ella al volver en sí—. Por favor.

La joven sigue con los ojos cerrados y la cabeza colgando. La saliva ensangrentada cae a chorro sobre sus pantalones

—Deja que te explique algo, querida —dice él—. Nadie paga doscientos mil euros por guardar esto. No te creo.

La chica niega con la cabeza.

—Suéltala y me la traes —le dice a su hijo.

Este obedece y la libera. César se dirige a la salita del ordenador.

—Afuera hay una cámara. Quiero ver las grabaciones de ese día.

La joven no se aguanta en pie. Fran la sostiene sobre su hombro. La agarra por las axilas y la sienta en la silla.

La dependienta ejecuta un programa, introduce una fecha y aparece una imagen.

—A cámara rápida —ordena—. A partir de la dos de la madrugada.

Ella obedece.

Hasta el amanecer solamente hay un movimiento. Una furgoneta blanca abandonando la gasolinera desde la parte trasera.

—¿Esa eres tú? —pregunta César.

Ella vuelve a llorar. Está abatida.

—No es lo que parece. Él iba detrás.

Fran se carcajea.

—Quieres decir que no iba la droga, sino ese tal Keynes.

Ella baja la cabeza.

—Sí.

César asiente.

—Está bien. —Mira a su hijo—. Vuelve a llevarla atrás. Seguimos.

Fran la agarra con fuerza del brazo y la levanta. Él va delante. Sale a la tienda y se dirige de vuelta al almacén. Pero al alcanzar el distribuidor escucha dos disparos.

—¡Joder! —grita volviéndose.

Fran sostiene la pistola. En el suelo dos casquillos y la dependienta tumbada, con medio cuerpo dentro de la gasolinera y medio fuera. La puerta se abre y se cierra sola golpeándola.

—¿Qué coño has hecho?

—Se me ha escapado. Se ha ido corriendo.

—Pero ¿tú eres gilipollas?

César corre hacia ella.

—Cuidado con la cámara —dice Fran.

—Solo se la verá a ella.

César la agarra de los pies y la arrastra hacia dentro. Su cuerpo sangra. Los disparos le han dado en el pecho. Está jodida. Cuando está seguro de no caer en el tiro de la cámara le golpea la cara.

—¡Vamos! Despierta. Dime dónde está el resto.

Ella abre los ojos. Tiene las pupilas dilatadas. Agoniza.

—Un médico… —dice ella con un hilo de voz—. Fue Keynes.

—Pero ¿quién coño es Keynes?

La joven entorna los ojos. Su respiración apenas se percibe.

—El hermano.

En la habitación 312 del hospital de la Paz la sargento Martínez observa el hipnótico ritmo del gotero.

57

Ya salen. Está muerta

Lino marca rápido. Sus dedos están temblando y sudorosos.

La Peleona no tarda en responder.

—Dime.

—¿Ya están en Madrid?

—Sí —afirma ella.

—El socio que tengo allí me ha dicho que se la han cargado.

—¿A la Ginebras?

—Sí.

—Pásanos foto y ubicación. Lo digo solo una vez.

—Él te lo envía todo en tiempo real. Los podéis pillar en la carretera.

La Peleona cuelga. La tarde empieza a oscurecerse.

Sale de la furgoneta. La ha dejado a dos calles del hospital. No quiere que le vean llegar con ella. Todavía no ha podido vaciarla. Todo se ha precipitado. Todo le ha pasado por encima.

Solo quiere acabar lo que tiene que hacer y volver a casa junto con ella.

Camina rápido. Jadea. ¿Y si Nico ha vuelto a hablar con ellos delante? ¿Y si ha repetido lo que le dijo a Nirvana? Estaría acabado.

Solo con relacionarlo con el accidente tendrían suficiente para atar cabos. Maldito Nico. Siempre jodiendo. Hasta el final.

Llama al ascensor. Vamos. Piensa en algo triste. Algunas lágrimas. Ponte nervioso. Tiembla. Que sea creíble.

Habitación 312. Lo han trasladado.

Al llegar se encuentra con los dos agentes de la Guardia Civil sentados en un sofá frente a la cama de su hermano. Respira aliviado. Está con los ojos cerrados. En apariencia sigue igual que las otras veces que le ha visitado pero ahora sin tubos ni cables ni monitores, solamente una vía abierta y un gotero.

Al verle llegar los dos policías se levantan.

—¿Ha hablado? —pregunta él conteniendo la respiración.

—Primero se saluda, caballero —dice el hombre—. Todavía no.

Lino respira aliviado.

—¿Qué es eso tan urgente? —pregunta la mujer.

—Creo que va a pasar algo. No les conté todo lo que sabía.

Los dos agentes se miran.

—¿Qué sucede? —pregunta el hombre.

—Mi hermano movía droga. El día del accidente iba cargado. Los dueños de la mercancía nos han tenido amenazados desde entonces a mí y a mi cuñada. —Se sienta en el sofá y se frota los ojos—. Dios mío. Si incluso nos llegaron a secuestrar. A mí me llevaron a una cámara frigorífica y me apalearon desnudo. Todo para ver si sabíamos dónde estaba lo que transportaba, pero yo lo único que conocía era que Nico estaba en tratos con la dependienta de la gasolinera cerca del accidente. —Toma aire y hace una pausa. Los agentes le observan atónitos. Está funcionando—. Yo creo que tenían un plan con alguien más. Aunque no lo sé. Pero estoy seguro

de que la de la gasolinera tenía algo que ver. Él me habló de ella. Me resistí a decírselo porque quería protegerle. A mi hermano. Pero hoy lo acabo de hacer. Se lo he contado todo a ellos. Creo que han ido hacia allí. No sé lo que puede pasar, son unos salvajes, pero necesitaba salvar mi vida y la de mi cuñada. —Vuelve a llorar—. Ella no sabe nada de todo esto.

La sargento Martínez mira a su compañero.

—Sal y llama a Valladolid. Que vayan rápido a la estación de servicio. Avisa de que pueden ir armados.

El hombre asiente y sale de la habitación. Ella se vuelve hacia él. Abre una carpeta y saca una fotografía en tamaño folio donde aparecen tres tipos alrededor de un coche.

—¿Conoces a alguno de estos?

Lino traga saliva.

—¡Son ellos! —exclama—. Estos dos son los que nos tienen amenazados.

—¿El de la gabardina y el de la cabeza rapada?

Lino asiente.

—¿Y el de la chupa de cuero?

—Ese no sé quién es.

Ella suspira. Cierra la carpeta y camina hacia la cama donde está su hermano. Le mira con cara de lástima. Chasquea la lengua y luego regresa hacia él.

—No te creo, Lino, no te creo. No sé qué tienes que ver con todo esto, pero sé que mientes.

—Estoy diciendo la verdad —protesta él.

—Y como no hemos encontrado nada en tu trastero… —sigue ella —, no puedo demostrarlo. Pero ¿sabes qué?

Lino apoya la cabeza entre las manos.

—¿Qué?

—Que justo esa dependienta de la que hablas aparece con su furgoneta cerca de la estación de autobuses de León pocos minutos antes de que tú entrases. ¿Ibas con ella, verdad?

El otro agente irrumpe otra vez en la habitación.

—¡Ya están llegando!

Se hace el silencio.

El policía se mantiene atento a un auricular que cuelga de su oído. Ella le hace una señal para saber lo que sucede. Él le pide calma con la mano. Que aguarde unos segundos. Lino sigue sentado en el sofá, seguro de lo que van a encontrar.

—Ya está. Hay un cadáver en la tienda.

—¿Cómo? —pregunta la sargento Martínez.

El agente sigue atento al auricular. No responde de inmediato, espera las explicaciones.

—Parece una mujer joven. La dependienta.

Lidia se pasa las manos por la cara.

—Demasiado tarde.

Él sigue retransmitiendo.

—Dos heridas de bala. Aparentemente. En el pecho las dos. No, no tiene pulso. Están registrándolo todo.

—¡Joder! —exclama ella.

—Os lo dije —dice Lino—. No mentía.

En la SG-20 un todoterreno azul acelera en busca de su objetivo.

58

Al fin se han largado. Al fin solos.

Esa mujer está obsesionada con él. Le tiene cruzado. Está convencida de que iba en la furgoneta. De que estaba allí, en el accidente, con Nico. De que abandonó a su propio hermano.

Pero ahora tendrás trabajo que hacer, maja. Ahora estarás entretenida mirando a otro lugar.

La habitación huele a medicamento y a plástico. Pero sobre todo siente un aroma agrio, como a podrido, a laceración, a llaga pegada en las sábanas de algodón.

Mira a su hermano. Su pecho apenas se eleva con la respiración. Sus ojos, cerrados, ni siquiera parpadean. El gotero continúa vertiendo algo de vida en sus venas. No parece peligroso. Al contrario. Tiene un aspecto frágil, vulnerable, débil. Pero no te dejes engañar, Lino. Solo está durmiendo. Hablará. Ella ya le ha escuchado. Es cuestión de tiempo. Es una bomba de relojería.

Lino marca el número de Nirvana sin apartar la mirada de Nico.

—¿Sí? —responde ella.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy en mi casa.

Escucha cómo Nirvana expulsa el humo del vapeador.

—¿Y no vas a volver conmigo a Barcelona?

Silencio.

—No. Nico se está recuperando. Es cuestión de días. Prefiero quedarme aquí hasta entonces.

—Yo también estoy en Madrid. He venido a verle. Pero yo no le he visto tan bien.

—¿Ah, no?

—No. Ha estado todo el rato con los ojos cerrados. Sus párpados no se agitan nada y la respiración es muy débil. No mueve ni un músculo. No parece que esté despierto.

—Todavía está muy sedado. Pero ¿has visto que ya no tiene respirador, ni monitores ni nada?

—Sí, eso sí, pero… ¿les has dicho a los médicos que ha hablado? ¿Lo saben ellos?

—No. ¿Por qué? Pensaba que era algo normal. ¿Debería haberlo hecho?

—Bueno, no… no sé. ¿Estás segura de que ha dicho algo? Una cosa es que emita sonidos y otra…

—¿No me crees? ¡Claro que ha dicho cosas, Lino! Para empezar, tu nombre varias veces, por ejemplo. Y palabras sueltas. Ya te conté que ha dicho «accidente» y «gasolinera». Supongo que se refería a la gasolinera del accidente, claro.

Su corazón golpea fuerte contra el pecho.

—Ya… Pero ¿a ti no te ha reconocido?

—No lo parecía. Hablaba como de forma automática. No me miraba a los ojos. Pero seguro que todo irá a mejor las próximas horas.

—No sé. Yo no le veo muy bien, Nirvana. Hace muy mala cara.

Ella tarda en responder.

—Tranquilo. Verás cómo en nada nos estará contando todo lo que le pasó. Quizá nos libre de aquellos dos…

—Sí… supongo…

—En fin… ¿Dormirás aquí?

Lino siente un escalofrío entre las piernas.

—Sí, si no te importa.

—No, claro. Ahora iré a comprar algo de cenar.

Al colgar Lino se aproxima a su hermano. Le observa de cerca. Desde ahí puede ver algunas arrugas en su rostro que no se aprecian a distancia. También canas e incluso una brizna de saliva seca en la comisura.

No, no parece un peligro. Sin embargo, lo es.

Está claro. No puede permitírselo. No puede arriesgarse a que hable. Ni mañana, ni dentro de un mes ni en un año.

Porque lo hará. Nico siempre caerá de pie. Y entonces lo joderá todo. Todo lo que ha conseguido hasta ahora.

Te quiero, Nico.

Lino siente como todos los recuerdos se amontonan en su cabeza. No quiere, pero sus ojos se humedecen.

Lo fácil sería echarse atrás. Cruzar los dedos y esperar a que la suerte lo arregle todo. Pero en realidad ya ha elegido. Lo hizo en el mismo momento en que dejó a Nico allí tirado. Incluso antes.

Y, sin embargo, duele.

Lino se acerca a la puerta y la cierra.

Duele porque durante toda su vida Nico ha sido el fuerte, el exitoso. Pero también su madre y su padre.

Observa el gotero. La vía fluye transparente, pura, inocente. Mira el reloj. Hace poco que la enfermera ha entrado. Todavía faltan

horas para el cambio de turno.

Respira hondo. Abre el bolsillo de la mochila y saca unos guantes de látex. Se los coloca y vuelve a meter la mano. Ahí está. Una jeringuilla vacía. La desprecinta, saca el tapón de la aguja y la encaja.

Y de pronto se ve ahí. En la cocina, en Vigo, sentado en un taburete delante de Nico. Él es pequeño. Nico, no tanto. Ya gana dinero. No sabe cómo pero ya trae dinero a casa. Mamá ha muerto hace poco. Un accidente. Volviendo de Balaídos, volviendo de ver a su Celta. Papá está borracho, como siempre. Encerrado en su habitación. Sin hablar.

Él la mató.

Y Nico, con dieciséis años, le prepara el Cola Cao con cereales. Y él se queja de los grumos. Se niega a tomárselo… Y entonces su hermano se cabrea y le grita: «Tira pa'l cole, enano».

—Pues que sepas que los grumos era lo que más me gustaba —dice Lino mirando los ojos cerrados de Nico.

Las lágrimas le caen por las mejillas. No puede evitarlo. Es su hermano mayor. Se las seca con la manga del jersey y mira por la ventana. Puntos naranjas salpican la ciudad adormecida.

Lino parpadea. Regresa al presente. Ahora lo recuerda todo como si no dependiese de él. Como si no volver a verle no fuese cosa suya sino del destino. Algo escrito en su porvenir. Y en el de Nico.

Algo vibra en su bolsillo. Dos veces seguidas.

Es un mensaje de Faisal.

Ya lo han hecho. No han necesitado ni la foto

Y otro de la Peleona.

Ya no hay mosquitos. Ahora cumple tú con tu parte

Y ha llegado su turno. Toca dar jaque al rey.

Lino carga la jeringuilla de aire, de oxígeno. Lo hace con cuidado, con precisión quirúrgica. Como si supiera lo que está haciendo. Como si esta no fuese la primera vez.

Es curioso como algo sin lo que no puedes vivir siquiera un minuto te puede quitar la vida.

Por un segundo imagina que Nico despierta y le perdona. Entiende que por fin es alguien y que no puede renunciar a ello. A otra vida. Una vida plena.

Pero Nico no despertará, carallo. No puede ser.

Lino revisa la vía. La palpa con los guantes. Introduce la jeringuilla con firmeza. No le tiembla el pulso. Empuja la burbuja de aire hasta que esta desaparece en la vía.

De pronto siente un silencio extraño. Una especie de paz interior. Una ecuación resuelta. Permanece quieto observando el líquido gotear como si nada. Ninguna alarma suena. Todo sigue aparentemente igual.

Pero todo ha cambiado.

Saca la aguja y la guarda otra vez en la mochila. Sin mirarla. Luego los guantes. Sin monitores no le encontrarán hasta que entren a revisar la vía.

Mira el rostro de Nico por última vez.

Adiós, hermanito. Te quiero.

Un padre y un hijo yacen muertos sobre el frío asfalto.

59

Lidia no parpadea. Tiene la vista clavada en la hipnótica luz roja del semáforo. El último antes de llegar a la oficina. No puede entristecerse con cada muerto. Viviría atormentada. Estaría condenada al sufrimiento eterno. Muchos compañeros lo están. Algunos lo pagan caro. Pero siente que con esa chica falló. Podría haber hecho algo más.

Mañana tocará otro viajecito a ver el cuerpo de esa pobre desgraciada. Y la gasolinera. A revisar lo que han recogido.

Y ahora a esperar a que le envíen el informe de Valladolid. Un día más llegará tarde a casa.

El semáforo se pone en verde cuando la radio resuena en el Dacia.

Lidia arranca.

«De central para UCO. Comunicado urgente de Segovia. Incidente grave en la SG-20, kilómetro siete, sentido Madrid. Un todoterreno azul ha embestido a una motocicleta con dos ocupantes al paso por un viaducto. Los dos han fallecido. Repito. Los dos fallecidos. Todoterreno a la fuga. Los ocupantes de la motocicleta iban armados. Sin documentos».

Sarabia le mira.

—Joder. Esto no pasa cada día. Qué casualidad.

—Ahora llamamos. A ver si tiene algo que ver con lo nuestro —dice ella mientras aparca el coche.

Al llegar al despacho su compañero telefonea a la comandancia de Segovia.

—Ahora me pasan las imágenes por email.

Ella asiente.

—Esa chica no tenía pinta de estar metida en nada así —dice Lidia mientras revisa las notas de su primer encuentro con ella.

Juanjo se encoge de hombros.

—Tampoco parece que ese pardillo sea un gángster y sabemos que los dos mienten.

—Ya.

Sarabia se sienta a la mesa. Durante casi una hora permanecen en silencio uno frente al otro. Desde su escritorio escucha cómo su compañero teclea en el ordenador. Seguramente transcribe lo que Lino Domiño les acaba de contar en el hospital. Mientras tanto, ella aprovecha para avisar a su marido de que va a llegar tarde.

De pronto su compañero rompe el silencio.

—¡Vaya! —dice Sarabia.

—¿Qué? —pregunta Lidia ansiosa.

—Parece que mañana aprovecharemos el viaje a Valladolid.

Lidia se levanta y se acerca a la mesa de su compañero, que le señala la pantalla.

Lo que suponía.

—Son ellos, sí —añade su compañero poniendo el dedo en el monitor—. El de la gabardina y el de la cabeza rapada. Podemos pasar por Segovia de camino.

—Y justo después de lo de la estación de servicio… parece una represalia.

Juanjo se levanta de la silla y saca el paquete de tabaco.

—Solo porque lo dijese ese pardillo no podemos confirmar que fuesen ellos los de la gasolinera.

—Yo soy la primera que no se cree nada de ese Lino… pero no puede ser casualidad. No sé si lo que dice es cierto o no, pero entre esos tipos, la gasolinera y la furgoneta había una relación.

Hace una pausa y sigue pensando en voz alta. Sarabia se pone un cigarrillo en la boca.

—Una furgoneta con un emisor GPS tiene un accidente junto a una estación de servicio. El GPS se consulta desde un repetidor en el que aparecen tres tipos sospechosos, de los cuales uno aparece tiroteado en Atocha el día después del accidente. Luego aparece muerta la dependienta de la gasolinera y al poco tiempo los otros dos de la fotografía.

—Suena a un vuelco que salió mal, o que salió bien y luego se mataron entre ellos.

—Sí —responde Lidia pensativa—. Y a todo esto el hermano del tipo de la furgoneta aparece cerca del accidente la misma noche. Y la dependienta de la gasolinera también está por allí.

—Bueno, jefa —dice Sarabia presionando el cigarro entre los labios—. Pero al final parece que se ha resuelto solo, ¿no? Los de la foto están todos muertos y la de la gasolinera también. Hasta que no podamos hablar con el pajarito ese del hospital no vamos a…

Ella niega con la cabeza.

—No lo creo. Ni sabemos dónde está la mercancía que llevaba esa furgoneta ni la persona que iba con Nicolás aquella noche.

—El tercer hombre —murmura Sarabia.

—¿Cómo?

—Sí, como en la película clásica esa. *El tercer hombre*. Su presencia cambia toda la historia.

Lidia asiente.

—Pues eso. Lino Domiño es el tercer hombre. Es la única pieza que falta por encajar. Tiene que ser quien iba dentro. El que lo cambia todo. Solo que no tenemos cómo demostrarlo.

—Estoy contigo, jefa.

—Lo del trastero fue una cagada —reconoce—. Seguro que allí guardaba algo y llegamos tarde.

El teléfono de Lidia suena. Juanjo la mira, atento a las novedades.

—¿Diga?

—¿Sargento Martínez?

—Yo misma.

—Soy la doctora Carrero. Llamo del hospital de la Paz. Tengo órdenes de avisarle ante cualquier novedad en el estado de salud de uno de nuestros pacientes. El señor Nicolás Domiño.

—Correcto. Lo tenemos bajo vigilancia.

—Lo sé. Ha fallecido. El enfermero lo ha encontrado sin pulso hace unos diez minutos.

Lidia siente como si un martillo le golpease el pecho. Su respiración se acelera. No puede ser.

—¿Nicolás Domiño ha muerto? —repite poniendo el manos libres.

A Sarabia se le cae el cigarro de la boca. La mira con los ojos muy abiertos.

—Sí. Eso he dicho —zanja la doctora.

—Pero ¿cómo? No puede ser. Estaba bien —dice mientras coge un papel y un bolígrafo.

—Bueno, a ver, bien no estaba. Según consta en los informes, estaba progresando. Habíamos reducido la sedación, había dejado de estar monitorizado… se encontraba estable. —Coge aire y resopla —. Sí, no era un pronóstico esperable pero… digamos que el señor Domiño no estaba como ustedes y como yo.

—Pero ¿la causa? ¿De qué ha muerto?

—Una parada cardiorrespiratoria súbita.

—Pero ¿por qué? —pregunta mientras lo va anotando todo.

—Puede ser por infinidad de motivos. Muchas personas aparentemente sanas sufren infartos. En este caso puede ser una descompensación postraumática o que lo hayan provocado sus lesiones cerebrales…

Juanjo la mira impaciente.

—Ya, ya —responde Lidia—. Lo que nos interesa saber a nosotros es si hay indicios de criminalidad.

—No —dice tajante la médica—. Es una parada cardiorrespiratoria. Eso sí, no presenciada.

—¿Puede haber hecho algo alguien? ¿Quién fue la última persona que estuvo con él?

La doctora hace una pausa. Puede escuchar el roce de unos papeles.

—No es mi trabajo, pero… según veo aquí, ustedes y el hermano.

—¿A qué hora se fue el hermano?

—Con todos mis respetos, sargento, pero yo solamente soy la médico de guardia. Si quieren hablar de todo eso deberían ponerse en contacto con el jefe de seguridad.

—Pásemelo ahora mismo. Es urgente. E inicien el protocolo forense. Solicitaremos autopsia.

—De acuerdo. Un momento.

—¡Ah! Y otra cosa. No avisen a los familiares hasta dentro de un par de horas. Díganles que han estado tratando de reanimarlo y haciendo comprobaciones.

La doctora se despide.

Una pieza de música clásica empieza a sonar por el altavoz.

—¿Qué coño es esto? —dice Sarabia.

—No sé. Pinta mal.

Al otro lado contesta un tipo con la voz ronca.

—Ya me ha dicho la doctora lo que desean —empieza—. No tenemos ni idea de cuándo salió la última visita de la habitación 312. Ya saben que no tenemos cámaras en habitaciones y pasillos.

—Pero en el vestíbulo, en la puerta, sí, ¿no? Registrarían su visita o algo.

—Bueno, sí. —Hace una pausa—. Según el registro, se fue treinta y dos minutos más tarde que ustedes. Esta vez vino solo. Bueno, con ustedes.

—¿Qué quiere decir con que «vino solo»?

—Pues que, por lo que veo en el registro, las veces anteriores siempre firmaba junto con una tal Nirvana. Su cuñada. La esposa del paciente.

—Ah, entiendo —dice Lidia.

—Si quieren, mañana pueden venir a visualizar las grabaciones de la entrada.

—Claro. Muchas gracias.

Y cuelga lanzando el bolígrafo sobre las notas.

—¿Crees que fue él, no?

—No es si lo creo… —dice—, es si tenemos la forma de demostrarlo.

Lidia mira sus apuntes. Trata de resolver el puzle.

—¿En qué piensas?

—¡Hijo de puta!

—¿Qué? —insiste Sarabia.

—Que hay casi una hora y media entre que sale de la habitación y cuando le han encontrado muerto. Como la autopsia no revele algo se nos vuelve a escapar seguro.

—Vamos ahora. A ver si le pillamos con algo encima —dice su compañero cogiendo la chaqueta—. ¡Venga!

—¿Vamos adónde?

—Podemos revisar hacia dónde fue al salir del hospital.

Lidia se queda inmóvil. Si quieren dar con él cuanto antes no pueden ponerse a visionar cámaras. A esas horas casi todos los comercios estarán cerrados.

Pero se le ocurre algo.

—Espera. ¿Recuerdas que Lino ha dicho antes que les habían secuestrado? ¿Y no sé qué de salvar a su cuñada, que les tenían amenazados?

—Sí.

—Y el de seguridad acaba de decir que siempre coincidían. ¿Dónde se va a quedar a dormir alguien de Barcelona con familia aquí?

Sarabia asiente. Aunque no del todo convencido.

Ella ya tiene la respuesta.

—Vamos a vigilar la casa de la cuñada.

Una sábana cubre el rostro sin vida de Nicolás Domiño.

60

¿Estará vivo todavía? ¿Habrá muerto ya?

Vuelve a secarse las lágrimas con la manga del jersey. No tenía otra opción. Si no era su hermano, tarde o temprano hubiese sido él. El mundo no premia al bueno ni al justo, sino al astuto, al canalla.

Y él se adapta.

En la radio emiten una tertulia de políticos viejos de distintos partidos conversando sobre los problemas de acceso a una vivienda. Sobre los abusivos precios de los alquileres para los jóvenes. Se los imagina a todos ellos con una copita de coñac y un habano.

Lino detiene la furgoneta frente a un contenedor de basura y baja.

Venga, que tampoco le querías tanto. Si hacía años que ni os hablabais. ¡Por Dios! Si te arrebató a la mujer de tu vida.

Abre la tapa y se deshace de la jeringuilla y los guantes. Después regresa al volante y arranca.

En apenas unas horas estará cenando con ella y todo habrá acabado. No como él hubiese querido, pero sí de la mejor forma posible.

Y ahora hay que mirar hacia delante, Lino. Poner el cien por cien en tu nueva vida. La que te ha tocado vivir. No es mala. No, no lo es.

En la radio interrumpen la tertulia para dar una noticia de última hora. La dependienta de una gasolinera en mitad de la N-601 ha

aparecido muerta con heridas de bala. Poco más de una hora después una motocicleta con dos tipos armados ha caído por un viaducto en las cercanías de Segovia.

Según los testigos fue embestida por un todoterreno que se dio a la fuga.

A la pregunta de si pudo tratarse de un accidente fortuito la respuesta de los testigos es clara. No. Fue deliberado. Ese coche apareció de la nada a toda velocidad y fue directo hacia ellos justo cuando atravesaban el puente.

La policía cree que ambos sucesos podrían estar relacionados. Todo apunta a un ajuste de cuentas. A represalias entre diferentes grupos vinculados al crimen organizado. Se investiga una posible relación con redes de narcotráfico.

Lino apaga la radio.

Y sonríe.

Un último empujón. Eso es todo.

Detiene otra vez la furgoneta. Esta vez cerca de la catedral de la Almudena. Mira la hora. Llega justo. Aprieta el paso. Los turistas van desfilando hacia afuera.

La explanada es grande, diáfana. No es lo que esperaba. Trata de distinguir una sombra negra entre la multitud.

Allí está. Siniestra, calmada, sentada al pie de una farola, con una bolsa en los pies y medias de compresión.

—Hola —dice Lino.

La mujer levanta la mirada hacia él. Sus ojos no dicen nada.

—No me gusta verte aquí.

—Me lo pidió usted.

La Muerte asiente sin dejar de mirarle. Sin ni siquiera parpadear.

—¿Mis hombres no son de fiar?

Lino niega con la cabeza.

—El de la gabardina es mi sobrino —añade ella—. Espero que tengas una buena explicación.

Lino se humedece los labios y traga saliva.

—Y la tengo.

La mujer huele una hojita de romero y vuelve a mirarle.

—Te escucho.

Lino señala con el pulgar hacia atrás.

—Tengo ahí una furgoneta con algo que le pertenece.

La mujer se pone en pie con esfuerzo. Sus rodillas crujen. Se acerca a él. Lino siente cómo los huesos se le hielan.

—Llévala entonces al 53 de la calle Desolación.

Y, sin esperar respuesta, la negra muerte desaparece entre los turistas rebosantes de vida.

Lino regresa a la furgoneta.

Al llegar a su destino se encuentra con una persiana metálica bajada. Un tipo gigante con la cabeza rapada y barba monta guardia frente a ella.

Pone las luces de emergencia y se detiene. El tipo se acerca. Lino baja la ventanilla.

—¿Señor Lino Domiño?

Él asiente.

No le gusta escuchar su nombre en boca de esa gente, pero ya no puede hacer nada para evitarlo.

El tipo se aleja unos pasos, mira a ambos lados de la calle y sube la persiana. Lino mete la furgoneta dentro. Al hacerlo reconoce rápidamente el lugar.

Es el cubito.

Unas luces se encienden al fondo de la nave. Aparecen dos hombres más que bajan la persiana a su espalda. El tipo de la barba le ordena que salga de la furgoneta.

Y él obedece.

—Abre atrás —dice.

Lino le hace caso y abre las puertas. El gigante da un salto y se zambulle entre la carga. Los otros dos lo vigilan en silencio. El tipo rebusca, levanta paquetes. Abre bolsas con billetes. Suma, calcula.

Lino carraspea, casi sin voz.

—¿Y la señora? —pregunta.

Ellos ni se inmutan.

Al cabo de unos minutos el gigantón baja de la furgoneta de un salto y se mete dentro de unas oficinas. Uno de los hombres saca un paquete de tabaco y le ofrece un cigarrillo al otro. Ambos fuman sin siquiera mirarle. Como si fuese un fantasma.

Por la misma puerta por la que se acaba de meter el de la barba sale la mujer de negro. Camina decidida hacia él. Lino siente un nudo en la garganta. Ha llegado el momento.

—Falta mercancía —dice la muerte señalando hacia el interior de la furgoneta.

Lino se encoge de hombros.

—Es todo lo que he podido recuperar. También hay dinero.

La mujer se acerca a él. Los dos hombres dan unos pasos atrás.

—No el suficiente para compensarlo.

—He hecho todo lo que he podido.

La muerte extiende su mano y le acaricia la mejilla. Está helada. Él da un paso atrás.

—¿Tienes miedo?

Lino niega con la cabeza. Le tiemblan los labios. Ha perdido todo el control sobre ellos.

—Ahora vas a contarme lo que ha pasado. Por qué tienes tú todo esto y qué ha pasado con mi sobrino.

Lino pide un cigarrillo. No por vicio. Solo para disimular ese temblor en la boca. La mujer pide que le den uno y luego ordena a los hombres que descarguen la mercancía. El tipo de la barba vuelve a salir de las oficinas y se acerca a ellos.

Lino tose. La mujer le mira. Severa.

—Verá —dice al fin—. Mi hermano estaba en tratos con alguien de una estación de servicio. Planeaba, junto a sus hombres, dejar la mercancía allí y hacer ver que les habían robado, pero alguien le traicionó. Por eso mataron a uno de ellos poco después del accidente de mi hermano.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Fui a la gasolinera. Es lo único que sabía. La dependienta me lo contó todo. La presioné y recuperé lo que pude. Todo lo que encontré allí.

Los dos hombres están utilizando su carretilla para mover la mercancía por el almacén.

—¿Y mi sobrino?

Lino expulsa el humo.

—No apareció en la cita.

—¿Y esa dependienta?

—Ponga las noticias y lo verá.

La mujer le mira a los ojos. No dice nada. Trata de averiguar si miente. Entonces hace una señal al de la barba, que saca su móvil.

Unos segundos después se oye la misma noticia que acababa de escuchar en la radio. La mujer observa la pantalla junto al gigantón.

De vez en cuando levanta la mirada y, al acabar, le mira.

—¿Fuiste tú?

Lino levanta las cejas y da una calada al cigarrillo.

—¿Herida de bala? ¿Tú? —insiste la mujer.

Él se encoge de hombros.

—¿Y los dos de la moto? Es mi…

Lino asiente.

—Me ayudaron. Tenía que vengar lo que le hicieron a mi hermano.

La mujer permanece seria unos segundos. Muda. Hasta que finalmente se ríe histriónica. Y mira hacia el de la barba.

—Caras vemos, corazones no sabemos, ¡eh!

—Eso decía mi abuela.

La mujer vuelve a acercarse a él. Le besa en la mejilla.

—Me temía que había pasado algo así.

Los labios de Lino se relajan. Los tipos han acabado de descargar. El de la barba vuelve a meter la carretilla en la furgoneta y se enciende un cigarrillo.

—Me gustaría trabajar para usted. He descubierto algunos contactos que tenía mi hermano y creo que podría…

La mujer se lleva un dedo a los labios.

—Shhh.

Lino se calla.

—Mira, hijo. No hace falta que me lo pidas. De aquí solo podías salir de dos formas: troceado en un bidón lleno de cal o trabajando para mí.

En el hospital de la Paz el celador retira el cuerpo. En la habitación 312 ya no queda nadie.

61

Punto muerto

—No me extraña que Sara te haya dejado, campeón. ¿Cómo va a estar con un hombre que no es proveedor? Y más teniendo una hija. Seguro que ella es una mujer de valor y no quiere estar con un puto perdedor.

Su hermano conducía con los ojos enrojecidos por el sueño, con una mano en el volante y la otra sosteniendo una bebida energética. No llevaba puesto el cinturón. Nunca lo llevaba. Era de flojos. Él estaba por encima de todo eso. Se creía el puto amo. El rey.

Era de noche. De vez en cuando una farola aislada alumbraba un pedazo de estepa helada. No había apenas coches en la carretera. Los hogares descansaban en silencio.

Lino recordaba aquella noche con una nitidez escalofriante. No había nada que tuviese tan grabado en la memoria.

—Es que eres tonto, hermanito. De verdad que pienso en lo del móvil y no me creo el rollito ese de que eres más inteligente de lo normal. Yo creo que tus profesores mentían. ¿Cómo cojones se te ha ocurrido traer el móvil? ¿Y si lo rastrean, qué? Sabrán que estabas aquí y no en esa mierda de ciudad donde vives. Es que, de verdad, yo creo que eres gilipollas. Lo pienso y…

Nico se mordió los nudillos de la mano que tenía al volante.

La radio sonaba imperceptible, discreta, en un segundo plano. Es posible que fuera música para aliviar las madrugadas de los noctámbulos. Música para amansar a las fieras. Es posible que Roy Orbison.

—No sé ni por qué acepté que vinieras —Nico seguía con la mirada fija en la carretera—. Tendría que haberte dado el dinero y ya está. No vales para nada.

Él seguía ahí sentado sin decir nada.

La calefacción continuaba escupiendo aire caliente hacia sus pies. Eso le hizo recordar el punzón que llevaba oculto en el calcetín. Al pensarlo sintió cómo le presionaba contra el tobillo. Incluso algo de dolor. Pura sugestión.

El plan era sencillo: parar en la gasolinera, pinchar la rueda y enviar un mensaje. Ya está. Eso era todo. El tipo de la chupa y sus hombres se encargarían del resto. Él tendría el dinero suficiente para la fianza del piso. Podría volver a tener en casa a Rebe, recuperar algo de dignidad… y su hermano no se vería perjudicado. Aunque en aquel momento hubiese preferido que alguien le diese una paliza.

—Mucha universidad y mucho máster de los cojones, pero eres el mismo inútil de siempre.

Pero al tirarle el móvil por aquel barranco Nico lo había jodido todo. Él no lo sabía, lo ignoraba, pero lo había cambiado todo.

Sí, se había anotado aquel misterioso número de teléfono en un papel. Pero ¿desde dónde iba a llamar? Ya no había cabinas telefónicas ni tampoco le podía pedir el móvil a Nico.

Había pasado todo el viaje intentando olvidarlo pero al mismo tiempo tratando de tomar una decisión. Tan contradictorio como

suena. Porque le daba miedo. Porque si no cumplía con el trato, el tipo ese de la chupa no parecía de los que se conformaban con una disculpa. Pero ahora se acercaba el momento. Hacía un rato que habían pasado León y era urgente tomar una decisión. En cualquier momento Nico le dirá que paran en la gasolinera donde debían hacerlo. Quizá podría pedir al personal de la estación de servicio que le dejasen llamar.

Pero ¿cómo vas a hacer eso mientras está Nico allí delante? Sé realista.

Rápido, piensa otra cosa. ¡Decídete!

—Por Dios, Lino. Compartes piso con dos muertos de hambre. ¿Quién coño quiere eso? —Nico hizo una pausa—. Como niño servías como ejemplo a las madres pero como adulto eres un chiste malo…

Las luces de una gasolinera parpadearon a lo lejos. Solas, amarillentas… le pareció que temblaban de frío. O de miedo. El corazón de Lino se desbocó. Allí era. Ya está. Tenía que ser esa. ¡Decídete! ¿Qué puedes hacer? Tienes que llamar, de donde sea, aunque sea desde el móvil de Nico. Y luego borras la llamada. ¡No, carallo! Nico no lleva teléfono. ¡Maldita sea! Podría intentar hacerlo sin llamarles y esperar a que aparezcan sin recibir el aviso. Pero…

—Pararemos allí a mear y a estirar las piernas —dijo su hermano.

Ya casi estaban. ¡Piensa!

Nico le miró y le sonrió con condescendencia.

¡Piensa, Lino, piensa!

—Y por no hablar de tu mierda de trabajo. Sigues en clase oliendo los pedos de esos pajilleros con la cara forrada de granos de pus y…

—¡Joder! Cállate ya —explota Lino—. Te crees muy listo, ¿eh? Muy gallito. El rey de la carretera. Pero no eres más que un peón, Nico.

Un fracasado con suerte. Un mierda con músculo.

Nico frunció el ceño confuso.

—¿Ah, sí? Pues ¿sabes qué, hermanito? Nirvana me dijo que contigo nunca llegó a correrse. Ni una sola vez. Que era como follarse a un…

Lino parpadeó rápido. Sintió como un puñal le atravesaba la espalda y le salía por el pecho. No puede ser.

—¿Qué… qué has dicho?

Nico sonrió sin mirarle.

—Lo que oyes. Que eras como un aborto. Que contigo lo único que aprendió era lo que no quería. Literal. Palabras suyas. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Seguro que sí. —Le miró y rio—. Siempre has sido un medio hombre.

Lino se ríe. Una carcajada nerviosa. Falsa. Se muerde la lengua.

—Eres un mierda —dice al fin.

Nico se carcajeó.

—Pero me la tiré mejor —zanjó—. Y se quedó conmigo.

Y entonces ya no lo aguantó más.

Un acto impulsivo. Un reflejo. Como quien pega un puñetazo contra la pared. Agarró el volante y tiró de él.

—¡Qué haces! —gritó Nico.

La furgoneta se desvió. Resbaló sobre la calzada helada y se salió de la carretera. Las ruedas perdieron el contacto con el asfalto. Todo sucedió muy deprisa. Superó la cuneta, la pequeña zanja, se ladeó y volcó. Lino presionó las manos contra el techo. Y entonces empezaron a dar vueltas. A su lado el cuerpo liberado de Nico se golpeaba contra la ventanilla, el volante, el techo… contra todo. Y entonces… fundido a negro.

No fue premeditado, pero sí suficiente. Porque lo importante no es saber frenar ni acelerar, sino saber cuándo girar.

62

Cada vez que hace una vigilancia en el coche no puede evitar pensar en *Superdetective en Hollywood*. No recuerda ninguna escena concreta de la película pero es como un ancla. Algo que siempre le viene a la cabeza.

—¿Y si no aparece? —pregunta Sarabia volviendo a sentarse en el asiento del acompañante.

—¿Has mirado bien en todas las estancias?

—Las que he podido —dice dejando los prismáticos sobre el salpicadero—. Solo la he visto a ella. Él no parece estar.

—Si no llega… —dice resoplando—, entonces mañana le pondremos también vigilancia en su piso de Barcelona y solicitaremos al juez intervenir su teléfono. Supongo que después de lo del hermano nos dará eso. Podemos encontrar algo que le relacione directamente con su muerte o algo que le sitúe en el accidente. Eso bastaría al juez para que tenga claro que ese tío quería a su hermano muerto.

Juanjo asiente en silencio.

Lidia vuelve a revisar las fotografías del lugar del accidente.

—¿Qué haces?

—Repaso si se nos ha escapado algo. Alguna cosa que le vincule directamente con el lugar. Tenemos el ADN en la furgo…

—Es el hermano. Eso no es nada —interrumpe Sarabia.

—También le tenemos ubicado en León —sigue ella—. Muy cerca de la chica de la gasolinera.

—Alma —matiza Juanjo.

—Sí, Alma. Esa era la pieza que faltaba. Si hubiese hablado ya le tendríamos. Y seguramente seguiría viva, joder.

—No te machaques más. Has salvado muchas vidas. No va de una.

Lidia le mira amenazante.

—¿Cómo puedes decir eso?

Su compañero saca dos KitKat del bolsillo y le ofrece uno.

—Es lo que hay, Lidia. Somos lo que somos y hacemos lo que hacemos. Trabajamos con la muerte.

Lidia coge una de las barritas de chocolate y tira la carpeta del caso sobre el salpicadero.

—¿Estás seguro de que tiene que pasar por aquí? —pregunta señalando por la ventanilla.

Juanjo muerde la chocolatina.

—Sí, allí está la entrada al garaje. Le veremos tanto si viene andando como en coche.

Lidia desprecinta el snack y se lo enseña a su compañero.

—¿Sabías que esta porquería tan deliciosa se empezó a fabricar en Estados Unidos en los años treinta?

—Emmm, no… —responde él mirándola de reojo.

—Estaba pensada como aperitivo para los trabajadores. Para que tuviesen algo barato que llevarse a la boca durante sus descansos en la fábrica. Que les cupiese en los bolsillos.

Sarabia asiente con la boca llena. Le pide que espere con la mano. Y cuando al fin traga le dice:

—¿Sabías tú que la fregona la inventó un español?

—Anda ya, ¡vete a la mierda!

—No, no. Que lo digo en serio. Igual que el Chupa Chups.

Lidia se ríe.

—A ver si lo nuestro va a ser meterle un palo a todo.

Sarabia le mira y pone los ojos en blanco.

—Es que me lo dejas a huevo, ¿eh…?

Un zumbido les envía de vuelta a aquella urbanización a las afueras de Madrid. Una furgoneta pasa junto a ellos y aparca un poco después de la entrada de la casa.

Los dos se miran.

—¿Es él?

—No lo sé. Espera.

La puerta del vehículo se abre. Lidia coge los prismáticos.

Los dos permanecen atentos.

—Sí. Es él —dice Lidia.

—¿Qué hacemos?

Ella no responde. Evalúa opciones. Calcula alternativas.

—¿Qué hace con una furgoneta? —insiste su compañero.

—No lo sé. Vamos a comprobar la matrícula —dice señalando hacia el vehículo—. Ese se va a meter en casa. Tú acércate e intenta ver lo que hace. A ver si tira algo a la basura o algo raro.

Sarabia coge los prismáticos y baja del coche. Ella saca el móvil y llama al centro operativo para pedir información sobre la matrícula.

Se trata de un vehículo perteneciente a una empresa de alquiler en Badalona. Al parecer alquilado a nombre de un tal Faisal.

Vaya, vaya. Nada sospechoso.

Lidia baja del coche. En la otra esquina está Juanjo con los prismáticos. Se acerca a él.

—¿Qué?

—Nada. Están cenando en el salón. Nada raro. ¿Tú?

—Es alquilada, y no a nombre de Lino.

—Estaría bien saber lo que hay dentro —responde Sarabia.

—Sí. Quizá lo que había en el trastero.

Juanjo chasquea con la lengua.

—Sería un poco tonto si llevase mierda ahí y la dejase en la calle.

—Lo sería. En fin. —Lidia aletea los brazos y los deja caer con resignación—. No lo vamos a saber…

—Bueno —dice Sarabia entregándole los prismáticos—, déjame acercarme un momento. Quizá se la haya dejado abierta.

Lidia le lanza un reproche con la mirada.

—¿Qué pasa? —dice Sarabia alejándose de ella—. No le he visto cerrarla. Tú quédate aquí.

—No puedes…

Pero ya da igual. Su compañero está demasiado lejos.

Unos minutos más tarde Lidia escucha el leve chasquido de una puerta al abrirse. Menudo…

Deja los prismáticos en el coche y va hacia allí cerciorándose de que no se le pueda ver desde la casa. No, la furgoneta está oculta tras unos árboles.

—Juanjo, ¿está abierta? —pregunta en voz baja.

—Un poco sí —responde él asomando la cabeza por encima de la puerta—. No la ha cerrado.

Lidia se acerca. Sarabia ya lleva puestos unos guantes de látex. Se cruzan una mirada cómplice. Él se encoge de hombros y levanta las cejas.

—Es un despistado. Vamos a ver si además se ha dejado algo dentro.

Lidia se pone también los guantes mientras su compañero revisa la guantera.

Le agarra del hombro.

—Déjame a mí, Juanjo. Tú ve atrás, no vaya a ser que la trasera también esté abierta.

Revisa la guantera, bandejas superiores, laterales, debajo de los asientos… Nada. Allí dentro no hay nada. Los papeles del coche, un bote de desengrasante. Nada que les sirva.

—Vaya. También se la ha dejado abierta —dice Juanjo volviendo a guardar las ganzúas en el bolsillo.

Lidia asiente y camina hacia la parte trasera.

—Menudo despistado, sí —dice Lidia—. Igual habría sido mejor que no se hubiese dejado también la delantera abierta, ¿no? Hubiera sido menos sospechoso.

—Ahora voy —responde Juanjo—. No hay nada.

Lidia asoma la cabeza. Nada. Vacía. Como el trastero. Un par de cajas de cartón plegadas y una carretilla.

—Al menos lo hemos intentado —añade su compañero.

—Un momento —dice ella subiendo a la furgoneta.

—¿Qué haces?

—La carretilla. Corre, trae las fotos del expediente.

Sarabia duda un segundo.

—¿Crees que es la misma?

—Ahora lo veremos.

Una nube negra cubre la luna.

63

El olor del aceite frito todavía flota en el aire, mezclado con el dulzor del champán y el vaho de la ducha. De fondo, el zumbido sordo de un extractor.

Ella le mira.

—¿Por qué brindamos?

—Por nosotros —responde Lino—. Porque, pese a la desgracia que hemos vivido, el destino nos haya vuelto a unir.

Nirvana levanta su copa y sonríe. Él también. Brindan. Lino la mira a los ojos, pero ella desvía la mirada hacia el baño. El agua está corriendo.

—Me toca a mí —dice dando un pequeño sorbo y dejando otra vez la copa en la mesita de centro.

Nirvana se dirige hacia el baño. Él se queda allí, sentado en el sofá, mirando los leves movimientos de sus caderas al alejarse.

La puerta se entrecierra.

Lino se deja caer hacia atrás con la copa entre los dedos y dibuja una media sonrisa. Por fin puede descansar.

Pero solo por unos segundos.

Una llamada de teléfono le sobresalta. No es el suyo. Será el de ella entonces. Está en la mesa. Lino va hacia allí y mira la pantalla.

Lo que suponía.

—¡Nirvana! —grita—. ¡Es del hospital!

El agua sigue corriendo al otro lado de la puerta. Lino aguarda paciente aunque todas sus arterias bombean con fuerza.

—¡Nirvana! —insiste—. ¿Lo cojo?

Nada. Solo el sonido del agua, amortiguado por un cuerpo desnudo.

Se acerca a la puerta. La abre un poco.

Puede ver la silueta de Nirvana a través de la mampara.

—Te llaman del hospital —dice.

Ahora sí.

—¡Cógelo, por favor! Ahora me dices.

Lino se queda inmóvil. Por un segundo duda, pero enseguida responde.

—¿Sí?

—Soy la doctora Carrero. Estoy llamando a Nirvana Santelmo, el familiar de contacto que tenemos para Nicolás Domiño.

—Ahora no puede ponerse. Soy Lino Domiño. Su hermano.

La médico tarda algunos segundos en responder.

—Sí. Veo que es usted el segundo contacto. —La voz se torna más pausada—. Verá, lamento informarle de que su hermano ha fallecido hace unas horas.

Lino guarda un silencio dramático.

—¿Cómo? No puede ser —dice sollozando—. ¡Dios mío! Pe-pero si estaba mejor. Estaba bien. Hoy mismo le he visto. Hace solo unas horas y…

—Ha sufrido una parada respiratoria súbita. Seguramente provocada por los traumatismos del accidente.

Lino no responde. Vuelve a mirar por la rendija de la puerta. Nirvana está saliendo de la ducha.

—¿Está usted ahí?

—Sí, sí, disculpe —dice haciendo ver que llora—. Estoy en shock. Lo siento mucho. Esto es… es durísimo. Estoy destrozado. Justo ahora que se estaba recuperando. Justo ahora que empezaba a hablar.

—Bueno —dice la doctora—, hablar no es exactamente lo que hacía, pero sí, sin duda estaba mejor y para nada esperábamos esto.

Lino siente un escalofrío. Un pálpito, un presentimiento.

Mira a Nirvana. Justo abre la puerta en ese momento. Sale con una toalla envolviéndole el cuerpo y otra en la cabeza.

—¿Señor? —pregunta la doctora.

Nirvana le pregunta con un gesto. Lino la mira fijamente a los ojos.

—Pero ¿algo sí que hablaba, no? —pregunta él sin dejar de mirar a Nirvana—. Yo mismo le escuché decir algunas palabras.

Hay un silencio al otro lado. Nirvana le mira con los ojos muy abiertos. Él pone el manos libres.

—Señor Domiño, su hermano estaba mejor. Habíamos reducido la sedación, se encontraba estable, respondía a estímulos y emitía sonidos, pero no podía hablar. Era imposible en su estado. Debieron de ser sonidos guturales que usted confundió con palabras.

La doctora le habla de los pasos a seguir. Lino sigue con el teléfono en la oreja pero ya no escucha nada. Mira a Nirvana. Ella aparta la mirada.

—Muchas gracias, doctora.

En el salón se hace un silencio ensordecedor. Lino siente como si un rayo le hubiese partido en dos.

—Nunca dijo nada de mí, ¿verdad? —pregunta—. Ni siquiera habló.

Los ojos de Nirvana se encharcan. Tarda en contestar. Luego asiente.

—Lo siento —murmura.

—¿Por qué?

Ella no contesta. Llora. No a lágrima viva. No desconsolada. Pero llora.

Lino se acerca a ella.

—¿Por qué, Nirvana?

Ella le coge la mano y le mira con lástima.

—No fue planeado. No del todo.

—¿Qué estás diciendo?

Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—Ya no podía más con todo esto. —Se seca las lágrimas con el antebrazo—. A veces es mejor cortar con todo… Cortar de raíz.

—¿Qué quieres decir?

Nirvana le mira con lástima, sin soltarle la mano.

—Lo sé todo, Lino. Sé que estuviste en el accidente y sé lo que había en la furgoneta. Y que si Nico hablaba tú…

Lino siente cómo sus piernas tiemblan. Se tambalea.

—¿Cómo lo sabías?

Nirvana le suelta la mano. Da unos pasos atrás y mira al suelo.

—El tipo que te propuso el vuelco… fui yo quien le dijo que Nico tenía un hermano con quien no se hablaba… y dónde encontrarte.

Algo cruje en la cabeza de Lino. Ahora todo encaja. Todo explota. No lo había querido ver.

Lino se sienta en el sofá y pone la cabeza entre sus manos. Ella permanece en pie, con los ojos llorosos, la mirada piadosa.

—¿Y tú qué ganabas?

—Nada… Te lo juro…

—¿Entonces?

—Él estaba vigilando a Nico. Planificaba el robo. Un día nos vio pelearnos en la calle. Acababa de enterarme de que tu hermano me había vuelto a engañar con otra. Me volví loca. No podía soportarlo más. Intenté pegar a tu hermano. Él se rio de mí. Se lo tomó a broma. Me dijo que no era para tanto, que exageraba, y se largó. Entonces el tipo de la chupa de cuero apareció. Me ofreció dinero a cambio de que le ayudase en algo. Me lo contó todo. Lo del pinchazo, la gasolinera… Yo le dije que no.

—Pero le hablaste de mí…

Ella asiente con los labios apretados.

—Sabía que si salía bien… A Nico le darían un buen escarmiento. El que yo no podía darle. Pero todo salió mal.

Su cabeza está a punto de estallar.

—¿Me has usado para que matase a mi hermano?

—No. Nunca fue eso. —Suspira—. No debía ser eso. Ni tampoco debías ser tú.

Lino se pasa las manos por la cara. Aquello no puede ser real. El silencio se le clava como una aguja en la garganta. Su boca no atina con las palabras.

Y entonces un estruendo.

Tres golpes secos en la puerta. Bum, bum, bum.

—¡Guardia Civil, abran inmediatamente!

Nirvana da un respingo y se va hacia la cocina. Lino se queda inmóvil en el sofá. Le duele la cabeza. Una claridad cegadora le aleja de la realidad. Estás soñando, Lino.

Y de pronto un golpe seco.

Una legión de zapatos se escucha en el recibidor. Aparecen seis uniformados armados hasta los dientes. Todos entran en el salón. Le apuntan. Entre dos lo levantan del sofá y lo lanzan contra el suelo.

Le revisan los pantalones.

—¡Está limpio!

Y entonces, entre los agentes, aparece ella: la sargento. Y, detrás, su compañero.

La mujer saca unas esposas de su abrigo y le agarra una mano.

—Lino Domiño, queda usted detenido por un delito de omisión del deber de auxilio, así como por su posible implicación en la muerte de su hermano, Nicolás Domiño. Tiene derecho a guardar silencio…

Le ponen las manos en la espalda.

—¡No, esperad! ¡Que no he hecho nada, joder!

—… a no declarar si no lo desea —prosigue ella sin inmutarse— y a no contestar a alguna o ninguna de las preguntas que se le formulen.

El clic metálico suena a condena.

Uno de los agentes lo empuja hacia la puerta.

En el pasillo está Nirvana. Le sigue con la mirada. Ya no hay lágrimas.

Ella levanta su copa. Y bebe.

Afuera, dos agentes de la científica comparan la huella de la carretilla con la fotografía tomada en el barro aquel día. Certifican que el dibujo es idéntico. Cada línea, cada muesca, cada imperfección encaja. Como una confesión.

Barcelona, septiembre de 2025

Agradecimientos

Como decía Paco Ignacio Taibo II, a un artefacto de estos que ahora tienes entre manos hay que dedicarle muchas horas nalga. Horas con el culo pegado a la silla, frente al cuaderno, la pantalla… en soledad, buscando dentro de uno mismo.

Para lograr acabarlo hay que trabajar con entusiasmo, pero sin palmaditas en la espalda. Sin subidas de sueldo ni ascensos.

Pero no nos engañemos. Esto no hubiese sido posible sin la ayuda de muchísimas personas que, en mayor o menor medida, directa o indirectamente, han contribuido a que *Punto muerto* vea la luz.

Por supuesto, el primer agradecimiento va para mi familia. Toda. Pero en especial a ti, Diana, por aguantar rayadas varias sobre la manía esta de escribir. Y a vosotros, Carmen y Pepe, por querer tanto a mi chiquitina.

Gracias también a Sarah Manzano, Eugenia Jiménez, Andrés Prieto y Joan Prados por ser las primeras personas en leer *Punto muerto*. No os podéis ni imaginar el vértigo que da eso de estar esperando las primeras impresiones.

Gracias a los tertulianos por la inspiración. Y a Estrella Galicia por regar esos jueves.

A Claudia, mi agente, por confiar en esta novela desde el principio. Incluso antes de que fuese una mala idea revoloteando

por mi cabeza. Gracias por encontrar el hogar que le corresponde en Grijalbo.

Gracias a Toni Hill, mi editor, por su ayuda, por sus consejos y por su confianza.

Y por supuesto a ti, lector. Mi agradecimiento infinito y eterno por escogerme. Porque sin ti esto no existiría. O peor, existiría solo en mi cajón. Así que si has disfrutado con *Punto muerto* quiero pedirte que, por favor, la recomiendes entre tus amistades, en tus redes sociales o que la solicites en tu biblioteca. Es la forma de leer gratis sin recurrir a las copias ilegales.

Y si no te ha gustado… entonces te aconsejo recomendarla a tus enemigos. A quien te caiga peor. Haz que pierdan el tiempo leyendo este bodrio infumable.

Ahora en serio. ¡Gracias!

P. D.: Si quieres hacerme algún comentario sobre el libro o tal vez decirme lo mucho que te ha gustado puedes escribirme a kikecorella@kikecorella.com o seguirme en Instagram @kikecorella

Todos podríamos tener un talento insospechado para el crimen…
¿Te atreverías a dar el paso decisivo?



Punto de partida

Lino está pasando por una mala racha. Necesita conseguir dinero fácil. Para ello solo tiene que llamar a la persona con quien juró no volver a hablar jamás: su hermano Nico.

Punto de inflexión

Nico es un traficante de medio pelo, un sinvergüenza con encanto. Cuando Lino le pide ayuda, le ofrece acompañarlo en el traslado de

un cargamento de cocaína. Una tarea sencilla incluso para un pardillo como su hermano pequeño. Sin embargo, todo se tuerce.

Punto sin retorno

Un accidente inesperado deja a Lino al mando de la operación. Ahora ya no hay marcha atrás. Si quiere hacerse rico, antes tendrá que seguir vivo. Y esa no es una tarea fácil…

Punto muerto

Con un ritmo imparable y una aguda psicología de personajes, Kike Corella nos ofrece un estupendo thriller cargado de violencia, mentiras y altas dosis de adrenalina en el que nadie juega del todo limpio. Ni siquiera los buenos.

Mi nombre es Kike, **Kike Corella**. Nací en Barcelona en 1983, un año antes de que La Polla Records lanzase su primer disco y dos después de que se estrenase *En busca del arca perdida*. A los treinta me regalaron mi primera consola de videojuegos, así que hasta entonces tuve que conformarme con jugar mucho al Monkey Island y con escribir alguna que otra ridícula novela de piratas. De muy joven empecé como carpintero de aluminio. Ese sería mi último empleo donde el resultado era algo tangible, no un archivo en un ordenador. También debo confesar que he dedicado algunos años de mi vida a licenciarme en Humanidades y en Administración y dirección de empresas, y a trabajar en asuntos que, la verdad, me divierten mucho. Además, desde 2014 estoy un poco más ocupado dando clases de organización de empresas a los alumnos de ingeniería industrial. Pero he seguido escribiendo. Publico artículos de viajes y culturales desde el 2007 y escribo novela negra, policiaca y thriller histórico. Intento hacerlo siempre a mano para que lo escrito siga allí cuando apague el ordenador, como mis añoradas ventanas de aluminio. *Punto muerto* es mi primera novela publicada en Grijalbo.



Primera edición: julio de 2026

© 2026, Kike Corella
Autor representado por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Alberto Aragón

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7445-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Punto muerto

Primera parte. Cerebro reptiliano

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte. Sistema límbico

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Tercera parte. Neocórtex
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kike Corella
Créditos